

El verano del comisario Ricciardi

Maurizio
de Giovanni



Lectulandia

Corren los días más bochornosos del verano de 1931. La brisa marina no llega hasta las callejuelas de los bajos fondos de Nápoles, pero el mal de amores y el hambre siguen haciendo estragos, así que el comisario Ricciardi, junto al inseparable Maione, no descansa.

En esta ocasión tendrá que descubrir el culpable de la muerte de la duquesa de Camparino, una mujer hermosa que alimenta los cotilleos de nobles y burgueses y no pasa desapercibida en ninguna fiesta. Una buena mañana la gran dama aparece asesinada en uno de los salones de su mansión, y la investigación empieza. Como siempre, Ricciardi puede oír las últimas palabras pronunciadas por la mujer antes de su muerte, y empieza a estirar de un hilo que se va haciendo cada vez más complejo. Mientras el comisario investiga, Enrica, la joven que él ama en secreto y no se atreve a abordar, tendrá que vérselas con un pretendiente impuesto por la familia, un joven que tiene todas las cualidades para ser un buen marido, pero la chica no olvida los ojos verdes de Ricciardi, su mirada tímida y a veces extraviada de hombre marcado por un destino que le obliga a la soledad.

En esta tercera entrega de la serie del comisario Ricciardi, la fuerza y el estilo de De Giovanni se va desplegando; ahora más que nunca la ciudad de Nápoles respira al compás de una escritura que es potente a la hora de describir los hechos y piadosa cuando tiene que bregar con las emociones.

Lectulandia

Maurizio de Giovanni

El verano del comisario Ricciardi

Comisario Ricciardi 3

ePub r1.1

P3lμdμ5 17.09.13

Título original: *Il posto di ognuno. L'estate del commissario Ricciardi*
Maurizio de Giovanni, 2009
Traducción: Celia Filipetto Isicato

Editor digital: P3lμdμ5
Co-editores (Scan): Lerele y Joseiera
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A Titto y Vale,
compañeros de todo el trayecto*

1

El ángel de la muerte cruzó la fiesta y nadie notó su presencia.

Pasó rozando la pared de la iglesia, que seguía engalanada para la celebración de la mañana; pero ya era de noche, y lo sagrado había dado paso a lo profano. Como mandaba la tradición, en el centro de la plaza habían encendido una hoguera pese a que el calor de agosto quitaba el aliento y nadie necesitaba las llamas de la madera vieja que cada familia había contribuido a acumular.

Pero las llamas ayudaban al ángel de la muerte, proyectando las sombras de las parejas que bailaban al son de las panderetas, las guitarras y las palmas, entre los gritos de los niños y los silbidos de los vendedores ambulantes. No lo había previsto, pero sabía que la justicia divina intervendría de alguna forma. Estalló un petardo, luego otro. Se acercaba la medianoche. Una señora gorda y sudada fingió un desmayo, el hombre que estaba a su lado se rio. El ángel de la muerte lo rozó pero el hombre ni siquiera se estremeció, esa noche el destinado no era él.

Al bordear la plaza con su anónimo traje oscuro habría podido llamar la atención solo por la tristeza de los ojos clavados en el suelo y los hombros apenas curvados. En el frenesí de la noche nadie habría reparado en esa tristeza. Con eso también había contado.

Llegó al portón del edificio y, por un instante, temió que a causa de la fiesta estuviese cerrado; sin embargo, lo habían dejado entornado como de costumbre. Y el ángel de la muerte se coló como una sombra, mientras la tarantela se iba animando, la multitud la acompañaba con cantos y aplausos y los petardos punteaban la música. Sabía dónde esconderse. Alcanzó el hueco detrás de una columna y se dispuso a esperar.

La mano se deslizó en el interior del bolsillo y palpó el frío del metal, pero no encontró consuelo. Ni siquiera la sombra solitaria del patio daba consuelo.

Solo el pensamiento de la justicia que traería.

Al comisario Luigi Alfredo Ricciardi no le disgustaba trabajar en domingo; esa era otra de sus rarezas. Sus colegas escurrían el bulto con mil pretextos, durante el reparto de turnos surgían madres enfermas que cuidar, antigüedad en el puesto, necesidades familiares convenientemente exageradas; cualquier excusa era buena con tal de ahorrarse trabajar el día en que toda la ciudad tenía fiesta.

Por el contrario, Ricciardi callaba, como siempre, y, como siempre, le tocaba lo peor. No por ello se ganaba la benevolencia de sus compañeros, que no perdían ocasión para murmurar a sus espaldas.

Solitario, con las manos en los bolsillos, perpetuamente sin sombrero incluso en invierno, no participaba en las fiestas, en los brindis, no se lo veía nunca en ningún encuentro. Dejaba pasar las invitaciones, no trababa amistades y no se abría a las confidencias. Los ojos verdes destacaban en la cara morena, llevaba siempre en la frente un mechón de pelo que echaba hacia atrás con un gesto seco. Era de pocas palabras y soltaba frías ironías que no todos captaban. A pesar de todo, su presencia llamaba la atención.

Trabajaba sin descanso, sobre todo cuando se ocupaba de algún caso de homicidio, entre la malevolencia de esos colegas que no estaban en condiciones de seguir ni en sueños los ritmos que imponía a las investigaciones; los militares que le asignaban lo maldecían a escondidas por las horas que debían pasar bajo la lluvia o el sol, en vigilancias larguísimas y a veces inútiles. Comentaban insidiosos que en cada uno de los casos que investigaba daba siempre la impresión de que el muerto fuera alguien de su familia, se tratara de un noble o de un pobre diablo.

Por otra parte, sus habilidades eran indiscutibles. Sin respetar el procedimiento ni atenerse a las normas de sus superiores, seguía unos caminos peculiares que lo conducían siempre al culpable. Se había corrido la voz de que el comisario Ricciardi hablaba directamente con el diablo y que este le sugería los pensamientos de los asesinos; con ello aumentaba el vacío a su alrededor, porque la superstición estaba arraigada en el alma de la ciudad. De su vida nadie sabía nada; tal vez no hubiera nada que saber. Vivía solo con su vieja tata, no se le conocían parientes ni amigos. Nada de mujeres ni de hombres, nadie se lo había encontrado nunca en un burdel ni en el teatro, jamás pasaba la velada fuera de casa. Inspiraba el recelo que inspira siempre quien no parece tener vicios y, por tanto, no puede tener virtudes.

Sus propios superiores, empezando por Angelo Garzo, el subjefe de policía, no ocultaban cierta incomodidad en presencia de un hombre que, pese a sus inmensas habilidades y competencias, carecía de ambiciones. Se decía que era riquísimo, un latifundista con tierras en lugares remotos, y que por ello no aspiraba a un sueldo mejor. Las investigaciones eran lo único que parecía interesarle.

Ahora bien, no demostraba satisfacción alguna cuando le echaba el guante al culpable. Se limitaba a mirar fijamente con sus inquietantes ojos transparentes, se daba media vuelta y seguía con lo suyo. Otro delito. Más sangre.

Ricciardi llegaba temprano al despacho, incluso cuando tenía guardia los domingos. En el largo paseo desde la via Santa Teresa hasta el final de la via Toledo encontraba menos gente, y eso no le disgustaba; la ciudad se despertaba despacio, con algún carrito de venta de fruta o leche que recorrían traqueteando la calle y los primeros cantos de las lavanderas en las fuentes ocultas de los barrios populares que cruzaba. En este terrible agosto, tras dos meses sin una gota de lluvia, resultaba agradable gozar del fresco sobrante de la noche durante el trayecto.

En la semipenumbra de los postigos entornados, sentado ante el escritorio, el comisario organizaba el día. Gestos mecánicos, burocracia, actas por redactar, la hoja del personal de servicio, muy escaso ese día. Debajo de la ventana la plaza todavía estaba desierta. Un borracho entonaba su canto ronco; a ese también le tocó el turno de guardia del domingo, pensó Ricciardi.

La puerta estaba entornada para crear una mínima corriente de aire. Unos haces de luz como cuchillas caían sobre la pared, debajo de los retratos oficiales del pequeño rey y del enorme jefe de gobierno. Una gaviota hizo de contrapunto al canto del borracho, y a Ricciardi le pareció sin duda más entonada. Miraba ociosamente por la rendija de la puerta hacia el tramo de pasillo que conducía a la escalera y alcanzaba a ver.

A pesar de la penumbra, los dos cadáveres se ofrecían nítidos a su vista. De pie, uno al lado del otro, unidos por toda la eternidad tras haberse apenas conocido en vida. Un monumento al guardia y al ladrón, pensó Ricciardi. Pero un monumento invisible... para casi todos.

Desde su silla, a varios metros de distancia, el comisario veía el boquete quemado en el costado de la cabeza del ladrón y el agujerito de entrada del proyectil en la sien del guardia, el hilillo de sangre y de masa cerebral que le bajaba por el cuello; y oía como un leve murmullo el último pensamiento de ambos. Vosotros no estáis de guardia, pensó con resentimiento. Estáis aquí todos los malditos días, envenenando el aire con el dolor inútil de vuestras jóvenes vidas desperdiciadas.

Apartó la vista y se levantó de la silla; el calor apretaba por momentos, en la calle empezaba a oírse algún motor de camino a la playa. Se acercó al calendario y arrancó la hoja del día anterior. Leyó la nueva fecha: domingo, 23 de agosto de 1931 - IX. Año noveno. De la nueva era. La era de las borlas en los sombreros y las botas pesadas, de las fotos a toda página en mangas de camisa, con el arado. Del entusiasmo y del optimismo. Del orden y de las ciudades limpias por decreto.

Ojalá bastara un decreto, pensó Ricciardi. Por desgracia, el mundo gira como lo hacía antes del año primero: los mismos delitos, las mismas pasiones corruptas. La misma sangre.

Lanzó una mirada al pasillo, oyó el murmullo de los pensamientos de los muertos. Fue a cerrar la puerta, como si con eso bastara para borrar la emoción del alma, como si las palabras llegaran a sus oídos y no a su corazón. Antes de lanzarla a la papelera, leyó otra vez la fecha en la hoja arrancada del calendario: año noveno. Sin embargo, desde mi primer agosto ardiente han pasado veinticinco. Se cumplen hoy, para ser exactos.

La baronesa Marta Ricciardi de Malomonte era una mujer menuda, elegante, silenciosa. En el pueblo de Cilento, dominado por el antiguo castillo, todos la apreciaban, pero de lejos; había algo extraño y distante en esos hermosos ojos verdes y tristes. Algo que inquietaba.

El destino no había sido especialmente benévolo con la esposa niña del barón, mucho mayor que ella, fallecido cuando el pequeño Luigi Alfredo tenía apenas tres años; ella no había querido regresar a la ciudad y participaba activamente en la vida del pueblo, ayudando a las familias más pobres, enseñando a leer y a escribir a los más pequeños para que ese hijo tan parecido a ella tuviera compañía. Pero la distancia social no era una buena premisa para establecer la amistad; por eso, Luigi Alfredo prefería pasar el tiempo con Rosa, la tata que vivía con ellos desde jovencita, y con Mario, el granjero que se ocupaba de la finca, un enamorado de Salgari que le contaba historias de tigres y guerreros. El niño soñaba despierto y reconstruía las historias jugando en el jardín del castillo. Rodeado de compañeros y enemigos imaginarios, combatía la soledad con la imaginación, blandiendo la espada que Mario le había hecho uniendo dos pedazos de madera en cruz.

El mundo de Luigi Alfredo se componía de realidad e imaginación a partes iguales; alimentaba la segunda con la primera, eligiendo los elementos más fascinantes para inventarse nuevas aventuras que vivir en las largas tardes solitarias. Su madre y los sirvientes se habían acostumbrado a oírlo murmurar en el jardín, incitando a tropas invisibles a la batalla y decapitando monstruos marinos de un limpio mandoble; por la noche, le tocaba a la rezongona Rosa curarle los arañazos de las rodillas y remendar las camisas rotas, antes de darle un rudo abrazo de consuelo.

Un día había entrado en la casa gritando y llorando a lágrima viva; le contó a su madre y a Rosa que había visto un hombre muerto que le hablaba. La tata lo había calmado y por la noche, con cara de perro, había preguntado a las doncellas cuál de ellas había cometido la tontería de contarle al niño el homicidio del jornalero que el invierno anterior había muerto a cuchilladas víctima de los celos; las mujeres protestaron y juraron que en presencia del señorito jamás habían mencionado «el

Asunto». Luigi Alfredo que, como siempre, escuchaba a escondidas debajo del alféizar de la ventana, definiría más tarde como «el Asunto» esa otra vista de la cual disponía, la capacidad de sentir el dolor suspendido en el aire tras una muerte violenta. Y de ver su procedencia.

Casi había olvidado aquel encuentro, la mañana de agosto en que su madre le ordenó que se vistiera porque iban a dar un paseo; tenía seis años y estar con ella era el mayor placer de su vida, aunque no le contara las bonitas historias que le contaba Mario, ni le diera los rudos abrazos que le daba Rosa. Lo miraba con sus enormes ojos verdes, le sonreía dulce y melancólica y le acariciaba la frente, echándole hacia atrás el mechón rebelde. Con eso a él le bastaba. Pero aquel día la expresión de su madre era diferente, la veía tensa, distante. Luigi Alfredo pensó que quizá no se sintiera bien, quizá tuviera una de sus habituales jaquecas.

Habían enfilado el camino que llevaba a las afueras del pueblo. Ahora, pese a los años transcurridos, Ricciardi recordaba aún el calor sofocante y el olor a estiércol y a campo, a medida que avanzaban dejando atrás las últimas casas. Le había preguntado a su madre adónde iban, pero ella le había estrechado la mano y no le había contestado. Él sudaba muy poco, aun así, el calor le quitaba todas las energías, tenía sed y no veía la hora de detenerse. La mujer seguía andando. Al cabo de casi una hora llegaron a una casa que parecía abandonada. La cancela de madera estaba abierta, la maleza y los rastros cubrían lo que en otros tiempos había sido un sendero. De la rama de un árbol frondoso, en el centro de la era, colgaban una cuerda y una tabla, un viejo columpio roto. Su madre se detuvo a unos metros del árbol; miraba a su alrededor ceñuda, titubeante. La amplia ala del sombrero blanco ocultaba su mirada, pero Luigi Alfredo percibía su inquietud. De pie, detrás del tronco, vio a una niña más o menos de su misma estatura; no se había fijado en ella porque la ocultaba la sombra, pensó. Se acercó sonriendo y le preguntó:

—¿Quieres jugar?

Su madre dio un respingo y se llevó la mano a la boca. La niña estaba pálida, el pelo sucio de tierra caía sobre un vestido de tela basta. En su recuerdo Ricciardi la vio real como veía el retrato de Mussolini colgado de la pared. La parte anterior del vestido era de otro color, parecía negra. Luigi Alfredo se acercó más para verla mejor: el vientre de la niña estaba desgarrado por los perdigones disparados a quemarropa. A través de la carne quemada y destrozada asomaba el blanco de las costillas. Mirándolo fijamente con los ojos apagados le dijo:

«¡Mamá, corra, han roto la cancela, corra!».

Luigi Alfredo retrocedió un paso, estupefacto. Se volvió para mirar a su madre al tiempo que señalaba a la niña.

—¡Madre, ayúdela! ¿No la oye?

Marta no se movía, parecía una estatua de piedra. Miró hacia el árbol y Ricciardi

se dio cuenta de que no veía a la niña, pero que oía algo. Entonces se volvió hacia la casa; él mismo habría ido a llamar a la madre de la niña. Avanzó unos metros; sentado junto a una piedra grande, vio a un muchacho. Le pareció que estaba durmiendo, pero cuando se acercó para despertarlo, notó que por la boca abierta le salía un gorgoteo, como de agua. Se le acercó un poco más y oyó que eran palabras:

«¡Papá, papá, los bandoleros, han venido los bandoleros, salga, salga!».

Por una abertura en la garganta manaba a borbotones un líquido negro y espumoso que no se detenía. Luigi Alfredo se echó a llorar sin darse cuenta. Caía sobre él un dolor sordo e infinito, a borbotones como la sangre del muchacho, y a cada borbotón se sentía más sucio y desesperado. De lejos tendió la mano hacia su madre, que seguía de pie, sin moverse, cerca del árbol con el columpio roto, la mano en la boca. Avanzó unos pasos hacia la casa. En el umbral de la puerta una mujer de rodillas, medio oculta por la sombra del interior, tendía la mano hacia el patio.

«¡Lucia, Gaeta, corred!».

El cuerpo de la mujer estaba cosido a puñaladas de la garganta hasta el vientre; el vestido hecho jirones dejaba al aire la decena de heridas que le habían provocado. En el suelo, entre las piernas, el gran charco de sangre iba en aumento. A sus espaldas el niño atisbo a un hombre, él también de rodillas; había perdido la mitad de la cara, borrada por un disparo de fusil a corta distancia. La otra mitad era la imagen del terror. Del ojo abierto de par en par descendían las lágrimas, de la boca deformada por una mueca salía un incesante balbuceo:

«Tened compasión, lleváoslo todo, llevaos a la pequeña y al muchacho, tened compasión...».

Luigi Alfredo notó una mano que lo agarraba del hombro y lanzó un grito, era su madre que se lo llevaba a rastras.

La miró y vio que lloraba como él.

—¿Qué has visto? ¿A cuántos, a cuántos has visto?

El niño levantó la manita y le enseñó cuatro dedos. Jamás olvidaría las palabras de su madre:

—Entonces los ves a todos. A todos. Estás maldito, pobre hijo mío. Maldito.

El mismo calor irrespirable envolvía a Ricciardi veinticinco años más tarde, en su despacho de la jefatura de policía. El policía pensó: ¿Y qué más podía hacer? Contagiado por el dolor, perdido en la corrupción de las pasiones, ¿qué más podía hacer? Quizá no sirva de nada, más que para poner remedio tardío a los sufrimientos.

Se había mantenido escrupulosamente alejado de las pasiones. Había mantenido todos los afectos alejados de su vida, porque era muy consciente de hasta qué punto el amor era capaz de destruir y corromper. Las tumbas de los cementerios están llenas de amor, pensó. Entonces lo mejor es estar solos y al amor verlo de lejos, lo más lejos

posible.

Sin embargo, desde hacía unos meses esa distancia se había reducido de un modo preocupante e imprevisto. Ricciardi abrió los postigos y dejó entrar el sol; el primer rayo iluminó los documentos por rellenar apilados encima del escritorio. Suspiró y se puso a escribir. Mejor trabajar; bendito sea el turno de guardia de los domingos.

Maldito sea el turno de guardia de los domingos, pensó con un bufido el sargento Raffaele Maione mientras bajaba de la piazza Concordia en dirección a la jefatura. Ya hacía un calor infernal, y apenas eran las ocho. Y maldito también el verano.

El sargento estaba furioso, aunque no debería estarlo. Pensaba, sin embargo, que tenía sus motivos. En realidad, vivía su mejor época de los últimos tres años, desde cuando su hijo Luca había muerto acuchillado por un atracador. Tan terrible suceso, además de destrozarle el corazón, había hecho que su esposa se alejara de él y de sus otros hijos para encerrarse en un dolor mudo sin consuelo.

Hasta que la última primavera se había producido el milagro, precisamente cuando estaba a punto de perder la esperanza de recuperar el encanto de su sonrisa. Recobraron la confianza y volvieron a ser como habían sido tanto tiempo atrás, y a los cincuenta años, Raffaele había tenido otra inesperada ocasión de ser feliz. En casa de los Maione se volvieron a oír las sonoras carcajadas de la madre y los hijos; el padre volvió a dejar afablemente que se mofaran de él; los domingos el aroma del legendario ragú de Lucia volvió a abrir el apetito y el corazón al optimismo. Entonces, ¿por qué el sargento se dirigía enfurecido a cubrir el turno de guardia del domingo? Y, sobre todo, ¿por qué motivo había elegido adrede ese turno en sustitución de un compañero que no daba crédito a sus oídos cuando Maione se lo había pedido?

Las cosas sucedieron así: una semana antes, Raffaele había salido de casa a dar un paseo del brazo de su hermosa mujer, seguido de sus cinco hijos. A pocos metros del portón de su casa pasaron delante de la verdulería de Ciruzzo Di Stasio, antiguo compañero de colegio del sargento y desde siempre proveedor oficial de la familia. El hombre se había acercado a ellos, se había quitado el sombrero y le había hecho un cumplido muy galante a la esposa de Maione.

—Doña Lucia, es usted un encanto. Tiene el cabello como el oro y los ojos del color del mar. Un día de estos le escribo una canción, ya sabe usted que me gusta cantar. No sé qué hace al lado de este oso. —Y había acariciado con afecto la chaqueta del uniforme del sargento, que a duras penas contenía la barriga prominente.

Lucia se había echado a reír y le había dado las gracias. A Maione no le había hecho ninguna gracia; sintió la punzada de los celos en el corazón. Pero no había querido que se le notara y se había mordido la lengua cuando Lucia había comentado que Ciruzzo se cuidaba, y con cincuenta años estaba delgado como un palo. Maione, que pesaba ciento veinte kilos, se había sentido todavía peor; en realidad, el comentario de Lucia estaba motivado más por la preocupación por la salud de su marido, cuyo padre había sido igual de corpulento y había fallecido joven de un

infarto.

A partir de ese momento, cada vez que comía algo, se acordaba de Ciruzzo y Lucia, y le entraba el malhumor. Por eso había decidido adelgazar, y de inmediato, para demostrarle a ese verdulero galante y paleta quién era el marido de la mujer más hermosa de los Quartieri Spagnoli. Y ahí estaba, blasfemando entre dientes mientras iba a trabajar en domingo por un motivo que no habría confesado ni siquiera bajo tortura: evitar el delicioso ragú de Lucia.

Entre los postigos entornados para mantener lejos el sol ya feroz, Lucia miraba a su marido mientras iba a la jefatura. En domingo. Precisamente cuando ella acababa de guisar el mejor ragú de la ciudad: nueve pedazos de distintas carnes, rehogados en manteca de cerdo y luego cocidos a fuego lento un día entero con tomates, cebolla y vino tinto. No era posible, conocía bien a su marido. Jamás habría renunciado al ragú. El motivo no podía ser más que uno: Raffaele rondaba a otra mujer.

Solo así podían explicarse los silencios y malestares de los últimos días, desde que habían salido a pasear con los chicos; era evidente, había conocido a otra y eso le había cambiado el humor.

Mientras mezclaba con la cuchara de madera el contenido de la cazuela de barro, recordó que su madre decía que el humor de la cocinera cambia el sabor de las comidas que prepara, y para cocinar hay que ser felices. Éste ragú me quedará amargo como la hiel, pensó.

Notó en el pecho la punzada de los celos. No iba a permitir que el destino le quitara otra vez a quien tanto quería. Mordiéndose el labio, Lucia se apartó de la ventana.

Enrica Colombo adoraba despertarse temprano los domingos y preparar lo necesario para la comida mientras su familia remoloneaba en la cama aprovechando el día festivo. Su carácter metódico necesitaba el orden y el orden exigía tiempo. Disponía encima de la mesa los ingredientes para el ragú y se preguntaba qué pensarían sus padres y hermanos si se hubiese puesto a cantar.

No era por el día festivo que acababa de empezar, puesto que hacía un calor tremendo ya de buena mañana, ni por el paseo que darían por la Villa Nazionale donde, como de costumbre, el padre compraría avellanas para los más pequeños. El motivo era otro.

Enrica tenía veinticuatro años y nunca había tenido novio. No podía decirse que fuera hermosísima, pero tampoco fea, pues estaba dotada de una gracia y una gentileza muy femeninas y de unos rasgos muy delicados. Tal vez era demasiado alta y poco propensa a dar confianza a los desconocidos; detrás de las gafas de carey los

ojos sabían cómo helar a quien tratara incautamente de reducir la distancia que imponía a los extraños. Ésa actitud era fuente de gran preocupación para sus padres, que temían que su primogénita se quedara para vestir santos; su hermana menor ya llevaba casada dos años y Enrica no se mostraba siquiera dispuesta a conocer a nadie. Había tenido algunos pretendientes, pero los había desanimado al rechazar con firme cortesía sus invitaciones.

En realidad, a Enrica no le faltaba interés por el tema. Sencillamente esperaba. Esperaba que el hombre del que se había ido enamorando en las largas noches ventosas de invierno y en las dulces noches perfumadas por las flores primaverales, se pronunciara de algún modo.

Tras un año había tenido ocasión de hablar con él. Claro que las circunstancias no habían sido las que ella había imaginado; había descubierto que el hombre de sus sueños era un comisario de policía cuando fue interrogada a raíz del homicidio de una cartomántica a la que había consultado en un par de ocasiones. El interrogatorio no había sido cordial, él no había abierto la boca y ella estaba furiosa por haber acudido al encuentro desprevenida; pero al menos se había roto el hielo y ahora, cuando por la noche se sentaba a bordar junto a la ventana de la cocina, al verlo le hacía una señal inclinando levemente la cabeza, y él le respondía saludándola tímidamente con la mano. Podía parecer poco, pero para ella era muchísimo.

Ahora debía esperar a que el comisario Luigi Alfredo Ricciardi, así se llamaba, encontrara el medio para conocer a su padre y solicitarle permiso para visitarla. Haría falta tiempo, pero seguramente acabaría haciéndolo; de lo contrario, ¿por qué todas las noches, puntualmente, entre las nueve y las nueve y media, se asomaba a la ventana para verla bordar? Solo era cuestión de tiempo.

Pero Enrica Colombo tenía un carácter apacible y decidido. Y sabía esperar.

Livia Lucani, viuda de Vezzi, consideraba que ya había esperado bastante. Por ese motivo se encontraba en la estación de Roma, aguardando el tren expreso a Nápoles, para tomarse unas largas vacaciones. Obviamente no había elegido ese destino por casualidad; y obviamente había provocado perplejidad en amigos y parientes hasta el punto de convertirse en el tema preferido de los chismorreos que circulaban en la alta sociedad de la capital.

Livia Vezzi era todo un personaje, no había más que verla: era muy hermosa, morena y felina, con una figura sinuosa y rasgos regulares adornados por un hoyuelo en la barbilla y una sonrisa deslumbrante. Había sido la esposa de Arnaldo Vezzi, el tenor más famoso del país, un genio absoluto, protagonista de las crónicas mundanas durante una década; ella misma había sido una cantante de ópera con una preciosa voz de contralto y una buena carrera que interrumpió al contraer matrimonio. Su marido había tenido muchas amantes antes de acabar asesinado, cuatro meses antes,

en su camerino del teatro San Carlo de Nápoles. Livia también había tenido algunos escarceos amorosos que no dejaron más rastro en su corazón que una mayor soledad. En cuanto a su matrimonio, Livia ni siquiera lograba recordar la última vez que había sido feliz.

Tras enviudar había recibido muchas propuestas; no solo los atraía por su belleza, sino por su posición económica y social. No eran muchas las mujeres que podían incluir entre sus amistades a la hija del Duce, que la invitaba siempre, sin falta, a sus recepciones. Sin embargo, ella no parecía dispuesta a iniciar nuevas relaciones; se mostraba serena y alegre pero los mantenía a todos a distancia. Se comentaba que tenía otras cosas en la cabeza.

Indiferente a los dos hombres que intentaban hablar con ella en la sala de espera de la estación, la mujer reconocía para sus adentros que lo que se decía era cierto: tenía otras cosas en la cabeza. Y lo que tenía en la cabeza era el recuerdo de unos extraordinarios ojos verdes, cuya mirada se había cruzado con la de ella en un momento completamente inadecuado, en el curso de la investigación por la muerte de su marido.

Unos ojos que se habían mostrado insensibles a sus encantos, algo a lo que ella no estaba acostumbrada; sin embargo, no era un simple capricho lo que la llevaba a subirse a un tren hacia la ciudad de las luces cegadoras y las sombras profundas. A sus amigas, ansiosas por saber si el propósito en apariencia macabro de regresar de vacaciones precisamente al lugar donde habían asesinado a su marido ocultaba una historia de amor, les había dicho que su decisión respondía al deseo de exorcizar el fantasma de Arnaldo de una vez para siempre; la verdad era que quería saber qué escondía la inquietud de sus sueños. Y para saberlo debía volver a ver esos ojos.

Contemplando el tren expreso que hacía su entrada en la estación, tras sonreír levemente a los dos hombres que se habían ofrecido a llevarle las maletas, pensó que ya había esperado bastante para comprenderse a sí misma.

Demasiado incluso.

La puerta del despacho de Ricciardi se abrió y asomó la cara sudorosa del sargento Maione.

—Buenos días y buen domingo, comisario. ¿Usted también está entre los afortunados que tienen que trabajar?

Ricciardi esbozó una sonrisa.

—Hola, Maione. Pasa, pasa. ¿Qué tal se presenta el día?

Maione entró secándose la frente con el pañuelo y se dejó caer en una silla.

—Como ayer, comisario. Caluroso, muy caluroso. No hay quien respire y eso que la mañana acaba de empezar como quien dice. No he pegado ojo en toda la noche, todo el rato vuelta para aquí y vuelta para allá, como un bistec. Al final tuve que salir a sentarme en el balcón para ver si al menos allí me daba algo de brisa. Pero nada, no hubo manera. Despierto estaba y despierto me mantuve. ¿Puede usted creer, comisario, que no veía la hora de que amaneciera para levantarme y venir a trabajar?

Ricciardi sacudía la cabeza.

—No entiendo por qué te empeñas en venir los domingos. Tienes una hermosa familia, y a lo mejor hoy, tu mujer ha preparado ragú. ¿No te convenía quedarte en casa con tus hijos?

La cara de Maione se contrajo en una mueca.

—Dottore, no me hable de comida. Tengo decidido que voy a adelgazar, por narices, la chaqueta del uniforme ya no me cierra y, fíjese, he tenido que ponerme la de invierno y estoy que me desmayo del calor. Para que lo sepa, justamente porque Lucia ha preparado ragú he pedido cubrir el turno de guardia del domingo. Si no, ya sé lo que pasa, no resisto y me zampo tres platos. No, no, estoy mejor aquí. Total, debería ser un día tranquilo, ¿no cree? ¿Quién se pone a hacer nada malo con el calor que hace?

Ricciardi se levantó de su escritorio y se asomó a la ventana con las manos en los bolsillos.

—No sé. Nunca se sabe. La gente es rara. Las pasiones encuentran energía en los momentos más inesperados. El calor hace enloquecer, vuelve intolerantes a las personas; las cosas que soportarías en invierno o en primavera, en verano te sacan de quicio. Créeme, en esta estación ocurren los hechos más absurdos.

Maione observaba enternecido la espalda de Ricciardi. Era el único en toda la jefatura, y sospechaba que en toda la ciudad, que apreciaba al comisario. Le gustaba la manera en que Ricciardi hacía suyo el dolor de las víctimas y sus familiares, y cómo sabía comprender los motivos de ciertos delitos, aunque no los justificara, y cómo participaba en el tormento de los culpables.

A veces se había preocupado por la soledad del comisario y por el sufrimiento

que percibía como perenne trasfondo de su vida. Lo había comentado incluso con Lucia, que, sonriendo enigmática, le había dicho que todas las frutas maduran a su debido tiempo. A saber lo que habría querido decir.

Lo que estaba claro, pensó, era que de Ricciardi se podía decir cualquier cosa, menos que fuera optimista.

—¿Qué quiere que le diga, comisario? Ojalá que hoy no se irrite nadie. Que en lugar de matarse o emprenderla a puñetazos se vayan a dar un buen baño a la playa de Mergellina, y a comerse un plato de pasta, malditos los que pueden comérselo, y que después se duerman al sol. Así a nosotros nos dejan tranquilos, que somos cuatro gatos y estamos obligados a estar aquí sudando la gota gorda.

No acababa de pronunciar la frase cuando llamaron a la puerta. Por el resquicio asomó la nariz aguileña de Ardisio, que estaba de guardia en la centralita.

—Comisario, sargento, disculpen. Hemos recibido una llamada de Santa Maria la Nova, han encontrado un cadáver.

Maione se levantó de la silla con cara de desaliento.

—Imagínate si iban a dejarnos tranquilos. Y menos, comisario, si uno llama las desgracias...

Ricciardi ya se había puesto la chaqueta.

—Déjate de gracias y tratemos de no ser supersticiosos, al menos aquí dentro. Ardisio, manda llamar a un fotógrafo y al médico forense, averigua si está el doctor Modo, dale la dirección y dile que se reúna allí con nosotros. Maione, llama a dos guardias. ¿Quién está de servicio?

El sol ya estaba alto y no hacía prisioneros. La parte de la piazza del Municipio donde las copas de las encinas no proyectaban su sombra aparecía desierta, salvo por algún que otro automóvil que pasaba raudo. Los raros viandantes buscaban la sombra de los edificios, como el teatro Mercadante o el hotel de Londres, aun a riesgo de tener que dar un rodeo de doscientos metros. Desde el puerto no llegaba más ruido que el tranquilo chapoteo del mar.

Como de costumbre, a causa de la crónica falta de medios motorizados, la brigada móvil se desplazaba a pie. Por otra parte, la meta no estaba lejos y, además, según los datos anotados por Ardisio, lo que debía suceder ya había sucedido y nada podía hacerse al respecto. Ricciardi sabía de sobra que no había muchas esperanzas de conservar intacta la escena del crimen, a menos que uno se encontrara ya en el lugar; en una ciudad donde todos vivían fisgando en los asuntos ajenos, nadie iba a reconocer haber visto nada, pero cada cual trataría de echar una mano cambiando los objetos de sitio, recogiendo pruebas, manipulando cadáveres. Más valía acercarse con tranquilidad y aplomo, para reunir la mayor información posible según el procedimiento característico impuesto por Ricciardi.

Para llegar a la piazza Santa Maria la Nova convenía recorrer la via Emanuele Filiberto di Savoia, a la que el pueblo que no leía las nuevas placas de mármol seguía llamando via Medina, su nombre desde hacía siglos. La parte en sombra bordeaba antiguos y nobles edificios detrás de los cuales partía una maraña de calles que llevaban al mar. Los habitantes de esas callejuelas, oscuras incluso en pleno día, no estaban censados, no sabían leer ni escribir, y vivían una existencia de ratas, siguiendo unos códigos que la ley desconocía. Al paso de la brigada encabezada por Ricciardi y formada por el jadeante Maione y los dos guardias Camarda y Cesarano se atisbaban unas sombras que se movían frenéticas en los estrechos espacios entre los edificios para ocultar los trapicheos en curso.

El otro lado de la calle, bañado por el sol, estaba desierto. O casi. Ricciardi vio la imagen de un muerto, de pie delante de un portón. Recordaba el caso: habían encontrado el cadáver una mañana, hacía un par de meses; la víctima había muerto a patadas y puñetazos y por los golpes asestados con un elemento contundente, quizá un bastón. El asesino, o más probablemente, los asesinos se habían ensañado. Por increíble que pareciera, o tal vez no tanto dados los tiempos que corrían, la familia no había presentado denuncia aduciendo que se había tratado de una caída; como si fuera posible que alguien que se cae mientras va andando pudiera partirse la frente por la mitad como una sandía. Pero, como había dicho el subjefe de policía al ordenar el archivo del caso, si dos familiares, un hermano y un primo, habían estado presentes y lo declaraban de ese modo, no había nada más que investigar. Cimmino, el viejo colega de Ricciardi encargado de seguir el caso, se había ceñido encantado a las indicaciones de Angelo Garzo, ya fuera por complacerlo o porque el muerto, un desempleado, tenía fama de activista contra el régimen.

Ahora, mientras caminaban deprisa envueltos en el velo de calor que hacía reverberar las fachadas de los edificios, Ricciardi lo veía quieto y vivido, la cara hinchada de hematomas, la frente partida de la que la sangre manaba sobre los ojos, los dientes rotos. De la boca, una raja negra en mitad de la cara, salía repetida hasta el infinito una frase sorprendentemente clara:

«Bufones payasos, no sois más que cuatro bufones payasos. Cuatro contra uno, vergüenza debería daros, bufones payasos».

Llegaron a su destino precisamente cuando la campana de la iglesia convocaba a los fieles a misa de nueve. Desperdigados por la placita se veían los restos de la fiesta celebrada la noche anterior; en el centro había un montón de leña quemada y papeles por todas partes. Ricciardi miró a Maione con aire interrogante y este último le reveló:

—La fiesta de Santa Maria Reina, comisario. Una tradición, es el mes de las fiestas. Mire, mire, la de cucuruchos que se zamparon estos desgraciados...

Precisamente delante de la iglesia estaba el portón de una antigua finca solariega.

Estaba claro que el crimen se había producido allí: se deducía por la muchedumbre murmurante que, como era habitual, se había ido reuniendo a la espera de noticias. La campana seguía tocando pero nadie iba hacia la iglesia. En el fondo, la misa se celebraba todos los domingos, pero un asesinato era algo más raro. Quizá.

La llegada de la policía produjo entre el gentío una mezcla de estremecimiento incómodo y curiosidad; todos tenían ganas de ver qué iba a pasar, todos tenían algo que ocultar. Maione se puso a la cabeza del grupo y se abrió paso a manotazos.

El portón estaba parcialmente cerrado. En el umbral, cual pantalla contra las miradas curiosas, estaba apostado un hombre de librea. En cuanto vio llegar a Maione, lo recibió con alivio.

—Por fin, por fin, pasen ustedes, por favor, aquí es donde ocurrió la desgracia.

La voz era chillona, casi femenina; en medio de la muchedumbre un muchacho lo imitó y se oyeron risas. El hombre no pareció darse cuenta; sudaba copiosamente debajo del sombrero demasiado grande, que llevaba calado casi hasta la enorme nariz. Estaba conmocionado. Maione le dijo:

—¿Y usted quién es?

El hombre se puso en posición de firmes y amagó un saludo militar que en otra ocasión habría resultado cómico.

—Giuseppe Sciarra, para servirlo, sargento, vigilante del edificio al servicio de los señores duques Musso de Camparino.

El efecto de la pomposa presentación quedó deslucido por la ridícula vocecita, imitada una vez más, sin pérdida de tiempo, por el anónimo émulo oculto entre el gentío que arrancó otra carcajada, esta vez más coral. Maione se dio la vuelta con cara de perro.

—¿Qué? ¿Nos divertimos? Vamos a ver quién quiere venir a la jefatura a hacernos reír. Camarda, apunta unos cuantos nombres y apellidos por aquí, yo también tengo muchas ganas de reírme. Y soy de los que ríen cuando ven llorar.

Se hizo un silencio preocupado y alguien se alejó unos cuantos metros. Ricciardi se dirigió al hombrecillo.

—Soy el comisario Ricciardi. Déjenos pasar.

Sciarra se quitó el sombrero, dejando al descubierto el cabello ralo, lo que en cierto modo hizo más evidente que la nariz le llenaba toda la cara.

—Pase, comisario, por favor; en el patio encontrará a mi mujer, la criada, y al ama de llaves que los acompañará hasta..., hasta donde ha ocurrido todo. Yo me quedo a vigilar que no entre nadie.

Ricciardi quería tener delante a cuantos pudieran ofrecer información.

—Acompañenos usted también. No se preocupe, los guardias se quedarán junto al portón.

El hombrecillo hizo una mueca; de mil amores hubiera evitado volver a acercarse

a lo que debía ser un espectáculo desagradable.

—A sus órdenes, comisario. Si no le importa, voy yo delante y le indico el camino.

Agua. Con este calor bestial las plantas necesitan mucha agua. El trabajo de todo un año, los cuidados y la dedicación pueden irse al garete si en estos días crueles no se riega con abundante agua. El sol, tan necesario en las demás estaciones, se convierte en el peor enemigo: absorbe las energías de las hojas como de los músculos de las personas.

Y vosotras, mis pequeñas y dulces amigas, no podéis pedir ayuda. Sin mí os moriríais agostadas, reseca, con las ramas tendidas al cielo clamando el alivio de una gota de lluvia. Con hoy ya son setenta y seis días sin llover. Setenta y seis días que vuestra vida está en mis manos, hoja por hoja, pimpollo por pimpollo.

Os tengo que regar con abundante agua, y lo hago por la mañana, antes de que el sol esté alto y comience a recorrer la terraza en busca de humedad que secar. Me gustaría dormir, incluso quedarme tumbado en la cama con los ojos abiertos y pensar. Recordar. Hacer proyectos, tal vez irrealizables. Pero os amo, mis silenciosas y queridas amigas, y el amor, lo saben todos, es sacrificio. Por eso me levanto, busco el cubo y, viaje tras viaje a la fuente, os regalo otro día de vida. No podéis moveros, vuestro lugar está en esta terraza. Yo que puedo, tomo la vida y os la regalo.

Es bonito ver cómo me lo agradecéis, con nuevos perfumes y nuevas flores. Vosotras también regaláis vida, mira cuántos insectos, qué fiesta de zumbidos puebla el aire. Es este el milagro, la vida que se multiplica, que se divide en mil partes. Cada cual en su lugar, cada cual cumpliendo con su papel.

Es maravilloso dar vida. Se es Dios. Y también se es Dios quitándola.

Tras ordenar a Camarda y Cesarano que se quedaran en el portón y no dejaran entrar ni salir a nadie, Ricciardi y Maione siguieron al diminuto vigilante hasta el patio. Además de la estatura, la voz chillona y la nariz inmensa, también sus andares eran ridículos: los pasos breves eran elásticos, como saltitos interrumpidos; el uniforme ancho le hacía arrugas en la espalda y, con cada movimiento, el sombrero se ladeaba y él lo enderezaba con ambas manos, las puntas de los dedos asomadas al final de las mangas demasiado largas.

El patio no parecía tan amplio como el de los otros edificios nobles que Ricciardi había visto; después se notaba que el espacio quedaba reducido por un gran parterre en el centro, lleno de hortensias. Al notar que los policías observaban las flores, Sciarra dijo sin aminorar el paso:

—Qué flores tan hermosas, ¿verdad? El hijo del duque está obsesionado..., quiero decir, al señorito le gustan mucho y se ocupa de que haya flores todo el año.

Ricciardi echó un vistazo a su alrededor, dejando para más tarde una inspección más profunda, se fijó en cuatro grandes columnas en las esquinas del patio que, en

caso necesario, podían ofrecer sombra y protección. A un proveedor acalorado, por ejemplo. O a un asesino.

Justo enfrente del portón, al otro lado del patio, comenzaba una amplia escalinata. A la derecha, nada más cruzar la entrada, había un cuartito estrecho sin puerta con una silla y una mesita. Maione le preguntó al vigilante:

—¿Se queda usted ahí cuando está de servicio?

—Sí, sargento, ahí mismo. Cuando el portón está abierto, yo me quedo ahí todo el tiempo.

Dos mujeres se acercaron al pie de la escalinata: una era inmensa, alta y ancha, con un delantal blanco sobre una bata azul, el cabello recogido en un moño en la nuca. La cara pálida, una mancha roja en el cuello, se estrujaba las manos; estaba visiblemente conmocionada. La otra, más joven, delgada y angulosa, vestía una camisola negra de criada; lloraba a moco tendido y se secaba continuamente los ojos con un pañuelo sucio.

—Ésta es la señora Concetta, el ama de llaves —los presentó Sciarra tendiendo la manga colgante hacia la mujerona—, y ella es Mariuccia, mi mujer, es la sirvienta.

Maione se tocó el sombrero.

—Sargento Maione, de la jefatura de policía. El comisario Ricciardi, al mando de la brigada. Concetta, ¿y el apellido?

La mujerona contestó con un susurro. Le habían enseñado que en el palacio debía hablar en voz baja y, a pesar de su desconsuelo, no conseguía hacer otra cosa.

—Concetta Sivo, para servirle. Como le ha dicho Peppino, soy el ama de llaves del palacio. La señora duquesa..., la he encontrado yo, en una palabra, he visto la... la desgracia.

Al oír al ama de llaves, la criada estalló otra vez en sollozos. Su marido le tocó el brazo, como para sostenerla. Ricciardi intervino.

—Permanezcan los tres disponibles, les recomiendo que no se alejen del palacio bajo ningún concepto. Por cierto, además del portón, ¿hay alguna otra salida? Puertas de servicio, sótanos, en fin, otras aberturas.

—No, no, comisario, no hay más salidas. O pasas por el portón o te quedas dentro. A menos que te lances por la ventana, pero la más baja está a seis metros del suelo.

Ricciardi levantó la vista hacia la escalera. Suspiró imperceptiblemente.

—Subamos. Señora Sivo, enséñenos lo que ha encontrado.

En verano el seto de jazmines está maravilloso. No es solo por el perfume, que no me cansaría nunca de aspirar, dulce y ligero, te queda impregnado en la nariz incluso una hora después de haberlo olido. También por el color, ese verde intenso salpicado de blanco, las hojitas puntiagudas. Me gusta que sea frondoso, me gusta que cubra la

vista de la terraza, de manera que desde fuera, incluso desde el campanario de la iglesia de enfrente, de este espacio y de la casa se vea una imagen verde y con flores. Que se pueda pensar que es un lugar bonito. Sin dolor. Que no se note que, por el contrario, está lleno de muerte.

Después del primer tramo de escaleras, a la derecha, había una verja para impedir el acceso a la planta noble y detrás una puerta abierta de par en par. La verja estaba entornada y de una de sus hojas colgaba una gruesa cadena abierta, con un candado cerrado en el extremo.

La escalera continuaba a la izquierda. Ricciardi preguntó:

—¿Adónde lleva la escalera? ¿Qué hay arriba?

El ama de llaves contestó con un bisbiseo:

—Primero vienen nuestras habitaciones, la mía, la del vigilante y la criada con sus hijos, cuatro niños. Más arriba está el apartamento del señorito, el hijo del duque.

—¿Quién vive en esta planta?

—Aquí viven solamente los duques. El duque está muy enfermo y guarda cama. Su alcoba está al fondo, al otro lado del palacio. Pero la alcoba de la duquesa está de este lado.

En el rellano había sombra pero hacía muchísimo calor. Las campanas habían dejado de tocar por fin; el silencio era interrumpido únicamente por una voz de mujer que cantaba a lo lejos. Ricciardi preguntó:

—¿Dónde encontró el cadáver?

Al oír la palabra «cadáver», la mujer de Sciarra sollozó con más fuerza detrás del pañuelo. Su marido le rodeaba los hombros con el brazo, el sombrero inclinado sobre la frente. El ama de llaves contestó:

—Aquí mismo, en la primera alcoba. En realidad, en el gabinete. En el sofá.

—¿Tocó algo? ¿Está todo como lo encontró?

La mujer frunció la frente.

—No, me parece que no. Es decir, toqué a la duquesa, la llamé. Después llamé a Mariuccia, Mariuccia llamó a Peppino. Tratamos de despertarla, después vimos..., nos dimos cuenta..., en fin, entre usted y verá lo que vimos.

Ricciardi miró hacia la puerta entornada. Una cosa era encontrarse frente al Asunto por casualidad, mientras caminabas por la calle o pasabas por donde se había producido un accidente; y otra muy distinta era ir en su busca. Para él el verdadero sacrificio era cargar con todo el dolor, dejar que el último y terrible estremecimiento de la vida que se acababa rodara hacia él y lo atravesara como una niebla ensangrentada.

Le hizo una señal a Maione con la cabeza; el sargento estaba acostumbrado al método de trabajo del comisario, siempre el mismo. Entraba solo en el lugar del delito, se quedaba unos minutos y luego salía. Sencillo. Por su parte, él debía

quedarse en la puerta y vigilar que nadie entrara.

Por nada del mundo hubiera querido ser el primero en entrar en el lugar de un delito junto con el comisario. Maione, el sargento corpulento que no temía a nada y sentía aprecio por su superior, no habría tenido estómago. Eso era todo.

Al final del pasillo, tendido en el lecho en el que sin duda moriría al cabo de poco tiempo, Matteo Musso, duque de Camparino, escuchaba el silencio interrumpido únicamente por su estertor. No era normal que en domingo reinara tanta paz. Por los postigos cerrados deberían haberse colado las risas de los niños que jugaban en la plaza, las conversaciones de las comadres al salir de misa, los gritos de los vendedores de *spasso*, la mezcla de nueces, avellanas y altramuces que, tras la comida, llevaría regocijo a las mesas.

En una palabra, debería haberse oído el ruido de la vida. Ésa misma vida que lo estaba abandonando. En su lugar, este silencio.

Y la soledad, naturalmente. Pero a esa estaba acostumbrado. Exceptuada la enfermera que iba dos veces al día a ponerle esas inyecciones inútiles, como si se pudiera detener a la muerte y no solo darle largas.

Qué silencio, pensó Matteo. Un silencio de muerte. Bien mirado, quizá la muerte había entrado en casa antes de tiempo. Quizá pasó por otra puerta, esa que nadie se esperaba.

Respirando afanosamente, el viejo duque esbozó una sonrisa obscena.

Detrás de la puerta había una auténtica habitación, más que un gabinete, como había dicho el ama de llaves. Estaba en penumbra, los postigos cerrados, como para favorecer el sueño; pero la figura que se atisbaba en el sofá no dormía.

Ricciardi avanzó tras entornar la puerta a sus espaldas. Veía las siluetas de los muebles, las sillas, un escritorio. Cuadros en las paredes, una mullida alfombra bajo los pies. Olía. A lavanda, a un perfume dulzón, una casa limpiísima. Pero también a cordita: en esa habitación habían disparado un arma de fuego. Quizá una sola vez, el olor no dominaba. Olía a algo más, a sangre. Sangre coagulada, con ese aroma característico a hierro oxidado.

El comisario observó el perfil del cadáver, que después examinaría mejor a la luz. Reparó en la dirección de la cara, consciente de que el Asunto le impondría su imagen en el lugar donde se había posado por última vez la mirada de la víctima; aquella era la extraña física de su poder, una regla hecha para ser desobedecida. Pero no en esa ocasión. Exactamente en el rincón opuesto al sofá donde estaba tumbada la muerta, perfectamente visible a los ojos de la mente de Ricciardi a pesar de la oscuridad, la duquesa Musso de Camparino seguía repitiendo su último pensamiento.

Había sido una mujer muy hermosa; la muerte no conseguía ocultar su altura, las formas generosas enfundadas en un traje de noche de seda negra. Debía de tener unos cuarenta y pocos años, pero llevados con el orgullo de la riqueza y la seguridad de los propios medios. La imagen, firme y soberbia, miraba fijamente al frente. Ricciardi no percibía las emociones más frecuentes, miedo, rabia, horror. Más bien sentía sorpresa, casi curiosidad: la mujer no pensó que iba a morir hasta el final.

Sin embargo, estaba muerta; para ser más exactos, la habían asesinado. En medio de la frente, limpio y perfecto, encima de los ojos entornados, resaltaba el agujero de entrada de un proyectil. La cara enrojecida, la lengua negra asomando entre los labios. Sus rasgos eran regulares, los pómulos altos, los ojos oscuros, la boca de dientes grandes y blanquísimos.

Como siempre, el comisario centró la atención en lo que el alma de la duquesa de Camparino tenía que decirle, en el mensaje que dejaba; en la parte del pensamiento que la muerte había interrumpido, en el hilo cortado.

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

Como una plegaria, murmurada hasta el infinito, repetida hasta que se hubiese disuelto en el aire junto con el simulacro de boca que la pronunciaba. Una frase simple, clara como si hubiese sido aullada en el silencio.

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

Ricciardi no necesitaba memorizar, oíría aquellas palabras y padecería el sufrimiento que encerraban muchas veces más. Con la cabeza gacha fue a abrir los

postigos y dejó que entrara el sol despiadado.

Maione se había quedado fuera, sudando, con el matrimonio Sciarra y el ama de llaves. Por las escaleras llegaron riendo un niño y una niña que empuñaba dos enormes pedazos de pan. Ante aquel panorama, el amor que el sargento sentía habitualmente por los pequeños se vio sometido a una dura prueba. Con tono firme, Sciarra los mandó callar a los dos y detuvo su carrera agarrándolos por la nuca como dos cachorros. El niño protestó:

—Padre, que Lisetta ha cogido también mi pan, dígaselo usted...

El vigilante arrancó uno de los trozos de pan de la mano de su hija y se lo dio al niño. La niña lloriqueó:

—¡Padre, que Totonno se ha comido mi queso, yo le di mi queso a cambio de su pan y ahora también quiere comérselo!

Sciarra les dio una colleja a cada uno y los amenazó:

—Si no dejáis de pelear os quedáis sin pan los dos y se lo doy al sargento, que veis aquí, que se lo comerá todo. ¡Ahora meteos en casa y no salgáis!

Maione deseó que siguieran peleando y que, por meros motivos educativos, que quede claro, él se viera obligado a comerse los dos trozos de pan. Quizá, para que le bajaran mejor, untados en salsa de tomate. Pero los niños, temerosos, salieron disparados escaleras arriba cada cual con su preciado mendrugo. El sargento suspiró.

—Hermosos. ¿Son suyos?

—Sí, sargento, mis dos cruces. Las otras dos, el niño mayor y la más pequeña, están arriba. Pero estos son los más diablos.

Mariuccia hizo ademán de seguir a sus hijos, pero Maione la detuvo levantando la mano.

—No, señora, tiene que esperar aquí hasta que el comisario diga que puede retirarse. Mientras tanto, cuéntenme cómo está dividido el apartamento de los duques. ¿Hay habitaciones personales, habitaciones comunes, y cuántas son?

El ama de llaves adoptó un aire que a Maione le pareció extrañamente defensivo.

—Verá, sargento, los tres tienen sus propias habitaciones y no se ven demasiado.

Sciarra hizo una mueca y arrugó la nariz enorme.

—Si es por eso, no se ven casi nunca. El duque está en cama y no se puede levantar, el señorito Ettore siempre está en la terraza con sus flores y sus plantas, y la duquesa...

Concetta lo fulminó con la mirada.

—Lo mejor sería que cada cual estuviera en su lugar, eso sería lo mejor. Usted, no hay manera de que aprenda que nosotros estamos aquí para servir y que lo que hagan los duques no es asunto nuestro.

—¿Por qué, doña Concetta, qué he dicho de malo? Yo solo quería decir que cada

cual hace su vida, contestaba a la pregunta del sargento, para que sepa que hay habitaciones comunes, pero que no se usan.

Intervino Mariuccia que no había dejado de llorar tapándose con el pañuelo.

—Es cierto, no entra nadie, pero a la duquesa le gusta tenerlo todo bien limpio, lo revisa y si encuentra algo fuera de sitio enseguida me llama y me pone a caer de un burro. Quiero decir, me ponía. Ahora ya no me pondrá más a caer de un burro... —Y volvió a sollozar desesperada.

—Vamos a ver —intervino su marido—, eres tonta, ni que te disgustara que no pueda reprenderte más la pobre duquesa.

Una vez más, Concetta consideró necesario aclarar las ideas de Peppino.

—Es usted el que no entiende que ahora, con la muerte de la duquesa, la organización de la casa puede cambiar y es posible que prescindan de nosotros y nos encontremos en la calle.

Sciarra se encogió de hombros.

—Pero que no, que no. Es más, el señorito y el duque ahora nos van a necesitar más. ¿Quién si no se ocupará de mantener en funcionamiento este pedazo de casa?

Maione asistía al intercambio de comentarios en apariencia distraído, pero en realidad no perdía detalle. Comprendió que en el edificio no vivía una sola familia sino cinco núcleos distintos, los Sciarra, Concetta y luego los tres duques que se trataban lo mínimo indispensable. Anotó mentalmente el detalle para comentárselo a Ricciardi en el preciso instante en que el comisario volvía a aparecer por la puerta y le pedía que entrara.

El sol había invadido el gabinete, y la temperatura subía notablemente. Ricciardi y Maione observaron los cortinajes, los cuadros, los muebles. Sus miradas expertas captaron la abundante presencia de objetos de plata, pinturas de gran valor, dos jarrones chinos y una estatuilla antigua de bronce; no se había producido ningún robo, en todo caso, quizá hubo un intento que se había visto interrumpido y, obviamente, no había tenido éxito. No encontraron signos de forcejeos, no había nada roto ni volcado. El único signo visible de lo ocurrido era un cojín cuadrado en el suelo, a los pies del cadáver, en uno de cuyos lados se veía un agujero. Ricciardi no le dio la vuelta, no quería alterar nada hasta que llegara el fotógrafo, pero estaba dispuesto a jurar que, del otro lado, el tejido presentaría señales evidentes de quemaduras, las que no veía alrededor del agujero en la frente de la muerta. El asesino había disparado a través del cojín.

Si no contemplabas su cara, la duquesa podría muy bien parecer dormida; blandamente abandonada en el sofá, solo a medias tendida, las piernas estiradas y las manos en el regazo. Ricciardi se acercó y notó que en la mano izquierda no llevaba anillos, pero que tenía marcas de haberlos usado en los dedos medio y anular. El

medio hasta parecía roto o dislocado, aunque no creyó notar hematomas. Había que esperar al médico forense y al fotógrafo antes de mover el cadáver; la causa de la muerte parecía incluso demasiado evidente: el agujero del proyectil en la frente, entre los ojos entornados.

Resoplando y cada vez más sudado, Maione se había agachado junto al sofá y trataba de mirar debajo.

—¿Dónde estás, dónde te has metido, maldito...? Ah, por fin te encuentro. Comisario, he encontrado el casquillo, está debajo del sofá, tal como imaginaba.

—Muy bien, Raffaele. Pero no lo toques; esperemos al fotógrafo. Y mientras esperamos, haz pasar al ama de llaves, a ver qué nos cuenta.

Concetta Sivo entró en el cuarto, silenciosa y paquidérmica. Lanzó una mirada fugaz al cadáver de la duquesa y enseguida apartó la vista, se puso pálida pero no modificó la expresión impasible. De pie, con las manos en los bolsillos, Ricciardi no dijo palabra y la vio sudar durante un largo instante, buscando otras señales de incomodidad que no encontró.

—Veamos, señora. Cuénteme cómo descubrió el cadáver de la duquesa.

—Me levanto temprano, a eso de las seis. Cuando no tengo que ir al mercado o a hacer otros recados fuera, como hoy, que es domingo, me entretengo un rato en mi habitación. En fin, que ordeno mis cosas. Después voy a la primera misa, la de las siete.

—De manera que también esta mañana salió usted a las siete.

—No, esta mañana primero quise echar un vistazo a la casa. Anoche, no sé si lo sabrá, se celebró la fiesta de Santa María Reina. En estas ocasiones hacen de todo, ensucian delante del portón, encienden una hoguera en medio de la plaza. Quería darle algunas instrucciones a Mariuccia para que empezara a limpiar un poco.

Ricciardi trataba de reconstruir los horarios.

—¿Y al salir tiene que pasar por el gabinete?

—Sí, por fuerza. Por la noche, cuando me retiro, yo cierro el candado de la verja de fuera. La señora, que regresa tarde, deja las llaves del cerrojo en ese cajoncito —e indicó una consola al lado de la puerta de entrada—, así yo por la mañana puedo abrir para que entre Mariuccia y se ponga a limpiar.

—¿Y el candado lo cierra con una llave suya?

Concetta Sivo negó con la cabeza.

—No, no. Yo no tengo las llaves del candado. Lo cierro de un golpe, y por la mañana uso las llaves del cajoncito. Echo un vistazo a la habitación y normalmente la encuentro en orden. Pero esta vez encontré... encontré a la duquesa.

—¿Y qué hizo?

La mujer mantuvo el tono calmado, pero su expresión traslucía una fuerte emoción.

—Creí que se había dormido vestida, en el sofá. Otras veces le había pasado, la duquesa... a veces regresaba cansada, muy cansada.

Ricciardi decidió llamar a las cosas por su nombre.

—¿Quiere usted decir borracha?

Concetta Sivo no tenía intención de pronunciar palabras que no se sentía autorizada a decir.

—No lo sé, comisario. No me incumbe, y cuando las cosas no me incumben, miro para otro lado.

Ricciardi la miraba fijamente a los ojos.

—Pero esta vez no pudo usted mirar para otro lado. ¿Qué hizo cuando se dio cuenta de que la duquesa no estaba dormida?

—Me asomé al patio y llamé a Sciarra. Le pedí que subiera y se quedara con la duquesa, y fui al último piso a llamar al señorito Ettore.

Ricciardi trataba de reconstruir los hechos con precisión.

—¿La verja ya estaba abierta o la abrió usted?

Concetta Sivo pareció sorprendida. Frunció el ceño.

—Estaba abierta. Ahora que lo pregunta, me doy cuenta de que la verja estaba abierta pero el cerrojo estaba cerrado, como lo dejo durante el día.

—Continúe. ¿El señorito estaba en casa?

—Sí, ya estaba en la terraza regando las plantas. Él también se levanta temprano.

—¿Qué le dijo usted?

Concetta bajó la vista.

—Le dije que me parecía que la duquesa había muerto. Que tenía un agujero en la frente.

—¿Y él bajó enseguida con usted? —le soltó Ricciardi.

Tras una vacilación, la mujer contestó:

—No. Dijo que no es médico. Y que fuese a llamar a la policía. Pero no bajó.

Siguió un largo silencio. Ricciardi procesaba la información.

—¿Cuánto hace que está al servicio de los duques?

—Veinticinco años, comisario. Desde que tenía veintiuno. Primero como criada, después como cocinera y desde hace diez años como ama de llaves, desde que nos faltó la duquesa.

—¿Cómo desde que nos faltó la duquesa? —preguntó Maione mirando el cadáver.

—La primera duquesa, quiero decir. El duque ya estuvo casado anteriormente, el señorito Ettore es hijo de su primera esposa, la señora Virginia. La duquesa Adriana es... era su segunda esposa.

Ricciardi quiso profundizar más. Estaba empeñado en comprender la relación entre ambas mujeres.

—De manera que cuando el duque volvió a casarse usted ya estaba en esta casa. ¿Se llevaba bien con la duquesa?

La mujer se encogió de hombros.

—La duquesa casi siempre estaba fuera. En la práctica, la casa se lleva sola, no hay mucho que hacer. Yo cumplo con mi trabajo y, sobre todo, voy a lo mío.

A Ricciardi no se le escapó el juicio implícito en la respuesta de Concetta Sivo y dejó para otro momento su análisis más atento.

Pero hubo algo que quiso aclarar enseguida: fue a la consola y abrió el cajoncito. En su interior, donde Concetta Sivo había dicho que la guardaban, estaba la llave del cerrojo con el que se cerraba la verja del rellano.

Se ve la calle por una abertura en el seto de buganvilla en el lado sur de la terraza. La he dejado expresamente, total, desde allí nadie puede mirar el interior. Y en la calle, delante del portón, se amontona la gente. Curiosos, transeúntes. A saber qué esperan ver. ¿No saben ya lo que ha ocurrido? Basta con que se detenga uno para que al cabo de nada se detenga alguien más; en esta ciudad nadie va a lo suyo.

Me acuerdo de cuando estaba en la universidad, íbamos cuatro o cinco a la Villa Nazionale o a la via Toledo y nos poníamos a mirar el cielo. Dos minutos más tarde había por lo menos una decena de personas con la nariz apuntando hacia arriba, pero nadie preguntaba: «Oiga, joven, ¿qué están mirando?». Nadie. Después, en cuanto decidíamos poner fin al juego, uno de nosotros decía: «Bueno, vámonos, total, hoy ya no pasará el chupete volador». Al llegar a casa se lo contaba a mamá y ella se reía aunque estuviese sufriendo.

¿Sabes?, te sigo viendo, mamá, en tu cama mientras sonrías porque ya no puedes reír. Te veo y no quieres que yo note que sientes dolor, en el corazón y en el alma. Porque ya habías intuido lo que estaba organizando la meretriz vestida de enfermera.

Ahora está muerta, ¿sabes, mamá? Ella también está muerta. Y no como tú, en tu cama, con el rosario entre las manos y con mis lágrimas. Ha muerto como merecía. Asesinada.

Como la perra que era.

En casa de los Colombo ya estaban todos levantados y con ganas de crear el desorden de los domingos por la mañana. Enrica se había resignado a renunciar a la tranquilidad que se había ganado madrugando; a modo de compensación, tras el desayuno, los echó a todos de la cocina con la excusa de que debía ordenar y continuar preparando la comida.

En sus idas y venidas por la estancia, cada vez que pasaba delante de la ventana, echaba una mirada fugaz al otro lado de la calle, hacia la otra ventana. Al fin y al cabo era domingo y para variar esperaba encontrarse con una mirada casual en pleno día; pero no vio al objeto de su interés, sino a la mujer anciana que vivía con él y estaba ordenando la casa. Se había enterado de un modo extraño que se trataba de la anciana tata y no de la madre de él, como había creído durante casi un año.

Se lo había dicho a Enrica la señora Maione, la esposa del sargento; un auténtico ángel que le había hablado del comisario, de su carácter cerrado, su soledad y su tristeza.

Luigi Alfredo. Dejaba que el nombre se deslizara por su lengua, fascinante y un punto misterioso como quien lo llevaba. Lo pronunciaba para sus adentros por las noches antes de dormirse o mientras se daba un baño en la nueva bañera de metal que su padre, victorioso, había mandado instalar en casa. La señora Maione la había convencido de que no todo estaba perdido, de que valía la pena esperar porque él, sin duda, aunque no lo confesara, estaba interesado en ella.

Sonriendo, y dando un largo e inútil rodeo para llegar al fregadero pasando delante de la ventana, Enrica pensó que valía la pena esperar. Todo el tiempo que fuera necesario.

Livia pensó que no necesitaría demasiado tiempo.

Cuando llegó a la ciudad el invierno pasado, convocada para identificar el cadáver de su marido, no encontró asiento en el directo que cubría el nuevo trayecto a Formia, de manera que viajó en el tren que cubría la antigua línea, la que pasaba por Cassino. Recordaba un largo y tediosísimo viaje de cuatro horas, con infinidad de paradas, pasos a nivel e incluso rebaños de ovejas en las vías que obligaban a los maquinistas y los empleados a bajarse para echarlas. En aquella ocasión le vino bien la tardanza; no tenía ganas de encontrarse delante de Arnaldo, aunque estuviese muerto. Cuanto más durara el viaje, tanto mejor.

En esta ocasión, sin embargo, si hubiese podido, habría volado. Una vez que decidió ir a ver a Ricciardi para averiguar por qué no se lo podía quitar de la cabeza, cada día había sido un tormento.

Mientras el tren expreso rechinaba cruzando los campos, Livia dejó de prestar

atención a la charla que tenía lugar en el compartimento de primera y se puso a fantasear sobre cómo sería el encuentro. Ocupaban los asientos junto a ella dos parejas, cuyos maridos la miraban embobados provocando la silenciosa malevolencia de sus esposas; por lo que a ella respectaba, no se habría fijado en ellos aunque hubieran bailado desnudos.

Por la ventanilla, confundidos con el mar que comenzaba a aparecer y el calor rielante que asfixiaba, solo veía dos ojos verdes. Y pensaba en lo extraño que era el amor.

La puerta se abrió y entró el doctor Modo, seguido del fotógrafo cargado con la cámara, el trípode y las lámparas de magnesio. Bajo el ala ancha del sombrero blanco, el médico sudaba profusamente. Sin saludar, como si continuara una conversación iniciada minutos antes, dijo:

—Vamos a ver, no digo que haya momentos mejores o peores para ser asesinado, faltaría más. Pero una vez que alguien se decide, ¿cómo se puede organizar algo así en domingo y con cuarenta grados? ¿Hay alguien que me lo pueda explicar, por favor?

Bruno Modo era médico de hospital, cirujano y, en caso necesario, forense. Durante la guerra había sido oficial en el Carso y adquirido una excepcional experiencia, utilísima en las investigaciones policiales; sin embargo, no tenía pelos en la lengua y su decidida postura antifascista hacía peligroso tratar con él, motivo por el cual, pese a ser extrovertido, contaba con pocos amigos y algunos funcionarios de la jefatura evitaban recurrir a sus servicios.

No así Ricciardi, que lo mandaba llamar cada vez que necesitaba un médico. Apreciaba su extraordinaria competencia y su profunda humanidad. Además, poseía el don de la ironía, como el propio Ricciardi; por ello ambos mantenían una relación que aunque no podía calificarse de amistad se le parecía bastante. Modo era el único que tuteaba al comisario.

—Vaya, Ricciardi, ¿quién iba a ser si no? Dime la verdad, ¿has matado tú a esta dulce señora con el único fin de hacerme sudar y arruinarme el domingo? La próxima vez te aconsejo el suicidio, por cambiar de delito, digo; te prometo que entonces vendré gratis.

Ricciardi sacudió la cabeza.

—Hola, Bruno, también te doy los buenos días. Sabía que te iba a gustar este encuentro social con el que llenar un día festivo. Sin duda, apreciarás la compañía de la señora, acostumbrado como estás a la alegría del depósito de cadáveres.

El doctor se abanicaba con el sombrero mientras sudaba bajo la abundante cabellera blanca.

—Así a ojo de buen cubero diría que la duquesa no nos ha dejado tras recibir una

paliza de una banda de fachas, como le pasó al tipo ese de la via Medina. Preparé un informe de cuarenta páginas sobre los efectos de la «caída», tal como habéis concluido vosotros en la jefatura. Sois unos sinvergüenzas, eso es lo que sois. A veces pienso que en la guerra se estaba mejor.

Ricciardi protestó:

—Oye, que a mí no me pidieron siquiera que hiciera una inspección. De lo contrario, puedes estar seguro de que con denuncia o sin ella, alguien habría terminado en la cárcel. En fin, ¿qué me dices de lo que tenemos aquí?

Tras quitarse la chaqueta y arremangarse la camisa, Modo se inclinó cerca del cadáver.

—No sé... Así en líneas generales diría que fue infarto de miocardio. O quizá muerte por aburrimiento. ¿Tú qué opinas?

—Opino que, por lo que sé, en el Salone Margherita buscan un nuevo cómico. ¿Lo has pensado? A lo mejor si cambiaras de trabajo te ahorrarías el confinamiento.

—Muy bien, me acercaré a preguntar si necesitan un dúo. Cuando más me luzco es en pareja, y tú tienes una risa contagiosa. Anda, déjame trabajar y dentro de unos minutos te cuento. Ya he avisado al depósito, van a enviar una ambulancia. Con este calor no conviene dejar mucho tiempo un cadáver así expuesto.

Entretanto, sudando copiosamente, el fotógrafo iba sembrando de fogonazos y desde todos los ángulos la escena del crimen: el cadáver, el cojín, la puerta. Maione, que se había alejado para inspeccionar las escaleras, regresó.

—Buenos días, doctor Modo, qué gusto —dijo, tocándose la visera.

—Aquí lo tenemos, otro cómico más. Buenos días, sargento. La próxima vez, si debe ser un gusto, veámonos en la fonda.

Maione suspiró.

—No sería mala idea. Veamos, el patio ofrece bastante protección, comisario. Las cuatro columnas, muchos recovecos, la garita del vigilante. El cerrojo es normal y no ha sido forzado. El que abrió la puerta utilizó la llave. Las escaleras llevan a otras dos plantas sacadas de ésta, porque para mí, cuando construyeron el palacio debía de tener los techos más altos que la catedral. Justo encima hay dos puertas, una está cerrada, debe de ser donde está el famoso señorito, la otra está abierta y allí se encuentran los niños de los Sciarra que, como era de esperar, están comiendo. Y después hay una escalera más estrecha que va a la terraza.

Ricciardi lo escuchaba con atención.

—¿Has preguntado a alguno de los espectadores de ahí fuera? Naturalmente, nadie ha oído nada, ¿verdad? Y eso que hubo al menos un disparo de pistola.

Maione se enjugó la cara empapada con el pañuelo.

—Por supuesto que no, comisario. Pero esta vez hay una justificación, ayer el barrio estaba en fiestas y cantaron y bailaron en la calle hasta las tres de la

madrugada. El plato fuerte es una tarantela que dura una hora y los bailarines bailan alrededor de una hoguera de madera vieja, de la que quedan los rescoldos, que ahora están limpiando. ¿Se lo imagina, con este calor? La gente está loca.

El fotógrafo tosió.

—Comisario, yo he terminado. Mañana por la tarde, pasado mañana a más tardar, le mando las copias. Hasta la vista.

Ricciardi lo saludó con la mano y levantó el cojín. Era un cuadrado de unos treinta centímetros de lado, con un cordoncito dorado en todo el borde y pompones en las esquinas. De seda, con motivos florales, relleno de plumas. Tal como había imaginado el comisario, el lado descubierto presentaba más o menos en el centro una amplia quemadura, mientras que del otro lado había una amplia depresión correspondiente al rostro de la duquesa, con el agujero de salida del proyectil.

Al observarlo más de cerca, Ricciardi descubrió unas marcas de humedad: saliva, tal vez también algo de sangre. Lo habían apretado con violencia.

Cuando volvió a dejarlo en el suelo vio una marca en la alfombra que el cojín había ocultado hasta ese momento. El comisario se arrodilló para examinarla mejor; parecía la aureola dejada por un zapato, no llegaba a ser una huella. Por absurdo que pareciera, porque hacía una eternidad que no llovía, podía tratarse del rastro de barro de un zapato mojado: se veían pequeños restos de tierra. En el rincón opuesto de la habitación, a intervalos regulares, la imagen muerta repetía:

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

Ricciardi le preguntó al doctor Modo:

—Disculpa, Bruno, ¿puedes decirme ahora mismo algo sobre la mano izquierda?

El médico se puso de pie secándose la frente con el pañuelo. La camisa, aplastada contra el tórax por los tirantes, estaba empapada en sudor.

—Yo ya no estoy para estos trotes, soy demasiado viejo. Tengo que hacer una buena autopsia, si no, juro que no te digo nada. Hay que reservarse las observaciones inmediatas tras el examen superficial, de lo contrario se corre el riesgo de decir un montón de bobadas que después se vuelven en mi contra y pierdo la fama de infalible.

Ricciardi sacudió la cabeza.

—De eso no tengas ningún miedo, tú no lo sabes, pero desde hace años todos saben que no haces más que decir bobadas. De manera que no viene de una más o una menos. Anda, dime algo ahora.

Modo sonrió.

—Es lo que más me gusta de ti, esa capacidad de gratificar a tus colaboradores. Vamos a ver, diría que un disparo de pistola le fracturó el hueso frontal y el occipital y le atravesó el cerebro. El proyectil está aquí, incrustado en el respaldo del sofá. No hay quemaduras, el disparo no se hizo a bocajarro, pero veo que ya has revisado el

cojín, de modo que eso ya lo sabes. Por la hemorragia puedo decirte que estaba viva cuando le dispararon. No me atrevo a aventurar nada más sin autopsia, me puedes torturar si quieres.

—Dime algo de la mano izquierda.

—El dedo medio está dislocado, pero no presenta hematoma, de modo que se lo hicieron después de muerta. Y tiene un pequeño morado en el anular, de modo que ahí sí estaba viva. A lo mejor murió entre un dedo y el otro. Ah, mira, ahí llega la ambulancia del depósito.

Con las manos en los bolsillos, Ricciardi observó a la duquesa mientras abandonaba por última vez su palacio. Al menos físicamente. Porque a sus espaldas, ella misma le decía:

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

Ricciardi quiso irse con el doctor Modo. A Maione le sorprendió el detalle y preguntó:

—Comisario, ¿se marcha, no vamos a interrogar enseguida al duque y al señorito? Si en la casa solo estaban ellos, y siguen estando, ¿no convendría oír lo que tengan que decir?

Su superior negó brevemente con la cabeza al tiempo que con la mano se apartaba de la frente el mechón de pelo.

—No. Antes necesito saber con certeza a qué hora murió la duquesa y, sobre todo, si la autopsia desvela algo más. Interrogarlos ahora supondría ponerlos sobre aviso. De todos modos, tú deja aquí a Camarda y dile que tome nota de quién sale. Y que no entre nadie hasta nueva orden.

Mientras abandonaban el palacio se les acercaron Sciarra y Sivo, a quienes Maione informó de que debían mantenerse a disposición de las autoridades y no alejarse bajo ningún concepto, ni ellos ni la familia de Sciarra. El vigilante se encogió de hombros dentro de la chaqueta enorme y dijo:

—¿Y adónde íbamos a ir? Puede estar seguro, sargento, de que no nos moveremos.

Maione transmitió las órdenes del comisario a Camarda con un placer sutil, porque lo encontró comiéndose un buen trozo de pan con calabacines fritos. Más allá de la envidia, el estómago le recordó ruidosamente que la hora del almuerzo había pasado hacía rato. Maldito verdulero y maldita barriga.

Cubrieron parte del trayecto con el médico hasta que este se desviara hacia el hospital. Modo iba sacudiendo la cabeza.

—Esto no me convence demasiado, hay algo raro. ¿Cómo es posible que le pongan un cojín en la cara, se lo aplasten de tal modo que quede la huella de la boca, le disparen a través de él, y se quede tan tranquila y ni siquiera levante el brazo? Que no, que no, que aquí hay algo raro.

Maione asintió mientras enfilaba la cuesta de la via Diaz resoplando y soltando agua como una fuente.

—A mí también me parece raro. Y también me parece raro que nadie haya oído nada: de acuerdo, estaba la fiesta y había mucho ruido, la música, los gritos, los silbidos y las pedorretas. Pero un disparo es un disparo, y al menos en la casa deberían haberlo oído.

Ricciardi iba absorto con la mirada perdida a lo lejos y, como siempre, con la cabeza descubierta. Los pocos transeúntes lo miraban con fijeza y se apartaban llenos de asombro.

—No necesariamente. El disparo lo hicieron a través del cojín, además, habría

que ver quién estaba en la casa. Bruno, tienes que enviarnos los resultados de la autopsia lo antes posible. Algo me dice que nos aportarán alguna explicación.

Modo resopló de manera teatral.

—¿Por qué no me extraña? Nunca me decís: Modo, ve tranquilo, tómate tu tiempo. Disfruta del domingo, descansa, y mañana con calma haces tu trabajo y después nos mandas un buen informe.

—Entonces hagamos lo siguiente: Modo, tómate tu tiempo y mañana por la mañana sin falta me mandas un buen informe.

El doctor se detuvo y miró a Maione.

—Sargento, hablo en serio, pongámonos de acuerdo y acabemos con él. Quiero tener el placer de ser yo quien le haga la autopsia. En ese caso, trabajaría incluso en Nochebuena.

—¡Pero qué dice, doctor! ¿Cómo nos divertiríamos entonces trabajando en domingo y sin el comisario?

Modo sacudió la cabeza.

—De acuerdo, ya entiendo: estáis todos en mi contra. Total, esta noche no tenía más programa que visitar el burdel de la piazza Trieste e Trento. O sea que por una vez las putas llorarán.

Ricciardi se despidió con un breve gesto de la mano.

—Sí, sí, llorarán de alegría. Me has dado una idea, a lo mejor fueron ellas las que mataron a la duquesa con tal de no tener que recibir tu visita. Hasta mañana, entonces.

Durante el trayecto Maione puso a Ricciardi al corriente de lo que había averiguado tras interrogar a la servidumbre sobre las costumbres de la vida en el palacio de los duques.

—Comisario, Concetta Sivo habla de los duques a regañadientes. Es fiel, lleva demasiados años en esa casa. Pero a mí me parece que la clave es el señorito, debe de haber tenido un motivo para trasladarse al desván y hacer su vida, ¿usted qué opina?

—Yo también creo que es un punto que hay que investigar. Y debemos averiguar si el duque está realmente inmovilizado en su lecho o si, en caso necesario, es capaz de llegar hasta el gabinete.

—Sobre ese punto los tres se mostraron categóricos, hasta la mujer de Sciarra entre sollozo y sollozo. El duque lleva años inmovilizado, es más, esperan que de un momento a otro se vaya al otro barrio. Pero tengo un dato interesante para usted. ¿Sabe quién es el capellán que va al palacio Camparino a celebrar misa? Un antiguo conocido nuestro, el padre Pierino Fava, ¿se acuerda de él?

Ricciardi se acordaba perfectamente del padre Pierino, el pequeño vicepárroco de San Ferdinando, gran amante de la ópera lírica que lo había ayudado a resolver el

homicidio del tenor Vezzi. La mención del cura lo llevó inconscientemente a pensar en Livia, la hermosa viuda de la víctima, y sintió una mezcla de incomodidad y leve placer.

—Lo recuerdo bien, quizá nos pueda ofrecer algún dato útil. Iremos a verlo. ¿Y qué me dices de los demás?

Maione se pasó el pañuelo por la cara por enésima vez.

—Éste calor que está haciendo no es normal. Para mí, Sciarra de vigilante solo tiene el nombre, porque lo veo más bien como un Polichinela con ese pedazo de nariz y el uniforme enorme que le sobra por todas partes. Y esa voz que tiene, ¿la ha oído? Pero es listo y algo podrá contarnos. Su mujer, en cambio, con la casa y los hijos, y teniendo en cuenta que me parece bastante cortita, a mi modo de ver, no podrá hacer más que confirmarnos alguna información y poco más.

Habían llegado a la jefatura; el portón con su sombra les ofreció al menos una ilusión de frescor.

—De todos modos, tú sigue preguntando por ahí, pero procura no poner sobre aviso a nadie. Podrías hablar con la gente del barrio, eso de que todo el mundo va a la suya no es tan cierto, y esa familia es muy conocida. ¿Cómo se llama ese amigo tuyo? El que lo sabe todo de todo el mundo.

Maione adoptó un aire cauteloso.

—¿Qué amigo, comisario?

—¿Cómo que qué amigo, o debería haber dicho amiga?

El sargento puso cara de afligido.

—Comisario, no haga bromas, si se refiere a Nenita no es ni mi amigo ni mi amiga, sino un personaje equívoco con el que no tengo nada que ver. Como usted muy bien ha dicho, lo sabe todo de todos y a veces nos resulta útil, no hay más.

—Eso mismo quería decir yo, no te preocupes. Puede informarnos si en algunos ambientes se sabe algo de esa familia. Ocupate tú. Ahora paso por Caflisch, a ver si como algo, ¿me acompañas?

Maione suspiró al tiempo que abría los brazos.

—¿Usted también, comisario? No, gracias. No tengo hambre. Con este calor se me cierra el estómago.

Ricciardi regresó a la jefatura cuando el sol ya se ponía. En la puerta de su despacho se encontró con Ponte, el auxiliar del subjefe de policía, un hombrecito saltarín y modosito, que no conseguía disimular la supersticiosa incomodidad que sentía en presencia del comisario. Ése temor se traducía en su desagradable tendencia a pasear la mirada a su alrededor sin mirar nunca a los ojos de su interlocutor, algo que a Ricciardi le molestaba sobremanera.

—Buenas tardes, comisario. He oído decir que esta mañana lo han llamado por un

homicidio, ¿no? —lo dijo mirando la puerta, el suelo y el techo.

—Ponte, sabéis a la perfección adónde he ido y por qué, es inútil que finjáis estar *in albis*. Lo he dejado dicho esta mañana y he estado localizable todo el día.

El auxiliar fijó la vista en la barandilla de la escalera.

—Es verdad, comisario, tiene razón. Me ha telefoneado el dottor Garzo y me ha pedido que le avisara que mañana a primera hora quiere hablar con usted.

Ricciardi hizo una mueca.

—Claro, faltaba más. Ha muerto una duquesa y, naturalmente, las altas instancias se movilizan. Ya le puedes decir al dottor Garzo que mañana por la mañana me encontrará aquí, como de costumbre. También estarán mis otros colegas, si desea confiarle la investigación a alguno de ellos.

Ponte miraba el pasillo con tanta intensidad que, por un momento, Ricciardi llegó a pensar que él también veía las imágenes del guardia y el ladrón muertos.

—¿Cómo dice eso, comisario? Al dottore ni se le ha ocurrido semejante cosa. Él ya sabe que aquí no hay nadie como usted. Él solo quiere hablar con usted.

—Y hablaremos. Buenas tardes.

Ricciardi subía en dirección a su casa; el sol se había puesto pero el calor seguía sin dar tregua. En verano, los domingos a última hora de la tarde la via Toledo adoptaba una apariencia distinta: las familias salían de los bajos, donde la temperatura era insoportable, y para no ahogarse se quedaban en la calle. Los más viejos se sentaban en las sillas que colocaban delante de sus puertas, los más jóvenes lo hacían en cajas de madera que usaban de bancos, y pasaban el tiempo charlando o jugando a las cartas hasta bien entrada la noche. Por las ventanas abiertas de las plantas altas se oía la música de las piezas bailables de las radios, risas de niños y gritos de alguna pelea.

Ricciardi pensó que en ese contexto no era posible conservar el derecho a ocuparse de los propios asuntos. Y en esa mezcla inextricable de afectos, pasiones, riquezas y pobreza nacían las envidias y los celos y, por tanto, los delitos.

Mientras caminaba notó que a su paso se producía silencio e incomodidad, como una ráfaga de viento frío; él era otra cosa, una figura desconocida e inquietante, percibida como peligrosa.

No le disgustaba, mientras iba calle arriba con la cabeza descubierta, las manos en los bolsillos, oyendo el ruido de sus pasos sobre el empedrado; no hubiera querido sentirse parte de todas esas emociones, mezcladas con los pensamientos de los muertos que atisbaba aquí y allá, donde habían sido acuchillados o arrollados por los tranvías o los carruajes. Toda la añoranza por la vida, el sufrimiento por la partida de este mundo y el dolor por la muerte imprevista no se encontraban muy alejados de las pasiones de los vivos y de sus mil intercambios.

El hambre, el amor; el deseo de poseer, el ansia de poder, la mentira, la

infidelidad. El delito, del que Ricciardi era testigo habitual, era hijo de todo esto. Le vino a la cabeza la frase de la duquesa:

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

¿Con quién estaría hablando? Con el asesino, probablemente. A menudo había oído frases dirigidas a otros, presentes o incluso ausentes. ¿Qué anillo? ¿El del dedo medio que le arrancaron después de su muerte? Al exhalar el último suspiro, ¿habría visto a quien se lo había quitado? ¿O tal vez sería el del dedo anular, en el que tenía el morado que demostraba que la mujer seguía viva cuando se lo quitaron?

Fuera como fuese, el anillo debía de tener un significado especial porque en la estancia no faltaba ninguno de los numerosos objetos de valor. Algo le decía a Ricciardi que encontrar ese anillo le permitiría encontrar al asesino. Delito de amor, entonces.

Ricciardi vio de reojo a una muchacha que arrastraba de la mano a un hombre y se metía con él por un portón. El amor. Su pensamiento voló hacia Enrica. Durante más de un año había sido una imagen en la ventana, casi como la de un cuadro de Vermeer, la normalidad cercana e inalcanzable que siempre le sería negada. Verla bordar, lavar los platos, los gestos lentos y exactos de su mano izquierda era un espectáculo vespertino al que jamás renunciaría, y las cosas ya estaban bien así: ella estaba a salvo de él y del Asunto, protegida por los dos cristales de la ventana.

Después, esa primavera, en el curso de una investigación, cuando interrogaba a los testigos, se la encontró delante. Y la imagen lejana, la normalidad distante, el cuadro de Vermeer se habían convertido en una figura de carne y hueso, una mujer con un perfume, una piel y unos ojos que recordar. Habría sido incapaz de decir si era mejor antes; claro que cuando Enrica era solo un nombre y el retrato de una vida ajena, su soledad tenía un color distinto. Ahora, al saludarla todas las noches con un gesto y ver que ella le respondía inclinando levemente la cabeza, tenía la sensación de encontrarse al borde de un abismo por el que podía precipitarse de un momento a otro.

Pero, sin duda, no prescindiría de ella.

Por otra parte, hoy la memoria le había jugado una mala pasada: se había acordado de Livia. Sonrió para sus adentros: toda la vida cargando con la cruz de una naturaleza que lo obligaba a la soledad y la contemplación. Y de golpe, el mismo año, en el curso de pocos meses, se había encontrado ante emociones que jamás hubiera imaginado sentir. En cierto modo Livia también lo había conmocionado, haciéndole comprender claramente que quería conocerlo a fondo, porque le interesaba como hombre.

No podía negar que durante un largo instante se había sentido en vilo; al contrario de lo que le pasaba con Enrica, desde el comienzo, Livia había sido un torbellino de sensaciones: su perfume especiado, la piel suave, los labios carnosos, sus andares

felinos, y al saludarse, las cálidas lágrimas de mujer que surcaron su rostro mezcladas con la lluvia.

Mientras subía las escaleras de su casa, Ricciardi llevaba en la mente y en el corazón a tres mujeres: una cercana, una que creía lejana y una muerta.

Hoy ha sido un despertar distinto, por ti. Después de años, por fin un nuevo despertar. En apariencia nada ha cambiado. Has visto amanecer desde la cama, como siempre; como siempre, la almohada a tu lado sin marca alguna, intacta. La has mirado, con el corazón cargado de la melancolía habitual; como siempre has sido la primera en levantarte, te has movido en el silencio de una casa tan distinta a como te gusta recordarla, cuando los hijos eran pequeños y reían, se peleaban y corrían, y tu marido levantaba la vista y, al verte, sonreía.

Preparas el desayuno, que tal vez alguien coma o tal vez no. A veces recoges los platos y tiras la comida que nadie ha probado. No dices nada, no te lamentas. No sabes hacerlo, nunca lo has hecho.

¿Acaso es un pecado no tener fuerzas para llorar? ¿Para gritar la propia vergüenza, el propio orgullo herido de muerte? ¿Acaso es un pecado bajar la mirada, ver que la felicidad se escurre entre los dedos como si fuese arena?

Te lo creíste, cuando una luminosa mañana de primavera juraste que sería para siempre. Han pasado cien años. Lees la compasión en los ojos de vecinos, parientes, amigos. Sabes que además de pena hay escarnio, por tus silencios, por tu cabeza inclinada. La dulzura que se convierte en vileza. Yo en su lugar, dicen todos. Es como si los estuvieras oyendo.

El sol empieza a entrar por la ventana de la cocina. El calor no ha bajado en toda la noche. Piensas en él. Y piensas que la noticia ya habrá llegado.

Con los hombros inclinados, la cara vuelta hacia el fregadero, mientras esperas que tus hijos se despierten, ríes. Ríes por lo bajo.

Ricciardi observaba la mañana del lunes mientras se dirigía a la jefatura. En verano, el comienzo de la semana era recibido con mayor renuencia, como si el domingo hubiese sido una ocasión perdida; como si la gente tuviese aún necesidad de un suplemento de descanso o diversión.

El comisario lo percibía al observar a los niños semidesnudos, descalzos y bronceados por el sol, mientras bajaban por las callejuelas y comenzaban a perseguir los primeros tranvías para colgarse de ellos y emprender el peligroso viaje hacia el mar por la vía Caracciolo. Lo percibía en el retraso con que abrían las primeras tiendas, las mismas en las que normalmente veía actividad en su recorrido matinal; pero ahora solo había dependientes soñolientos, concentrados en desmontar los pesados postigos de madera y sacar la mercancía para exponerla bajo la protección de los toldos.

Lo percibía en las ventanas todavía cerradas, que robaban sueño y sombra al sol, que ya ardía en lo alto.

Ricciardi tenía especialmente desarrollado otro sentido: el olfato. Ése verano sin lluvia era para él particularmente insoportable. El olor a podrido que subía de las cloacas y salía de las callejuelas era nauseabundo. Todo aquello que se pudría con el sol y no era eliminado se prendía a la garganta e impregnaba la calle con sus miasmas, apestando el aire y cortando la respiración. Decenas de niños y viejos enfermaban a diario por falta de higiene y morían en las casas y los hospitales, rodeados del silencio de la prensa y la radio. Ricciardi se preguntaba cómo era posible que los diarios ocultaran esa terrible situación y hablaran en tono ameno de visitas de príncipes, de aviadores que cruzaban océanos. Cada cual tiene sus fantasmas, pensaba: la clave está en contar con la capacidad de ignorarlos.

Cuando llegó a su despacho se encontró en la puerta a Ponte, que daba saltitos como apremiado por una urgente necesidad de ir al retrete. Contrariamente a lo habitual, el subjefe de policía ya estaba en su oficina y quería hablar con él de inmediato. Ricciardi lanzó un suspiro y siguió al auxiliar, que paseaba la mirada a su alrededor con tal de no verse obligado a posarla en la cara del comisario.

Mario Capece fumaba en el balcón del diario. Se demoraba más que el resto de sus compañeros, tras la noche de frenética actividad que precedía la fiesta cotidiana de la salida de la primera edición. Normalmente le gustaba ver a los vendedores de periódicos con las resmas al hombro, ansiosos por vocear los primeros titulares a la ciudad aún dormida. Sin embargo, el de ese día era un titular que nunca hubiera querido oír.

Mario Capece estaba llorando. Sus colegas lo observaban de espaldas, desde la oficina de la redacción, incapaces de consolarlo. A primeras horas de la tarde, cuando un jovencísimo aprendiz llegó jadeante y sin atreverse a dar la noticia, había comprendido de inmediato que se trataba de algo grave. Desde su despacho Capece no vio llegar al muchacho, que de ese modo había informado primero al subjefe de redacción, un viejo y querido amigo, compañero de mil batallas.

El hombre asumió el terrible deber de comunicárselo a Capece. Los demás periodistas lo vieron cerrar la puerta a su espalda, esperaron con el corazón en la boca el instante de silencio que siguió y después oyeron el grito desesperado de dolor de su jefe.

La relación de Mario Capece, jefe de redacción de la sección de sucesos ciudadanos del *Roma*, con Adriana Musso de Camparino era de dominio público; aunque pocos conocían la fuerza del sentimiento del periodista. Un sentimiento que había frenado su brillantísima carrera a las puertas de la dirección del periódico más antiguo de la ciudad, le había ganado las burlas y la conmiseración de sus adversarios y el vacío a su alrededor. Además, había alejado de él a su esposa y también a sus hijos, rigurosos y conservadores como solo saben ser los jóvenes.

Capece había renunciado a todo por amor, para satisfacer los caprichos de una mujer hermosa e inestable, insegura y fatua. Arturo Dominici, subjefe de redacción de Capece y su mejor amigo, había intentado mil veces hacerlo entrar en razón. Y mil veces había topado con la fuerza y la virulencia de un sentimiento profundo e incurable como un tumor.

A él precisamente le había tocado comunicarle la noticia a Mario, al final de un día en que su amigo se había mostrado más nervioso e irritable de lo habitual. Creyó que habría salido corriendo a verla, pero su amigo ya no había salido del despacho hasta el amanecer.

La noche del sábado Dominici no encontró a Capece en la redacción, adonde este llegó muy tarde y borracho. El subjefe de redacción había achacado el lamentable estado de su compañero a la enésima riña, algo que en los últimos tiempos era cada vez más frecuente. Lo ayudó a acostarse en el sofá del despacho y le aseguró que, una vez más, iba a sustituirlo y organizaría el trabajo. Antes de dormirse, Capece le dijo con voz espesa:

—Se acabó, se acabó, Arturo. Ésta vez se acabó para siempre.

Naturalmente, Dominici no se lo creyó. En los últimos tres años había oído esa frase mil veces. Pero en esta ocasión, el amigo lo aferró con fuerza del brazo, sacó algo del bolsillo y se lo enseñó.

Era un anillo.

Garzo se levantó y fue a recibir a Ricciardi a la puerta. El comisario había aprendido a temer la cordialidad de su superior más que el tono imperioso y su ineptitud profesional; de estas últimas podía defenderse con irónica maestría, de la primera no podía hacer otra cosa que tratar de mantener las distancias.

En esta ocasión observó un detalle psicológico que jamás había visto en el subjefe de policía. Parecía no haber dormido, iba con la corbata desanudada, lucía unas vistosas ojeras e incluso un velo de barba mal rasurada.

Era algo sorprendente: Angelo Garzo, un burócrata que había hecho de la imagen y las relaciones los motores de su carrera, jamás se permitía una actitud o un aspecto que no fueran formalmente perfectos. En esos tiempos en que para cualquier cosa se hacía referencia a Roma, su extraordinaria capacidad diplomática lo convertía en el hombre más importante de la organización. El jefe de policía recurría constantemente a Garzo para los contactos con el ministerio y él, que no sabía hacer otra cosa, se mostraba encantado. Entre sus subordinados se había hecho célebre una frase suya, pronunciada en ocasión del descubrimiento de un culpable con arreglo a una lógica para él incomprensible: sacudiendo la cabeza con el pelo bien peinado, había sentenciado que para entender a los malhechores había que pensar como ellos, y él, que era una persona de bien, jamás habría entendido a un asesino.

Sin embargo, ese lunes por la mañana, quien recibió a Ricciardi era una persona distinta. Señaló a su subordinado una de las dos sillas delante de su escritorio despejado, despidió a Ponte con un brusco ademán y se sentó a su vez del mismo lado que el comisario.

—Me he enterado del asesinato de la duquesa de Camparino. Se trata de un hecho gravísimo, el destino de todos nosotros depende de esta investigación. ¿En qué punto nos encontramos?

Ricciardi estaba en apuros. No conseguía ver en qué se diferenciaba ese homicidio de cualquier otro.

—La mataron en su casa, probablemente de un disparo de pistola en la frente. Estoy esperando los resultados de la autopsia, que he encargado al doctor Modo. Si es preciso yo mismo pasaré más tarde por el depósito de cadáveres.

Garzo se restregaba las manos.

—¿Ha hablado..., ha interrogado ya a alguien en casa de los duques de Camparino?

Ricciardi no tenía intención de darle a su superior más margen del necesario.

—Por ahora interrogamos solo a los sirvientes, tres personas. Ya hablaremos con los demás habitantes del palacio, o sea, con la familia. Y más adelante, con los proveedores, los vecinos. En fin, seguiremos el procedimiento.

Garzo aferró a Ricciardi del brazo.

—De eso quería hablarle. Del procedimiento. Ésta vez no lo sigamos, Ricciardi. No lo sigamos. Debemos proceder con mucho tacto, con extrema atención.

Ricciardi liberó con dificultad el brazo del apretón de Garzo mientras clavaba la vista en los ojos enrojecidos de su superior.

—Dottore, disculpe usted, pero no entiendo. ¿Qué quiere decir con que no sigamos el procedimiento? ¿Hay algo que yo no sepa y que debería saber?

Garzo se levantó repentinamente y empezó a pasearse nervioso por la habitación.

—¿Que usted no sepa? No. Mejor dicho, sí, probablemente, sí. Siempre se me olvida que lleva usted una vida digamos... retirada, que no sale mucho. Vamos a ver... Adriana Musso de Camparino es, quiero decir, era una mujer muy, pero muy destacada. Llevaba una vida... ¿cómo le diría yo? Expuesta, eso es, expuesta. Una mujer tan hermosa, tan rica provocaba..., ya me comprende usted, chismorreos, comentarios. No debemos prestar atención a los comentarios, ¿no es así, Ricciardi? Nosotros somos la policía, debemos atenernos a los hechos.

Ricciardi esperaba; se notaba claramente que Garzo quería decir algo, pero no encontraba el valor.

—Por lo tanto, ¿no sería mejor que quien dirige la investigación conociera de antemano estos... estos comentarios y, a ser posible, a través de una voz objetiva? Mucho mejor que ir por ahí recogiendo chismorreos, ¿no le parece?

Garzo detuvo su nervioso paseo.

—Sí, sí, naturalmente. Veamos, Ricciardi, en primer lugar debe saber que en el curso de la investigación se establecerán forzosamente contactos con... con determinados ambientes. Insólitos, por decirlo así. En los que no se podrán formular preguntas con tanta facilidad como cuando se interroga, qué sé yo, a un tranviario o a un barrendero. Gente destacada, poderosa.

Ricciardi se puso en pie de sopetón.

—Dottore, tal vez le convenga encomendar la investigación a otra persona. A Cimmino, por ejemplo. Yo estoy dispuesto a informar de los resultados. De todas maneras, no es que hayamos averiguado mucho aún.

Garzo parecía desorientado.

—Pero ¿qué dice, Ricciardi? Ni se me ha ocurrido confiarle la investigación a otro. Usted es nuestro mejor elemento, lo sabemos bien tanto usted como yo.

—Muchas gracias, dottore. Por desgracia, también es cierto que yo soy poco diplomático. Y que tengo el defecto de ser poco obsequioso. No quisiera desoír las recomendaciones, involuntariamente, claro está.

Garzo dio un paso hacia Ricciardi.

—Ni hablar, ni hablar, Ricciardi. Es de vital importancia que encontremos al culpable y lo antes posible. Lo antes posible, ¿entiende? El hecho es que una dama, una persona tan destacada no puede ser asesinada en su propia casa. Y menos en una ciudad segura como la nuestra y como todas las ciudades de la Italia fascista. El culpable, seguramente un loco, un maníaco, deber ser conducido ante la justicia.

—Entonces, dottore, ¿cuál es el problema? Seguimos investigando con regularidad y, como de costumbre, lo haremos lo mejor posible.

Garzo se pasó la mano por el pelo.

—La duquesa..., verá usted, Ricciardi, la duquesa Musso de Camparino mantenía una relación. Desde hacía años tenía una aventura con un hombre. La cosa era de dominio público, lo sabía todo el mundo.

Ricciardi continuó de pie, como para dar a entender que todavía no estaba seguro de seguir al frente de la investigación.

—¿Y si era de dominio público, no debería saberlo yo también?

—El problema está en el hombre. Se trata de Mario Capece, el jefe de redacción de sucesos del *Roma*. Para entendernos, ese que no pierde ocasión para crucificarnos, incluso después de la normativa de mil novecientos veintiocho sobre la prensa dictada por el Ministerio del Interior. ¿Lo entiende ahora?

Ricciardi lo entendía. En efecto, para Garzo no era una situación fácil. O se investigaba para hallar al culpable, e inevitablemente se le buscaba las cosquillas a la prensa más hostil, o se daba largas y se corría el riesgo de hacer una demostración pública de incapacidad por no encontrar al responsable de un caso de homicidio tan

clamoroso. Garzo había considerado preferible encontrar al asesino, algo que, en cierto modo, lo honraba. O al menos intentarlo.

—Las relaciones entre los dos no eran fáciles. La duquesa era..., digamos que era un poco inestable. Le gustaban las fiestas, los bailes, los cumplidos. Que la cortejaran. Hace cincuenta años Capece y el duque, cuando se encontraba bien de salud, se habrían batido a duelo todos los días. En estos tiempos, la única posibilidad de defenderse eran las peleas y las interminables discusiones en público.

—¿Y usted, si me lo permite, cómo sabe todo esto?

Garzo no pareció ofendido por la pregunta insolente.

—Lo sabe todo aquel que tiene ocasión de ir al teatro. La última discusión se produjo precisamente el sábado por la noche en el Salone Margherita.

—¿Qué discusión?

Garzo parecía estar en un aprieto. Por una parte quería restarle importancia al asunto, por la otra, no quería omitir detalles que podían resultar importantes.

—Creo que fue por celos. Capece acusaba a la duquesa de... de mirar a un joven, el acompañante de la señora De Matteis, una señora que..., bueno, mejor lo dejo ahí, que no viene a cuento. En fin, que empezaron a echarse en cara situaciones y hechos pasados. Y después él la abofeteó. Nos quedamos de piedra. Y enseguida le agarró la mano, le quitó el anillo y le gritó a la cara...

Ricciardi se inclinó hacia adelante e interrumpió a Garzo levantando la mano.

—¿Cómo, cómo? ¿Le quitó el anillo? ¿Y qué fue lo que le gritó?

Garzo se quedó perplejo.

—No recuerdo lo que le gritó. Un insulto, me parece, ya sabe, la palabra que se le dice a las mujeres cuando se las acusa de una infidelidad. Y le dijo que no se merecía ni el amor ni el anillo.

—¿Recuerda usted de qué mano le quitó ese anillo? Es importante.

Garzo imitó el gesto de Capece, tratando de reproducir la posición de la duquesa.

—Diría que de la izquierda. Sí, de la mano izquierda. ¿Por qué, significa algo?

Ricciardi entornó los ojos. Veía nuevamente la imagen de la muerta, de pie, con los brazos a los costados.

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

—Tal vez sí. Podría significar algo. ¿Y qué ocurrió después?

—Después, él se marchó sin despedirse de nadie. De hecho, le dio un empujón a mi esposa, como un auténtico maleducado, un poco más y la pobrecilla acaba en el suelo. La duquesa se fue al cuarto de baño a retocarse el maquillaje y, al cabo de nada, estaba otra vez en su palco riendo y bromeando con dos caballeros que se habían apresurado a ocupar el lugar de Capece. Ella era así.

—¿Y a Capece ya no lo vieron más?

Garzo frunció el ceño, tratando de concentrarse.

—No, yo al menos no volví a verlo. Pero ayer por la mañana, en el círculo de la Unión, cuando todavía no se sabía nada de lo ocurrido, el camarero me refirió que el sábado por la noche Capece había estado allí hasta muy tarde, bebiendo y desvariando. Después se marchó.

Ricciardi trató de averiguar otros detalles.

—¿Desvariando sobre qué? ¿Y a qué hora se fue?

Garzo parecía estar en un aprieto.

—El círculo cierra a medianoche. Y ese decía... Decía que algunas mujeres no merecían vivir. Eso decía. Aunque eso no significa nada. A veces se dicen muchas cosas, ¿no, Ricciardi?

El comisario miraba a la cara a su superior, sin contestarle.

—De todos modos, Ricciardi, le recomiendo, es más, le ruego que por una vez no le busque las cosquillas a la gente por el gusto de hacerlo. Está de por medio la prensa y a lo mejor alguien más. Cuando interrogue a la familia deberá ir con pies de plomo. El duque está viejo y enfermo y a punto de morir. Pero sigue siendo uno de los hombres más ricos e influyentes de la ciudad. Y Ettore, el hijo del duque..., es muy estimado y apreciado, un hombre culto, un filósofo.

Ricciardi había entendido que de la conversación no sacaría nada más que le resultara útil, sino solo llamamientos a la prudencia.

—De acuerdo, dottore, tendré en cuenta todos estos datos tan útiles que me ha facilitado. Y lo mantendré informado. Ahora voy al depósito de cadáveres, el doctor Modo prometió adelantarme los resultados de la autopsia. Si no tiene nada más que mandar, buenos días.

Y se marchó dejando a Garzo en ascuas.

Asomada a su balcón de la tercera planta del hotel du Vésuve, Livia disfrutaba de la vista de la via Partenope. Ante sus ojos, el mar en calma recibía a centenares de chicos y chicas que se lanzaban de cabeza desde las rocas o los muros del castillo, recostado sobre el agua desde hacía siglos.

El día anterior, al llegar a la estación de Chiaia, había notado de inmediato en el aire la buena acogida de la ciudad. Les sonrió al menos a tres hombres que se habían ofrecido a llevarla, uno de ellos incluso se había mostrado dispuesto a ir con ella hasta el fin del mundo; se había mostrado indulgente con los niños que, de inmediato, la habían rodeado para pedirle una moneda, un caramelo o un cigarrillo. Recordó una discusión en un salón romano, semanas antes, en el curso de la cual un supuesto hombre de negocios había manifestado su fastidio en relación con esos granujillas que, en bandadas, esperaban a los turistas en el puerto y la estación para mendigar y meter las manos en todas partes con el fin de ratear lo que fuese. Ella había intervenido para afirmar que la causa de todo ello era el estado de necesidad en que los poderosos habían sumido a la ciudad y que a ella los niños siempre le daban alegría; mucha más que algunas personas aburridísimas que se conocían en Roma. Sonrió al recordar la gélida incomodidad que se había producido en la reunión; nadie había tenido el valor de llevarle la contraria a una mujer que, según sabían todos, era buena amiga de la esposa y la hija del Duce.

Había alquilado uno de los característicos coches públicos rojos con la franja amarilla y tres asientos y le había dicho al cochero que quería dar un paseo por la ciudad antes de ir al hotel. Debía retomar el contacto con las calles y las plazas que recordaba barridas por el viento invernal y que había recorrido en un momento muy triste. Ahora encontraba sol y alegría, vendedores ambulantes gritones, cantantes improvisados y mujeres sonrientes, hermosos escaparates y chicos que jugaban con pelotas de trapo en campos inventados al momento entre tranvías y automóviles. Era una ciudad loca y sonriente, y a ella le gustaba.

No estaba en condiciones de decir cuánto influía en ese juicio el hecho de que era la ciudad de Ricciardi; no obstante, sospechaba que el recuerdo del comisario desempeñaba un papel importante. Había decidido dedicar el primer día a inspeccionar el campo de batalla antes de lanzar su ataque. Comenzó a pensar en qué traje se pondría y con qué sombrero.

Sonrió al mar y al cielo.

Maione había visitado a los tenderos de Santa Maria La Nova, según las indicaciones de Ricciardi. No había sido tarea fácil; no porque encontrara reticencias o resistencias, sino porque la familia Musso de Camparino apenas mantenía contactos

directos con el barrio.

El duque inspiraba una gran estima por su humanidad y la munificencia con las organizaciones que asistían a los necesitados, pero desde hacía más de un año una grave enfermedad pulmonar lo obligaba a guardar cama y su fallecimiento era esperado de un momento a otro.

El señorito Ettore, que tenía cerca de treinta años, vivía prácticamente en la terraza, rodeado de plantas, de cuyo cultivo era un apasionado. Escribía artículos en periódicos y revistas de filosofía, materia de la que era un célebre estudioso. Se comentaba que salía de vez en cuando por las noches, pero nadie lo veía por ahí.

En cambio la duquesa estaba por todas partes. No había fiesta, encuentro o reunión mundana en cuyo grupo de animadores no se la viera. Hermosa y elegante, ostentaba riqueza y opulencia en todas las ocasiones. Era la segunda esposa del duque desde hacía diez años; él la había desposado al año y medio de morir la primera, de la que Adriana había sido enfermera. Maione notó la desaprobación de la charcutera que se lo contó, por el hecho de que no esperaran siquiera a que se cumpliera el segundo año de luto.

En cuanto a la servidumbre, el barrio fue pródigo en datos. Concetta Sivo era una mujer serena, muy respetada, medía mucho los gastos y llevaba la casa con gran habilidad. No tenía parientes en la ciudad, cada dos meses iba al pueblo donde vivían una vieja tía y sus primos. Cuando se hablaba de los Sciarra todos reían, por la comicidad de él, la sencillez de ella y la insaciable voracidad de los cuatro niños, siempre peleando por el último bocado o recorriendo las tiendas del vecindario para mendigar algo de comida.

Se trataba de personas concienzudas en el desempeño de su trabajo, pero fáciles de engañar si algún malintencionado deseaba colarse en el palacio. La otra noche, además, la fiesta del barrio había sido especialmente ruidosa y concurrida; había terminado entre el estallido de los fuegos artificiales que iluminaron la plaza y ensordecieron a los vecinos. Maione concluyó que en semejante circunstancia nadie habría oído ni un cañonazo, y mucho menos un disparo de pistola amortiguado por un cojín.

En una palabra, nada de interesante; salvo que todos los tenderos le habían ofrecido algo de comer y él, con la muerte en el corazón y, sobre todo, en el estómago, había tenido que declinar las invitaciones. Sacudiendo la cabeza con tristeza, decidió adelantar la visita a Nenita; si había algo que saber, ese seguro que lo sabría.

El caballero Giulio Colombo vio llegar a su esposa y se preocupó. No era raro que su enérgica consorte realizara visitas de inspección; le entraron los nervios al atisbar su ceño fruncido a través del escaparate.

La fuente de ingresos de la familia era la bonita tienda de sombreros situada en la esquina de la via Toledo y la piazza Trieste e Trento, cerca de la iglesia de San Ferdinando. En treinta años de actividad había conseguido una clientela fiel a la que ofrecían un servicio esmerado el propio caballero y tres dependientes, entre los que se encontraba el marido de su hija pequeña, muchacho de valía y gran trabajador; el único disgusto que le daba a su suegro, viejo liberal, era su adhesión al fascio que Colombo consideraba acrítica y, por tanto, rayana en el fanatismo.

Precisamente estaba hablando de las incursiones nocturnas cada vez más frecuentes de las escuadras que, ocultas tras la bandera fascista, se manchaban las manos cometiendo actos de pura brutalidad, cuando advirtió la llegada de su esposa. La señora Maria tenía un carácter fuerte, aunque sabía ser una compañera muy dulce y una madre perfecta; el problema surgía cuando las dos cosas contrastaban, como parecía ser el caso en ese momento. El caballero Giulio intuyó de inmediato, antes de que se apagara el sonido de la campanilla que anunciaba su entrada, cuál era el motivo de la visita. Se trataba de Enrica, su hija, y de su boda.

No era un hecho inminente, para ser sinceros, precisamente en eso radicaba el problema: no había boda a la vista. Maria se acercó a la caja registradora, una máquina enorme de metal brillante, orgullo de la tienda, detrás de la cual intentó parapetarse el marido.

—¿Puedo hablar contigo a solas, por favor?

Ay. La cosa era seria.

—Claro. Marco, ponte tú en la caja. Voy a la trastienda.

Como todas las tiendas de sombreros y sastrería, en la trastienda estaba instalado el taller donde se hacían los arreglos. No había nadie porque en ese momento era la pausa del almuerzo de las dos operarias.

Maria fue enseguida al grano.

—¿Qué piensas hacer por Enrica?

Se trataba de una discusión frecuente. El padre estaba muy apegado a su hija mayor, que tenía su mismo carácter ordenado y afable; no le disgustaba tenerla en casa todo el tiempo que fuera posible. Su esposa, que ya intuía esta tendencia, no perdía ocasión para recordarle a él y, sobre todo a Enrica, que con veinticuatro años cumplidos ya era hora de que pensara en construirse una vida propia; con más razón si se tenían en cuenta los tiempos difíciles por los que estaban pasando y que la tienda ya no daba para cubrir las exigencias de una familia numerosa, mejor dicho, de dos familias, puesto que la otra hija con su marido y su hijo pequeño seguían viviendo con ellos. Si al menos se hubiese prestado a conocer a alguien, en lugar de espantar a todos los jóvenes que se atrevían a acercársele.

La noche anterior, cuando había comenzado su jeremiada habitual, el marido había intervenido con gesto de impaciencia, y le había pedido que lo dejase escuchar

la radio. Maria se había callado, pero su mirada no prometía nada bueno. En efecto, aquí la tenemos, pensó Giulio, más decidida y guerrera que nunca.

—Tú no te haces cargo de la gravedad de la situación. Tu hija es una solterona, y va camino de serlo el resto de su vida. Ahora estamos nosotros, pero no somos eternos; el día de mañana, cuando faltemos, ¿qué va a hacer Enrica, sin el apoyo de un hijo, acabar en un hospicio de ancianos?

Cuando empezaba con su cantilena no había manera de pararla, Giulio lo sabía de sobra. Más le valía mostrarse conciliador.

—Pero ¿qué quieres que haga yo? ¿La agarro, la maquillo, la visto y la pongo en la calle? Si ella no quiere salir, ¿qué puedo hacer yo?

Maria no esperaba otra cosa.

—Si ella no quiere conocer a nadie, debemos ser nosotros quien llevemos a alguien a casa. Escucha lo que se me ha ocurrido.

Maione había conocido a Nenita un año y medio antes, cuando lo habían llevado a la jefatura con otras cuatro mujeres de la calle.

Eran muchas las profesionales que ejercían por cuenta propia y competían con los burdeles autorizados; pero la norma según la cual la ciudad debía ofrecer una cara limpia al menos en apariencia no admitía excepciones, y además, las titulares de los establecimientos que debían pagar impuestos por sus pupilas presentaban quejas a las autoridades que visitaban sus «casas». De modo que periódicamente la brigada hacía un poco de limpieza, quitando de la calle a quien embaucaba a los transeúntes, sobre todo en las calles del centro.

Aquella noche, Maione estaba de guardia y se vio obligado a resolver una situación difícil: las otras se estaban calladitas a la espera de la inevitable puesta en libertad, pero la más joven se debatía y pugnaba por soltarse; en un momento dado, le mordió la mano a uno de los guardias que la abofeteó con violencia. Se puso entonces a gritar y el timbre de su voz reveló inequívocamente su naturaleza. Maione intervino y separó al joven de las otras, pero, en las largas horas en que lo retuvo en la celda, no consiguió que le diera sus datos; salió a relucir, en cambio, una personalidad compleja, la de un muchacho que había aprendido a aceptar que era profundamente diferente a los otros pero no por ello se resignaba a ocultarse, al contrario: se sentía mujer y como mujer quería ganarse la vida. De la misma manera en que las mujeres pobres y desesperadas se veían a veces obligadas a mantenerse.

En los meses posteriores, el sargento se cruzó en varias ocasiones con Nenita, que tenía la habilidad de encontrarse siempre en contacto con los ambientes donde se cocían los delitos. Surgió una extraña relación de aprecio, aunque no de amistad, entre dos hombres que no podían haber sido más distintos. Otro aspecto nada desdeñable era que Nenita disponía de una nutrida red de relaciones y conocidos a

través de la cual conseguía un caudal ilimitado de información, que transmitía únicamente al sargento, sin llegar nunca a la delación. Se trataba de chismorreos basados en la realidad, eso sí, que a menudo habían sido de gran ayuda en las investigaciones. A cambio, la brigada móvil tenía la orden tácita de hacer caso omiso de la presencia de Nenita entre las busconas que ejercían en el límite de los Quartieri Spagnoli con la via Toledo. Una mano lava la otra.

Nenita vivía en una buhardilla ruinoso al final de una callejuela, no lejos del corso Vittorio Emanuele. Desde su ventana se veía un escorzo del campo que bordeaba la colina del Vomero, y al otro lado, un pedacito de mar. Como era de esperar, Maione llegó bañado en sudor, tras una larga subida y un centenar de escalones, con un hambre canina.

Y, como era de esperar, Nenita estaba comiendo.

Todo debe ser normal. Todo debe ser como cada día.

Has ordenado la casa, que nadie pueda decir nunca que descuidas a tus hijos o que hay un dedo de polvo en el aparador. Que nadie pueda decir que las cortinas están manchadas o que las sábanas están sucias.

Has ido a comprar lo necesario para preparar la comida. Llevas un cucurucho de macarrones, pan, tomates. Debes preparar una buena comida y después una buena cena. Y mañana otra comida y otra cena. Y otra y otra, porque él regresará a casa, y se sentará delante de ti y te sonreirá. Todo volverá a ser como antes. Todo como antes.

Hace calor y caminas cargada de paquetes bajo el sol despiadado. La cabeza te da vueltas, nadie te ayuda. Pero sonrías de todos modos.

—Sargento, qué enorme placer. Pase, pase, por favor, siéntese en el puf, aquí a mi lado. ¿Le importa si sigo comiendo? Hoy estoy que me muero de hambre, aunque haga este calor.

¿Gusta?

Maione notó que la habitación le daba vueltas y se dejó caer en el grueso cojín adamascado.

—Por el amor de Dios, sargento, ¿se siente bien? ¡Se ha puesto usted muy, muy blanco! ¡Venga, que le traigo un poco de agua con azúcar!

Maione agitó débilmente la mano delante de la cara.

—No, no, déjalo, es el calor. Dime mejor qué es lo que comes.

—Me he preparado un plato de pasta, ya sé que debo mantener la línea, pero como le he dicho, no sé por qué, hoy estoy muerta de hambre. Será que presentía que usted iba a venir, un machote tan bien plantado, y pensé que lo mejor sería que me encontrara con fuerzas.

—Te he dicho mil veces que no te tomes esas libertades, ¿o no lo entiendes? Para que sepas, ni siquiera voy con..., con esas como tú, mucho menos contigo. Hay que ver las cosas que me haces decir... En fin, ¿cómo es que me esperabas? ¿Quién te ha dicho que iba a venir?

Nenita se ciñó con coquetería el kimono de seda sobre el pecho y se puso una mano delante de la boca para ocultar una risita.

—No me lo ha dicho nadie. Pero todos saben que anoche mataron a la duquesa de Camparino, y una de mis compañeras, que trabaja de criada en la finca de enfrente, me contó que usted y su comisario fueron al palacio. ¿Cómo es eso, trabaja también en domingo?

Medio tumbado en el cojín, Maione se abanicaba con el sombrero.

—No te debo ninguna explicación, faltaba más. No hay caso, en esta ciudad no se mueve una hoja sin que se entere todo el mundo. Me pregunto cómo se puede hacer un trabajo como el mío si después es como si estuviera en medio de un mercado. En fin, que he venido para ver si me puedes contar algo sobre la duquesa. En el barrio parece que nadie sabe nada, como de costumbre, aunque lo saben todo pero no sueltan prenda.

Nenita le daba vueltas en el plato a la pasta sobrante, que Maione miraba famélico.

—Ay, sargento, la duquesa... Para muchas de nosotras, la duquesa esa tiene una vida que es como un cuento de hadas, de esos que se les cuenta a los niños. Como habrá visto es un cuento que no termina bien.

—¿Qué quieres decir con eso del cuento?

—La duquesa no había nacido rica. Era hija de un militar, su padre murió en la guerra. Pero era hermosa, muy hermosa. Yo conocí a uno que había perdido la cabeza por ella, un comerciante de seda, me parece. Pero ella tenía otros planes en mente, quería su independencia, no quería tener que deberle nada a nadie. Así que se puso a trabajar de enfermera.

Maione trataba de controlar la tendencia a divagar de Nenita.

—De acuerdo, ¿y el matrimonio con el duque?

—Ahora mismo se lo cuento, si tiene la paciencia de prestar atención... Vamos a ver, la primera duquesa era una señorona que venía de una familia respetabilísima. Muy religiosa, siempre estaba en la iglesia, ayudaba a los pobres, en fin, la clásica señora de sociedad. Cayó enferma, una fea enfermedad, eso ya lo sabía, ¿no? De esas que empiezan con un mareo, un desmayo... Pero ¿se siente usted bien, sargento? No sé, como hoy lo veo...

Maione hizo ademán de darle una patada desde el puf donde estaba sentado.

—¡Oye, que no te hagas el gracioso, te he dicho! ¡No tengo ninguna enfermedad, estoy sano como una manzana! Sigue.

—¡Pero qué carácter tiene! Total, que para cuidar de la duquesa mandan llamar a la enfermera Adriana, linda como el sol y rebosante de salud. La enfermedad fue muy larga y al final, se lo cuento muy resumido, la duquesa nos deja. Y la enfermera se acuesta en el lugar de la enferma.

—¿Y eso cuándo pasó?

Nenita se tocó la punta de la nariz con las uñas pintadas.

—A ver, déjeme calcular... Hará cosa de diez años.

—¿Y qué tal fue el matrimonio?

Nenita se encogió de hombros.

—¿Y cómo van los matrimonios, sargento? Al principio bien, después cada vez peor y al final mal, muy mal. Aunque hay que decir que los matrimonios de

conveniencia funcionan mejor que los otros, porque cada cual procura ocuparse de sus asuntos. Pero la pobre duquesa, que en paz descansa, no sabía sacar provecho a la situación. Y cuando el duque, que es muy viejo, también acabó enfermando, no se encerró en casa con cara de sufrimiento.

Maione escuchaba atentamente.

—¿Qué quieres decir con que no se encerró en casa?

Nenita se carcajeó otra vez.

—Sargento, a veces me parece usted tan tierno. Vive en una ciudad como ésta, hace el trabajo que hace y no sabe las cosas que saben todos. Por eso estoy yo aquí, y tengo que ponerlo al corriente. Hay que ver, usted y su apuesto comisario mudo, que no se ríe ni por asomo, son de otro mundo.

Maione resopló con fastidio.

—Otro mundo y un pimiento. Digamos que alguien tiene que ocuparse de las cosas serias en lugar de pasarse la vida tratando de ver quién se mete en la cama de quién. Sigue.

—La cosa es simple: Adriana conoce a alguien joven como ella, alegre, inteligente y ambicioso. Se enamoran. A él no le conviene, porque se juega la carrera, a ella tampoco le conviene, porque nadie la quiere más en los salones. Pero se enamoran y ante el amor, a ellos les traen al fresco todos y todo. Ésta es la parte de la historia que a mí me gusta.

El sargento sabía que había llegado al quid de la cuestión.

—¿Y quién es ese príncipe azul?

—El príncipe azul es Mario Capece, sargento. El periodista del *Roma*. El que, según parece, acabó matando a la duquesa.

Nunca más volveré a verte.

Es mi único pensamiento, lo único que siento.

¿Te acuerdas de la primera vez? Nos presentaron en el teatro. Hablaban, yo no oía. Me había perdido en tus ojos, en tu sonrisa. Sentía la pasión dentro de mí, la misma que nunca me dejó.

Nunca más volveré a verte. No es posible.

Tu cara entre mis manos. El olor de tu piel. Me enseñaste que es posible embriagarse sin vino, como dicen las canciones. El tiempo sin ti me parecía todo perdido. Mis hijos también eran tiempo perdido. El trabajo era tiempo perdido. Cualquiera que fuese el precio que me hicieran pagar era poco, por una hora contigo.

Nunca más volveré a verte.

Tu risa, mil corales de plata en el mármol, el sonido de la vida misma. No puedo creer que nunca más vaya a oírte reír. Me hiciste enloquecer, enfermé por ti. La felicidad más pura en el abrazo más impuro.

Y la rabia, la rabia encendida de verte sonreír a otro, de sorprenderte mirándolo a escondidas. No puedo creer que la última vez que esta mano mía te tocó fuera para hacerte daño. No lo puedo creer.

Y no puedo creer que no vaya a volver a verte.

Un instante de silencio siguió a la afirmación de Nenita; junto con el calor terrible de las primeras horas de la tarde por la ventana entraban el canto de las cigarras y el reclamo de algún pájaro. Maione conocía la predisposición a la teatralidad de su informante, pero de todos modos se había quedado sorprendido.

—¿Cómo es eso de que según parece acabó matándola? ¿Cómo sabes que fue Capece quien mató a la duquesa?

Nenita sacudió la cabeza y abrió como platos los ojos muy maquillados.

—No, sargento, no me haga decir cosas que no quiero decir. No sé quién ha matado a la duquesa. Es más, debo decirle que espero de veras que no haya sido Capece. Amí me gustan mucho las historias de amor y no me gustan nada las muertes.

—¿Y? No estamos en el teatro, donde te tiene que gustar la historia. Vamos a ver, ¿Capece mató o no mató a su amante?

—Y yo qué sé, sargento. Lo que sí puedo decirle es que todos están convencidos de que ha sido él. La cuestión es que doña Adriana hacía que los hombres perdieran la cabeza, ya se lo he dicho, y se divertía. Para mí que a Capece lo quería de verdad, pero esa siempre se hacía un poco la furcia. Y el sábado por la noche en el Salone Margherita la cosa se puso muy fea.

A Maione le costaba un triunfo que la conversación se ciñera a los temas que necesitaba saber.

—¿De qué hablas, qué pasó el sábado por la noche? Por favor, Nenita, hace calor, la cabeza me da vueltas y estoy muerto de hambre, no puedo comer y no puedo decirte por qué. No empieces tú también. Anda, cuéntame lo que tengas que contarme y no me hagas perder el tiempo.

—Aaah, sargento, ¿se me ha puesto a régimen? ¿Para qué? Si es usted fascinante así como está, un hombre con barriga y presencia.

La mirada feroz del sargento surtió más efecto que cualquier llamada al orden.

—Está bien, está bien. Le cuento. Le adelanto que todo esto lo sé porque una de mis compañeras trabaja de camarera precisamente en el Salone Margherita, para ser más exacta ahora deberían ponerla en el guardarropa... ¡Eh, sargento, no se me cabree, qué carácter! En fin, que en el entreacto todos salieron a fumar, a beber y a charlar, porque al teatro también se va para eso. Y así, de buenas a primeras, Capece se pone a gritarle a la duquesa, que ella no podía hacer eso, que siempre hacía lo mismo, que él no aguantaba más.

—¿Y qué había hecho la duquesa?

Nenita tendió los brazos.

—Vaya usted a saber. Seguramente había saludado a alguien o le había sonreído a otro. Lo hacía a menudo. En fin, que él gritaba y ella reía. Tal cual, mi compañera me contó que se reía a carcajadas, ja, ja, ja, ja, ja, ja, como si él fuera una caricatura. Entonces él hizo lo del anillo.

—¿Cómo que hizo lo del anillo?

—Que le agarró la mano y gritándole a la cara que no se lo merecía, que no la quería ver nunca más, le quitó el anillo del dedo.

Maione quería más.

—¿Qué clase de anillo era?

Nenita volvió a encogerse de hombros.

—¿Y yo qué sé? Entonces ella le dijo: «Llévatelo, llévate esta porquería de anillo. Devuélveselo a esa muerta de tu mujer».

—¿Por qué, Capece es viudo?

—No, qué va. Es que, según dicen, la mujer de Capece es de esas que va de su casa a la iglesia y de la iglesia a su casa, al contrario de la duquesa, y dicen que hace años que ni se fija en su marido.

—¿Y entonces?

—Entonces él, delante de todo el mundo, le dio una bofetada con la mano abierta que le hizo dar vueltas la cabeza. Un par de hombres salieron en su defensa, porque es algo muy feo que peguen a una mujer en público. Pero ella los detuvo con un gesto, se limpió la sangre que le salía de la boca, se arregló el pelo y volvió a entrar en la sala.

—¿Y Capece?

—Se marchó; pero antes gritó una cosa.

Maione se inclinó hacia Nenita, captando su vacilación.

—¿Qué fue lo que gritó Capece?

—Gritó: «Te mataré con mis propias manos».

Ésta es la peor hora. En la que el sol no tiene ningún respeto por los que no pueden guarecerse, no perdona. Yo debo ayudaros, traslado a la sombra a aquellas de vosotras que puedo trasladar, los geranios, las begonias. Ay, a los setos de jazmines, buganvilla, hiedra solo os puedo mirar y ver cómo consumís las reservas, el agua que os he puesto esta mañana. Debéis quedaros donde estáis. En vuestro lugar. Cada cual tiene su lugar.

¿Y el mío cuál es? Aquí, con vosotras. En este palacio vacío, cuartos y más cuartos desiertos, silencio y más silencio. Un palacio lleno de fantasmas. Él también es un fantasma. Mi padre. No lo recordaba así, agonizando en su lecho, enzarzado en una batalla perdida. Lo recuerdo grande y fuerte, riendo feliz con mamá. Mamá. Mamá. Qué palabra encantada que no pronuncio con la boca sino con el corazón mil veces al día.

Mamá, tú lo sabes. Sabes que lo más importante es el amor. Es el amor el que te da el lugar que debes ocupar. Siempre me decías que el amor es la verdadera casa, la patria. Pero nunca me explicaste qué hacer si ese amor es el equivocado.

Ahora ella está muerta. Muerta, mamá. Como tú. Como mi padre, aunque siga agonizando. Y tal vez como yo y mi amor equivocado.

Abro el cajoncito del secreter, el de resorte, el oculto. Cojo el anillo. Tu anillo, mamá. Lo limpio otra vez, que no le quede rastro de su sangre sucia. Que vuelva a ser como antes.

Cuando lo llevabas en el dedo. Mamá.

Ricciardi reflexionaba sobre lo paradójico que resultaba que en los hospitales y cementerios el Asunto le reservara menos visiones. Por lo demás, tenía su lógica: eran las pasiones las que generaban las muertes violentas, no el dolor; y allí habitaba sobre todo el dolor.

Había decidido esperar el resultado de la autopsia a la entrada del depósito de cadáveres, en la parte posterior del edificio. El hospital se avergonzaba de la muerte, por eso la escondía. Suponía un fracaso, una derrota.

Grupos de personas sollozantes, rostros pálidos por el cansancio, el sufrimiento. Mujeres enlutadas sostenidas por jóvenes compungidos que, tras una pérdida, se hicieron adultos en pocas horas. Padres, hijos, esposas, maridos. Reproches, palabras jamás pronunciadas. Recuerdos.

Ricciardi se mantenía al margen, pero no podía evitar ser testigo de otro dolor. No habría sabido decir qué era peor, si el obtuso repetirse de la última emoción de los muertos o el abismo en el que se hundían los que quedaban.

La puerta del depósito se abrió y el doctor Modo salió secándose las manos con el

borde de la bata manchada.

—Mira quién ha venido a traer su sonrisa a este lugar de sufrimiento. Hola, Ricciardi, bienvenido al teatro de títeres. ¿Tan ansioso estabas por volver a verme que no has podido resistirte o piensas que el ambiente del depósito te va mejor que el de la jefatura?

—Tarde o temprano alguien se dará cuenta de que es a ti a quien le va mejor el ambiente de la jefatura que el del hospital. Entonces tendré que venir a buscarte y tiraré la llave. ¿Qué tal ha ido, has terminado con la duquesa?

Modo le ofreció una amplia sonrisa.

—Tu cliente y yo hemos hablado largo y tendido. Y me ha pasado un montón de información, pero es muy, pero muy confidencial. Solo estoy autorizado a transmitirla delante de una opípara comida a la que vas a invitarme.

Ricciardi sacudió la cabeza.

—Ya lo tengo. Reticencia, el delito que me permitirá enviarte a la sombra. Con el calor que hace, incluso te hago un favor. De acuerdo, pero nos vemos cuando termine mi turno en la fonda cerca de la jefatura; espero a Maione con más información. Gratuita.

Maione no había conseguido que Nenita le pasara más datos interesantes; había tratado de averiguar algo más sobre los otros habitantes del palacio y sus costumbres, pero al parecer no había nada que su informante pudiera añadir a lo que el sargento ya conocía.

Cuando le habló de Ettore, el hijo del duque, notó una vacilación; Nenita sabía que el hombre salía casi todas las noches muy tarde, y que a veces dormía fuera de casa, pero no tenía ni idea de adónde iba. Maione había pensado que, tratándose de un estudioso, era difícil que el ambiente que frecuentaba tuviera nada en común con Nenita.

Con el terrible calor de la tarde, y más muerto de hambre que nunca, decidió reunirse con Ricciardi para ponerlo al corriente de sus pesquisas. Encontró al comisario en su propio despacho, lo estaba esperando.

Intercambiaron la crónica del día: el comisario le comentó al sargento sus impresiones sobre la conversación con Garzo, y Maione informó a Ricciardi sobre los datos recogidos en los alrededores del palacio Camparino y en casa de Nenita. Ricciardi se quedó pensativo, con los dedos entrelazados delante de la boca.

—De modo que todos están convencidos de que ha sido Capece. A veces la solución más obvia es también la más correcta, la vida no es como una novela. Debemos interrogarlo.

—Sí, comisario, pero hay que ir despacio. Ya oyó usted lo que dijo ese ignorante de Garzo, ¿no? Lo pondremos sobre aviso y es probable que mueva unos cuantos

hilos y a nosotros nos pongan la mordaza.

—Tienes razón. Seguiremos el orden, al menos el que seguimos normalmente. Mañana iremos al palacio y oiremos a los duques supervivientes, a ver qué nos dicen. También porque, por lo que me cuentas, había cierta hostilidad entre marido y mujer, y entre madrastra e hijastro.

Maione se frotó la cabeza con el pañuelo.

—¿Ha tenido noticias del doctor Modo? He comprobado el casquillo con los modelos que guardamos en el archivo, es como imaginaba usted: una Beretta calibre 7.65 de la guerra, no es el modelo antiguo, sino la pistola que les dieron a los oficiales hacia el final, en mil novecientos diecisiete; todavía hay muchas en circulación. Nada en particular. Envié a dos guardias a revisar a fondo la habitación, no encontraron nada. El asesino hizo un único disparo.

Ricciardi asintió.

—El chantajista de Modo me ha dicho que me informará de la autopsia si le pago la cena. Ven tú también a la fonda, está aquí cerca, en Santa Brígida; así te enteras.

Maione palideció todavía más.

—No, dottore, no tengo hambre. Si acaso me lo cuenta mañana.

—No, insisto: cuatro oídos se enteran mejor que dos. Además, ¿desde cuándo te supone un problema cenar dos veces? Yo tampoco quiero que esta noche se me haga muy tarde. Oímos lo que Modo tenga que contarnos y nos vamos.

Maione se resignó.

—De acuerdo, a sus órdenes. Pero yo no como nada. Miro y ya ceno luego en casa.

Enrica percibía algo extraño. Su madre había regresado del paseo y parecía excitada. Había comprado flores y le había indicado a la criada que sacara la cubertería de plata y la puliera. Ella trató de averiguar por qué iban a poner la mesa con tanto esmero en un día normal y solo consiguió que su madre le contestara riéndose nerviosa y encogiéndose de hombros.

Cuando Maria se comportaba de aquel modo era inútil insistir, Enrica lo sabía bien; pero se sintió extrañamente inquieta. En un momento dado vio entrar a la mujer que solía peinar a su madre; le preguntó entonces si había una ocasión especial de la que no estaba al tanto, y su madre le contestó que había ido a peinarla a ella.

Abrió los ojos como platos y antes de que pudiera pronunciar palabra, oyó que le decía:

—Y ponte el vestido bueno. Ésta noche tenemos invitados a cenar.

En el breve trayecto de la jefatura a la via Santa Brígida, donde tenía cita con Modo,

Maione y Ricciardi se cruzaron con pocos vivos y un muerto. Los primeros eran muchachos vociferantes que regresaban de la playa con las ropas en hatillos húmedos, descalzos y con el pelo mojado, y llenaban el aire de carcajadas y burlas. El muerto, que solo vio Ricciardi, se iba disolviendo despacio en el calor, embutido en una pesada chaqueta de finales del invierno.

Se trataba de un obrero caído del tejado de un edificio donde estaba reparando un canalón. Tenía la espalda doblada como el mango de un paraguas, de la boca le brotaban la sangre y estas palabras repetidas hasta la saciedad:

«Me aguanta, la cornisa me aguanta».

Las últimas palabras famosas, pensó Ricciardi como hacía cada vez que pasaba cerca de él al tiempo que apartaba la vista. Maione malinterpretó la expresión de su superior.

—¿Qué le pasa, comisario, a usted también le duele la cabeza? Éstos días a mí me da vueltas como un trompo.

Ricciardi le contestó:

—Es verdad, de un tiempo a esta parte te veo pálido. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, me encuentro bien, pero estoy comiendo menos. Y con este calor...

—Entiendo, haces bien. Haga frío o calor yo siempre tengo el mismo apetito. A Modo le pasa lo mismo, como ves. Ahí lo tienes, esperándonos.

El médico ya estaba sentado a una de las mesas dispuestas en la acera, debajo del toldo, que, con su sombra, le ahorraba los últimos rayos del sol poniente.

—¡Qué bien! Ahí llega mi cena. Querido sargento, ¿usted también ha venido? Significa que me convidará con el café, no quiero hacerle un feo.

Maione sonrió.

—Buenas tardes, doctor. Lo siento, yo no soy más que un espectador, vengo a oír lo que tenga que contarnos y a verlo comer. De pagar no se ha dicho nada.

Ricciardi se sentó; le indicó al mesonero el plato de pasta al horno que descollaba delante de Modo.

—Tráigame lo mismo, por favor. Y bien, Bruno, ¿me puedes hablar de la duquesa o te quitará el apetito?

Modo masticaba con la boca llena. Negó con la cabeza.

—No hay nada en este mundo que me quite el apetito. En el Carso comía bajo las bombas austríacas, cuestión de supervivencia. Vayamos a tu cliente: una mujer muy hermosa que se mantenía estupendamente a pesar de que, así a ojo, pasara ya de los cuarenta. ¿Me equivoco?

—Cuarenta y dos, para ser exactos. Nació el quince de enero del ochenta y nueve.

—Y tenía cuerpo de muchacha, podéis creerme. Por lo que me han dicho, parece ser que era de las que hacen perder la cabeza. A ver, hablemos primero del proyectil. Lo habéis visto, le dispararon a través de un cojín. En el cerebro le quedaron

fragmentos de tela e incluso de plumas en todo el recorrido de la bala hasta que se incrustó en el respaldo del sofá. Fractura del frontal, del occipital, etcétera. Seguramente el corazón seguía latiendo cuando le dispararon.

Ricciardi se inclinó hacia adelante tras captar el matiz.

—¿Qué quieres decir con eso de que el corazón seguía latiendo?

Modo rio socarronamente, siempre con la boca llena.

—Qué bonito contar con un público tan atento. Quiero decir que clínicamente la hermosa duquesa todavía estaba viva. Pero solo clínicamente.

—¿Cómo que clínicamente?

—Veamos, vuestro asesino, quizá para impedir que gritara, usó el cojín para taponarle con fuerza la boca y la nariz. Y la señora ya estaba muriendo asfixiada. En la práctica, agonizaba.

Maione estaba impresionado.

—Perdone usted, ¿cómo lo sabe? ¿Por los pulmones, la garganta...?

Modo sacudió la cabeza.

—No, no, sargento, no hace falta ver lo de dentro. Se notaba por la cara. Las manchas rojas alrededor de la boca y el cuello, por ejemplo. Algunas manchitas en la parte interior de los párpados, denominadas «petequias». Se trata de venas y capilares rotos por el esfuerzo de respirar. Algo típico en las asfixias.

Ricciardi pensaba que la imagen de la duquesa, que repetía su frase sobre el anillo, tenía un buen agujero en la frente; de modo que cuando le dispararon todavía estaba viva. Y preguntó:

—Pero si murió asfixiada, ¿cómo es posible que estuviera clínicamente viva cuando el asesino le disparó?

Modo se encogió de hombros sin dejar de engullir macarrones al horno.

—Evidentemente, el asesino quería asegurarse. Cuando se mata a alguien, no siempre se es consciente de la irreversibilidad de lo que se hace. A lo mejor pensó que lo habían reconocido. O dado que la llevaba encima, quería comprobar si la pistola funcionaba. De todos modos, habían tenido una violenta pelea.

Fue Maione quien se quedó sorprendido esta vez; con esfuerzo apartó la vista de la salsa que el doctor Modo rebañaba con un trozo de pan y dijo:

—¿Cómo es eso, doctor? Si parecía que la duquesa estuviese dormida.

Modo, que había dejado el plato inmaculadamente limpio, se apoyó en el respaldo con una sonrisa satisfecha.

—A que no os lo esperabais, ¿eh? A la duquesa volvieron a colocarla bien cómoda en correspondencia con el tiro que le pegaron en la frente. En esta ocasión, la autopsia resultó francamente reveladora. En cualquier caso, todo ocurrió muy deprisa. La mujer murió entre las doce y las dos de la madrugada del sábado al domingo. De eso no hay duda.

No debías reírte. Si no te hubieras reído, no lo habría hecho. Te amaba, te amaba desesperadamente. No te habría hecho daño.

No comprendías mi dolor, mi desesperación. Puede que nunca te tuviera, pero siempre te sentí mía, desde la primera vez que te vi. Y jamás tendré nada tan bonito como tu sonrisa entre mis manos, no sentiré nada tan maravilloso como tu aliento entre mis brazos.

Quisiera contarte qué terrible era verte captar las miradas, provocar las sonrisas. Notar que tu fascinación buscaba otras metas, para encadenar a un hombre y luego a otro y a otro más. Sin respeto, sin ninguna consideración por mí. Pero lo habría soportado todo con tal de volver a tenerte cerca. Porque te quería.

Pero te reíste. Te reíste en mi propia cara. Y no lo pude soportar.

—¿Qué más has descubierto? —preguntó Ricciardi.

Modo levantó la mano y contó con los dedos.

—Uno, dos costillas rotas debido a traumatismo por presión. Alguien le apoyó un cuerpo curvo en el tórax, quizá para inmovilizarla. Una rodilla, quizá. O alguna otra cosa. Dos, cuatro uñas rotas en las dos manos. Ni un solo resto de piel, por tanto, trató de agarrarse a un cuerpo vestido o tal vez a alguna otra cosa, a saber. Tres, la mano izquierda estaba en unas condiciones realmente extrañas. El anular presentaba un profundo arañazo sangrante; alguien le arrancó un anillo. El dedo medio estaba dislocado y no presentaba hematomas. Alguien le tiró del dedo después de muerta, tal vez para quitarle otro anillo. O tal vez...

—... tal vez alguna otra cosa. ¿Y qué más? Por la cara que pones sé que nos reservas una sorpresa —concluyó Ricciardi irónico.

Modo reía como un niño.

—Mi querido y triste Ricciardi, tu cliente tenía rasgada la parte interior de la mejilla izquierda. Antes de matarla, alguien le pegó.

G iulio Colombo se anudó la corbata delante del espejo con visible enfado. Lo peor de todo era que no podía tomarla con nadie más que consigo mismo.

Ésa noche, al regresar a casa, cuando su Enrica lo recibió como tenía costumbre para pedirle el sombrero, el bastón y el beso en la frente, no había tenido valor de mirarla a la cara. Durante todo el trayecto había tratado de convencerse de que lo que había hecho era por el bien de su hija, pero no conseguía quitarse la desagradable sensación de haberle jugado una mala pasada.

Las cosas fueron así: esa mañana, cuando su mujer se le había presentado en la tienda para plantearle la necesidad de hacer algo para ahorrarle a Enrica un terrible destino de indigencia y soledad, no había tenido fuerzas para plantarle cara y se había dejado convencer.

A unos metros de su tienda había otra donde vendían telas; al frente del comercio estaban su viejo amigo Luciano Fiore y Rosanna, su esposa. La pareja, decididamente acomodada, tenía un único hijo, Sebastiano, de veintiocho años y todavía soltero. Ésa circunstancia se debía al hecho de que para sus padres, sobre todo para su madre, todas las muchachas le parecían inadecuadas por motivos de belleza, salud o patrimonio. En realidad, Giulio sospechaba que a ninguna le gustaba el muchacho, fatuo y vanidoso, que vivía tan bien a expensas de su familia que no estaba muy dispuesto a formar la suya propia. Así se lo había hecho saber Giulio a su esposa, que lo acusó sin medias tintas de no tener valor de enfrentarse a la cuestión. Por ello había tirado la toalla y había ido a la tienda de Fiore a invitarlo a cenar con su mujer y su hijo esa misma noche. La esposa de su amigo se había hecho cargo de la situación y había aceptado entusiasmada; en realidad, hacía tiempo que pensaba en lo oportuno de la unión e imaginaba un único e inmenso negocio de sombreros y telas dirigido por su hijo.

A Giulio, Rosanna Fiore le resultaba cordialmente antipática, igual que su hijo, con el que había coincidido unas pocas veces. Según él, el pobre Luciano era víctima constante del carácter de su mujer. Después consideró que tal vez él mismo se encontraba en una situación similar, y la reflexión empeoró su humor más que negro. Hacía calor, mucho calor, y el hecho de tener que ponerse chaqueta y corbata también por la noche en su casa no contribuyó a mejorar la situación.

Una vez más se preguntó por qué se había dejado convencer para organizar ese engaño en contra de su dulce Enrica.

Maione subía la empinada callejuela que llevaba hasta su casa. El día había sido largo y difícil, agravado por el tremendo calor que incluso en ese momento, cuando ya había oscurecido, no daba tregua. Pensaba en lo que Nenita le había contado de

Capece, y en cómo el amor llevaba a la pasión y esta a la rabia, y la rabia a la sangre. Lo que había comentado Modo, sobre el hecho de que antes de morir alguien había pegado a la duquesa, coincidía con la historia de lo ocurrido en el teatro.

En cierto sentido, incluso el torpe intento de acomodar a la duquesa como si estuviese durmiendo era un acto de respeto póstumo; el sargento se había acostumbrado a aceptar las contradicciones de los asesinos pasionales, que primero mataban sin piedad y después tenían para con sus víctimas muestras de ternura.

Mientras así reflexionaba oyó que lo llamaban y le dio un vuelco el corazón; recordaba demasiado bien esa voz profunda y musical.

—Buenas noches, Filomena. ¿Cómo está? —contestó.

La mujer se encontraba de pie, a la entrada del estrecho Vicolo del Fico, bajo un templete votivo con una antigua imagen de la Virgen pintada en la pared.

—Como la Virgen quiere, sargento. Ya ve, me ocupo de que no le falten flores y velas; de vez en cuando le enciendo una y ruego por el bien de mis seres queridos. También por usted, que no me olvido de la ayuda que me prestó.

Acompañó las palabras acariciándose brevemente el lado desfigurado del rostro, que permanecía en la sombra. El otro perfil, ligeramente iluminado por la farola, era como Maione lo recordaba, de una belleza desgarradora.

—Faltaba más, Filomena. Es mi deber ayudar a la gente. Y con usted también fue un placer, ya lo sabe. Me hubiera gustado hacer más, la verdad. ¿Qué tal se encuentra Gaetano, su hijo?

—Bien, gracias. Ya no está como aprendiz, ahora trabaja con el capataz, dice que es bueno. Ocupa el lugar del padre de Rituccia, ¿se acuerda de ella? La niña que vivía aquí cerca y que ahora vive con nosotros.

Maione la recordaba bien: una niña seria, con la mirada afligida e inquietante. La había conocido a raíz de los acontecimientos con los que se había topado unos meses antes, una mañana de primavera, cuando tuvo que restañar la herida que había desfigurado la cara de la mujer. En un momento de vértigo, el sargento revivió la emoción nueva y profunda que le había proporcionado visitar a Filomena.

—¿Quiere quedarse a cenar? Le preparo algo ligero, unos macarrones con tomate y albahaca. Recuerdo que le gustan, ¿o me equivoco?

Maione oyó con claridad su propio estómago rezongar como un trueno lejano.

—No, gracias, Filomena, tengo el estómago un poco pesado, así que hoy prefiero saltarme la cena.

En la semipenumbra la mujer se le acercó y lo miró fijamente a la cara.

—Ay, Raffaele, ¿se encuentra bien? Lo noto pálido, con mala cara y más delgado. No haga que me preocupe, sabe que le tengo mucho aprecio.

Maione no habría podido pedir un cumplido mejor. Más delgado. Como si le hubiese dicho que le habían salido alas y la aureola.

—Que no, que no, solo faltaba, es que el de hoy ha sido un día largo, muy largo. Quizá estoy un poco cansado.

Filomena lo miraba preocupada con la cabeza ligeramente inclinada sobre el hombro. Era hermosísima. De repente, alargó la mano hacia la cara de Maione y lo acarició. La mano le pareció fresca y ligera como una ráfaga de viento. Se tocó apenas la visera del sombrero y huyó, sintiéndose un cobarde, como cada vez que se cruzaba con ella.

Rosa Vaglio era una de esas mujeres de otros tiempos que daba rienda suelta a su afecto cocinando. Y como había nacido muy pobre, para ella, cuanto más se amaba, más había que nutrir, añadiendo condimentos. Y como ella amaba a Luigi Alfredo Ricciardi más que a nada en el mundo, le preparaba unos platos que habrían matado a un toro, si el toro se hubiese arriesgado a probar sus berenjenas a la parmesana.

Lo había visto por primera vez cubierto de sangre, en manos de la comadrona, con sus preciosos ojos verdes aún cerrados. Lo había tenido en brazos antes que su pobre madre, la dulce baronesa Marta, que se había ido hacía ya muchísimos años. Y lo había visto jugar mil veces, mientras tejía o lavaba la ropa y con un ojo vigilaba que no corriera peligro, silencioso y temerario como había sido siempre.

Había velado su sueño inquieto preguntándose con qué cosas terribles soñaba cuando lo veía estremecerse y murmurar. Le había besado mil veces la frente para comprobar si tenía algunas décimas de fiebre que ella notaba de forma infalible. Al morir su madre, e incluso antes, se había convertido en la inflexible administradora del sustancioso patrimonio de la familia, por el que Ricciardi no sentía interés alguno; con su letra de trazo grueso y sin gracia, era ella la que llevaba la correspondencia con granjeros y aparceros; no se le escapaba detalle y guardaba hasta el último céntimo para poder rendir cuentas cuando Luigi Alfredo despertara de esa obsesión de trabajar de policía y se decidiera de una vez por todas a asumir su papel como barón de Malomonte y formar una familia.

La verdadera y gran aflicción de la tata Rosa era la familia. Pocos conceptos firmes albergaba su mente, y uno de ellos era que una vida sin hijos no podía considerarse completa. Había dedicado su vida a Ricciardi, que para ella era como haber tenido más de diez hijos por las penas y las preocupaciones que le causaba con su obstinada soledad; se negaba a aceptar que él deseara la extinción del nombre de su familia. En incontables ocasiones, y aun a riesgo de resultar petulante y obsesiva, había tratado de animarlo a que saliera y conociera muchachas, obteniendo por respuesta una caricia y un encogimiento de hombros. Incluso había llegado a pensar que su muchacho fuera de esos que no se interesan por las mujeres, pero el corazón le decía que no era así, que el problema estaba en que no se sentía preparado. Solo debía llegar el momento adecuado.

Y ahora, después de tantos años, mientras ponía en la mesa una pirámide de macarrones rellenos al horno con abundantes ingredientes, Rosa pensaba que el momento había llegado al fin. Hacía tiempo se había dado cuenta de que cuando se asomaba desde su alcoba para mirar a la muchacha que vivía enfrente, Ricciardi la saludaba de manera fugaz con la mano. Obviamente, él no sabía que por una rendija que había en la jamba de la puerta ella espiaba lo que ocurría en el cuarto; ¿cómo, si no, hubiera podido saber que se encontraba bien cuando se encerraba allí?

Y desde su ventana había visto que la muchacha le contestaba con una leve inclinación de la cabeza. El hielo comenzaba a disolverse. Por otra parte, con ese calor el hielo no tenía escapatoria, pensó Rosa. Y sonrió.

Como de costumbre, Ricciardi empezó a notar el olor de la comida de Rosa unos doscientos metros antes de llegar a casa. Era consciente de tener el olfato muy desarrollado, pero se preguntaba cómo era posible que los vecinos no protestaran por la pestilencia del aire de la que su tata era responsable. Pese a todo, debía reconocer que los olores provenientes de su casa no eran peores que la podredumbre que el calor arrancaba de los callejones cercanos. No había escapatoria.

A lo largo del trayecto, desde la fonda donde había hablado con Modo hasta su casa, siguió rumiando la información que el médico le había facilitado. Estaba claro que el asesino era un conocido de la duquesa: el cerrojo no forzado, las llaves guardadas nuevamente en el cajón, nada roto entre los innumerables adornos del gabinete. Pero hubo una pelea, un forcejeo, lo probaban las marcas en el cuerpo de la víctima; y el cojín presionado con fuerza sobre su rostro, sin duda para evitar que la duquesa gritara. Quizá Maione tuviese razón; antes de marcharse para su casa le había dicho que creía que el asesino había sido quien había puesto en orden el cuerpo, por respeto, por amor.

Por amor. Cuántas cosas extrañas y absurdas había visto hacer por amor. Y qué falso, pensaba mientras comía bajo el ojo vigilante de Rosa, era ese sentimiento que se infiltraba entre los pliegues de los pensamientos infectando el alma. Había luchado contra él y seguía luchando, pero no podía dejar de pensar con ansiedad creciente en su inocente cita vespertina, y en el fugaz saludo que intercambiaba con la vecina de enfrente. Habría sido incapaz de decir si era mejor o peor que antes, cuando la observaba a escondidas y la veía bordar con el único fin de absorber su normalidad, como si se tratase de una tisana benéfica.

No sabía nada del amor. Pero si hubiese tenido que hablar de él, habría dicho que era obligatorio proteger del daño al objeto amado, aun cuando el mal se encuentre precisamente en quien ama. Sobre todo si el mal se encuentra en quien ama. Por tanto, en su caso, si lo que sentía por Enrica era amor, debía mantenerla alejada de su maldición, del dolor salvaje y terrible del que era portador.

Era ese el motivo por el cual no se le acercaba, por el que no buscaba una manera de conocerla, para hablarle mirándola a los ojos o sosteniendo su mano. Así había sido durante más de un año, hasta que el azar los había puesto frente a frente. Y ahora esa emoción pura y amable, vivida a una distancia de seguridad, se había envenenado con el olor de su piel. Ricciardi se pasaba veintitrés horas al día deseando regresar a la anterior situación de punto muerto, insatisfactoria sin duda, pero al menos tranquilizante.

Y durante una hora, esa hora, hubiera de buen grado cruzado volando los cinco metros que lo separaban de ella para abrazarla y besarla mil veces. Y esa hora había llegado.

Con el corazón en la boca, tras cerrar la puerta de su cuarto, Ricciardi se acercó a la ventana.

Enrica estaba desesperada y furiosa. Le habían tendido una trampa, sin pedir su parecer ni su opinión. Durante toda la velada había intentado cruzar una mirada con su padre, pero él había puesto mucho cuidado en desviar la vista con tal de no fijarla en la cara de su hija. En cuanto a su madre, ¿qué decir? Estaba perfectamente a sus anchas en el papel de dueña de la casa y no paraba de alabar las cualidades domésticas de Enrica.

Le resultaron insoportables los dos amigos de su padre, una pareja mal conjuntada en la que la esposa era una arpía adúladora y prepotente y el marido un pobre hombre anodino, casi mudo. En cuanto al hijo, era ese el principal motivo de su rabia. Un hombre insulso, desagradable, ignorante; no sabía hacer otra cosa que hablar sin pausa de ropa, automóviles y frivolidades, conversaciones que no podían estar más alejadas de sus intereses.

Era cosa de su madre, estaba segura. Había decidido pasar a la ofensiva tras años de lloriquear sobre la necesidad de buscarle novio. En los últimos tiempos se había vuelto cada vez más insistente, pero Enrica no la creyó capaz de llegar a tanto: ¡llevarle uno a su casa y sin preguntárselo siquiera! La educación y los condicionamientos sociales le impedían ser descortés, pero nadie podía obligarla a ser agradable. De modo que había guardado silencio durante toda la cena, servida como gran acontecimiento en el salón; las horas habían pasado lentas, con la cháchara ininterrumpida de ese petimetre resonándole en los oídos, teniendo que soportar las continuas invitaciones de su madre a participar en la conversación y aguantar los cumplidos de la arpía, pero qué muchacha más guapa, qué bonitas manos, qué bonita sonrisa. Por favor, qué asco.

Y además, estaba desesperada porque ya eran las diez y los invitados no daban muestras de disponerse a marcharse. Y ella no podía estar en la ventana para ver al único hombre al que le interesaba escuchar, si se hubiese dignado hablar.

Ricciardi se pasó media hora mirando atentamente la ventana a oscuras de la cocina. Su desilusión fue en aumento unida a la preocupación por la salud de Enrica; estaba convencido de que no hubiera faltado a la cita de no mediar un motivo relevante como una desgracia, y lo apenaba no saber.

Cuando se disponía a abandonar e irse a la cama, con el rabillo del ojo vio un haz de luz en la esquina del edificio de enfrente; en otra habitación de la casa de los Colombo había una lámpara encendida. Una parte de él se horrorizó ante el impulso de ver quién había y qué ocurría, de entrometerse en la vida de una familia como si fuese el más redomado de los chismosos; y venció la otra parte.

Se justificó pensando que solo quería asegurarse de que Enrica se encontraba bien y calculó rápidamente desde qué ventana de su propia casa podría ver mejor la habitación iluminada; consternado, comprobó que se trataba del dormitorio de su tata.

Rosa se disponía a acostarse tras haber rezado el rosario con las invocaciones a los santos. Llevaba el pelo recogido con una cofia, un camisón largo abrochado desde el cuello hasta los pies e iba a taparse con la sábana cuando oyó llamar a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó absurdamente.

—Soy yo, quién quieres que sea, si en esta casa solo estamos tú y yo —dijo Ricciardi.

—¿Qué le pasa, se siente bien?

—Sí, estupendamente, no te inquietes. Solo quiero ver algo desde tu ventana, ¿puedo pasar?

—Entre, entre, faltaba más.

Y Rosa vio a Ricciardi abrir la puerta; lo vio lanzarle una mirada culpable; lo vio acercarse a toda prisa a la ventana, farfullando algo sobre no sé qué movimiento sospechoso había visto en la calle; lo vio quedarse un largo rato aferrando el antepecho con las manos, mientras contenía el aliento; lo vio apoyarse en la pared como si le hubiese dado una especie de vahído; lo sintió gemir despacio; cuando se volvió, lo vio mortalmente pálido, mientras se mordía el labio; y lo vio salir de la habitación y cerrar la puerta tras haberle dicho:

—Nada, no era nada, me he equivocado. Buenas noches.

Entonces Rosa se incorporó en la cama apartando despacio la sábana, se levantó y fue a la ventana; y vio a cierta muchacha sentada muy digna en un sofá, rígida como si se hubiese tragado una escoba, al lado de un joven bien vestido y sonriente que le susurraba al oído.

Al principio se preocupó. Luego pensó que el hielo tarda menos en disolverse si debajo se enciende un buen fuego.

Y sonriendo se metió otra vez en la cama.

A la mañana siguiente, al cruzarse con Maione y Ricciardi que iban al palacio Camparino a interrogar a los duques, nadie habría notado diferencias sustanciales en la expresión de ambos: sombrío y callado el comisario, sudado y cabreado el sargento. En realidad, el humor de ambos había empeorado notablemente.

Maione había tenido una pesadilla. En ella Lucia le servía unos platos rebosantes de macarrones con ragú al maldito verdulero Ciruzzo, mientras reía y le decía que debía restablecerse porque estaba demasiado flaco. Detrás de la puerta cerrada veía a la perfección, como suele ocurrir únicamente en los sueños, a Filomena que lloraba y le imploraba que comiera lo que le había preparado expresamente; en el sueño no aparecía lo que había en el plato, pero se notaba un aroma celestial. La noche anterior, haciendo gala de una heroica falta de apetito, Maione se había comido solo dos melocotones, en el sueño se negaba a probar bocado y se quedaba mirando con cara de afligido la comida del odiado Di Stasio.

La pesadilla profundizó tanto el hambre como la rabia del sargento, que por la mañana había intentado ponerse otra vez el uniforme de verano sin conseguirlo. Por ello, ahora recorría la via Medina solo en apariencia del mismo humor que el día anterior, porque en realidad estaba que se lo llevaban los demonios.

En cambio, en Ricciardi dominaba la perplejidad. Se encontraba ante una emoción del todo nueva, y no tenía la menor idea de cómo manejarla.

A diferencia de Maione, él no había tenido pesadillas, sencillamente porque no había pegado ojo en toda la noche. La imagen de Enrica sonriente, mientras un desconocido le susurraba al oído palabras dulces, no le daba tregua. Ésa parte de él que había insistido en mantener las distancias, consciente de la imposibilidad de tener una relación normal, le planteaba en voz alta sus razones; pero el comisario sospechaba y temía que fuese demasiado tarde; en cierto modo, eso lo aterrizzaba.

Contemplaba fascinado la emoción que había sentido y cuyo eco había resonado en su pecho la noche entera. Un malestar físico, tangible; no mental como siempre había imaginado que sería las mil veces que había oído hablar de él a los suicidas y los asesinados por amor. En realidad, se trataba de un dolor detrás del estómago, en un punto indefinido debajo de los pulmones, que se reflejaba en la respiración y el intestino. Una punzada violenta y constante que, si tratabas de distraerte, reclamaba de inmediato tu atención, impidiéndote, de hecho, pensar en otra cosa.

La sensación era tan irracional que no le permitía enfrentarse al problema como hacía con el trabajo. Repetía para sus adentros: si siempre has pensado que no podías acercarte a Enrica, que debías protegerla de tu dolor y tu absurda naturaleza, ¿cómo te atreves ahora a sufrir como un perro por haberla visto con otro? ¿Qué sentido tiene

este sufrimiento tuyo?

Ningún sentido, se contestaba. Pero no por ello, dolían menos las dentelladas detrás del estómago en algún lugar debajo de los pulmones.

Enfrascados en sus propios malestares, ninguno de los dos hombres había notado el estado del otro; los guardias que los vieron salir de la jefatura lo capturaron al vuelo e intercambiaron un guiño: mal día, muy mal día.

Durante el trayecto, Ricciardi se cruzó con el muerto a golpes que lanzaba su invectiva contra sus asesinos:

«Bufones payasos, no sois más que cuatro bufones payasos. Cuatro contra uno, vergüenza debería daros, bufones payasos».

El comisario se apesadumbró todavía más. Pensó: podrías haber vivido una vida normal, tener mujer, hijos. Podrías haber comido y bebido, reído y bromeado. Por las noches, podrías haberte sentado en un sofá y susurrarle palabras dulces a una muchacha. Pero mírate dónde estás, muerto a golpes solo por darte el gusto de provocar a un imbécil armado con una porra. Qué desperdicio, qué maldito desperdicio.

La puerta del palacio estaba entornada, según la costumbre cuando había luto. De la hoja cerrada colgaba un cartel que decía:

POR LA MUERTE DE LA SEÑORA
DUQUESA ADRIANA MUSSO DE CAMPARINO.

Sciarra, el vigilante, barría el patio tratando de mantenerse en la zona donde había sombra a pesar de que ya estaba limpiísima. Tras cada golpe de escoba debía subirse las mangas de la bata, que le cubrían las manos. Cerca de él, los dos niños del día anterior comían dos enormes trozos de pan con queso. En cuanto el hombre vio a Ricciardi y a Maione, fue a su encuentro con su característica forma de andar a saltitos.

—Comisario, sargento, buenos días. ¿En qué puedo servirlos?

Maione no perdió tiempo en formalidades, visiblemente irritado al ver a los niños dándose un atracón.

—Acompáñanos dentro. Queremos hablar con el duque y su hijo.

—Antes quiero ver el dormitorio de la duquesa —intervino Ricciardi—. ¿No está el ama de llaves?

—Sí está, comisario, la llamo enseguida.

—Una cosa, Sciarra. ¿Dónde estabas tú la otra noche, cuando ocurrieron los hechos?

El vigilante abrió los brazos dejando que las mangas colgaran.

—¿Y dónde iba a estar? En la planta de arriba, en casa, vigilando a estos dos diablos.

—Si papá no vuelve y nos da de comer, nosotros no nos vamos a la cama. ¡Comemos solo cuando está papá! —aclaró el mayor sin dejar de masticar.

Maione hizo una mueca y comentó:

—Entonces papá está siempre, porque todas las veces que os he visto estabais comiendo.

—Qué le vamos a hacer, sargento. Son dos lobos, no son criaturas. No sé a quién habrán salido. Esperen aquí, voy a llamar a Concetta.

Ahí llegan. Los veo bien a los dos, el gordo sargento de uniforme y el otro, el flaco, el comisario. Hablé con Concetta y me contó lo que le preguntaron ayer.

Me sorprendió, creía que ayer iban a hablar con nosotros, conmigo y con el viejo cadáver. Pero no, se fueron. Habrán querido dejar que nos cociéramos en nuestro propio caldo. Pero yo no me he cocido, aunque haga un calor infernal. Me quedé tranquilito, aquí en la terraza, ocupándome de mis plantas. Sin cambiar el gesto, sin pronunciar una palabra innecesaria.

No por las sospechas, no es por eso, sino porque no he querido que de ningún modo ayer y hoy fuesen días distintos. No pasó nada. ¿Acaso pasa algo cuando en los callejones sucios muere una rata de albañal? ¿Acaso pasa algo cuando los niños matan a pedradas a una perra vagabunda? No. No pasa nada. La vida sigue igual, cada uno en su lugar. Cuanto más grande es el dibujo, menos cuentan los detalles. Y aquí no ha pasado nada de nada.

Bueno, tanto como nada de nada, no, para ser sincero. He recuperado el anillo.

Concetta surgió silenciosa en lo alto de las escaleras; esta mujer, pensó Maione, tiene la capacidad de aparecer y desaparecer sin que nadie la vea. Y eso que es grande y corpulenta.

—Buenos días, señores. Estoy a sus órdenes.

Ricciardi la miró como si acabara de despertar de un sueño.

—Buenos días. Debemos hablar con el duque y con su hijo, pero antes quisiera echar un vistazo al dormitorio de la duquesa. ¿Puede acompañarnos?

—Por supuesto, comisario; todavía está como lo dejó la duquesa, como bien sabe usted, no le dio tiempo a retirarse. Pasen.

Entraron en el gabinete. Ricciardi se encontró de frente con la imagen de Adriana de Camparino que, con la mirada perdida, repitió:

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

Intentaremos encontrarlo, pensó él.

Siguieron el paso silencioso de Concetta Sivo, a través de una larga secuencia de habitaciones. Olía a limpio y el orden era extremo, pero la impresión era de un lugar sin vida. Pasaron por una larga sucesión de salones, todos ellos tapizados de un color diferente. Atravesaron también una capilla, dominada por un altar con un relicario con aspecto de muy antiguo. Concetta se detuvo, se arrodilló y se persignó rápidamente. Maione se quitó el sombrero e inclinó la cabeza, Ricciardi se detuvo a observar una parihuela sobre ruedas. Siguiendo su mirada, el ama de llaves dijo:

—La usa el duque cuando viene el cura a celebrar misa.

Inmediatamente después los hizo pasar a una amplia habitación, en cuyo centro había una cama de dos plazas con baldaquín y mosquitera. Predominaba el color rosa palo: los cortinajes de seda, los grandes cojines, la tapicería del sofá y de los sillones en un rincón. La puerta ventana daba a un balcón y a la plaza.

Los cuadros y las fotografías celebraban la belleza de la duquesa, retratada en todo tipo de poses: al volante de un automóvil deportivo, con traje largo, vestida de novia. El cuadro que descollaba en la pared frente a la cama la mostraba bellísima y semidesnuda, cubierta por una sábana que ella sujetaba con una mano sobre el pecho. La mujer había sido consciente de su belleza y le había sacado partido.

Ricciardi pensaba en la muerte, en cómo se había presentado la mujer ante sus ojos. Las imágenes del dormitorio permitían deducir que en vida la duquesa había prestado mucha atención a su aspecto: el maquillaje cuidado, el cabello marcado, los vestidos planchados. En la otra imagen, para su uso exclusivo, además del agujero en la frente, se veía el colorete esparcido por efecto de la presión del cojín sobre la cara como la paleta de un pintor, el bonito traje de seda ajado, una media a medio quitar. El último ultraje. La muerte desordena.

El olor que flotaba en la estancia era el mismo perfume que había percibido en el gabinete, mezclado con el de la cordita: una esencia floral más bien pesada. La elección, reflexionó el comisario, reflejaba la verdadera naturaleza de la duquesa, rica pero de orígenes no refinados. Las amigas y las propietarias de las boutiques pueden ofrecer consejos sobre los trajes, pero el perfume es una elección demasiado personal.

Por la disposición de los objetos se deducía que la mujer había salido con prisas, dejando el tocador desordenado y el armario entreabierto. Adelantándose a sus pensamientos, Concetta, que se había quedado en la puerta, susurró:

—Siempre lo dejaba todo patas arriba, la duquesa. Total, sabía que después nosotras se lo ordenábamos. Ahora, no sé por qué, me causa impresión entrar aquí. En el gabinete no, y eso que todavía hay sangre en el sofá, que no se va con nada. Pero aquí, sí.

Ricciardi hizo una seña a Maione, que abrió los cajones de la cómoda. En el primero, sobre una pila la ropa interior, a plena vista, un montón de cartas atadas con

una cinta azul. Tras echarles una rápida ojeada, el sargento las sopesó en la mano.

—Todas firmadas con un «tuyo, Mario». No parece que a la señora le preocupara mucho que alguien las viera.

Concetta no se mostró sorprendida. Se encogió de hombros.

—¿Y quién iba a verlas? El duque y el señorito jamás han puesto los pies en esta habitación. Yo no miro estas cosas y Mariuccia no sabe leer. Podía haberlas colgado de las paredes y nada habría cambiado.

Ricciardi notó la desaprobación en las palabras más que en el tono. Le pareció que se trataba de sarcasmo y no de resentimiento. Aunque nunca se podía estar seguro.

—Si el duque y su hijo no venían aquí, ¿quién más entraba en esta habitación aparte de la duquesa?

Concetta lanzó una mirada elocuente a las cartas que seguían en manos de Maione y luego dijo:

—¿Y yo cómo voy a saberlo, comisario? Cuando llega cierta hora, me voy a dormir, ya se lo he dicho. Y la señora guardaba las llaves del candado.

Entendido, pensó Ricciardi. «Tuyo, Mario» tenía acceso al dormitorio además de al corazón de la hermosa duquesa.

—De acuerdo. Aquí dentro no toque nada hasta que se lo digamos. Ahora vaya a decirle al duque que queremos verlo.

Tras una noche insomne, dominada por el pensamiento de que Ricciardi la había esperado en vano en la ventana, Enrica se levantó triste y decidida. Si su dulce carácter y la educación recibida le habían impedido mostrarse descortés con los invitados durante la velada de la víspera, ahora estaba decidida a hablar claramente con sus padres y decirles que Sebastiano no solo no le interesaba, sino que en adelante les prohibía que a sus espaldas urdiesen tramas, aunque lo hiciesen por lo que consideraban su propio bien. Sin embargo, al intuir sus intenciones, su madre había salido al amanecer dejando dicho a la criada que iba a ver a una tía monja, mientras su padre se había marchado a la tienda por lo menos una hora antes de lo habitual.

Está bien, pensó Enrica. Entonces iré a verte yo, querido papá; tengo muchas ganas de oír qué tienes que decirme.

Pese a todo no se olvidó de sus quehaceres, y después de haber puesto orden, hecho la compra y dejado instrucciones para la comida, se vistió, cogió el sombrero y se dirigió hacia la tienda de la via Toledo.

La habitación donde Matteo Musso, duque de Camparino, estaba perdiendo su última batalla se encontraba envuelta en la oscuridad. Flotaba en el aire un olor a desinfectante y a putrefacción, lejía y orina rancia, medicamentos y polvo. El olor de la muerte, reconoció Ricciardi.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, los dos policías distinguieron en la cama una silueta de la que provenía el rítmico estertor que oyeron al entrar. Parecía que el duque estaba durmiendo. Pero de pronto una voz ronca dijo:

—Concetta, abra un poco los postigos. Deje que vea quién viene a visitarme.

La mujer se movió en la oscuridad sin hacer ruido, demostrando un perfecto conocimiento de la disposición de los muebles y los objetos, y abrió una rendija de la ventana. Un haz de luz entró en el cuarto iluminando a Ricciardi y a Maione como un faro en la noche.

—Duque, me llamo Ricciardi y soy comisario de policía. Me acompaña el sargento Maione. En primer lugar, le doy mi más sentido pésame.

La sombra desvaída adquirió algo más de nitidez. Sobre la almohada se apoyaba una calavera, mejillas y ojos hundidos, cráneo reluciente y calvo; un cuello delgado se perdía debajo de la sábana por la que asomaba un brazo apergaminado. La mano parecía la garra de un ave rapaz, los dedos amarillentos se agitaron despacio.

—No hace falta. Ha muerto una extraña, no podría importarme menos. Siéntense. Concetta, acomode al comisario y al sargento.

La voz sonaba como una lima raspando un papel de lija. Provocaba escalofríos. En el dormitorio hacía un calor tremendo.

—No se preocupe, señora, gracias. No estaremos mucho rato, el suficiente para hacerle unas preguntas, si no es molestia, señor duque.

La mano volvió a agitarse despacio, como para conceder permiso. Maione pensó que con el tiempo el duque se había acostumbrado a expresarse así, con gestos, para ahorrar aliento.

—¿Cuándo vio a la duquesa por última vez? —preguntó Ricciardi.

Siguió un breve silencio. Cuando el comisario empezaba a pensar que el duque se había dormido, la voz rasposa dijo:

—¿Alguna vez ha hablado con un muerto, comisario?

Le tocó a Ricciardi quedarse sin aliento. Así, de sopetón, esa pregunta. Como si desde su lecho de dolor el duque tuviese la facultad de ver el alma en medio de la oscuridad.

—¿Qué quiere usted decir?

El tono fue más brusco de lo que Ricciardi hubiera deseado, pero el duque no pareció notarlo.

—Lo que quiero decir lo ve usted con sus propios ojos. Estoy muerto, comisario. Pero no de ahora, ni de mañana cuando me lleven a enterrar. Estoy muerto desde la desaparición de mi esposa. No ésta, naturalmente. Mi esposa, la verdadera.

Con cierto esfuerzo Ricciardi volvió a respirar regularmente. Una metáfora. Había sido una metáfora, nada más.

—¿Por qué dice eso, señor duque? Y si me lo permite, ¿qué tiene que ver con mi pregunta?

—Tiene que ver, comisario. Un hombre muere en el mismo instante en que ya no significa nada para nadie. Y la última persona para la que yo signifiqué algo fue Carmen. Al morir ella yo también dejé de existir.

Ricciardi no sabía qué decir, de modo que esperó.

—Ahora está usted hablando con un muerto. Una experiencia nueva, ¿no?

No sabe usted cuánto, pensó Ricciardi. Y el duque prosiguió:

—Un muerto no se merece atenciones, afecto. Basta con poder disfrutar de sus posibles, de sus riquezas. Y quizá, de vez en cuando, se le lleva una flor. En cuanto a la mujer por la que usted pregunta, comisario, la última vez que estuvo aquí dentro era Pascua de Resurrección. Entró riendo, abrió de par en par las ventanas, hacía calor. Me miró, se echó a reír, para mí que estaba borracha. Dijo: «Es Pascua, Jesús ha resucitado, resucita tú también». Puso un ramo de flores en un florero, allí arriba, y se marchó. A saber quién se las había dado, esas flores. No sabría decirle cuándo fue la vez anterior.

El esfuerzo que hacía el hombre para hablar debía de ser enorme. Las frases le salían fragmentadas, se veía obligado a recobrar el aliento cada tres o cuatro palabras. Maione deseaba poder marcharse; el calor, el mal olor y la incomodidad que le producía oír al duque eran insoportables. En cambio Ricciardi parecía decidido a seguir preguntando.

—¿Cuánto hace que contrajeron matrimonio?

Maione captó la alusión; el duque también; había una gran diferencia de edades, ¿cómo podía pensar que las cosas iban a ser distintas? El viejo se carcajeó hasta que un violento acceso de tos interrumpió su risa. Concetta se precipitó hacia la cama con un pañuelo y le cubrió la boca.

—Ella era joven y yo ya estaba viejo. Ya ve usted, comisario, las bromas pesadas que juega la edad. Una mirada, una palabra, una sonrisa, y uno se siente todavía interesante. Yo lo sabía, siempre supe que Adriana quería la posición, el dinero. Y me casé igualmente. Porque era joven y hermosa. Le di lo que quería y tomé lo que tenía. Hasta que pude, hasta que el cuerpo aguantó. Un intercambio. Solamente un intercambio.

En cierto modo, la frialdad del razonamiento impresionó a Ricciardi mucho más que la voz quebrada y jadeante.

—El amor no existe, comisario. El amor es una ilusión. Existe el interés, todos quieren algo que tiene otro. Si piensa usted que el amor significa querer, se engaña.

Ricciardi entrecerró los ojos, y vio a una joven mujer sentada en un sofá escuchando las promesas de un hombre. Debería dejarla marchar si lo que le inspiraba era amor; en cambio, se sentía morir. La dentellada detrás del estómago reapareció un breve instante.

—¿Y el odio, señor duque? ¿Qué hace hacer el odio? Cuando desaparece la ilusión del amor, ¿qué queda?

Maione rascó el suelo con el pie. Concetta parecía una estatua en la sombra.

—El odio es un pensamiento, comisario. Un ruego, tal vez un deseo. El que está ocupado en morir hora tras hora, el que no se mueve de una cama y depende de la caridad de quien llega para ayudarlo, no se puede permitir el odio. Eso también es un lujo.

Ricciardi consideró lo que el duque acababa de decir. No lograba imaginar que ese despojo de hombre hubiese matado a la duquesa; pero estaba lúcido, podía impartir órdenes y disposiciones. Con el rabllo del ojo observó a Concetta, que no parecía respirar siquiera.

—Tiene usted un hijo, ¿verdad?

La pregunta cayó en el vacío. Ricciardi tuvo la impresión de que la respiración anhelosa de los pulmones moribundos del duque había cambiado de ritmo. Tras unos instantes el hombre contestó.

—Sí, tengo un hijo. Se llama Ettore.

Ningún afecto, ninguna emoción. Una simple afirmación aséptica. Ricciardi esperó, pero el duque no parecía dispuesto a añadir más; cuando habló otra vez fue para decir:

—Y ahora, sabrá disculparme, comisario, estoy cansado. Lo recibiré otras veces, cuando lo considere oportuno, pero, ahora, la madama muerte reclama mis sueños.

—Faltaba más, señor duque, disculpe. Una sola cosa más: que usted sepa, ¿su esposa llevaba un anillo un tanto especial? ¿Con algo de valor, no sé, una piedra rara?

El duque tosió de nuevo, y tardó un rato en recobrar el aliento y las fuerzas para contestar.

—Mi esposa, la verdadera, mi Carmen tenía un anillo. El anillo de mi familia, con nuestro escudo; el que llevaron todas las duquesas de Camparino. Se lo quité de la mano cuando murió, ojalá no lo hubiese hecho, me he arrepentido cada instante de mi vida; lo hice para dárselo a ella, a Adriana. Como si fuera digna de llevarlo. Cuando haya terminado con..., con ella, devuélvanoslo a nosotros. A mi hijo. Es lo único de ella que quiero recuperar.

Ricciardi consideró que no era el momento de referirle al duque que el anillo ya le había sido arrebatado a la usurpadora; le bastaba la breve descripción del objeto. Se

despidió y abandonó la estancia, seguido con alivio por Maione.

Livia salió del ascensor en el vestíbulo del hotel; de inmediato fueron a su encuentro un mozo de cuerda, un cochero y un camarero que, hasta un momento antes, dormitaban en el calor de las últimas horas de la mañana. Dos hombres que tomaban café y leían el periódico levantaron la vista y uno de ellos soltó un silbido de admiración.

La mujer era hermosísima; había tardado más de dos horas en probarse una y otra vez algunos de los muchos vestidos que había llevado consigo; al final había elegido un traje ligero de color gris claro con bolso y zapatos negros. El sombrero, coquetamente inclinado sobre el espeso cabello negro y corto, llevaba un velo negro, única concesión al luto. Le hubiera gustado no ponérselo, pero no sabía qué pensaba al respecto Ricciardi y había querido mantener al menos un signo de su pérdida social, que no afectiva. Llevaba las manos enfundadas en guantes negros de red, como las medias.

La elegancia era una característica de Livia, así como sus movimientos felinos y la fragancia de su perfume especiado. Como siempre, su entrada en cualquier ambiente atraía de inmediato una atención que no la abandonaba nunca.

Los dos hombres se levantaron y, con sonrisas alusivas, se acercaron a ella; era evidente que pertenecían al reducido y discreto grupo de gigolós que alegraban las vacaciones de las turistas solitarias, preferiblemente extranjeras. Livia sonrió y señaló al único de la patrulla cuyos servicios le interesaban: el cochero.

Con el sombrero en la mano, el hombre se inclinó ante ella y dijo:

—¿Adónde la llevo, señora?

Livia se lo dijo con una sonrisa. Su ofensiva había comenzado.

Al salir del dormitorio, Ricciardi le pidió a Concetta que fuera a preguntar si el hijo del duque los podía recibir; esperaron en el gabinete, junto a la imagen de la duquesa que repetía incesante su denuncia sobre la desaparición del anillo.

Ricciardi reflexionaba en silencio, mientras asomado a la ventana, con las manos en los bolsillos, contemplaba el patio del palacio. La altura de la construcción permitía que gran parte de su superficie estuviera en la sombra, incluido el exuberante parterre de hortensias multicolores. El comisario se preguntaba si el asesino se había ocultado en uno de sus muchos recovecos o si había entrado con la duquesa cuando esta regresó a casa.

Una parte de sus pensamientos repasaba cuanto había dicho el duque y lo impulsaba a reflexionar sobre sí mismo y su vida. Un hombre muere en el momento mismo en que ya no significa nada para nadie; esas palabras le cavaron un surco en el pecho. Pensó en Rosa y en sus excesivos cuidados maternos; en Maione y en las confidencias bruscas y parciales que se hacían a veces; en el doctor Modo, en las punzantes ironías, en las burlas refinadas que caracterizaban su relación y en las esporádicas cervezas que tomaban juntos; en su madre, en su amor silencioso, en su sonrisa cansada.

¿Estoy vivo yo?, se preguntó. Y si no, ¿cuándo morí? Desde la ventana, al mirar hacia abajo vio a Sciarra afanándose en quitar las hojas secas del parterre. Cerca de él los dos niños reñían, la mayor escondía algo debajo del vestido, probablemente comida. El hombrecillo de las mangas demasiado largas se giraba de vez en cuando hacia sus hijos, fingía perseguirlos y luego seguía trabajando entre risas. Ése seguía vivo, sin duda. Pero no la mujer que estaba de pie a sus espaldas y cuyo inmenso dolor provocado por el desapego de la vida notaba en la nuca.

Pensó sin coherencia en Enrica, en quién sería el hombre que, sonriente, le susurraba al oído. No era como él, no estaba condenado a la soledad. Sintió la dentellada en el estómago, una sensación que comenzaba a resultarle familiar.

Sin hacer ruido, Concetta fue a llamarlos. El señorito podía recibirlos.

De vez en cuando te dedicas un poco a ti misma. Te has lavado el pelo en la palangana grande de la habitación. Te lo has enjuagado con el jarro, has calentado el agua en la olla de la cocina, como llevabas tiempo sin hacer. Ahora te lo cepillas frente al espejo, como no ocurría desde hacía mucho. Te preguntas ociosamente si valdrá la pena rizártelo con una permanente, en vez de recogértelo en la nuca como siempre; una vez lavado y suelto, no queda tan mal, ya no lo tienes opaco. En tu pelo brilla una luz nueva.

Los ojos también tienen una expresión distinta; te preguntas por qué será. Qué

hay de nuevo. Quizá se trata de una sonrisa incipiente.

Quizá quieras que te encuentren preparada.

Al subir las escaleras se notaba la sensación de frescor que ofrecían las gruesas paredes del palacio. Maione, que jadeaba y sudaba pese a todo, preguntó a la espalda inmensa de Concetta, que subía delante de él:

—¿Y con tantas habitaciones vacías, cómo es posible que el señorito se haya instalado en la última planta?

Concetta contestó sin levantar la voz, como si estuviera en la iglesia.

—El señorito se trasladó al morir su madre, hace diez años. Le gustan las plantas, las cultiva en la terraza; quiere estar cerca de ellas. Aquí arriba está cómodo, hay dos habitaciones amplias.

—¿No hay acceso directo desde el apartamento de la primera planta? —intervino Ricciardi—. ¿Hay que subir forzosamente por las escaleras?

—Sí, hay que subir forzosamente por las escaleras.

Llegaron a un rellano con una puertecita de madera. Maione preguntó:

—¿Y quién vive ahí?

Antes de que Concetta pudiera contestar, la puertecita se abrió y asomó un muchacho cuyo parecido con Mariuccia, la criada, saltaba a la vista. Llevaba en la mano un libro y un trozo de pan con tomate.

Lanzando una mirada envenenada a la merienda, Maione, contestó a su propia pregunta.

—No hay equivocación posible. La familia Sciarra. Tú debes de ser el mayor, ¿no?

Cohibido por el uniforme, el muchacho asintió con la cabeza. Se parecía tanto a su madre que Maione esperaba verlo sollozar de un momento a otro.

—Vincenzo Sciarra, señor, para servirlo. Voy a clases de repaso.

—Vete, vete. ¿No se te cansan las mandíbulas de masticar sin descanso? Anda, quítate de en medio.

El muchacho se esfumó mientras Ricciardi miraba al sargento sacudiendo la cabeza.

—No te hace nada bien tanto ayuno, te estás volviendo intratable.

Caramba, pensó Maione. Con ese criterio el comisario debe de hacer ayuno desde que nació.

Unos cuantos escalones más y se encontraron delante de una gran puerta historiada.

Concetta, que entretanto había entrado para anunciarlos, salió otra vez.

—Pasen, por favor. Es la puerta del fondo. Yo los espero abajo, en casa.

Cruzaron una amplia habitación desordenada que servía de salón y biblioteca. Había un imponente escritorio cubierto de libros abiertos y cerrados, hojas desperdigadas llenas de una letra tupida e inclinada; una estantería de madera oscura, rebosante de libros, tapizaba una de las paredes; había dos sillones, entre ambos una mesita con un gramófono, esparcidos en el suelo se veían unos discos de setenta y ocho revoluciones. En otra mesita baja había una botella de licor y unas cuantas copas vacías, sucias.

Daba la impresión de que se trataba de un lugar donde una o varias personas se pasaban todas las horas del día, las de trabajo, diversión y descanso, y donde rara vez se permitía entrar a los criados para ordenar. La luz y un intenso perfume a flores entraban por una puerta ventana abierta a medias, además se oía a alguien silbar.

Ricciardi y Maione se miraron y enseguida fueron hacia la puerta.

—¿Se puede? —preguntó el sargento.

El silbido se detuvo y una voz grave y musical contestó:

—Pasen, pasen. Estoy aquí, en la terraza.

El ambiente era en cierto modo sorprendente. El sol, que en ese momento estaba en su cénit, se filtraba entre plantas de todo tipo: solo faltaban árboles, aunque algunas trepadoras contaban con troncos de notable grosor. Ricciardi no sabía mucho de botánica, pero se había criado en el campo, en contacto con cultivos y jardines, y veía la atención y el inmenso amor que suponía crear aquella maraña de vegetales solo en apariencia salvaje. Quien se ocupaba de aquel invernadero a cielo abierto debía a la fuerza dedicar al cultivo muchísimo tiempo y una gran pasión.

De un rincón salió un joven de unos treinta años y agradable aspecto. Vestía una camisa blanca con las mangas arremangadas hasta el codo, era delgado y moreno, la nariz aguileña se proyectaba sobre un fino bigote. El cabello negro, con raya en medio, era ondulado y cuidado. Tendió la mano con una amplia sonrisa.

—Encantado. Soy Ettore Musso.

—El gusto es nuestro, señor duque. Soy el sargento Maione de la jefatura de policía de Nápoles. Éste es mi superior, el comisario Ricciardi. Lo acompañamos en el sentimiento.

El hombre lo miró absorto, como si no hubiese entendido lo que Maione acababa de decir. Después soltó una carcajada.

—¡Ésta sí que es buena! Sabrán disculparme, señores, pero es realmente buena. El sentimiento, ¿dice? ¿Me dan el pésame?

Maione miró a Ricciardi, estupefacto. El comisario miraba a Ettore; no había cambiado de expresión. Cuando dejó de reír, el hombre siguió diciendo:

—Discúlpenme. Soy realmente imperdonable. Siéntense, por favor. ¿Desean tomar algo? ¿O tal vez comer algo?

Se acomodó en una silla de hierro forjado, colocada junto con otras dos alrededor

de una mesita de azulejos. En el centro había una jarra de café y un plato con panecillos dulces y mermelada. Con aire de disculpa añadió:

—Un desayuno tardío. Me temo que me dormí de madrugada; acabo de levantarme. ¿En qué puedo ayudarlos?

Los policías se sentaron. La actitud del hombre era decididamente fascinante y el ambiente, agradable. Las plantas recién regadas proyectaban sombra y despedían una fresca humedad. Al rincón de la mesa no llegaba el zumbido de insectos que se oía en el resto de la terraza. Intuyendo lo que Ricciardi pensaba, Ettore dijo:

—Muy bien, comisario. Lo ha notado, ¿eh? Para que los insectos no molesten basta con saber qué plantas colocar donde uno decida sentarse. Es suficiente con evitar las flores, que son hermosas incluso de lejos y el perfume llega igualmente.

Mientras hablaba se había servido un panecillo, lo había untado con confitura y se lo estaba comiendo muy a gusto. Maione notó que desaparecía la instintiva simpatía que le había causado Ettore.

—¿Puedo preguntarle el motivo de su carcajada, señor duque? —dijo finalmente Ricciardi—. No he captado la gracia en la frase del sargento. Tal vez se deba a mi escaso sentido del humor.

Ettore se contuvo primero pero luego rio otra vez, esparciendo fragmentos de pan en la mesita.

—Tendrá que disculparme otra vez. El motivo es simple: la muerte de la... de la esposa de mi padre ha sido quizá la mejor noticia que he recibido en los últimos años. Por eso, al oír que me daban el pésame me pareció ridículo, así de simple.

Ricciardi lo miraba fijamente a los ojos. Quería asegurarse de lo que sentía.

—¿Cómo es eso? La noticia de una muerte, de una muerte violenta, además, y de una mujer todavía joven, ¿cómo puede ser buena, señor conde?

Ettore agitó la mano en el aire, como para desechar algo superfluo.

—Por favor, comisario, por favor. Llámeme Ettore, o Musso; pero déjese de títulos. Los siento muy lejos de mí, créame. ¿Cómo puede ser, pregunta? Es bien simple: yo odiaba a esa mujer. La odiaba con todo mi corazón y con toda mi alma. ¿No se lo han dicho?

Siguió un momento de incómodo silencio que Ettore utilizó para continuar comiendo tranquilamente y sorbiendo con gracia su café. A Maione y a Ricciardi les pareció increíble que, al día siguiente de un homicidio ocurrido en su propia casa, Ettore confesara con tanta candidez el odio que le inspiraba la víctima. Aquél hombre, concluyeron ambos, debía de tener una coartada de hierro.

—¿Puedo preguntarle dónde estaba la noche del sábado al domingo, entre las doce y las dos? —inquirió Ricciardi.

Siguió otro momento de absorto silencio. Ettore se limpió la boca con una servilleta, se levantó y se estiró. Se acercó a una abertura en el seto por la que se veía

la plaza; solo había un grupo de niños, jugando despreocupados del calor y del sol.

—Ustedes mismos me enseñan que esta es una ciudad extraña. Aplastada entre el mar, las colinas y la montaña, sigue creciendo sobre sí misma. Las callejuelas se estrechan, los edificios se levantan. Uno encima del otro, si es preciso, con tal de no alejarse. Y así estamos todos en permanente contacto, sin sosiego. Nadie está solo. ¿Quiere saber por qué la odiaba? Es simple. Porque no tenía nada en común conmigo, con el débil de mi padre y, sobre todo, con mi madre, cuya memoria ha manchado con su sola presencia. Por eso.

El tono no había cambiado, seguía siendo alegre y locuaz. Como si hablara del tiempo o de sus plantas.

—Se metió en esta casa con engaños, con engaños embaucó a mi padre, con engaños se rodeó de amigos y amantes. Tomó nuestro nombre y se lo enfundó como un vestido, sin preocuparse en absoluto por quienes lo llevaron durante siglos antes que ella. Por eso no lo he utilizado más. Nos ha cubierto a todos de vergüenza con un adulterio continuado y público, trayendo a su amante, un hombre casado y con hijos, a esta casa.

Solo los gritos de los niños y las gaviotas, que volaban en perezosos círculos en el cielo, interrumpieron el silencio que siguió. Ricciardi pensaba que quienquiera que hubiese sido Adriana Musso de Camparino, ahora era un vestido viejo mal zurcido tendido sobre una mesa del depósito de cadáveres. Y que de ella no quedaba más que una imagen hecha de niebla visible solo para sus ojos, y que repetía una frase sin sentido y sangraba por un agujero en la frente.

—¿Dónde estaba usted el sábado por la noche? —repitió Ricciardi.

Ettore continuó hablando como si no lo hubiese oído:

—Como comprenderá, cualquiera en mi lugar la habría odiado. Para no verla me instalé aquí arriba. Y desde aquí arriba contemplo esta ciudad y a quienes la pueblan, y me ocupo de mis plantas. Y aprendo mucho. Vivimos tiempos grávidos, comisario. Tiempos que serán recordados para siempre. El destino está a punto de cumplirse, resulta evidente a todos, basta con leer, observar, escuchar la radio. Ésos niños de allá abajo no lo saben, pero habrá quien los guíe hacia el sol, serán amos de la historia. Viven como pequeños animales, como el padre y la madre que ni siquiera están en condiciones de comprender si están vivos o muertos. Pero deben estar en su lugar. Basta con que cada cual ocupe su lugar. Que cada cual interprete su papel. En el mundo de mañana no hay lugar para el engaño; por tanto, tampoco hay lugar para mujeres como esa a la que no lloramos, la difunta esposa de mi padre.

Maione sudaba en silencio debajo del sombrero. Pensaba que ya nadie se avergonzaba de decir según qué cosas, ni siquiera delante de dos desconocidos. Y que el hecho de que vistieran uniforme, al menos él lo llevaba, hiciera pensar a gente como Musso que también eran fanáticos del régimen. Pensó, además, que toda esa

cháchara sin sentido era un intento por desviar la atención de la pregunta del comisario que, sin embargo, no se dejaba distraer.

—Señor, le he hecho una pregunta. Le ruego que me conteste.

Ettore le dio la espalda al seto por donde contemplaba la calle y miró a Ricciardi a la cara. Ya no sonreía.

—No la maté yo, por desgracia, si es eso lo que quiere saber. Debería haberlo hecho y tuve mil ocasiones en estos diez años. Sabe Dios que no fue por falta de ganas. Pero no la maté yo. Tal vez por miedo, tal vez por coraje. No lo sé. Y cuando murió, si murió la noche del sábado al domingo, yo no estaba en casa. Regresé al amanecer, y subí directamente aquí.

Maione parecía dormitar, como le ocurría siempre que se concentraba al máximo. Preguntó:

—Permítame una pregunta, ¿tiene usted una pistola? O, que usted sepa, ¿tiene una su padre? En una palabra, ¿hay armas en la casa?

—No. En esta casa no hay armas de fuego. Si no recuerdo mal debe de haber un sable en algún sitio, mi padre era oficial. Pero pistolas, no.

El silencio siguió a las palabras de Ettore. Los insectos dejaron al fin de zumbar un instante.

—¿Y dónde estuvo usted esa noche?

El hombre sostuvo la mirada transparente de los ojos de Ricciardi.

—Eso, comisario, no es asunto suyo. Si no se le ofrece nada más, yo debo volver con mis plantas. Buenos días.

Al cruzar de nuevo el estudio, Ricciardi reparó en una gran fotografía amarillenta y coloreada a mano, enmarcada y colgada en un lugar de honor encima del escritorio. Una mujer anciana de mirada altiva, nariz aguileña como la de Ettore y la misma línea de la boca. Entre las manos entrelazadas bajo el pecho sostenía un rosario.

En el anular de la mano izquierda destacaba un anillo de oro con un escudo heráldico.

Al ver llegar a Enrica a través del escaparate, Giulio Colombo pensó en cuánto se parecía a su madre: en dos días su tranquilidad debía sufrir dos ataques seguidos y por motivos opuestos.

Consideraba más difícil enfrentarse a la hija, con la que se sentía culpable; la velada no había sido un éxito, precisamente por el obstinado mutismo de la muchacha, que había estado casi todo el tiempo ceñuda con la vista clavada en la ventana a pesar de los intentos de su madre porque participara en la conversación, ensalzando sus dotes domésticas y culturales. Por otra parte, no le había causado una gran impresión el joven hijo de los Fiore, un muchacho más bien superficial que lo había fastidiado con una disquisición sobre los últimos modelos de automóviles; no había asunto que le interesara menos siendo, como era, un convencido defensor de la teoría según la cual esos horribles y ruidosos trastos estaban arruinando irreparablemente la ciudad.

La situación no había mejorado después de la cena, cuando fueron a sentarse a la sala; mientras la madre monopolizaba la conversación, chismorreando sobre toda la ciudad y, en especial, sobre la noticia del día, el asesinato de la duquesa de Camparino, el hijo se había sentado prácticamente encima de Enrica, sin dejar ni un solo instante de susurrarle al oído; una actitud indecorosa, sobre todo en el primer encuentro. Giulio trató de manifestar su impaciencia pero su esposa le había echado una mirada que lo dejó helado, por eso se había quedado tranquilo, fingiendo no enterarse de lo que ocurría. La pobre Enrica se había alejado todo lo posible hacia el brazo del sofá, implacablemente perseguida por Sebastiano. Una auténtica pesadilla. Cuando los tres se hubieron marchado al fin, Giulio lanzó un suspiro de alivio y se preparó para una discusión inevitable, pero Enrica se había retirado enseguida a su dormitorio sin desearle las buenas noches; era la primera vez desde que tenía memoria que ocurría; el beso de su hija era un consuelo al que le disgustaba renunciar.

Y en ese momento la veía llegar ceñuda, ella que casi siempre tenía una dulce expresión. Giulio se preguntó si había algún motivo por el que todos la tomaran con él. Suspiró y se preparó para el choque.

Al regresar del palacio Camparino, Ricciardi y Maione seguían de mal humor; afortunadamente el trabajo los distraía de sus situaciones personales. Las entrevistas con el duque y su hijo, en lugar de aclarar aspectos del caso, crearon nuevas dudas. Maione parecía el más perplejo.

—Comisario, ¿usted qué opina? Seguramente el duque no tiene fuerzas para romperle un par de costillas a nadie, y puede que ni siquiera las tenga para levantarse

de la cama. Pero si se ha fijado usted, el ama de llaves lo obedece como un perrito, y ella sí que tiene fuerzas de sobra.

Ricciardi caminaba, absorto.

—Sí, es cierto; además, Concetta nos acompañó todo el rato y estuvo al lado del duque, pero cuando fuimos a ver a Ettore se detuvo en la puerta y ni siquiera entró. Y la habitación me pareció muy desordenada, mientras que el resto del palacio está limpio y en orden. Habría que comprender qué tipo de relación hay entre esos dos.

—Y también la que hay entre padre e hijo, comisario. El hecho de que el muchacho no quiera que lo llamen «duque», por ejemplo, me parece importante. Y además, cuando usted le preguntó al padre, le contestó: «Sí, tengo un hijo», y punto. Nada más. Me parece algo curioso.

—Cierto, tienes razón; eso también resulta extraño. No cabe duda de que se trata de una hermosa familia unida. Unida por el odio.

Maione seguía sin verlo claro.

—¿Por qué después de diez años, uno de los dos, o el duque o su hijo, debería haber matado a la duquesa? Al fin y al cabo la situación era ésa, cada cual hacía su vida. La duquesa tenía a su periodista, Ettore cultivaba sus plantas y el duque yacía en su lecho de moribundo.

Ricciardi había visto demasiado para creer en las situaciones consolidadas.

—¿Acaso a ti nunca te ha pasado que de repente ves que las cosas cambian? Una situación que siempre soportaste, de pronto ya no la aguantas más. Una palabra, una frase. El calor, por ejemplo. O un objeto, una joya; y pierdes la cabeza, coges una pistola y disparas.

—Y después despiertas de la locura y tratas de poner las cosas en orden, aprovechando que conoces la casa y puedes reorganizarlo todo como estaba antes. Claro que me ha pasado, comisario. En cuanto a la joya, está pensando en la mano de la duquesa, ¿no es así? Recuerdo lo que nos dijo el doctor Modo: el dedo dislocado, la abrasión en el otro dedo, siempre en la misma mano. Y me he fijado en que le ha preguntado al duque por el anillo. Quería decirle que la del retrato que hay en el estudio del señorito llevaba un anillo; a mi modo de ver, la difunta primera duquesa tenía la misma nariz que el hijo. Y ese es el anillo que desapareció.

Ricciardi esbozó media sonrisa.

—No pierdes detalle, ¿eh? Pese al calor y al hambre. Lo único que me parece raro es el silencio. Si hubo lucha, como parece por las contusiones del cuerpo, entonces hubo antes una discusión, tanto es así que el asesino le tapó la cara con el cojín para que no gritase. ¿Cómo es posible que en el palacio y fuera de él nadie oyera nada? Era de noche.

Maione sacudió la cabeza, sonriendo.

—Comisario, usted subestima las fiestas del barrio, se nota que no es de Nápoles.

Nosotros, los del pueblo, es lo que tenemos para divertirnos un poco, cantamos, bailamos y hacemos barullo hasta el alba. Créame, no se oye nada de lo que ocurre en un radio de un kilómetro. Y la fiesta de Santa Maria La Nova, en especial, es famosa. Se organiza la hoguera de maderas viejas y una especie de competición de tarantela, en la que el que se para, pierde. Las chicas se pasan meses y meses preparándose los vestidos para bailar. Tiene usted que creerme, en el gabinete de la duquesa podrían haber contado todo el tercer acto de *La Traviata* que nadie los hubiera oído, ni siquiera en la habitación de al lado.

Ricciardi no estaba convencido.

—De acuerdo, oír no se oía. Pero entrar y salir del palacio no es cosa fácil, la fiesta la organizaron justamente delante del portón. ¿Cómo es posible que nadie viese nada? No creo que el asesino se haya vestido de bailarina de tarantela. No lo entiendo, hay ciertos detalles que hacen pensar en un delito organizado, y otros que apuntan a una discusión repentina.

Maione se encogió de hombros al tiempo que se secaba la frente.

—No tiene por qué ser así, comisario. Si el asesino se movía deprisa, podía entrar y salir sin que lo molestaran. Seguramente los hijos de Sciarra, siguiendo la costumbre, estarían comiendo pipas de melón en plena fiesta, y el portón estaba abierto; o bien, y se trata de una posibilidad que debemos tener en cuenta, el asesino llegó junto con la duquesa. Todavía tenemos que hablar con «tuyo, Mario», ¿no? Por lo que hemos sabido, Capece iba por ahí con frecuencia.

—Tienes razón. Hasta que veamos a Capece, no podemos decir nada. Ésta tarde, a última hora, pasaremos por el *Roma* y hablaremos con él, los periodistas trabajan de noche, ahora no encontraríamos a nadie. Por lo que a mí respecta, me voy a comer una *sfogliatella* al Gambrinus. ¿Tú qué, seguirás haciendo de faquir? Ojo, no vayas a acabar como el burro que cuando por fin se acostumbró a ayunar, se murió.

Maione bufó.

—Sí, sí, comisario, usted búrlese. Que cuanto menos como más sudo y más me aprieta la chaqueta. El día menos pensado me hartó, voy y me meto en una fonda y si te he visto, no me acuerdo. Vaya usted, comisario, por mí no se apure. Lo espero en la jefatura, voy a hacerles unos encargos a esos gandules. Nos vemos después.

Livia había pedido al cochero que la dejara a la altura del largo della Carità; quería dar un paseo y disfrutar de la ciudad.

El breve viaje en coche de punto había sido estimulante; se subió el velo; notar el aire en la cara y el perfume a mar y a flores había sido un placer inesperado e impagable. Hacía mucho calor, pero a ella no la incomodaba; había esperado demasiado a que llegara esa mañana para echarla a perder con consideraciones sobre el clima. Salvo imprevistos, dentro de poco volvería a ver al motivo que la había

llevado a regresar a la ciudad.

Había calculado las horas con cuidado, no quería arriesgarse. Llegaría al Gambrinus antes de la hora en que, según recordaba, Ricciardi iba a almorzar solo y a toda prisa. En esta ocasión, pensó, aunque no se lo esperaba tendría compañía. La calle seguía como la recordaba, ancha y atestada. Algunos niños harapientos y morenos se arremolinaron a su alrededor para pedirle una limosna. Riendo, sacó unas monedas sueltas del bolso y las lanzó lejos, en una cascada tintineante que reflejó los rayos de sol; como un cardumen de pececitos atraídos por un trozo de pan, los granujillas se lanzaron gritando sobre las monedas.

A lo largo del trayecto, aquella mujer hermosa y elegante llamó la atención de al menos cuatro hombres, que silbaron a su paso y le hicieron comentarios cargados de admiración. Estaba habituada a que la mirasen, pero ese comportamiento tan explícito típico de los napolitanos la divertía. Y le gustaba también la sobria elegancia de las mujeres que se cruzaba en su camino, hasta las menos ricas se las ingeniaban para lucir un aspecto agradable. Aunque no todas, naturalmente.

Cuando estaba a punto de llegar a la piazza Trieste e Trento se cruzó con una en particular, una muchacha alta, con gafas de carey, que avanzaba a paso veloz y cruzó la calle delante de ella; notó su elegancia natural y su bonita figura, que se intuía por las piernas largas. En contra de lo que hubiera debido hacer, pensó Livia, la muchacha no realzaba sus cualidades. Al contrario, las mortificaba con un traje anticuado, un peinado de vieja y, sobre todo, una expresión hosca que no le sentaba nada bien. Livia imaginó que la muchacha debía de estar irritada por algo.

Ella no; ella se sentía feliz y en paz con el mundo entero. Sonrió al sol y fue hacia las mesitas del Gambrinus.

Enrica entró en la tienda de su padre y saludó a los empleados y a su cuñado; como había algunos clientes eligiendo entre varios modelos de sombreros, se dispuso a esperar a que Giulio estuviese libre. Lo quería mucho y le disgustaba profundamente verse obligada a pedirle explicaciones por lo sucedido, pero era necesario. No podía aceptar que su carácter poco propenso al enfrentamiento fuese tomado como una autorización en blanco para elegir en su nombre cómo debía ser su vida.

Su innata discreción le impedía confiarle a sus padres que se sentía atraída por un hombre, para colmo un desconocido; y mucho menos decirles que por fin, al cabo de más de un año desde que había descubierto que todas las noches alguien se asomaba a la ventana de enfrente, tenía una cita diaria con la mirada de aquel hombre.

Quedaba descartado comentarlo con su madre, cuya obstinación conocía de sobra; habría redoblado sus esfuerzos para apartarla de esas fantasías románticas que, seguramente, según ella, no habrían conducido a nada. Era como si la estuviera oyendo repetir la historia esa de los veinticinco años y la perspectiva de la soledad y la indigencia. A ella la traía sin cuidado lo que pensarán los demás, incluidos sus padres; estaba decidida a esperar, cien años si era preciso.

Porque lo sabía con certeza absoluta: para Luigi Alfredo Ricciardi solo existía ella. Era cuestión de que lo entendiera y se decidiese a hablar con ella.

Mientras esperaba a que su padre se librara de una señora gorda que no acababa de decidir qué fruta de tela colocarle como adorno a su sombrero, sonó el timbre de la puerta anunciando la entrada en la tienda de Sebastiano Fiore.

Ricciardi llegó al Gambrinus de un humor mucho peor que minutos antes, cuando se separó de Maione y este regresó a la jefatura. Tenía un motivo.

Cuando recorría la última parte del trayecto, el de la esquina entre la via Toledo y la piazza Trieste e Trento, por la puerta de una tienda vio salir al responsable de su noche de insomnio. Para ser más exactos, era apenas uno de los varios destinatarios de sus pensamientos, y en ese momento, ni siquiera el principal, aunque se encontrara entre los más destacados. En síntesis, mientras se despedía de una madre fantasmal y, por tanto, con la mirada vuelta hacia el interior de la tienda, se topó con el joven al que había visto la víspera susurrándole al oído a Enrica.

Era un hombre alto, más de lo que aparentaba de lejos, y corpulento; al chocar con él casi había perdido el equilibrio. Miró fugazmente a Ricciardi, pronunció a toda prisa unas palabras de disculpa y se encontró con una mirada fría, escrutadora, sin expresión. Se disculpó otra vez, un tanto preocupado, y se alejó para entrar en la tienda de al lado.

La dentellada detrás del estómago volvió a sentirse, salvaje y dolorosa. A Ricciardi aquel hombre le pareció muy apuesto, atlético, bien vestido. El ojo, acostumbrado por la profesión a captar los detalles más ocultos, reparó en la camisa de seda, los zapatos bicolors con adornos punteados, la aguja de corbata de oro. El perfume, la gardenia en el ojal y el sombrero de paja tampoco se le escaparon al comisario que, sin esfuerzo alguno, hubiera podido levantar acta de la descripción del individuo.

El efecto más inmediato del encuentro, que hubiese sido más oportuno definir como desencuentro, fue el sentimiento de su propia y devastadora inadecuación; Ricciardi comprendió que a ojos de cualquier mujer ese hombre era cien veces preferible a él. Por primera vez se miró desde fuera y se vio alfeñique, triste, mal vestido; sin sombrero, los zapatos cubiertos de polvo por su costumbre de ir andando a todas partes, la vieja corbata fina sin aguja.

Se irritó consigo mismo por haber pensado en ese hombre como un rival en amores. No tenía la menor intención de entrar en liza, y mucho menos cuando sabía bien que su improbable victoria no habría aportado a quien fuese su compañera más que el dolor de compartir su maldición. De manera que, se repitió para sus adentros, no hay mal alguno. Mejor para todos si Enrica ha conocido a un hombre apuesto, rico y amable, que seguramente la hará feliz.

Naturalmente, aquel pensamiento no le produjo ningún consuelo: el que entró en la fresca sala del Gambrinus era un Ricciardi desesperado.

La Livia que aguardaba, sentada a una mesita elegida con cuidado, era una mujer llena de esperanza. Esperaba sobre todo que Ricciardi llegara, que no tardara demasiado, porque la insistencia de los aspirantes a acompañarla se estaba volviendo opresiva. Cuando había decidido fumar para engañar la espera, como por arte de magia se encontró delante cinco llamitas encendidas, como lámparas votivas frente a una imagen sagrada; uno de esos hombres, vestido completamente de blanco, la miraba sin pestañear y con intención, convencido de lo irresistible de sus encantos. Entonces ella, que no era la primera vez que se encontraba en semejante situación, se puso a mirarlo también con fijeza hasta que él se levantó, fue hacia ella y le preguntó:

—¿Puedo sentarme?

—De ningún modo —contestó ella, veloz.

El hombre se quedó de una pieza. No era frecuente ver a una mujer tan hermosa sentada a solas en un local público, y la ocasión parecía demasiado excitante; por otra parte, no era posible retirarse de inmediato y echar a perder la reputación de gran conquistador adquirida tras años de honrado servicio. Por ello consideró oportuno insistir:

—Señora, es usted demasiado hermosa para estar sola. Y yo no puedo permitirlo.

De manera que me sentaré de todos modos y, en cualquier caso, será usted la que deberá irse.

Livia miraba la puerta; en ese momento vio entrar a Ricciardi.

Con una sonrisa luminosa y sin dejar de mirar al comisario, dijo:

—No creo que le convenga, ha llegado la persona que estaba esperando.

Sebastiano Fiore entró en la tienda de Colombo enderezándose la corbata, un tanto inquieto aún por la extraña mirada que le había lanzado el desconocido; no había para tanto, pensó, si apenas lo he tocado. Gracias a que su mente no solía dedicar demasiado tiempo al mismo pensamiento, recuperó enseguida la sonrisa abierta y jovial que lucía instantes antes.

Cuando su madre le había impuesto ir a cenar a casa de los Colombo, al principio se había resistido; tenía una cita con sus amigos en el Scoglio di Frisio, el famoso restaurante. Pero cuando a mamá se le metía una idea entre ceja y ceja, había que complacerla, de lo contrario, las represalias económicas le habrían causado problemas, especialmente en ese momento en que la baraja se había vuelto en su contra y tenía alguna que otra deuda de importes más abultados que de costumbre. De manera que sacrifiquemos una velada en el altar de la necesidad, pensó.

Después, y para su sorpresa, la velada en casa de los Colombo le había reservado una magnífica novedad: la muchacha que debía conocer era cualquier cosa menos desagradable, tenía una sonrisa hermosa aunque la lucía poco y piernas largas. Claro que vestía como una cincuentona y no se mostraba encandilada por él como correspondía, pero ese podía ser un factor positivo para sus planes. En efecto, Sebastiano contaba con una estrategia definida: seguir viviendo tranquilamente a expensas de sus acaudalados padres, sin cambiar ni un ápice sus costumbres y sus amistades.

Ahora bien, para ello debía apoyar las ambiciones de su madre, al menos formalmente; ¿y qué mejor manera que comprometerse con alguien como la señorita Colombo, discreta, silenciosa y en absoluto entrometida? Su madre se pondría contenta, reanudaría los desembolsos e incluso los aumentaría, porque en un noviazgo había que tener en cuenta los gastos que suponían los regalos, las flores, etcétera; el plan de unir las empresas era comercialmente muy interesante; y un detalle esencial, la futura administración de la empresa se podía dejar en manos de la esposa, y él seguiría viviendo como había hecho siempre, es decir, sin trabajar.

Motivo por el cual, en cuanto vio a la anónima muchacha llegar a la tienda de su padre, se peinó y salió tras ella como un rayo con la intención de aprovechar la ocasión e invitarla a tomar café.

En el Gambrinus, naturalmente.

Ricciardi había cambiado ligeramente sus costumbres. Desde hacía un mes ya no se sentaba en su mesita de siempre, la que daba al ventanal de la via Chiaia, sino fuera, debajo del toldo.

El motivo del cambio no lo había provocado la llegada del calor feroz. Se cumplía precisamente un mes desde que un marido traicionado había decidido desquitarse y asesinar de un tiro en la cabeza al amante de su esposa. El desventurado, un joven abogado, en el momento de su prematura desaparición leía el diario mientras tomaba un café, sentado en su mesita, precisamente la que estaba al lado de la que Ricciardi solía ocupar para dar cuenta a toda prisa de su almuerzo diario. El comisario no estaba presente cuando ocurrió el horrible suceso, pero eso no le impedía ver con todo detalle al abogado que seguía leyendo su diario, con la mitad del rostro convertida en un amasijo de sangre y fragmentos de hueso mientras repetía:

«¿Por qué tardará tanto en librarse del cornudo ese y venir?».

En cambio, quien se libró de él, y para siempre, había sido precisamente el cornudo ése, que ahora meditaba sobre la fidelidad y la venganza en alguna celda oscura.

Y como aquel espectáculo no contribuía precisamente a abrir el apetito, Ricciardi se había trasladado al exterior, medida que, para un hombre de rutinas como él, no era agradable. Sin embargo, ese día las mesitas de la acera estaban todas ocupadas y se vio obligado a recalar en el gabinete, con la esperanza de que no estuviese libre justamente la mesa del muerto; no quería compañía y mucho menos una conversación tan monótona.

En cuanto cruzó el umbral olió el perfume. La memoria de los sentidos se adelantó a la de la mente, y en ese perfume exótico y especiado volvió a ver la imagen flexible, los ojos tersos y el andar felino incluso antes de evocar la imagen de Livia. Miró a su alrededor y la vio, sonriente, sentada en el rincón opuesto al del muerto y, como él, esperaba la llegada de alguien. De pie, cerca de ella, un hombre vestido de blanco apoyaba la mano en el respaldo de una silla con aire de confianza.

Ricciardi captó la situación de un solo vistazo: la postura del individuo y su actitud le sugirieron de inmediato una injerencia no solicitada; en cambio Livia lo miraba a él, con una radiante sonrisa y una implícita petición de ayuda. Se acercó impulsivamente a la mesa y, antes de poder hablar, oyó otra vez la voz de Livia, armoniosa y musical como la recordaba:

—Aquí está, ¿lo ve? La persona a la que esperaba. Estoy aquí por él, solo por él.

Mientras llegaba al Gambrinus acompañada de Sebastiano, Enrica se sentía atrapada en una situación irreal: había ido a la tienda para decirle con rotundidad a su padre

que no quería volver a ver a ese joven y, sin embargo, ahí estaba, yendo con él a tomar un café, como dos novios en la primera cita.

Al ver entrar a Sebastiano en la tienda con la excusa de pedir cambio, ella se había quedado boquiabierta. El joven la invitó entonces a un café y ella lanzó a Giulio una mirada de súplica, pero el hombre, deseoso de postergar la inevitable discusión con su hija, le concedió permiso con una sonrisa paternal; y ahí se encontraba, recorriendo el corto trayecto por la calle inundada de sol, en la menos deseable de las compañías. Para colmo, le había resultado imposible no aceptar el brazo que el hombre, con su sonrisa obtusa, le había tendido nada más salir de la tienda.

Estaba furiosa consigo misma por no haber tenido el valor de rechazar la invitación o la rapidez de inventarse una excusa; con su padre, por haber permitido que ese idiota se tomara esa libertad; con su madre, por haber urdido la trama en la que se encontraba atrapada; con Ricciardi, por tardar tanto en dar el paso.

Entonces deseó que al menos no se cruzara con nadie.

Livia y Ricciardi se miraban en silencio, intensamente. La mujer no habría podido responder de mejor modo a las dudas que había abrigado sobre los sentimientos que experimentaría al volver a verlo: notaba el familiar y olvidado vacío en el estómago, el corazón le latía desbocado, notaba la cara roja de placer y azoramiento. El hombre vestido de blanco se alejó contrariado, tras haberse percatado de que era imposible competir con la corriente que se palpaba entre los dos.

El comisario se enfrentaba a una nueva sensación, y pensaba que en los dos últimos días había sentido más emociones extrañas que en toda su vida. Ver a Livia allí, tan lejos de donde creía que estaba, más hermosa que como la recordaba, lo turbó profundamente. No sabía qué decir. Como en trance, se sentó a la mesa de ella y ahora la miraba sonreír, como si se hubiesen separado momentos antes. La última vez que se habían mirado a la cara, el viento sacudía las olas de la via Caracciolo, agitando su cabello, mientras las lágrimas de dolor y frustración surcaban el rostro de Livia. Tal vez en contra de su voluntad, Ricciardi se había despedido de ella, con la certeza de que no la vería nunca más, convencido de que si en su corazón destinado a la soledad había sitio para alguien, ese sitio era para Enrica.

Sin embargo, debía reconocer que se sentía feliz de aquel nuevo encuentro, de verla hermosísima y sonriente, pero al mismo tiempo vagamente preocupado por la sensación de precariedad y peligro que le transmitía siempre aquella mujer.

—Pero ¿qué haces tú por aquí?

Livia no había dejado de sonreír y de mirar fijamente esos maravillosos ojos verdes que tanto la habían turbado meses antes. Buscaba un destello de placer, una cordialidad que no encontraba. Todavía. Pero no tenía intención de darse fácilmente por vencida.

—Podría decirte que he venido de vacaciones. Ésta ciudad vuestra es famosa en el mundo entero, ¿no? Podría decirte también que he venido a reconciliarme con un lugar que me recuerda situaciones tristes y dolorosas. Pero prefiero ser sincera: he venido por ti. Para volver a verte.

En la sala grande el piano tocaba una canción sobre un corazón ingrato y en el otro extremo de la estancia el muerto se preguntaba cuándo llegaría su amante. Al reconocer a Ricciardi, el camarero le llevó a la mesa la *sfogliatella* y el café sin necesidad de que le pidiera nada. Ricciardi sabía dirigir interrogatorios y detener a malhechores, sabía interpretar las últimas palabras de cadáveres destrozados; pero no tenía la menor idea de cómo contestar a Livia. De pronto se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró con un leve chasquido. Con un tono mucho más brusco de lo que hubiese deseado dijo:

—Podías habérmelo dicho, tal vez por carta. ¿Qué te hace pensar que yo también

tengo ganas de volver a verte?

Livia se rio, como si Ricciardi hubiese querido bromear.

—Digamos que no me planteé el problema. Que prefiero pensar que a lo mejor te entrarían ganas. O que al menos tendrías la amabilidad de recibirme con una sonrisa.

El comisario sintió como si lo hubiesen abofeteado, aunque el tono amable de Livia y su sonrisa no permitían pensar que hubiese hostilidad por su parte.

—Discúlpame; naturalmente que me alegra verte. Pero me preguntaba por qué has hecho una elección tan... tan particular para tus vacaciones, eso es todo. ¿Quieres tomar algo?

—Por fin una conversación normal. Uno de vuestros exquisitos cafés, gracias.

Ricciardi se volvió para buscar al camarero y hacerle el pedido al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor. Vio la mirada de envidia de por lo menos cuatro hombres, entre ellos, el que iba enteramente de blanco. Vio la curiosidad de tres señoras, que trataban de catalogar a la pareja desconocida. Vio el cadáver del abogado que miraba la entrada con su único ojo, preguntándose sin cesar cuándo el cornudo ese dejaría libre a su esposa.

Y vio a Sebastiano que susurraba al oído a Enrica, mientras ella miraba hacia donde estaba Ricciardi con los ojos anegados en lágrimas.

Hubiera preferido tomar el café en la barra, para abreviar el tormento de la insulsa compañía de Sebastiano. Decidió que después regresaría a su casa y pospondría la conversación con su padre; sentía que le faltaba la energía necesaria. Pero el hombre insistió en que entraran en la sala a sentarse un momento, e incluso le pidió al pianista que tocara su canción preferida. Lo siguió dócilmente mientras buscaba una estrategia que le permitiera marcharse lo antes posible. Y entonces se encontró delante a Ricciardi.

En un primer momento pensó que su mente era capaz de materializar el pensamiento, tan grande fue la correspondencia entre lo que pensaba y lo que veía; pero la mujer que sonreía al hombre que amaba no era ella.

Se dejó llevar hasta la mesa y se sentó en la silla que le ofrecían, sin quitarle la vista de encima a la mujer que tenía enfrente, mientras Ricciardi le daba la espalda. A su juicio, Livia llevaba un maquillaje pesado y vistoso, vestía con un estilo excéntrico y sonreía de un modo que tenía bien poco de educado; en una palabra, llamaba demasiado la atención, seguramente se trataba de alguien poco recomendable. Debía reconocer que sus rasgos eran regulares y su figura, por lo que podía ver, tenía cierta belleza; pero esos guantes y esas medias de red, y el sombrerito con el velo levantado, y el carmín oscuro en los labios...

De buena gana se hubiera puesto en pie para abofetearla, sobre todo por su forma vulgar de mirar a Ricciardi, con tanta insistencia, comiéndoselo con los ojos, ajena a

cuanto los rodeaba. Pero qué se pensaba, ¿que de ese modo iba a seducirlo? ¿Ignoraba acaso que estaba ante un hombre sensible y dulce, capaz de observar noche tras noche, durante un año, cómo bordaba una muchacha, sin dirigirle la palabra?

Aguzó el oído para tratar de enterarse de lo que se decían, pero estaban demasiado lejos; alcanzó a captar que el acento de ella no era napolitano, sino del norte. Debería haberlo imaginado: las del norte eran famosas por ser unas desvergonzadas y unas libertinas.

Entonces se dio cuenta de que él también le hablaba, y cuando él se volvió para llamar al camarero, Enrica se echó a llorar.

De pronto, Ricciardi tuvo la sensación de haberse convertido en el centro del universo: Livia lo miraba y sonreía; Enrica lo miraba y lloraba; el abogado muerto lo miraba y le hablaba; los parroquianos presentes en el café lo miraban y murmuraban; el camarero, que se le había acercado con presteza, lo miraba y le preguntaba qué deseaba. El único que no le hacía caso era el joven que acompañaba a Enrica, ocupado en sus susurros, y, por absurdo que pareciera, le estuvo agradecido. No estaba hecho para encontrarse en semejantes situaciones.

Le hubiera gustado levantarse y huir al extranjero, o, como otra alternativa, acercarse a Enrica para decirle que las cosas no eran lo que parecían; pero, tras pensar un momento, ¿qué podía decirle a una mujer que tal vez estuviese viviendo felizmente algo que, saltaba ya a la vista, era el comienzo de un auténtico noviazgo? Además, no quería ofender a Livia, con la que ya había sido demasiado brusco. Entretanto, se había distraído y no había escuchado lo que la mujer le había dicho.

—¿Qué me decías?

—Te preguntaba si estás de vacaciones o trabajando.

—No, no, estoy trabajando. Es que yo vacaciones... no hago casi nunca. Investigamos un caso, el homicidio de una mujer. Lo cierto es que para serte sincero se me ha hecho tarde, tengo que interrogar a alguien, justamente hoy.

Después de tanto tiempo, Livia no tenía intención de que se deshicieran de ella así como así.

—Pero si todavía no has probado esta... ¿cómo se llama? Ésta *sfogliatella* y el café. Anda, come y luego te dejo marchar. Pero antes debemos decidir dónde y cuándo volveremos a vernos. Ya te lo he dicho, he venido por ti, y esta vez no permitiré que te me escapes y me dejes bajo la lluvia.

—Será difícil, porque como habrás podido apreciar aquí hace meses que no llueve. De acuerdo, me como esto, pero luego debo marcharme.

Clavados en la nuca notaba los ojos de Enrica y el dolor del abogado muerto; no hubiera sabido precisar cuál de los dos le producía más inquietud. Pero de una cosa sí estaba seguro: la idea de que ella estuviese con aquel hombre contribuía a que la

dentellada detrás del estómago no le diera tregua. Quería marcharse de allí cuanto antes.

En dos bocados dio cuenta de la *sfogliatella*, se tomó el café de un solo trago y se quemó la boca. Entretanto, Livia lo ponía al corriente de un complicado programa que preveía visitas a museos, monumentos y paseos por la playa.

—... Y naturalmente, mi intención es que me acompañes a cenar o al teatro, si lo prefieres. En caso contrario, no te daré tregua, ya lo sabes, incluso a costa de tener que ir a secuestrarte directamente a la jefatura.

En el preciso instante en que pronunció la palabra mágica, junto a la silla de Ricciardi se materializó un ángel que acudía a rescatarlo de la embarazosa situación; un ángel grande, corpulento y sudado, que vestía la chaqueta del uniforme de invierno.

—Disculpe, comisario, como tardaba en regresar he pensado en venir a buscarlo, por si le había pasado algo. Caramba, es la señora Vezzi, ¿verdad? Dichosos los ojos, señora. ¿Qué la trae por aquí?

Ricciardi hubiera querido abrazar a Maione por su oportuna intervención. Se levantó a toda prisa.

—Sí, Maione, gracias por venir a buscarme. Debemos marcharnos enseguida. La señora ha venido de vacaciones, nos encontramos por casualidad. Pero ahora debemos despedirnos de ella.

Livia se levantó a su vez, sonriendo al sargento. De pie, elegante y armoniosa, parecía aún más bella.

—Sí, sargento. Estoy de vacaciones, y pienso quedarme una temporada. Sin duda, tendremos ocasión de volver a vernos.

Habló en voz alta, tendiendo la mano a Maione, que se lució con un torpe besamanos. Repentina, como prolongando el movimiento de levantarse, se volvió hacia Ricciardi y lo besó en la mejilla.

—Hasta pronto, entonces —dijo. Y salió, seguida por las miradas de todos los presentes.

Lo había besado. Ésa mujercuela lo había besado y delante de ella, nada menos. Y lo peor de todo, él se había dejado besar, pese a que la había visto, estaba segura, sus miradas se habían cruzado.

Había salido de casa para defender su sueño, dispuesta a pelearse con su padre por primera vez en su vida, y ahora, ese mismo sueño se esfumaba delante de sus ojos. Ajeno a lo que ocurría a su alrededor, Sebastiano continuaba su fatua conversación sobre carreras de caballos y fiestas; Enrica no había escuchado una sola palabra.

Pálido como un muerto, Ricciardi se volvió y clavó la vista en ella. Sus ojos

expresaban un dolor inmenso, como si mirase a través de la ventanilla de un tren a punto de partir para no regresar nunca más. Se llevó la mano a la mejilla y la rozó. Sacudió ligeramente la cabeza, como si no creyera lo que acababa de ocurrir, o como si deseara simplemente negarlo.

Enrica se levantó; era indispensable que mantuviera el decoro. Se sentía morir. El piano tocaba la misma melodía que cuando habían entrado, apenas dos minutos antes, pero parecían una eternidad. Se volvió hacia Sebastiano y con voz firme le dijo:

—Me duele la cabeza. Necesito tomar el aire. Acompáñame, querido.

Y del brazo del hombre, salió a su vez, sin mirar hacia donde se encontraba Ricciardi.

Maione escoltaba a Ricciardi en el trayecto hacia la jefatura; todavía era temprano para ir al Roma a interrogar a Capece; además, Garzo quería ver al comisario antes del encuentro con el periodista.

Mientras caminaban, por una vez el sargento no pensaba en el calor y el hambre, pese a que eran terribles; se había alegrado de ver a la viuda del tenor, que ya en su día se había interesado por Ricciardi; recordaba que, presa de la incomodidad, se había permitido aconsejar a su superior que se mostrara más abierto y tratara a la mujer, que no solo le parecía hermosa sino buena persona. Recordaba también que Ricciardi no se había mostrado del todo indiferente al encanto de la señora, aunque después no había ocurrido nada y ella se había marchado.

En el Gambrinus había captado extrañas emociones en el aire; como si el comisario estuviera en aprietos, casi como si lo hubiesen pillado in fraganti. Se preguntaba cómo era posible con la vida retirada que llevaba. A lo mejor se debía a que se sentía incómodo por él, a que hubiera preferido no ser visto en una ocasión tan personal. Por eso, Maione había decidido no comentar el encuentro con la señora.

Al llegar al despacho se encontraron, como de costumbre, con Ponte que esperaba ansioso en la puerta para acompañarlos a ver a Garzo. Presa de la tensión que lo caracterizaba, el hombre se paseaba dando brincos; en cuanto los vio, fue a su encuentro.

—Comisario, sargento, buenas tardes. El dottor Garzo los espera a los dos; dice que pasen por su despacho antes de volver a salir.

Maione habló como si el hombre no estuviese presente:

—Vamos enseguida, comisario, antes de que a este lo agarre a tortas.

Siguieron al hombre hasta el despacho de Garzo, que los esperaba sentado detrás de su escritorio.

—Me he enterado de que ahora irán al periódico.

La falta de formalidades traicionó la preocupación del subjefe de policía.

—Así es, dottore. Ésta mañana hemos estado en el palacio Camparino y hemos hablado...

—... Con el duque y su hijo, ya lo sé. Y también me he enterado de que, como por desgracia suele ocurrir, han sido ustedes unos entrometidos y unos maleducados. ¿Cómo es posible, Ricciardi, que tenga que repetirle siempre las mismas cosas? ¿Y que todas las santas veces reciba llamadas telefónicas de gente importante que se queja de su falta de respeto?

Garzo remató sus palabras con un puñetazo en el escritorio: estaba furioso y quería que se notara. El único que se sobresaltó fue Ponte, que esperaba en el umbral de la puerta. Se produjo un momento de silencio que Maione aprovechó para mirar a

Ricciardi frunciendo el entrecejo y con cara de pocos amigos; a una señal del comisario, parecía dispuesto a lanzarse a la yugular del subjefe de policía. Ricciardi habló; su voz parecía un silbo.

—Le repito una vez más lo que le he dicho en otras ocasiones, porque parece que no me ha entendido: es usted libre de encomendarle esta maldita investigación a quien usted quiera. Pero si la investigación la llevo yo, entonces no meta las narices en mis asuntos. Si no llegamos a dar con el culpable, ya hará usted lo que le parezca oportuno. Mientras tanto, no supervise mis decisiones. Ninguna de mis decisiones.

Fue apenas un susurro, pero tuvo el mismo efecto que una descarga de fusiles en una iglesia. Ponte hundió la cabeza entre los hombros, como si acabara de oír una detonación. Maione miraba a Garzo con la misma expresión irritada. El subjefe de policía se quedó de piedra, como si Ricciardi acabara de abofetearlo. En cuanto al comisario, ni siquiera había sacado las manos de los bolsillos; el mechón rebelde le cubría la frente y tenía los ojos clavados en la cara de su superior; no pestañeaba siquiera.

Tras un tiempo que pareció interminable, Garzo recobró el aliento:

—No quiero decir que... Seguramente, sabe lo que se hace. Sin embargo, considero que es una prerrogativa mía pedirle que cuando se enfrente a... a ciertas personas, muestre usted un mínimo de... ¡Maldita sea! Está usted bajo mi responsabilidad y las tonterías que hace me afectan de rebote. ¡Puedo y debo pedirle que ponga atención! El duque, se lo repito, está enfermo; pero su hijo goza de perfecta salud y frecuente... Tiene amistades al más alto nivel. El más alto. Y la prensa... la prensa sigue gozando de poder incluso después de las últimas directrices.

Ése día no estaba Ricciardi como para apenarse por Garzo. Habían ocurrido demasiadas cosas.

—No me interesa en absoluto el poder de la prensa. Aunque la duquesa hubiese sido asesinada por el director del periódico, se lo voy a traer aquí con el cepo puesto. Entonces le corresponderá a usted decidir qué hacer. Ése es mi cometido. Eso debo hacer y eso haré. ¿Puedo irme ahora?

Garzo lucía una gran mancha roja en el cuello, justo encima de la corbata, como le ocurría siempre cuando dos fuerzas iguales y contrarias hacían que se sintiera impotente; en esa circunstancia, por una parte, le hubiera gustado apartar a Ricciardi de la investigación e iniciar contra él un expediente disciplinario; por otra, el jefe de policía lo presionaba para solucionar cuanto antes el homicidio de la duquesa de Camparino, del que toda Nápoles hablaba sin cesar. Prevaleció la segunda opción, naturalmente, la más conveniente para su carrera. Pero se dio el gusto de lanzar un último puyazo.

—No puede uno esperar sensibilidad social de alguien que no tiene vida. Haga lo que le parezca, pero le juro que si no resuelve el caso, se arrepentirá de lo que hoy ha

dicho aquí. No sabe usted cuánto.

Y agitó la mano como si estuviese espantando una mosca.

Maione dio un paso al frente: tal vez había encontrado por fin con quien desahogar su irritación por el hambre, el calor y el verdulero. Ricciardi le puso la mano en el brazo, tras lo cual salieron del despacho. Ponte cerró la puerta despacio.

A Lucia normalmente le gustaba planchar; tenía la sensación de estar acariciando a sus seres queridos al recorrer los pliegues de sus prendas mientras pensaba en las expresiones, los movimientos de sus hijos y su marido. Pero hacía realmente mucho calor; las brasas de carbón encerradas en la plancha de hierro despedían oleadas abrasadoras que le subían por el brazo, empapado de sudor. Suspiró mientras rociaba con el agua de una palangana una camisa de Raffaele. Comprobó la firmeza de un botón a la altura del abdomen y sacudió la cabeza: tendría que darle una puntada para reforzarlo. Sigue teniendo demasiada barriga, pero poquito a poco la irá perdiendo.

Sonrió al pensar en él; después de tanto tiempo juntos le seguía gustando, quizá aún más. Secándose la frente se preguntó cómo había sido posible, pese al terrible dolor de los últimos años, olvidarse de cuánto lo quería y de hasta qué punto su vida dependía de su marido. Al pensar en que podía perderlo si lo desatendía de esa manera, sintió una punzada; a saber cuántas mujeres se lo hubiesen quedado, con lo guapo y bueno que era.

Acarició la camisa, alisando con la mano una última arruga debajo del cuello. Yo soy su esposa, pensó. Mirad cuanto queráis, pero no se os ocurra tocar.

Porque os arranco los ojos.

Se dio cuenta de que alguien llamaba a la puerta con insistencia. Se había dormido encima del escritorio, la cara apoyada en un brazo, la botella de licor semivacía delante de los ojos. Trató de recordar mientras salía de la niebla del sueño; y recordó.

La memoria lo sumergió como una ola, renovando el dolor incandescente que había anulado emborrachándose. Estaba solo, en su oficina del periódico. Le llegaron los ruidos de la redacción, la preparación de las noticias, el diario del día siguiente que se estaba gestando; pero no era como siempre, eso no le daba ningún consuelo. Porque Mario Capece había perdido para siempre todo aquello que para él contaba, el amor de su vida. Y lo peor era que lo había perdido por su propia culpa.

La mano desconocida seguía llamando junto a la jamba de la puerta, el ruido le hacía estallar la cabeza.

—¡Pase, maldita sea! —gritó.

Intentaron accionar el tirador, y él recordó haber cerrado con llave. Se levantó y fue a abrir con un insoportable dolor en las sienes. Ojalá me muriera, pensó. Estalla

una vena, y adiós pesares. A lo mejor es cierto lo que dicen los curas, y te vuelvo a ver, amor mío.

En la puerta estaba Arturo Dominici, el subjefe de redacción; tenía la preocupación retratada en la cara.

—¿Te sientes bien, Mario? No te encontrábamos por ninguna parte. ¿Has vuelto a dormir aquí?

Capece hizo un gesto de fastidio.

—Sí, sí. No me he movido de aquí. ¿Qué quieres, qué ocurre ahora?

El hombre hablaba en voz baja, lanzando miradas furtivas por encima del hombro.

—Han venido dos..., ha venido la policía de la brigada móvil. Uno va de uniforme, el otro de paisano. Preguntan por ti.

Mario esbozó una sonrisa cansada.

—Por fin. Sí que han tardado, casi dos días. Hazlos pasar.

—¿Quieres que esté presente yo también? Como testigo, ya sabes.

Capece observó fijamente a su amigo; apreciaba mucho el gesto, sabía que también Dominici lo creía culpable del homicidio de Adriana.

—No, Arturo. No hace falta. Si acaso te llamo. Gracias.

Ricciardi y Maione entraron en la oficina en el preciso momento en que Capece abría la ventana. La habitación era un horno y olía a cerrado y a licor como una taberna. Se presentaron y cuando Capece les indicó dos sillas, se sentaron. Maione le pidió los datos al periodista, que se los recitó con voz bastante sobria y los ojos entrecerrados a causa de la jaqueca.

Capece no era alto, pero la expresión franca y extrovertida le daba un aire imponente. Su capacidad profesional era muy estimada y el hecho de que no se mostrara condescendiente con el poder, al que, según el caso, criticaba o elogiaba abiertamente, le había ganado el aprecio de muchos pero también la enemistad de los fanáticos. Su punto débil había sido la relación con Adriana, arma de la que se habían servido para obstaculizar una carrera que, de otro modo, habría sido meteórica.

Sin embargo, el hombre que Ricciardi y Maione tenían delante era muy distinto del que Mario Capece había sido hasta hacía poco. Llevaba barba de tres días, la corbata desanudada, la camisa medio salida de los pantalones; un solo tirante abrochado y el chaleco abierto indicaban el estado de abatimiento en el que se encontraba el periodista. Pese a todo, los miró con socarronería y dijo:

—Así que usted es el comisario Ricciardi. El halcón solitario de la jefatura, el hombre que no quiere hacer carrera. El implacable perseguidor de delitos. Sigo su trayectoria, ¿sabe? Interesante recorrido. Sus superiores le tienen miedo y también sus subordinados. Dicen que trae mala suerte.

Maione hizo ademán de responder pero Ricciardi lo detuvo con la mano.

—Interesante información. Por desgracia hoy no estamos aquí para hablar de mí, sino de usted, Capece. En particular de la muerte de una mujer que, por lo que nos han dicho, usted conocía bien. ¿Es así?

Capece saltó como un resorte y se puso de pie, los ojos legañosos, inyectados de sangre.

—La muerte de una mujer, dice. Y que la conocía bien. Cuidado, Ricciardi, nunca más vuelva a usar ese tono. Nunca más. Ésa mujer tiene... tenía un nombre, se llamaba Adriana Musso, duquesa de Camparino. Y yo no la conocía, la amaba. No cuento con que usted, un miserable policía que vive solo, pueda entenderlo. Pero yo la amaba.

Maione no tenía intención de soportar ese tono, se tratara o no de Ricciardi. Se puso de pie y, dominando a Capece desde su altura, se inclinó hacia él apoyando las manos en el escritorio.

—Oiga usted, Capece, si vuelve a hablarle así al comisario, con muerta o sin ella, le suelto un guantazo que se le pasará la borrachera de golpe. Usted nos respeta y nosotros lo respetamos a usted. En caso contrario, esta charla la tendremos en la jefatura, y será peor para usted y sus hijos, que se encontrarán con el padre en la cárcel. ¿Me ha entendido?

Capece y Maione se plantaron cara durante medio minuto, mirándose fijamente a los ojos. Ricciardi observaba al periodista y se preguntaba si la reacción era fruto de su temperamento o de la desesperación. Se decidió por lo primero, aunque con reservas.

Al final, el hombre se sentó y el sargento hizo otro tanto. De forma inesperada sonrió.

—¡Entonces tiene sangre en las venas! Y el valor no lo demuestra solo con unos cuantos. Está bien, respetémonos. Y le contesto que sí, la conocía. Y que no la maté yo. Aunque no me lo perdonaré nunca porque murió por mi culpa.

Ricciardi trató de averiguar más:

—¿Cómo que murió por su culpa?

Capece sonrió amargamente, la mirada perdida en el vacío.

—Ya se habrá enterado de que el sábado por la noche discutimos en el Salone Margherita. Estoy seguro de que se lo han contado, ese inútil de Garzo, su jefe, estaba allí, recuerdo su cara y su expresión de pasmado. Una riña de enamorados. Pero yo, que soy un maldito idiota, me marché y dejé que regresara sola a su casa o que se hiciera acompañar por a saber quién. Ella era así, ¿sabe? Impulsiva. Y la mataron.

Mientras hablaba había empezado a llorar sin darse cuenta.

Las lágrimas le bajaban por las mejillas, silenciosas y abundantes, como una hemorragia de dolor ininterrumpida. Maione, a quien la referencia a la incapacidad de Garzo le había gustado mucho, le tendió el pañuelo.

—¿Y usted adónde fue? —preguntó Ricciardi.

—A emborracharme fui. Primero al círculo de la Unión, después de taberna en taberna; terminé en la estación, donde encontré el último bar abierto. Estaba solo, imagino que le interesará saberlo. Nadie puede confirmarlo. Tampoco me importa que me crean o no.

Sola en la cocina, esperas. Sabes que podría no regresar nunca. Lo has tenido en cuenta.

Lo sabes desde que viste que la abofeteaba y se iba solo. Sabes adónde fue y qué fue a hacer. Según la lógica, sabes que será el primero en el que pensarán.

Hierve la olla. Hace calor, mucho calor. En la frente, en el labio se te forman perlas de sudor que secas con el pañuelo, antes de que bajen y te estropeen el peinado o el maquillaje.

Te has vestido como de costumbre, quieres que te encuentre arreglada en caso de que regrese. En caso de que lo suelten. Y si no fuera así, entonces él lo ha querido, se lo ha buscado. Era natural que acabara así, lo has sabido siempre.

Por eso estás sentada y esperas. No es que sea la primera vez; muchas otras noches te hiciste la dormida, aguzando inútilmente el oído por si la llave giraba en la cerradura. Muchas veces has rezado durante horas confiando en un regreso que nunca se produjo. Pero esta vez es distinto.

Porque regrese o no, hoy es un nuevo día.

Ricciardi rompió el silencio que siguió a la última afirmación.

—¿Por qué se pelearon?

Capece sonrió.

—Se lo he dicho. Fue una riña de enamorados. Celos. ¿Sabe lo que son los celos, comisario? Imagino que no. Es usted famoso por su soledad, ¿no? No tiene esposa ni novia. Ni siquiera amigos, según creo. Ya sé, ya me lo ha dicho, no estamos hablando de usted. Los celos, le decía. Son el monstruo de ojos verdes que se burla del pan que lo alimenta, como decía el bardo inglés. Ése al que en breve no nos dejarán seguir leyendo. Es cierto, comisario, los celos son un monstruo. Pero no es cierto que quien los alimenta es quien los padece, no es eso. Adriana era hermosa, hermosísima. Las fotos que tal vez haya visto no le hacían justicia, ni tampoco los pobres restos que usted ha recogido. No quiero saber qué han hecho con ellos, no me lo cuente. Sé que le dispararon en la cabeza, es todo. No quiero saber nada más.

El comisario no tenía intención de que su indagación se perdiera entre las elucubraciones literarias del periodista.

—¿Y cuál fue el motivo de esa riña, como la ha llamado usted?

Tras vacilar, Capece contestó:

—Había un tipo, uno joven, que acompañaba al teatro a una vieja cacatúa. Un gigoló, un mantenido. O quizá su sobrino, no lo sé ni me interesa. La miraba, miraba a Adriana cuando yo fingía estar concentrado en la obra. Pero no me distraía ni un instante; lo observaba a él, y a ella. Cuando Adriana se dio cuenta, se puso a

responder a las miradas. Una vez, dos. Tres. Y a sonreír, no tiene usted idea de lo hermosa que era cuando sonreía, comisario. Sabía que era hermosa; y se divertía jugando como un gato con el ratón, utilizaba su belleza como unas garras.

Al revivir la situación de aquella velada en el teatro su tono de voz había cambiado. Un músculo de la mandíbula se contraía descontrolado, y la mano derecha se abría y cerraba en un puño. Un hombre así, pensó Maione, es capaz de todo.

—¿Y usted? —preguntó Ricciardi.

—Y yo... yo aguanté lo que pude. Y cuando no pude más, estallé. Los celos son un monstruo atroz, comisario. Te agarra detrás del estómago con su dentellada. Es una sensación física y no da tregua.

Maione tuvo la impresión de que Ricciardi palidecía; lo vio rozarse con la mano la chaqueta a la altura del tórax. Quizá no había digerido bien. Capece prosiguió:

—Pero jamás habría podido hacerle daño. Es absurdo que lo diga, lo sé; la habría destrozado con mis propias manos, sin embargo, jamás habría podido hacerle daño. No sé cómo va a creerme, pero es así.

El comisario quería otra cosa. Quería saber lo del anillo; oía la voz de la duquesa muerta como si la llevara sentada encima de la cabeza:

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

Por ello preguntó:

—¿Qué pasó después?

—Empezamos a discutir. Yo le pedía explicaciones de su comportamiento y ella se reía. Se burlaba de mí, delante de aquel perdulario, delante de todos. Cuanto más reía, más me cegaba la ira. Y entonces la golpeé, en la cara. Le di una bofetada, así. —Con un ademán reprodujo cómo había pegado a la mujer—. Ella dejó de reír, me miró con odio. Le quité el anillo y me marché.

—¿Qué anillo?

Capece se metió las manos en los bolsillos, confuso. Después, del bolsillo del chaleco sacó un anillo de oro con un pequeño diamante y lo dejó sobre la mesa.

—Tiene escaso valor venal. Pero era una prenda de amor, una cosa pobre que le regalé cuando... cuando nos conocimos, en cierta ocasión. Le dije que no era digna de él y se lo arranqué. Creo que le hice daño.

Ricciardi no había dejado de mirar a Capece fijamente a la cara. Más que sus palabras, trataba de comprender sus emociones, en las que se mezclaban el amor y el odio.

—¿Qué sabe de cómo la mataron? Acaba de mencionar lo del disparo en la cabeza, un dato de conocimiento público. Por su oficio, conocerá también los demás detalles. ¿Quién cree que pudo ser?

Capece calló con la mirada perdida en el vacío. Luego se puso a hablar en un murmullo.

—Cuando yo empecé este oficio era distinto. Muy distinto, más de lo que estaría usted dispuesto a creer. Se podía contar, se podía comentar. El periodista conducía su propia investigación y se le permitía hablar de ella; a veces, colaborábamos con ustedes. Después se decidió que el mundo estaba limpio, que ya no había delitos. Lo decidieron en los despachos, prescindiendo completamente de la realidad. A principios del año veintiséis, recibimos un comunicado telegráfico, eso que en la jerga periodística llamamos *velina*, pero nadie le hizo caso. Me acuerdo de que en la redacción nos desternillamos de risa, se ordenaba la «desmovilización de la crónica de sucesos». Como si fuera posible sentarse al telégrafo y, pulsando con la punta del índice, eliminar la oscuridad del alma humana. Después, hace tres años, el veintiséis de septiembre del veintiocho, nos convocó el gobernador civil, a todos, directores, jefes de redacción, y nos dijo que a partir de ese día la *velina* del año veintiséis debía aplicarse con el máximo rigor. Aún recuerdo sus palabras exactas: con especial referencia a las noticias sobre suicidios, tragedias pasionales, violencias, etcétera, que pueda ejercer una peligrosa sugestión en los espíritus débiles o debilitados. ¿Se da usted cuenta? Cuanto ocurre a nuestro alrededor, lo que usted ve de la mañana a la noche, no debía existir más para los periódicos.

Ricciardi no entendía cómo encajaba eso con el homicidio de Adriana.

—¿Y entonces?

Capece lo observó con los ojos enrojecidos, como si fuese un alumno tonto.

—¿Y entonces? Entonces este dejó de ser mi oficio. Si tengo que escribir únicamente sobre la fiesta de la baronesa de Tal o sobre la visita de los príncipes, si tengo que informar sobre la botadura de un barco o la travesía del hidroavión, este ya no es mi oficio. Pero como no sé hacer otra cosa, seguí sin ganas.

Después conocí a Adriana y volví a ver los colores de la vida. Con esto quiero decirle que ya no podemos profundizar e investigar, ver cómo Fulanito mató a Menganito. Y créame, esta vez, le doy gracias a Dios. Ya llevaré encima el peso de no haberla acompañado a su casa y de haberla abofeteado.

Clavó la vista en la mano abierta como si la viese por primera vez.

—¿Se imagina? La última vez que esta mano la tocó fue para propinarle una bofetada.

Y se echó a llorar desconsoladamente. Maione y Ricciardi intercambiaron una mirada; ajenos a lo que le ocurría al otro, los dos veían reflejarse en el llanto de aquel hombre las emociones que ellos mismos sentían tan dolorosamente en esos momentos.

Cuando Capece recobró la compostura, Ricciardi le preguntó con tono amable:

—Ya me disculparé, Capece, pero, como bien sabe, estoy obligado a preguntárselo. ¿Tiene usted un revólver?

Capece levantó la cabeza y, lanzando a Ricciardi una mirada desafiante, le

contestó:

—Antes tiene que detenerme, Ricciardi. Si sospecha de mí, antes tiene que detenerme. No le contesto y no pienso contestar ninguna pregunta más. Pero vaya con cuidado, conozco sus métodos. Dispongo todavía de algunas armas, pero no de las que ustedes piensan. Puedo hacerlo pedazos con un solo artículo. Y ahora, salgan de aquí. Quiero beber y quiero dormir.

Ricciardi y Maione caminaban despacio, doblados bajo el peso de sus pensamientos. El interrogatorio de Capece los había afectado profundamente. El sargento rompió el silencio:

—Yo no sé, comisario, la verdad es que este hombre me da una pena muy grande, pero con sinceridad le digo que tiene toda la pinta de los que pueden volverse locos por el dolor. He visto a muchos así, padres de familia, personas de bien, pero sensibles, demasiado sensibles. Para bien y para mal.

—Es tal como dices. Seguramente se trata de un buen hombre. Pero también es alguien que, por humillación o porque piensa que está perdiendo algo, es capaz de hacer algo absurdo.

Y al final nos ha desafiado, aunque creo que por pura desesperación.

Maione se pasó el dedo por el cuello de la camisa, tratando de que le entrara un poco de fresco.

—La verdad, comisario, no es que nos dejen trabajar como es debido. El idiota de Garzo nos amenaza, Capece nos amenaza, el señorito que cultiva plantas en la terraza nos amenaza. Y nosotros no podemos amenazar a nadie, porque si lo hacemos, se nos cae el pelo.

Ricciardi asintió.

—Pero tratemos de trabajar de todos modos. Hazme un favor, date una vuelta por las tabernas, a ver si alguien recuerda haber visto a Capece mientras se emborrachaba. Con suerte se quedó dormido en alguno de esos tugurios, alguien lo vio y así salimos de dudas. En caso contrario, solicitamos el permiso correspondiente y registramos en el diario o en su casa por si tiene una Beretta calibre 7.65.

—A sus órdenes, comisario. El problema está que en las tabernas se bebe, pero también se come, y últimamente, si voy a un sitio donde se come, me pongo nervioso. Por otra parte, el señorito de las plantas, me parece a mí que también está mal de la cabeza. En una de éstas, él también conserva una hermosa Beretta. ¿O no?

Ricciardi miró rápidamente de reojo a Maione.

—Tú con eso de no comer, tarde o temprano acabarás matando a alguien. Y no me quedará más remedio que meterte entre rejas.

Maione lanzó una amarga carcajada.

—Lo que me faltaba, comisario, en estos tiempos en la cárcel se come más que en

mi casa. ¡Aunque me pongan a pan y agua!

—En cuanto al señorito, tienes razón, y no creas que cuando Garzo ladra yo me echo a temblar. Debemos averiguar más, pero antes quiero saber si esa noche estaba en casa o si regresó poco después que su madrastra. Ya hemos dicho que con la fiesta, si hubo una discusión, es posible que nadie se enterara. Está bien, mañana veremos. Por hoy nos podemos ir para casa, que es tarde y sigue haciendo calor. Yo ni siquiera tengo hambre.

Maione tendió ambos brazos.

—No sabe la suerte que tiene, comisario. A mí el calor me abre el apetito. Entonces hasta mañana.

Sentada en el sillón, Rosa tejía mientras observaba cómo comía Ricciardi. O mejor dicho, mientras observaba cómo revolvía con el tenedor la comida que tenía en el plato.

Era algo realmente insólito; ni en los peores momentos perdía el apetito de lobo que lo caracterizaba. No saboreaba la comida, eso no, se la tragaba a toda prisa, bocado tras bocado, con una profunda arruga cruzándole la frente, concentrado como si estuviese llevando a cabo una dura tarea. Pero al final dejaba el plato limpio.

No esta vez. Lo inusual de la situación dejó a la tata tan consternada que ni siquiera atinó a soltarle su acostumbrada retahíla de quejas sobre lo malo que era comer en la calle y la ruina irremediable que tan pernicioso costumbre suponía para su estómago. Estaba pálido, distraído, más silencioso de lo habitual. Le había preguntado si había tenido problemas en el trabajo y él se había limitado a asentir vagamente, sin más.

Rosa creía que la causa estaba en la conversación que la señorita Colombo, la vecina de enfrente, había mantenido en el salón de su casa con su pretendiente. No se explicaba por qué un hombre como Ricciardi no reaccionaba, tomaba la iniciativa y buscaba un contacto directo con la muchacha. No le faltaba nada: juventud, dinero, educación. Además, a ella le parecía apuestísimo.

Suspiró sin dejar de tejer y de lanzarle miradas por encima de las gafas; la felicidad es un pájaro extraño que se posa pocas veces donde quiere. Se acordaba de la madre de Ricciardi; había estado muy unida a ella y la había asistido hasta su muerte. Ella también, como su hijo, era silenciosa y su carácter apacible dejaba entrever un sufrimiento vago e incomprensible. Ella también, como su hijo, pasaba largos momentos como ausente, con la mirada perdida, y nadie era capaz de saber adónde la llevaban sus pensamientos; ella también, como su hijo, tenía todo lo necesario para ser feliz y, sin embargo, no lo era.

Ricciardi se levantó de la mesa; sabía que Rosa estaba preocupada por él, pero no conseguía fingir que todo estaba en orden. Ésa noche no. Temía el momento en que se asomara a la ventana; se sentía atraído y rechazado por el rectángulo iluminado al otro lado de la calle, donde transcurría la vida sana y cotidiana que tanta paz le infundía. ¿Acaso hay algo más sano y cotidiano, se preguntó con amarga ironía, que un encuentro entre un hombre y una mujer, que un noviazgo y una boda, que formar una familia?

Soy yo el que no es normal, pensó; no debo olvidarlo. Es a mí a quien persiguen los muertos, que me hablan sin cesar de su dolor, envenenándome el alma y la existencia. Soy yo el que no puede soñar con una mujer y una familia y mucho menos

con hijos.

Y por enésima vez se preguntó: ¿por qué te sientes tan mal? ¿Por qué la dentellada en el estómago no se te pasa, por qué estás desesperado? Eres coherente, eso es. Y estás maldito, tal como te dijo tu madre hace veinticinco años.

Cerró la puerta de su dormitorio y fue hacia la ventana con los ojos cerrados. Lanzó un profundo suspiro, los abrió y vio que los postigos de la cocina de la casa de los Colombo estaban entornados. Un poco más allá, a la izquierda, el insoportable fulgor del salón iluminado.

Enrica había regresado de la tienda de su padre luciendo una máscara de fría indiferencia. En su corazón, la ira fue dando paso al dolor; era irracional, pero se sentía traicionada, como si hubiese sorprendido a Ricciardi in fraganti. Y se sentía más estúpida que nunca: ¿por qué motivo un hombre así, apuesto, de buena posición social, joven y atractivo no debía frecuentar a una mujer? Quién sabe, a lo mejor era su novia y, tal como había deducido por su acento, como era de fuera se veían pocas veces. Muy a su pesar debía reconocer que ella, la otra, era fascinante, para quien aprecia ese tipo de mujeres. Demasiado llamativa, para su gusto, pero fascinante. Al salir del café ni siquiera el soso de Sebastiano había podido resistirse a lanzarle una mirada de admiración.

Era cierto que todas las noches él se asomaba a la ventana para verla bordar; pero en el fondo, ¿qué significaba eso? El estúpido pasatiempo de un hombre que tiene a su novia lejos. Al despedirse de él la mujer le había dado un beso. Al recordarlo, notó una fuerte punzada en el estómago. Qué extraño, reflexionó, los celos son una sensación física. Muy distinta del elegiaco sentimiento de sufrimiento del que hablan poetas y novelistas; un auténtico dolor. Como una gastritis.

No le dijo nada a su padre, cuyo alivio era visible; se había limitado a aceptar la petición de Sebastiano de ir a su casa a visitarla después de cenar. En el fondo, ¿por qué no? Así se distraía, cualquier cosa era mejor que ponerse a bordar al lado de la ventana, mirando la oscuridad de la pared de enfrente. La otra estaba en la ciudad y seguramente él habría salido.

Mientras caminaba hacia su casa pensó en los días que tenía por delante, sin la espera de la noche. Y en las noches sin sueños. Notó las mejillas mojadas. Eran lágrimas.

Ricciardi fue al comedor pero no giró el interruptor de la pared. En la oscuridad se acercó a la radio y manipuló al azar uno de los controles. En la habitación sonó la música de una orquesta. La reverberación amarilla del cuadrante dejaba ver la silueta del sofá y de los dos sillones; se sentó en el sillón desde el que se veía el ángulo

iluminado de la ventana de enfrente. Trató de imaginar, como solía hacer cuando escuchaba la radio, el salón desde el que provenía la música: los músicos tocando sus instrumentos y las caras de los bailarines, mirándose embelesados a los ojos, sus evoluciones sobre un suelo brillante de mármol. En la imagen no había muertos, las siluetas translúcidas y sufrientes no repetían frases a medias, obtusas y sin sentido; en su imaginación solo había vida. Del mismo modo que solo había vida en el salón de la familia Colombo, donde de vez en cuando se veía pasar al padre o a la madre, sonrientes o enzarzados en una animada conversación. No veía a Enrica, se la imaginaba sentada en algún sitio, observando extasiada al joven con el que él había tropezado esa mañana.

En la radio cantaba un hombre. Una canción de un par de años antes, se acordaba de la melodía, un tango; pero no había reparado nunca en la letra. El hombre decía con voz de falsete:

*¡Celos no son diría
sino esta loca pasión mía!
Otros te miran y dentro de mí muero
porque tu belleza solo para mí quiero.
¡Celos no son diría,
sé que siempre serás mía!
¿Qué será esto que me devora?
¡No temas, no son celos de ti ahora!*

Era francamente demasiado. Se levantó de golpe del sillón, apagó la radio y fue a buscar la chaqueta. Necesitaba tomar el aire.

Dos horas más tarde seguía caminando. La calle estaba desierta, salvo por algún transeúnte que, apresurado, se deslizaba furtivo entre los portones entreabiertos. La ciudad nunca detenía sus intrigas, de noche o de día, con frío o con calor.

De vez en cuando, se ofrecía a los ojos de Ricciardi la imagen de algún cadáver, débilmente iluminado por la pasión de su propia muerte; una comitiva que nunca se reducía. Siempre podía contar con su compañía, pensó. Qué ironía: el hombre más solitario que nunca puede estar del todo solo.

En la puerta de un bajo una mujer esperaba de pie, de la boca le salía una espuma amarillenta que le caía sobre el vestido negro. A saber lo que habrá ingerido, pensó Ricciardi. Cuando pasó a su lado la oyó decir:

«Decías que yo era la más hermosa. Entonces, ¿por qué estás con ella?».

Eso, pensó él. ¿Por qué? ¿Quién te contesta ahora, en la oscuridad de la noche?

Te olvidarán, o tal vez ya te habían olvidado antes de que decidieras quitarte la vida. ¿No te hubiera valido más vivir y olvidarte tú de ese mentiroso?

Los suicidas por amor eran mayoría. La miseria, la deshonra, también tenían que ver; pero sobre todo la maldita ilusión, como había dicho el duque de Camparino, que lleva a creer que sin ella no podrás sobrevivir ni un solo día. De modo que pones punto final entre tormentos atroces: un salto al vacío, una cuerda, el gas o el veneno como la mujer con la que acababa de cruzarse.

Le vino a la cabeza un hombre que colgaba de un gancho de carnicero que se había ensartado debajo de la mandíbula, quitando de una patada la silla a la que se había subido. Recordaba los excrementos que había soltado por el esfínter tras perder todo control, la sangre que había caído gota a gota. Había tardado horas en morir: sin un grito, sin una llamada, sin dudar siquiera. Lo había contemplado largo rato cuando lo llamaron para la inspección: oía sus últimas palabras dirigidas a una tal Carmela:

«Qué bonito vestido blanco te has hecho, Carmela».

La hermana le había contado entre sollozos que la novia lo había dejado para casarse con otro. Ése mismo día él se había acercado a la iglesia para llevarle un regalo. Y después hizo lo que hizo.

Ricciardi no había entendido y seguía sin entender. Pero ahora, en la noche cálida poblada del murmullo de los muertos y el ruido de pasos en el empedrado, la dentellada que notaba en el estómago algo le sugería. Nunca se termina de aprender, pensó.

Dobló la esquina y se encontró en una placita. De un edificio con el portón cerrado provenía una música amortiguada, tal vez de una radio o una orquestina. Sin saber bien por qué se detuvo en las sombras, precisamente cuando del portón salían al mismo tiempo un haz de luz y una silueta con traje oscuro.

Ricciardi aguzó la vista, el movimiento de la persona que acababa de salir le resultaba familiar. Oyó una carcajada nerviosa. La música estaba más alta, como si la puerta detrás de la que tocaban hubiese quedado abierta. Vio un brazo asomar por el portón para retener a quien acababa de salir.

—No te vayas, no todavía.

Apenas un susurro. Había oído las palabras porque reinaba un silencio casi completo.

La figura que acababa de salir se volvió y su rostro quedó iluminado por el reflejo que se filtraba por el portón. Ricciardi tuvo la certeza de que no se equivocaba al pensar que ya había visto a esa persona. Jamás había visto a quien asomó por él y que, tras aferrar entre sus manos el rostro iluminado, le dio un largo beso en la boca, correspondido con ternura.

No fue la escena lo que impresionó a Ricciardi, ni el hecho de reconocer a la persona objeto de tanta pasión correspondida. Tampoco la hora, ni la música ni las

carcajadas que provenían del interior y hablaban de una fiesta que duraría hasta la madrugada.

Lo que lo dejó boquiabierto en la esquina de aquella calle fue el vestido de quien había dado el beso.

El padre Pierino Fava, vicepárroco de la iglesia de San Ferdinando a Chiaia, salió del confesionario. Ésta vez disponía de una media hora antes de la misa.

Por la mañana temprano se dedicaba a las confesiones; sabía cuándo empezaba aunque no podía prever cuándo terminaría. A veces esperaba en la oscuridad y en silencio unos diez minutos, rogando porque alguien abriera la celosía del confesionario y recitara la fórmula: absuélvame, padre, porque he pecado. Otras veces, cuando llegaba a las seis, se encontraba ya con algunos fieles esperando, sentados en los bancos cerca del confesionario de madera oscura cubierto de una pesada cortina. Esperaban para limpiarse la conciencia.

Pasándose las manos por la túnica abrochada del cuello a los pies para quitarle las arrugas, el padre Pierino se acordó de los inicios de su sacerdocio en Santa Maria Capua Vetere, su pueblo natal de Caserta. De carácter abierto, enamorado de Dios y del universo, se había tomado su tarea en serio y alegremente, como hacía con todo en su vida. Era el preferido del barrio de la parroquia; pequeño, cetrino y astuto, lo habían apodado *'o munaciello*, con referencia al antipático espíritu de la leyenda. En realidad siempre estaba al lado de los necesitados, que no eran pocos; en San Ferdinando las calles nobles y elitistas lindaban con auténticos barrios bajos donde las fuerzas del orden ni siquiera podían entrar.

El contacto continuado de estas realidades sociales tan opuestas llevaba a situaciones difíciles, abusos y violencias. Reinaba un ambiente de descontento, como si una rebelión pudiera estallar de un momento a otro. Con el problema de la comida y de las terribles enfermedades que infestaban las callejuelas, los pobres y los inadaptados aceptaban cada vez menos quedarse en su sitio, observando de cerca la opulencia y los despilfarras de los ricos. Se multiplicaban los robos, los atracos, los tirones.

En la medida de sus posibilidades, el padre Pierino desalentaba la violencia, que además de ser inmoral privaba a las familias de los padres, que acababan detenidos o muertos; en esos casos se ocupaba de consolar sobre todo a los niños, llevándoles comida y ropa. Utilizaba para las compras parte de las donaciones a la parroquia, aprovechando que el viejo párroco no prestaba mucha atención a estas cosas, y lo que conseguía personalmente dando clases de repaso a los hijos de los nobles y los comerciantes de la via Toledo, o bien oficiando misas a domicilio, donde había enfermos obligados a guardar cama.

La única pasión digamos profana que se permitía el padre Pierino era la música lírica. Con la ayuda de uno de sus feligreses, que trabajaba de guarda del San Carlo y vigilaba una de las entradas traseras del teatro, a veces conseguía colarse en los ensayos e incluso en alguna función. Eran momentos deliciosos, en los que se sentía

más cerca de Dios y de las obras maestras de su creación. Había conocido al comisario Ricciardi cuando este investigó el asesinato ya famoso de Vezzi, el más grande tenor del mundo, ocurrido por desgracia en su presencia.

Aquéllos trágicos hechos le volvieron a la cabeza esa mañana, cuando al fondo de la iglesia oscura le pareció ver la silueta del comisario. Creyó que la mente le jugaba una mala pasada, pues desde entonces no habían tenido ocasión de volver a verse. Con una punzada de dolor había comprendido que Ricciardi no era religioso; y eso le parecía raro, porque pensaba que, por el contrario, era un hombre dotado de una profunda espiritualidad. Era como si el policía viviese tras una barrera de dolor, del que era testigo constante, y eso le impidiera relacionarse con el prójimo más allá de lo estrictamente necesario.

La sombra se separó del fondo de la nave y fue a su encuentro. Se oía en el aire el murmullo continuo de las viejas que rezaban sus oraciones en el altar mayor. Cuando se acercó lo suficiente, el padre Pierino comprobó que se trataba precisamente del hombre del que acababa de acordarse.

—¡Comisario Ricciardi, qué sorpresa! Me alegra verlo. Si supiera la de veces que he pensado en usted en los últimos meses.

Sonreía, irguiéndose de puntillas y estrechando las manos del comisario entre las suyas. Parecía un niño al que acabaran de hacerle un regalo.

—Yo también me alegro de verlo, padre, créame —contestó él.

Y así era. El cura le había sido muy útil en la investigación del caso Vezzi, y desde entonces había entablado con él una relación de confianza, aunque no de amistad; se encontraban muy alejados, por sus valores y experiencias, para tener mucho en común.

—Discúlpeme si no he venido a verlo hasta hoy —le dijo cuando llegaron a la sacristía—, la rutina es enemiga de los buenos propósitos, como bien sabrá usted. ¿Qué tal está? ¿Sigue viva su pasión por el teatro?

El padre Pierino no había dejado de sonreír.

—Soy un hombre de pasiones fieles. Ahora que lo menciona, ¿me equivoco o alguien me había prometido que iríamos juntos a la ópera? Dentro de poco comenzará la nueva temporada.

—Tiene razón, padre —admitió Ricciardi—. No faltaré a mi promesa, ya lo verá, un compromiso es un compromiso. ¿Podría dedicarme unos momentos? Necesito una información.

El pequeño sacerdote sacó un enorme reloj de la túnica y escrutó el cuadrante.

—Sí, comisario. Disponemos de una media hora antes de que tenga que prepararme para la misa. Es usted muy madrugador, bonita virtud. Usted dirá.

Ricciardi, que no había pegado ojo, estaba del color de la cera y lucía enormes ojeras. El padre Pierino lo había notado, pero algo en la expresión del comisario le

sugirió que no indagara más.

—¿Interrumpo algo? No quisiera causarle excesivas molestias.

El cura sonrió con una pizca de tristeza.

—Comisario, para un sacerdote no hay nada peor que las confesiones. Se trata de un trabajo de limpieza, hay que cargar sobre los hombros con el peso ajeno y llevárselo lejos.

Ricciardi pensó que no se diferenciaba mucho de lo que le ocurría a él cuando se encontraba delante de un muerto. La única diferencia radicaba en que él no podía limpiar nada. El padre Pierino siguió diciendo:

—Al principio no me desagradaba; fíjese usted que cuando lo vi aparecer pensaba justamente en eso. Entonces tenía la impresión de ser más partícipe, de poder ayudar a mi gente dándole un poco de consuelo. Pero no es así. El pecado no ofrece consuelo. Es una herida que deja una cicatriz y una debilidad: volverá a cometerse una y otra vez.

—¿De qué sirve entonces limpiar, padre?

El padre Pierino sacudió la cabeza.

—Tal vez de nada. O de mucho. Es importante que vengan por su propio pie, a traerle a Dios sus imperfecciones. Y nunca es como uno se lo espera, ¿sabe usted, comisario? Hay viejecitas de aspecto inocuo que hacen cosas terribles, y hay camorristas famosos que confiesan pecadillos de niños. Las cicatrices ocultas son así. Cada cual tiene las suyas.

Como le había ocurrido a menudo en sus charlas con el cura, Ricciardi estaba en cierto modo fascinado. La fe de aquel hombre era práctica, social, activa. No como las palabras vacías de los jesuitas con los que había estudiado cuando era niño, con su doctrina ajena a este mundo. El tiempo apremiaba y esa larga noche había dejado su marca.

—Padre, no quiero entretenerlo demasiado. Me han comentado que usted dice misa en casa de los duques de Camparino.

La cara expresiva y morena del padre Pierino se contrajo en una expresión de dolor.

—Sí, pobre duquesa. Es algo terrible. Entonces usted se ocupa del caso. Creía que no.

Ricciardi se mostró sorprendido.

—¿Y por qué?

El vicepárroco se encogió de hombros y tendió los brazos.

—Es una familia influyente. Y no goza usted de fama de diplomático, ya lo sabe.

—No creía ser tan famoso —dijo Ricciardi, sacudiendo la cabeza—. Ayer un periodista, hoy usted. No, no soy diplomático, padre. Me interesa descubrir la verdad. Como bien sabrá usted por su obra, la verdad no es diplomática.

—Los ambientes que yo frecuento, comisario, son los que necesitan consuelo. Y a menudo son ambientes en los que se conoce a la policía y se la teme. No se habla mal de usted. Se dice que es callado, un tanto misterioso. Le diré también que hay algún supersticioso que llega incluso a decir que trae usted mala suerte, que es amigo del diablo. Pero la gente pobre también dice que con usted los inocentes nunca acaban pagando los platos rotos. Dígame qué quiere saber.

—Lo que pueda contarme, padre. Sobre las relaciones entre los tres duques, por ejemplo. Los criados. O los amigos de la duquesa.

El padre Pierino puso cara de tristeza.

—¿Por qué me insulta, comisario? ¿Acaso cree que mi función es la de recoger cotilleos? Yo voy a llevarle consuelo a un hombre muy enfermo, que no tiene fuerzas ni para ponerse de rodillas. Como comprenderá, no voy para fijarme en quién reciben en la casa, ni de qué se habla.

—No, no, padre —protestó Ricciardi con vehemencia—, ni se le ocurra pensarlo. Sé qué tipo de persona es usted. Pero en esa casa ocurrió algo terrible que puede repetirse. El asesino, por utilizar sus mismas palabras, es una cicatriz que a menudo vuelve a abrirse, y yo debo impedirlo. No le pido que me cuente cotilleos, a mí tampoco me interesan. Solo sus impresiones.

El cura sonrió, más tranquilo.

—No tengo mucho que contarle, llego, digo misa y me marcho. El ama de llaves, la señora Concetta, es tan silenciosa y discreta que a veces me asusta con esa forma que tiene de aparecer de repente. Sciarra, el vigilante, lo habrá visto usted, es un hombrecillo cómico que se pasa el tiempo regando las hortensias y persiguiendo a sus hijos, nunca había visto niños más comilones que éstos. A la mujer no se la ve ni se la oye. Yo diría que la cicatriz que usted busca no está en el alma de los criados del palacio.

—¿Y el duque?

—El duque cometió un error. Se quedó solo, tenía un hijo difícil, con el que siempre tuvo poco que ver. Creyó que podía recuperar la juventud al lado de una mujer joven y después cayó enfermo. Poco a poco perdió interés por las cosas del mundo, por las formas, las convenciones. Es un hombre bueno, ¿sabe usted, comisario? No teme a la muerte, para él no supone más que el fin del dolor y la posibilidad de reunirse con su primera esposa, a la que adoraba.

El comisario recordó las palabras de desprecio del viejo al referirse a su segunda esposa.

—Pero estaba resentido con la duquesa. Lo noté cuando lo interrogamos.

—Es humano, creo yo. El duque está confinado en un lecho, muriéndose. La duquesa era... ¿cómo le diría yo? Una mujer libre. Se dejaba llevar por la vida como una hoja arrastrada por un torrente. No era pérfida, simplemente vital, como algunos

niños cuando persiguen una pelota de trapo. No la veía a menudo, me parece que no era muy religiosa. Tal vez su marido no le perdonaba que hubiese perdido el interés por la casa y la familia. No sabría decírselo, nunca me habló de ello.

Ricciardi reflexionó.

—¿Y el hijo? ¿Qué relaciones tenía con su madrastra? Sobre el particular se mostraron todos evasivos salvo él mismo, que reconoció abiertamente que la odiaba.

El padre Pierino se encogió de hombros.

—Ettore no es una persona corriente. Es un hombre de gran cultura, muy religioso. Pero es un joven de principios muy rígidos. Jamás ha perdonado a su padre ese segundo matrimonio, ha roto relaciones con él, creo que llevan años sin hablarse. La duquesa era completamente distinta a su difunta madre, cuyo recuerdo, muy importante para él, siempre tiene presente. Creo que su comportamiento es normal. No lo veo capaz de cometer actos violentos, le repito que es muy religioso.

—¿Y qué vida lleva, padre? ¿A quién trata? ¿Cómo es posible que no se haya casado?

El padre Pierino sonrió otra vez tras una ligera vacilación.

—Cada cual tiene su carácter y sus amistades, ¿no, comisario? Usted y yo tampoco nos hemos casado, ¿verdad? Seguimos nuestros caminos y en esos caminos nuestros no había mujer ni hijos. A lo mejor en el de Ettore tampoco. Pero no por ello dejamos de ser criaturas de Dios. No por eso dejamos de tener nuestra función.

Ricciardi se quedó mirando largo rato la expresión seráfica del vicepárroco, mientras seguía el hilo de sus propios pensamientos. Al final dijo:

—Muy bien, padre. Le agradezco la ayuda. El funeral será más tarde, ¿lo oficia usted?

—Sí, comisario. Diría que soy lo más parecido al padre espiritual de la familia.

—Entonces nos veremos en el palacio. Creo que el sargento Maione y yo asistiremos.

El plan no había salido según sus expectativas más optimistas, pero no estaba mal del todo. Mientras terminaba de maquillarse delante del espejo, en su habitación del hotel du Vésuve inundado de sol y de olor a mar, al día siguiente de su encuentro con Ricciardi en el Gambrinus, Livia volvía a pensar en él.

Lo encontró tal como lo había recordado mil veces en los últimos meses. Tenebroso, lleno de misterio. Ésos ojos que se te clavaban sin intención, verdes como el mar en invierno, fríos y transparentes como el vidrio; ni un solo esfuerzo por resultar simpático o atractivo. Y sin embargo, era atractivo, y mucho; Livia lo encontraba maravillosamente distinto de todos los hombres que había conocido y que la habían cortejado. Sabía ser huraño, claro que sí, y parecía inaccesible; pese a todo, la sensibilidad de ella le permitía ver que la apariencia de aquellos modales un tanto bruscos ocultaba una amabilidad y una dulzura que harían feliz a la mujer capaz de hacerlas aflorar.

Pasándose el pincel del carmín por los labios, Livia pensó en las manos de Ricciardi, manos finas, nerviosas, que él solía esconder en los bolsillos. E imaginó cómo serían recorriendo su cuerpo, al principio vacilantes, luego más seguras.

Inclinó apenas la cabeza hacia un lado y ensayó la más seductora de sus sonrisas; el espejo le devolvió la cara de una mujer en la plenitud de su belleza, con grandes ojos negros, brillantes y cautivadores, labios abiertos que dejaban ver unos dientes blanquísimos, coqueto hoyuelo en la barbilla. Decidió que esa misma tarde iría a la jefatura a buscar a Ricciardi cuando terminara su turno. No atendería a razones, lo obligaría a que la sacara a pasear y no admitiría derecho a réplica.

Al fin y al cabo, ella era Livia Lucani; ningún hombre, por misterioso y reservado que fuera, podía resistírsele.

Maione se asomó al despacho de Ricciardi.

—Buenos días, comisario. Parece mentira, hoy hace más calor que ayer. ¿Le traigo un poco de sucedáneo de café recién hecho?

Ricciardi negó con la cabeza.

—Por el amor de Dios, el día ya se presenta mal, no lo empeoremos. Más bien pasa y siéntate, así hacemos un repaso y vemos en qué punto estamos.

Maione se dejó caer en una de las sillas delante del escritorio. El despacho estaba en penumbra; para defenderse del sol de la mañana Ricciardi había dejado los postigos entornados. De la calle subían los ruidos de la ciudad que iba despertando. El sonido de la sirena de un buque que zarpaba surcó el aire.

—Dichosos ellos que se van, ¿no, comisario? A veces a mí también me entran ganas de irme. Tierras nuevas, caras nuevas. A saber si es mejor o peor.

—¿Qué esperas encontrar? No vayas a creer que habrá mucha diferencia, la gente es igual en todas partes. Las mismas pasiones, los mismos delitos. Hoy asistiremos al funeral de la duquesa.

Maione se mostró sorprendido.

—¿Cómo es eso, comisario? Nosotros nunca vamos a los funerales, la curiosidad, la desconfianza. Somos policías.

Ricciardi apoyó los codos en el escritorio y entrelazó las manos delante de la boca.

—Ya lo sé; normalmente lo evitamos para no poner en dificultades a la familia. En este caso no creo que a la familia le importe demasiado. Me interesa comprobar quién asiste y quién no, y qué cara ponen los que asisten.

Maione trató de deducir hacia dónde apuntaban las sospechas del comisario.

—¿En quién piensa usted? Con lo que hoy sabemos, a mí me parece que los sospechosos son Capece y el señorito Ettore Musso. Mal, muy mal, porque son precisamente los dos a los que, según el imbécil de Garzo, debemos dejar en paz.

—En efecto —asintió Ricciardi—. Ettore no esconde el odio que sentía por la duquesa, y todas las personas que se han prestado a hablar con nosotros, lo han confirmado. Hasta el padre Pierino, al que he visto esta mañana temprano, ha reconocido que las relaciones no eran buenas, y para que él dijera que algo no funcionaba, debía de ser muy evidente.

—La verdad, comisario, yo no excluiría al duque, tal vez con la ayuda del ama de llaves. A mí me parece que esa mujer tiene fuerza suficiente, y que hace todo lo que el duque le dice. Al fin y al cabo no es que el duque quisiera locamente a su esposa.

—No te falta razón —contestó Ricciardi, absorto—. Nos queda también Capece; a menos que consigas averiguar algo, el hombre no tiene coartada, lo mismo que el señorito. Vamos a repartirnos el trabajo, así ganamos tiempo: yo me encargo de Ettore, tú de Capece. Además de darte una vuelta por las tabernas, investiga sobre su familia, qué vida lleva, dónde vive, y demás. No disponemos de mucho tiempo, y debemos ser discretos, si no Garzo interviene y nos pone palos en las ruedas.

Maione sonrió.

—Usted me perdonará que se lo diga, comisario, pero a mí no tiene que pedirme que sea discreto. A veces, cuando interroga, hace usted unas preguntas que son como bofetadas. Y con un tono que... Prométame que si decide hablar con el periodista, el duque y el señorito me esperará, así vamos juntos y puedo servirle de testigo.

—¿Y quién iba a creerte a ti que eres más falso que una moneda de tres liras? Anda, vámonos. No hagamos esperar a la duquesa.

¿Sabes, mamá? Yo me acuerdo. Me acuerdo de cuando estábamos juntos y reíamos y hablábamos. Cuando podía incluso elegir con quién hablar. Cuando mi padre se

sentaba junto a mí y me ayudaba con los deberes. Me acuerdo de cómo me guiaba la mano en la que yo empuñaba la pluma, la mojaba en la tinta, me ayudaba a escribir; me acuerdo incluso de las páginas pautadas, del olor del papel.

Me acuerdo, mamá. Me acuerdo de que caminaba aferrado de vuestras manos, tú a un costado y él al otro, por la Villa Nazionale; sonreíais y saludabais a las personas con las que nos cruzábamos, a veces él se quitaba el sombrero. Tú eras preciosa, mamá. No sé si tú también te acuerdas de lo guapa que eras cuando sonreías.

Después dejasteis de estar tú a un costado y él al otro. Quizá tuve un momento de distracción porque no me di cuenta, pero de golpe ya no estabais. ¿Cuándo deja uno de ser niño, mamá? ¿Cuándo es grande y fuerte y puede decidir por sí solo? ¿O cuando sabe ayudar o trabaja o tiene hijos propios?

¿Sabes, mamá? Yo creo que uno es adulto cuando ve. Y si ve, entonces debe intervenir y poner remedio.

O intentarlo.

Cuando Ricciardi y Maione doblaron la esquina de la piazza Santa Maria La Nova se encontraron frente a la acostumbrada parafernalia de un funeral de alto copete. El coche fúnebre ya estaba allí; era todo un espectáculo. Ocho caballos enjaezados de dos en dos, negros, altos y formidables, echaban espuma por la boca a causa del peso y el calor tremendo: cada uno llevaba en la cabeza un gran penacho, negro como los arreos. Adiestrados expresamente, los hermosos corceles no hacían ruido alguno; no piafaban, no relinchaban, no bufaban. Detrás de ellos, el coche fúnebre lucía incrustaciones barrocas muy complejas hechas en madera y estuco, y cristales relucientes. Un último viaje a lo grande, bajo los ojos admirados de todo el mundo. Excepto los del pasajero.

La plaza estaba sumida en un silencio extraño. Una multitud heterogénea se apiñaba cerca de los edificios y de la iglesia; el espacio alrededor del coche estaba vacío, como si la gente no quisiera contaminarse con la muerte en su imagen más popular. El cochero, de frac negro con largos faldones y sombrero de copa del mismo tono, esperaba de pie con la fusta en la mano, cerca de la rueda posterior, más alta que él. Más adelante, buscando en vano una zona de sombra, los ocho músicos, que encabezarían el cortejo tocando marchas fúnebres, esperaban fumando y quejándose del calor; el sol arrancaba destellos de oro de los instrumentos apoyados en el suelo.

La llegada de los dos policías arrancó un murmullo inmediato, como si en un bosque el viento se hubiese puesto a soplar. Detrás iban los amigos, las autoridades y cuantos querían acompañar con su presencia a la familia; había centenares de curiosos: el homicidio había causado una impresión enorme, pese a que la prensa, en cumplimiento de las directrices, le hubiese dedicado poco espacio, con mal veladas referencias a la posibilidad de un simple robo con un final trágico. La vida de la

duquesa, exhibida por ella misma sin pudor, no permitía discreción ni siquiera en la muerte.

Se esperaba que saliera el ataúd del palacio. A petición del duque, el padre Pierino oficiaría la ceremonia religiosa en la capilla familiar, donde al alba habían transportado el cadáver desde el depósito. Por tanto, todos tendrían ocasión de rendirle tributo en el breve paso del portón al carruaje y en el trayecto recorrido por el cortejo fúnebre hasta el cementerio de Poggioreale.

En la iglesia grande de la plaza las campanas reclamaron la atención con su vibrante toque de difuntos.

Ricciardi miró a su alrededor. En primera fila, entre las autoridades ciudadanas, reconoció al gobernador civil y al jefe de policía, ambos acompañados de sus esposas. Un paso por detrás de ellos, aunque estratégicamente a la vista, se encontraba Garzo. Las miradas de los dos hombres se cruzaron un instante, que a Ricciardi le bastó para captar un mudo reproche por su inoportuna presencia. El comisario sostuvo la mirada sin dar muestra alguna de querer saludar.

Cerca del coche fúnebre, apoyadas en la pared del palacio e incluso junto a la verja de la iglesia de enfrente, se veían muchas coronas de flores; los crespones negros que las adornaban lucían los nombres de las familias que rendían homenaje.

Maione, que como siempre parecía dormido, observaba atentamente las distintas actitudes de los grupos que componían la multitud. Quienes derramaban sinceras lágrimas de dolor, todos jóvenes y bien ataviados, debían de ser los compañeros de correrías de la duquesa, los animadores de la vida nocturna de la alta sociedad. No eran muchos. Quienes se mostraban compungidos y un tanto a disgusto, iban de luto y con caras inexpresivas, eran los que asistían por deferencia al viejo duque y a su familia, todos pertenecientes a las autoridades y a la mejor nobleza ciudadana. Detrás de todo iba la indefectible multitud de curiosos, atraídos por la fama de libertina de la fallecida y por su horrible final.

El sargento buscó a Capece pero no logró verlo, ni en las primeras filas, lo cual era comprensible, ni entre la multitud. Quizá no se había visto con ánimos, lo comprendía.

Por la mitad abierta del portón salió el padre Pierino, vestido con los paramentos fúnebres, flanqueado por dos monaguillos. Detrás de él iba el ataúd, de madera oscura decorada, llevado a hombros por cuatro sepultureros. El cura bendijo el féretro que, con visible esfuerzo, fue depositado en el coche. El sol allá en lo alto era insoportable.

Atravesó el umbral del portón la silla de ruedas en la que iba el duque, que parecía otro cadáver. La insólita palidez, la horrible delgadez del cuello, al que la camisa le sobraba por todas partes, y de los miembros, la expresión ausente anunciaban la muerte mucho más que el coche fúnebre, los caballos y el ataúd. El

traje, negro como la corbata y los zapatos, utilizado por última vez cuando el hombre todavía estaba sano, daba una idea de cuál debía de ser su constitución y hasta qué punto se había consumido.

Empujaba la silla de ruedas Concetta, imponente y callada como siempre, el rostro impasible. La seguía de cerca el matrimonio Sciarra; ella lloraba tapándose la boca con el pañuelo, él iba serio, los ojos tristes sobre la nariz prominente, el sombrero y la chaqueta demasiado grandes lo convertían en una figura patética en un contexto trágico. Se formó enseguida una fila de personajes influyentes que estrecharon la mano del duque y le expresaron brevemente sus condolencias. Ricciardi y Maione tuvieron la impresión de que todos, a causa del calor pero también debido al ambiente del lugar, no veían la hora de alejarse.

Al cabo de unos minutos ocurrió algo que sería durante meses la comidilla de la ciudad: en el umbral apareció Ettore, vestido de blanco, con su bastón de paseo y corbata roja. El sombrero de paja, también blanco, proyectaba su sombra sobre una cara perfectamente rasurada y una sonrisa amplia bajo el fino bigote. No lucía ni una señal de luto, ni brazaletes, ni un broche negro en el ojal, donde se veía una espléndida gardenia. Tras dirigir un saludo cordial al gobernador civil, que en ese momento presentaba sus condolencias al duque, se alejó silbando.

Si alguien hubiese dejado caer una bomba en medio de la plaza, el efecto no habría podido ser más estrepitoso. Se elevó un murmullo poderoso que hizo estremecer al padre Pierino, abstraído en sus oraciones junto al ataúd; el cura se volvió desorientado, y cuando vio a Ettore alejarse, en su cara vivaz se reflejó una intensa tristeza. En las últimas filas de la multitud se oyó una breve carcajada, seguida de una brusca llamada al orden y de una petición de respeto.

Ricciardi, que se encontraba apostado cerca del portón, notó que Concetta y Mariuccia intercambiaban una rápida mirada, como si ambas mujeres hubiesen visto confirmado algo que se habían dicho.

Se preparó el cortejo que acompañaría a la duquesa en su último paseo. Con firmeza, Concetta puso fin a los saludos al duque y lo entró en el palacio. La expresión del hombre no había cambiado en todo el tiempo; Ricciardi pensó que debía de estar extenuado. Detrás del coche fúnebre, junto al padre Pierino y a los dos monaguillos, se colocó el matrimonio Sciarra y una anciana pareja de primos lejanos de la duquesa; a continuación se dispusieron las autoridades y la multitud. Cuando se cerró la puerta del coche fúnebre, el cochero subió al pescante e hizo restallar la fusta. La orquesta atacó la marcha fúnebre de Chopin y los caballos avanzaron al paso siguiendo el ritmo marcado por la música.

Ricciardi y Maione se separaron y se confundieron entre el gentío, a pocos metros de las primeras filas. Comenzaron a captar los comentarios a media voz, referidos en su mayoría a la familia Camparino, al espectáculo que acababa de ofrecer Ettore, al

pobre duque y a lo poco que le quedaba de vida. No faltaron los juicios morales sobre la duquesa, siempre perdedora en las comparaciones con la primera esposa del duque.

Ricciardi notó que muchos se preguntaban dónde estaba y qué hacía Mario Capece. Y si iba a tener la desfachatez de presentarse y cuándo lo haría.

Te acompaño, amor mío. Haré contigo todo el trayecto, paso a paso. Me quedaré a tu lado todo el tiempo que pueda, los instantes que me concedan.

Me quedaré contigo porque para mí no estás muerta, nunca morirás. Porque mis manos, mi cuerpo no pueden vivir un minuto más si tú no estás. Te llevo en el alma, porque te la he regalado y es tu casa. Nadie puede apartarte de mi lado, ni estos caballos, ni esta horrible música, ni el dolor fingido en las caras de quienes se creen con derecho a acompañarte más de cerca.

¿Qué sabrán esos de tu sonrisa, de tus palabras, de tu aliento en nuestra intimidad? ¿Qué sabrán esos de mi dolor y del peso que me oprime el pecho?

Por eso estoy aquí, entre la multitud, escondido para que nadie me reconozca; para que nadie se sienta obligado a acercarse a mí y decirme que este no es mi lugar.

¡Y tanto que es mi lugar! Lo más cerca posible de ti.

Y si alguien quisiera echarme, lo mataría con mis propias manos.

El funeral debía recorrer la primera mitad del corso Umberto para disolverse en la piazza Nicola Amore, según la toponimia napolitana, el Rettifilo hasta los Quattro Palazzi; el trayecto no era breve, especialmente bajo aquel sol de justicia. Tras cada paso marcial de los ocho caballos la multitud fue disminuyendo cuando la gente fue notando que, al faltar los protagonistas principales, la ceremonia no reservaría ulteriores sobresaltos.

Al paso del cortejo las tiendas que seguían abiertas cerraban sus puertas, las mujeres se persignaban y los hombres se llevaban la mano al sombrero para quitárselo en señal de respeto. Es posible, pensó Ricciardi, que la duquesa inspirara una pena más sincera entre los desconocidos que escoltaban su féretro que entre los que participaban por pura formalidad. Entre las muchas personas apostadas en las aceras que saludaban el cortejo se encontraba un antiguo conocido del comisario, el muerto a golpes que, soltando sangre por la boca, con los dientes rotos, dijo:

«Bufones payasos, no sois más que cuatro bufones payasos. Cuatro contra uno, vergüenza debería daros, bufones payasos».

Sin volverse a mirarlo, Ricciardi apreció la macabra ironía de la frase aplicada al funeral. Es cierto, demasiados para uno solo. Y no menos cierto que se trata de bufones y payasos, pensó contemplando unos cuantos metros más adelante la calvicie incipiente en la nuca del subjefe de policía Garzo.

Al llegar a la plaza, cuando el padre Pierino dio la bendición definitiva, apenas quedaban cincuenta personas.

Fue entonces, antes de que desapareciera en dirección al puerto, cuando Maione reconoció la silueta de Capece, con la cara oculta tras unas gafas oscuras y el ala del

sombrero. Se dio cuenta más por la postura que por los rasgos, por los hombros encorvados y las piernas levemente rígidas a causa del terrible sufrimiento moral de esos días. Le hizo señas a Ricciardi, este asintió con una inclinación de la cabeza, y el sargento fue tras Capece: quería saber adónde iba.

Lo sigues, procurando que no te vea. Para ti no es ningún problema, sabes cómo pasar inadvertida; hace mucho tiempo que te has anulado con tus propios pensamientos. Su falta de atención te ha hecho este último regalo: te ha vuelto invisible.

Has elegido con cuidado un vestido anónimo, oscuro, un sombrero pasado de moda, tus viejos zapatos deformados. Te has confundido en medio de la multitud. Lo has reconocido de inmediato, incluso antes de verlo, lo sientes con la piel, cuando se trata de él no te hacen falta ni los ojos ni los oídos.

Lo has observado mucho rato, de lejos. Has identificado el dolor en pequeños gestos sin importancia. Nadie podía entender y nadie ha entendido: solo tú. Has sonreído al pensar que, en el fondo, en esa plaza llena de gente sois tres: él, tú y ella. Estáis acostumbrados desde hace años. Lo has seguido a lo largo del recorrido, bajo el sol implacable, sin desmayos, sin vacilaciones. Un paso ella, un paso él. Un paso tú. Y naturalmente nadie te ha visto. Nadie te ha reconocido. Solos los tres.

Para él será la última vez. Vuelves a sonreír, bajo el sombrero, mientras el calor hace temblar las paredes de los edificios lejanos.

En el fondo, se lo debías.

Ricciardi se acercó al padre Pierino.

—Padre, quería saludarlo. Imagino que esta ocasión ha sido distinta de todas las demás.

El pequeño sacerdote sudaba copiosamente bajo la túnica y los paramentos. Tenía una expresión muy triste, algo inusual en él.

—Un funeral siempre es doloroso, ¿sabe usted, comisario? Es lógico. Es la fiesta misma del dolor, del abandono, de la falta. Mi deber es dar consuelo, tratar de que, en un momento tan negro, la gente entienda que la separación es pasajera. No hay desaparición, no hay ausencia. Volveremos a vernos en un mundo mejor. Tal vez usted no crea, comisario, pero es posible volver a ver a quien muere.

Ricciardi hizo una mueca.

—¿Quién le dice que no creo, padre? Sé mejor que nadie que los muertos no desaparecen, sino que dejan un rastro visible de dolor. Y para poner remedio a ese dolor estamos nosotros. Y la justicia.

—La justicia que borra el dolor es otra, comisario —aclaró el padre Pierino

sacudiendo la cabeza—. No es de este mundo. Debo reconocer que en esta ocasión me he sentido casi inútil. He acompañado a una de mis hermanas en el camino que conduce a una morada más hermosa. Pero en el ambiente no he notado ni amor ni dolor en la medida suficiente. Y no he visto a nadie a quien reconfortar, salvo la buena de Mariuccia Sciarra, que exhibe el sufrimiento de las almas simples, que así como viene se va.

Ése era precisamente el aspecto que Ricciardi hubiera deseado profundizar.

—La verdad, padre, a mí me parece raro. La duquesa no era muy querida; pero por lo que he oído tampoco era una persona malvada que hubiese hecho tanto daño como para no tener a alguien a su lado. Ni siquiera en medio de toda esa gente.

El cura seguía con la expresión triste.

—A veces hacemos daño sin darnos cuenta. Es una de las grandes astucias del diablo, comisario; me sorprende que usted, que tiene que vérselas con él a diario, no lo sepa. El diablo mezcla el mal en medio del bien, el dolor en medio del amor. Y lo oculta, hace que todo se parezca. De este modo, amando sin tener en cuenta nada más, se provoca el dolor de alguna persona; riendo hacemos llorar. Piénselo, comisario. Tal vez la solución a sus dudas esté precisamente en eso.

Dicho lo cual, el padre Pierino se subió a la parte posterior del coche fúnebre y partió en dirección a Poggioreale. Ésta última parte del viaje le correspondía solo a él.

Te seguí. Esperé a que salieras, creyéndome entre amigos. Pero me oculté detrás de un portón y esperé.

He aprendido a reconocer el tono de lo que dices incluso cuando callas, ¿sabes, mamá? Por la expresión de los ojos, el movimiento de una mano. Las habitaciones a las que vas y a las que no vas. Con el tiempo se aprende. Además, tú y yo pensamos en las mismas cosas, aunque no hablemos, y cuando se piensa en las mismas cosas, se piensa del mismo modo.

Ésta mañana me di cuenta de que tenías intención de salir y adiviné adónde irías. Lo adiviné por el chirrido de la puerta del armario, ese que nunca abres, ese donde guardas los trajes viejos. Te oí encaramarte a una silla para sacar algo de la sombrerera. Te oí incluso canturrear cuando nos creías dormidos. No me equivoqué.

Paso a paso, en la otra acera, me oculté detrás de la gente, aunque habría podido adelantarme porque estaba seguro de adonde te dirigías. Al llegar me encontré con toda esa gente. A punto estuve de perderte. Pero estaba él también, lo vi antes de verte a ti. Y me quedé en el fondo, os observaba, estabais tan cerca y tan lejos. Os seguí, paso a paso, sin perderos de vista, cada cual con su dolor, cada cual con su ausencia. Yo con las mías.

Caminábamos juntos. Pero cada cual seguía un cortejo fúnebre distinto, mamá.

Cada cual lloraba a un muerto distinto.

Maione había seguido a Capece por las callejuelas, y no tardó en darse cuenta de que el hombre avanzaba sin rumbo fijo.

El periodista se detenía de vez en cuando, sacaba un pañuelo y se enjugaba la cara; sudor y lágrimas, pensó el sargento. En un momento dado lo vio entrar en un bodegón donde vendían vino. Lo esperó media hora y cuando cayó en la cuenta de que no saldría en condiciones de hacer algo peligroso contra sí mismo o los demás, se alejó.

El funeral de la duquesa había sido algo realmente triste para Maione. Tenía en mente las exequias de su hijo Luca; las recordaba entre la niebla del terrible dolor que había sentido y que seguía sintiendo. Tal vez había asistido menos gente, y, sin duda, no pudo permitirse los ocho caballos ni una banda que tocara la marcha fúnebre; pero estaba seguro del amor de la familia, de los colegas y de todo el barrio, se había sentido arropado por ese amor. Recordó el interrogatorio del duque, su voz agónica, el calor terrible, el olor a muerte que impregnaba la alcoba; y recordó también sus palabras, le habían llegado al alma. Un hombre muere cuando ya no significa nada para nadie. El alma sencilla de Maione había seguido dándole vueltas a aquella frase pronunciada por un hombre a punto de abandonar en silencio este mundo. Había pensado que si el principio era aplicable, también lo era su contrario; y entonces su Luca, cuya estruendosa carcajada oía a diario, cuyo sombrero echado de cualquier manera hacia atrás veía en todas partes, cuya expresión reconocía todos los días en el rostro de la madre y los hermanos, nunca había muerto.

Dos horas más tarde, a la salida de la sexta taberna, Maione se convenció de que por distintos motivos esa pesquisa no lo llevaría a ninguna parte. No tenía la menor posibilidad de superar la desconfianza de los taberneros hacia la policía, porque todos tenían algo que ocultar o de lo que avergonzarse; los parroquianos nocturnos eran demasiado numerosos y variados para recordar a alguno de ellos; además, una vez citados a declarar no se mostrarían muy deseosos de colaborar; los que sí habían aceptado hablar con él, sentían que tenían más cosas en común con un sospechoso que con un policía, de manera que contestaban las preguntas en consecuencia. Conclusión: sudó como un pollo, la boca se le hizo agua a la vista de todo tipo de platos y no obtuvo ningún resultado.

Maione se secó la frente con el pañuelo enorme, se aflojó el nudo de la corbata y tomó una decisión: había llegado el momento de hacerle otra visita a Nenita.

Desde la cocina, Maria Colombo observaba a su hija que, en el comedor, daba clases de repaso a tres niños; dos de ellos eran los hijos mellizos de un acaudalado mayorista de maderas; el tercero, menudo y moreno, de ojos vivarachos, era el nieto de la portera.

Enrica solía hablarle de la gran inteligencia de este último, que pese a ser dos años menor que los mellizos, era capaz de hacer los mismos ejercicios en la mitad de tiempo. Mientras que de los hijos del mayorista Enrica recibía una considerable y puntual retribución, de la familia de la portera no obtenía más que sonrisas y mucha gratitud.

Cuando Maria se lo hacía notar, recibía por toda respuesta que no solo de pan vive el hombre. Era precisamente eso lo que la enfurecía del carácter de Enrica: su absoluta falta de sentido práctico. Respecto de la cuestión de su matrimonio, del que tanto habían hablado, la divergencia sustancial era ésta: el sentido práctico. ¿Cómo era posible, se preguntaba Maria, que ella fuese la única en la casa que se daba cuenta de que el tiempo volaba, la juventud daba paso a la vejez y que, muy pronto, la frescura dejaría de estar de parte de Enrica? ¿O acaso creía que podría esperar eternamente a que llegase un príncipe de los Austrias montado en su blanco corcel para hacer de ella una reina?

Para colmo, su hija no poseía una belleza capaz de cautivar a un hombre a la primera mirada; ella, como madre, era la primera que tenía el valor de reconocerlo. Al final, había tomado las riendas de la situación, obligando a su marido a invitar a los Fiore.

Durante todo un día había esperado sin moverse la inevitable reacción de Enrica; sabía que bajo su naturaleza tierna y pacífica no se escondía un alma sumisa, y que no habría sido fácil conseguir que aceptara una imposición. Pero era por su bien, de manera que sabría rebatir todos sus argumentos, aunque con ello perdiera el afecto de la muchacha durante unas semanas; después entraría en razón y le estaría agradecida.

Para eso sirven las madres.

Por segunda vez en tres días Maione llamó a la puerta de Nenita.

—Sargento, ¿qué me dice, puedo empezar a considerarlo un pretendiente? La próxima vez traiga algo, no sé, una flor, unos pastelitos. Yo lo llevo a hablar con mi madre y lo hacemos oficial.

Maione seguía resollando tras la subida y estaba empapado de sudor.

—Suerte la tuya que estoy con la lengua fuera, que si no, ya sabes dónde te mandaba. Conmigo no te hagas el loco, ¿entendido? ¡O el día menos pensado vengo a verte por última vez, te meto en la cárcel y tiro la llave!

Nenita se tapó coquetamente la boca con la mano y soltó una risita.

—¡Virgen santa, cómo me gustan los hombres fogosos! Está bien, sargento, no se me enoje usted, esperaré confiada, sé que tarde o temprano se decidirá. Lo importante es que no olvide que a usted se lo haré gratis.

Maione hizo ademán de soltarle una bofetada que Nenita esquivó con un movimiento agraciado. A los dos les dio la risa.

—La verdad, Nenita, es que esta historia de la duquesa es de lo más complicada. No tanto por el hecho en sí, sino porque no tenemos libertad de movimientos.

Nenita, que vestía su habitual quimono de seda, fue hacia la mesa a la que estaba sentado antes de que llegara Maione.

—Lo comprendo, sargento. Están en medio la prensa, la nobleza, las autoridades. Toda gente a la que no se puede detener y meter en la cárcel de buenas a primeras, como puede hacer conmigo, por ejemplo. Para usted todo es más fácil cuando asesinan a un pobre, ¿no?

Maione sacó a relucir su vozarrón y le contestó:

—Claro que no es mejor. ¿Cómo se te ocurre? ¿O es que te consta que con los pobres el sargento Raffaele Maione presta menos atención? ¡Te advierto que por estos comentarios no te meto entre rejas, te muelo directamente a patadas!

Nenita soltó una sonora carcajada. Cuando reía ya no podía mostrarse tan afectado ni imitar tan bien a una mujer, y el sonido de su risa era más bien equino.

—¡Cómo se cabrea por nada, sargento! Ya lo sé, ya lo sé, usted y su comisario, ese tan guapo y gafe, tratan igual a los pobres que a los ricos. Por eso los respetamos. Además, ¿a usted le parece que si yo pensara realmente eso, le ayudaría?

Cuando Nenita se sentó, Maione se dio cuenta de que tenía delante un enorme plato de boquerones fritos.

—Pero ¿qué es esto, un complot? ¡Aquí se come a cualquier hora del día y de la noche! ¿Es que os habéis puesto todos de acuerdo para atiborraros en cuanto yo aparezco? ¿Desde cuándo se almuerza a las tres de la tarde, si puede saberse?

Nenita contestó con la boca llena:

—¿Sabe qué pasa, sargento? A mediodía no tenía hambre y me tomé un pedazo de *fresella* con tomates. Después vino Gigino, el pescadero de aquí abajo al que de vez en cuando..., bueno, usted ya me entiende, aunque hay que reconocer que el pobre tiene una mujer que es un espanto. En fin, no tiene dinero pero me da lástima, entonces él me compensa así, que si unos boquerones, que si un sargo, que si un besuguito. Los boquerones hay que tomarlos frescos, con este calor si no los preparaba hoy mismo, habría tenido que tirarlos. Sírvase, sírvase, hay dos kilos, no me los voy a zampar todos yo. Espere, que traigo otro plato y un tenedor.

Maione se dejó caer en el sofá desvencijado y agitó el dedo índice.

—No, no, déjalo. He hecho una promesa a la que no puedo faltar. Cambiando de

tema, cuéntame todo lo que sabes de Mario Capece y su familia.

Nenita abrió como platos los ojos pintados de negro, mostrándose francamente sorprendido.

—¿Entonces él es el culpable? Ya me lo había dicho mi compañera, la que trabaja en el Salone Margherita...

Maione levantó la mano.

—Un momento, un momento, yo no he dicho eso. Es más, tengo mis dudas de que haya sido él, aunque no nos ha podido ofrecer una coartada. La cuestión es que hay que comprobarlo bien para ir eliminando posibilidades. Así que déjate de sacar conclusiones y cuéntame lo que sabes. Pero antes come, que si hablas con la boca llena de boquerones, das más asco que de costumbre.

—Gracias, sargento, es usted todo un caballero. Un placer hablar con usted, una se siente apreciada por lo que es. Vayamos a Capece, el otro día ya le conté lo que sé. Antes de liarse con la duquesa, a Capece no se lo veía mucho por ahí. Trabajaba de periodista, y era de los buenos. Después, hará cosa de cinco o seis años, empezó a salir con ella y se convirtió en un personaje público. Pero yo de él solo oí hablar en relación con la duquesa. Quiero decir que se hablaba siempre de los dos juntos.

—¿Y desde cuándo mantenían esta relación?

Nenita tardó un momento en contestar, ocupado como estaba masticando boquerones fritos.

—Cinco o seis años. Una vida. Para tratarse de una relación... digamos no corriente eran una antigua pareja; ya sabe usted, comisario, que a las amantes se las cambia con más frecuencia que a las esposas. En el caso de ellos no era así, llevaban mucho tiempo juntos.

El policía quería saber más sobre la vida del hombre sin la duquesa.

—¿Y qué me dices de su mujer y sus hijos? ¿Se había marchado de casa o seguía viviendo con ellos? ¿Y su familia, sus padres?

Nenita se encogió de hombros y levantó las manos grasientas.

—No sé qué decirle, sargento, no tengo idea. Lo cierto es que pasaba más noches durmiendo en casa de la duquesa, me parece. Ésos dos entre el teatro, el cinematógrafo y los restaurantes no se recogían hasta el amanecer, y él con su trabajo, no es que le quedase mucho tiempo libre.

El calor combinado con la montaña de boquerones fritos que Nenita iba reduciendo con método contribuyeron a aumentar el desaliento de Maione.

—¿Cómo hago yo para averiguar algo más?

Se hizo un silencio, Nenita siguió masticando absorto hasta que al fin se le ocurrió una idea.

—A lo mejor puedo echarle una mano, pero no se trata de datos recientes. Una amiga mía, una buena chica, trabajó de criada en la familia Capece. Después tuvo un

golpe de suerte, conoció a un tipo del barrio Pendino que tenía una empresa de transportes, unos caballos y dos o tres carros, y llevaba mercancía de Mugnano a... De acuerdo, sargento, tenga paciencia, que yo tengo que contar las cosas a mi manera, si no, pierdo el hilo. Como le decía, de buenas a primeras, esta compañera mía, Gilda se llama, ha hecho una carrera meteórica y ahora trabaja en un burdel de la Torretta, gana un montón de dinero y ahora la llaman Juliette. No recuerdo cuánto hace que sirvió en casa de los Capece, pero seguramente ella le podrá contar algo más.

Maione sacudió la cabeza, admirado.

—La verdad, Nenita, a veces pareces una araña en el centro de su tela; si tú no sabes algo, conoces a alguien que sí. Acompáñame ahora mismo a ver a esa... señorita, cómo se llama, Gilda Juliette; y a ver si averiguamos algo más sobre Capece.

Ricciardi tenía muy presente adonde debía ir para empezar a dilucidar algo más sobre el homicidio de la duquesa Musso de Camparino. Debía ir a su casa. Y recorrer el camino insensato de la noche anterior, en busca del sueño que no había logrado encontrar.

Mientras subía fatigosamente por la via Toledo, bajo el sol inclemente, tratando de pegarse todo lo posible a la sombra de los edificios, reflexionó sobre el baile de sentimientos inspirados por la duquesa y su muerte. Una mujer que había hecho de la belleza un instrumento para subir en la escala social, para divertirse, para fascinar. Y después había quedado aplastada, atrapada por las pasiones que su propia belleza desataba, incapaz de apaciguarlas.

El amor es una cosa, la pasión, otra, pensó Ricciardi. He ahí la verdadera diferencia. Mi sentimiento por Enrica, por ejemplo. Quiero su bien, y si ese joven puede hacerla feliz, yo también debo ser feliz. Tal vez esto es el amor. Después está la pasión, ese dolor en el vientre, la dentellada en el estómago. La imagen de sus ojos llenos de lágrimas, el vacío en el corazón, el ansia de la piel. El no poder conciliar el sueño, la calle por la noche, una sensación de añoranza sin tener nada que añorar.

Es la pasión la que engendra el delito, reflexionó. A lo mejor, en todos estos años, he atribuido al amor unas culpas que no tiene. Quién sabe cómo se elimina una pasión; probablemente con otra pasión. A despecho de todos los controles, le vino a la cabeza la imagen de Livia, con su cara sonriente, el hoyuelo en el centro de la barbilla, el perfume especiado. Las largas piernas ceñidas por las medias de red, sus andares felinos.

Recordó, sobre todo, el rápido beso que le había dado en la mejilla antes de marcharse, como la cosa más natural del mundo. En ese momento, presa de la tempestad de emociones tras haber visto a Enrica, se había sentido incómodo, casi

molesto. Pero ahora, mientras pasaba debajo del arco de Port'Alba para acceder a la via Costantinopoli, notaba otra vez la presión de los labios de ella y su aliento. Como de costumbre había sido demasiado brusco con ella, y se arrepentía.

Hubiera sido un disparate ir a buscarla; pero si volvía a verla, se prometió concederse de vez en cuando el placer de su compañía. Había diferencias con respecto a Enrica; Livia era una mujer independiente y fuerte, no podía hacerle daño, pensó. Una relación sin futuro, pero tal vez con un presente.

Al aproximarse a su destino pugnó por concentrarse nuevamente en lo que había ido a buscar. Amor o pasión, pensó.

Ya veremos qué bestia tenemos enfrente.

Para Maione, caminar por la ciudad en compañía de Nenita no era el colmo; el aspecto equívoco, los colores chillones y el maquillaje abundante, acompañados del tono de voz estridente, atraían a la decena de conocidos con los que el hombre se encontraba, entonces seguían unas pausas exasperantes y profusión de saludos afectuosos.

Por otra parte, para el travestí podía resultar poco saludable que exhibiera en público su familiaridad con la policía, aunque se limitara a su trato con el sargento; en los ambientes de las callejuelas no se veía con buenos ojos estos contactos, tampoco gustaban a aquellos que no participaban directamente en los tráficos pero podían conocerlos. De manera que decidieron de común acuerdo encontrarse en la Torretta, el barrio popular cerca del mar en la zona de Mergellina, donde estaba el burdel en el que trabajaba Gilda, la ex criada de Capece que había hecho carrera.

Maione llegó primero. Había pasado por una verdulería donde devoró dos ciruelas y un albaricoque, sin saciar el apetito, al contrario, le pareció que había aumentado. Insistió en pagar, a pesar de que la verdulera quiso regalarle la fruta; por efecto de la antipatía que le inspiraba el famoso Ciruzzo, verdulero flaco y entrometido, Maione la tenía tomada con todos los de ese oficio.

El hecho de que llegara antes de la hora señalada no hizo más que aumentar su malhumor. El burdel se encontraba a una travesía del viale Principessa Elena; no era una calle de paso, para entendernos. Buscó un sitio a la sombra de un árbol, a una decena de metros de la entrada identificada por un cartel de latón que llevaba grabado: «Casa de Madame Yvonne». Había mucha actividad, cada militar, marinero o empleado que entraba o salía le lanzaba una mirada entre preocupada y burlona: ¿qué hacía ahí parado debajo de un árbol un sargento de la policía vestido de uniforme? ¿Acaso quería fichar a los clientes de la casa o se preparaba para arrestar a alguien? ¿O sencillamente trataba de reunir el valor para entrar?

Nenita llegó al fin, meneándose encima de los tacones de aguja y embutido en un vestido de flores rojas.

—Disculpe sargento, es que tuve que pararme dos veces a beber, hace un calor que es para no creérselo.

Maione quería darse prisa.

—Sí, sí, de acuerdo. Ahora entremos, solo nos falta que tu amiga esté ocupada y nos vean juntos en la sala de espera.

Se entraba al burdel por un portoncito de madera y tras subir una escalera empinada. Al llegar al rellano fueron recibidos por una vieja que, armada de escoba y cubo, limpiaba sobre limpio.

—Ni limpiar la dejan a una, aquí no hay quien descansa ni de noche ni de día —

rezongó de malos modos, apartándose para dejarlos pasar. Maione no consideró oportuno aclarar que estaba allí por motivos de trabajo, pero le lanzó una mirada aviesa que la mujer le devolvió.

Al final de un pasillo tapizado de seda roja se abría una amplia sala con divanes y sillas arrimadas a las paredes, en la que descollaba una gran cátedra de madera. Detrás de ella estaba sentada una mujer de mediana edad, con el cabello teñido de un rojo artificial y maquillada de tal modo que por las mañanas, apenas levantada de la cama, hubiera sido imposible reconocerla. En cuanto vio entrar a Maione y a Nenita se bajó de la silla y fue hacia ellos ceñuda.

—Buenas tardes, sargento. Sabrá disculparme, pero debo hacerle notar que en mi casa solo trabajan mis señoritas. Si quiere hacer algo con otras personas, yo misma puedo ofrecerle dos, pero no puedo permitir que se traiga usted...

Maione interrumpió, tajante, el flujo de palabras:

—Oiga, señora, está usted equivocada. No he venido a divertirme sino a trabajar.

La mujer se alarmó y retrocedió un paso.

—No lo entiendo. Mi casa está en regla en todos los aspectos, impuestos y controles sanitarios. Las matrices de las fichas de mis pupilas, con los detalles de sus servicios, están a su disposición si quiere echarles un vistazo...

Maione se impacientó.

—Vamos a ver, señora, un poco de paciencia. ¿Quién le ha pedido nada? Yo solo quiero hablar con una señorita que al parecer trabaja aquí, según me dice el señor... —Y tras señalar a Nenita, se corrigió—: La señorita...

La mujer lanzó una mirada de disgusto a Nenita y, dirigiéndose otra vez a Maione, dijo:

—¿Por qué, alguna de mis chicas ha hecho algo malo? Aquí dentro puedo asegurarle que hay un control máximo, pero la responsabilidad por lo que ocurra fuera...

El sargento consideró seriamente la posibilidad de estampar los cinco dedos en el grueso maquillaje que cubría la cara de la madama.

—Señora, aquí nadie ha hecho nada. A menos que me dé por pensar que está usted obstruyendo una investigación de la policía, porque en ese caso no tardo nada en entalegarlas a usted, a sus chicas y a esa maleducada de la guardiana de ahí fuera, y de paso, aprovechan y toman ustedes un poco el aire.

El tono fue seco; la mujer agachó la cabeza como si acabara de recibir una colleja.

—Usted dirá, sargento —dijo, sumisa.

Ricciardi había encontrado el portón con algunas dificultades. Por la noche los puntos de referencia se limitan a las partes iluminadas por las farolas; a la luz del día los

lugares parecen distintos. Entró en el patio, recibiendo con alivio la sombra, y vio una garita cerca de la entrada. Salió a recibirlo el vigilante, un joven fornido, más bien arisco, y le preguntó qué deseaba. Tras identificarse, Ricciardi dijo:

—Necesitaría cierta información. ¿Quién vive en este edificio?

El joven lo miró de la cabeza a los pies. Del interior llegó el sonido de un piano en el que tocaban escalas que se interrumpían con frecuencia por los errores. La respuesta tardaba; los dos se miraron. Al final el vigilante contestó:

—¿Por qué, a quién busca?

Ricciardi comprendió que debía poner fin de inmediato al obstáculo.

—Aclaremos una cosa, si contesta a las preguntas, terminamos enseguida y desaparezco. Si empieza a jugar, entonces vuelvo en plan oficial y me lo llevo a usted a otro sitio donde deberá responder por la fuerza. Usted elige.

Era difícil resistirse a Ricciardi cuando susurraba con tono seguro y mirando fijamente a los ojos. El vigilante no fue una excepción. Tras parpadear contestó:

—A sus órdenes, comisario. Pregunte.

El policía se enteró de que en el edificio, no lejos del Conservatorio, vivían dos familias con niños pequeños, un anciano viudo y jubilado, algunas estudiantes de música de un pueblo de Lucania.

—Son ellas a las que oye hacer ejercicios —aclaró el hombre.

En la primera planta tenía sus oficinas una empresa de navegación, que en esa época estaban cerradas.

—¿Sabe usted si anoche hubo alguna fiesta? —preguntó Ricciardi—. ¿O si alguien organizó una reunión, con música e invitados, hasta tarde? ¿Con gente importante?

El vigilante se encogió de hombros.

—No sabría decirle, comisario. Yo no vivo aquí, por la noche, cuando cierro me voy para casa, que tengo hijos pequeños. Pero si me dice que hubo fiesta hasta tarde, esta mañana alguien habría protestado. Me parece raro.

Ricciardi empezaba a pensar que el cansancio de la noche anterior le había jugado una mala pasada; o que se había equivocado de edificio. Cuando se disponía a despedirse y salir en busca de un portón similar, el hombre dijo:

—A menos que..., a veces, en el último piso se quedan hasta tarde. Pero lo de la música me parece raro.

—¿Por qué, quién vive en el último piso?

Bajando instintivamente la voz y mirando hacia arriba, el vigilante murmuró:

—En el último piso está la sede del Partido.

Maione y Nenita siguieron el gordo trasero de Annunziata Caputo, alias madame Yvonne, por otro tramo de empinadas escaleras; a continuación recorrieron un

estrecho pasillo flanqueado a ambos lados por puertas cerradas, al llegar al final había una salita con una amplia ventana desde la cual, un poco de través, se veía el mar. El aire fresco y limpio olía a sal y traía gritos lejanos de gaviotas y de niños que jugaban.

En el centro de la habitación había una mesa, a la que estaban sentadas algunas muchachas mientras conversaban fumando y riendo. Algunas llevaban los pechos al aire, la mayoría buscaba el fresco cerca de la ventana. Al entrar el sargento, pese a ir acompañado de la madama, se oyeron grititos de miedo; las muchachas se taparon lo mejor que pudieron y se retiraron al fondo de la habitación. Madame habló con voz tranquilizadora:

—No se preocupen, señoritas, el sargento no ha venido a detener a nadie. Solo quiere hablar con...

Maione la interrumpió con voz cansada:

—Déjeme adivinar, señora. Juliette es esa de ahí, ¿no?

Sobre un diván arrimado a una pared, un poco apartado, una mocetona semidesnuda, de cabello rubio, devoraba un trozo enorme de pan que chorreaba salsa de tomate.

—Sargento, discúlpeme, pero la de esta mañana ha sido una procesión. Ha llegado al puerto un barco mercante con más de trescientos marineros que no tocaban tierra desde hacía un año. Genoveses, portugueses, rusos. ¡Una babilonia! Llevaba horas sin probar bocado, y aprovecho este momento de tranquilidad. Dicen que todos los lupanares de Nápoles están igual.

Nenita escuchaba embelesada a su amiga, como si le estuviese hablando de un safari en África ecuatorial, y de vez en cuando lanzaba miradas orgullosas a Maione.

—Faltaba más, discúlpanos tú que hemos venido a esta hora sin avisar. Aquí, el sargento, tiene que hacerte unas preguntas, tú contesta sin miedo, no te preocupes, es un conocido mío.

Maione resopló, irritado, al tiempo que lanzaba fugaces y sufridas miradas a los restos de pan y tomate que había sobre la mesa.

—Lo que faltaba, que me recomiende Nenita. A ver, señorita, ¿cómo se llama?

Juliette se rio, echándose el pelo encima del hombro.

—¡Ay, sargento, por favor, tutéeme, que si no tengo la sensación de estar hablando con madame!

La muchacha resultó simpática e inteligente. Se llamaba Gilda, como había dicho Nenita, y venía del barrio del Vasto, detrás de la estación. Era la quinta de nueve hermanos, y se había colocado de criada a los dieciséis años porque su familia ya no estaba en condiciones de alimentarla. Ahora, con veintidós, lo que ganaba le alcanzaba para mantener a sus cuatro hermanos más pequeños y a su madre. Su padre

se había largado tres años atrás, y no habían vuelto a verle el pelo.

—Una de dos o se murió o se embarcó —dijo sin dejar de masticar y sin asomo de pesar.

Cuando había decidido colocarse de criada enseguida la contrató la familia Capece, cuyos ingresos iban creciendo gracias a la brillante carrera del jefe de familia en el periódico. Gilda describió una época en la que no sobraba el dinero, pero llena de esperanzas, una casa donde se reía siempre y se economizaba en todo.

—Pero no impresionaba —dijo—, porque la señora me ayudaba con el servicio y yo la ayudaba a ella con los niños.

La familia Capece tenía dos hijos: Andrea y Giovanna; el chico era el mayor. Cuando Gilda dejó de servir al cabo de un año, Andrea tenía doce años y Giovanna, siete.

—O sea que ahora —calculó Maione—, tienen dieciséis y once.

—Sí —dijo Gilda—. Y es un muchacho muy guapo, quién sabe, a lo mejor el día menos pensado me lo encuentro aquí arriba.

Gilda sabía cómo había crecido Andrea porque de vez en cuando, y hasta un par de años antes, iba a ver a la familia Capece, con la que se había encariñado mucho.

—Pero después ya no quise volver. La última vez me causó muchísima impresión —añadió.

Maione no lo entendía.

—¿Muchísima impresión por qué?

Al recordarlo Gilda pareció estremecerse a pesar del calor.

—Era como ir a visitar a unos muertos, sargento. Todo había cambiado.

—¿Cómo que había cambiado todo? ¿En qué sentido?

La muchacha vacilaba en responder. Nenita, que estaba junto a ella sosteniéndole la mano, le dio un breve apretón para animarla. Gilda miró a su amiga y continuó:

—Yo recordaba una familia pobre pero alegre. Me trataban como a una hija, reíamos todo el tiempo. La señora se ponía a mi lado y me enseñaba de todo, a cocinar, a coser. Me decía que cuando encontrara marido y formara mi familia, sabría hacer de todo. Después yo..., en fin, que mi vida fue por otros caminos. Ojo, que no me quejo de nada. Pero tenía la sensación de que la señora Sofia me reñía, me decía que me había equivocado.

—¿Y entonces?

—Cuando fui a verla, me hizo pasar al salón, como a una señora. No sabía cómo ponerme, yo quería que nos fuéramos a la cocina. Y ella que no, siéntate aquí, me decía. Tú sí que has hecho bien, la que se ha equivocado llevando esta vida soy yo. Y la casa...

Maione escuchaba con mucha atención.

—¿La casa? ¿Qué le había pasado a la casa?

La muchacha sacudió la melena teñida de rubio.

—No le había pasado nada. Todo estaba igual. Pero parecía..., todo parecía muerto. La niña estaba sentada, estudiando, la vi palidísima, apenas me saludó. Andrea me dio un fuerte abrazo y se marchó enseguida, tuve la sensación de que se avergonzaba. Pero la señora me hablaba y me hablaba, y era como si no fuese a callar nunca.

—¿Y de qué te hablaba?

—De los viejos tiempos, de cuando yo vivía allí. Me habló de su marido como si estuviera muerto, como si fuera un recuerdo de otros tiempos. Sin odio. No me dijo nada, pero a lo mejor sabía que yo sabía lo de la duquesa. Lo saben todos. Y ella también, sargento; tenía los ojos vacíos. Como si le hubiesen arrancado el corazón, el estómago, el cerebro, todo. Por eso antes he dicho que me causó mucha impresión. Y no quiero volver a poner los pies en esa casa.

Siguió un largo silencio. Nenita acariciaba la mano de su amiga, como consolándola por una pérdida. Mientras contaba su historia, Gilda no cambió el tono de voz; pero ahora tenía una expresión de profunda tristeza. La boca manchada de salsa de tomate hacía que pareciera una niña jugando a imitar a los adultos.

Al cabo de un rato, Maione preguntó:

—Escúchame bien, Gilda, ¿por casualidad te acuerdas si en la casa había una pistola? Haz un esfuerzo, procura acordarte, para nosotros es importante.

La muchacha iba a responder, se lo pensó mejor y calló. Miró a Nenita, después al sargento y dijo:

—El señor había hecho la guerra, era oficial. La pistola está guardada en un cajón del escritorio. Una vez me la enseñó para darme un susto, y no vea cómo se rio. Pero la guarda bajo llave y solo él tiene la llave.

Cuando Ricciardi y Maione volvieron a verse en la jefatura ya era de noche. El sargento le transmitió la información reunida en su recorrido por las tabernas, sus conversaciones con Nenita y Gilda, la criada convertida en prostituta.

Ricciardi, por su parte, se mostró evasivo, sin entrar en demasiados detalles sobre sus pesquisas; no lo hizo porque no quisiera informar a su subordinado, sino porque consideraba que el simple hecho de conocer la existencia de esas pesquisas podía ponerlo en peligro, por ello prefirió no involucrar a Maione. Al menos por el momento.

Cuantos más datos reunían sobre Capece y Musso más se confirmaba la impresión de la culpabilidad de ambos. Y, paradójicamente, cuanto más se formaba la idea de que cada uno de ellos era el asesino, más difícil le parecía demostrarlo sin lugar a dudas. Un auténtico quebradero de cabeza.

Mientras trataban de fijar las nuevas estrategias de la investigación, alguien llamó nerviosamente a la puerta del despacho de Ricciardi. Maione lo miró con intención y dijo:

—Para mí que es ese infame de Ponte. Es el único que llama a la puerta igual que habla e igual que mira a la cara, con golpecitos, sin coraje. Un poco más y araña la puerta como los perros.

Ricciardi suspiró y dijo:

—¡Pase!

Era Ponte, naturalmente, más sudado y nervioso que nunca.

—Buenas noches, comisario. Tengo que pedirle que me acompañe enseguida al despacho del dottor Garzo. Ha dicho que vaya enseguida, ahora mismo. Por favor, acompañeme.

Tras un día agotador, Ricciardi no se sentía con ánimos de ofrecer resistencia a la mirada huidiza del hombrecillo; además, aunque no podía contárselo a Maione, sentía curiosidad por conocer cuáles serían las quejas que le plantearía el subjefe de policía. Por ello sorprendió al sargento y a Ponte cuando se levantó de buen grado y dijo:

—¿Ha dicho enseguida? Y enseguida vamos.

Encontraron al subjefe de policía paseándose por su despacho, como un león enjaulado; llevaba el cuello desabrochado, la corbata floja, el chaleco abierto y su chaqueta colgaba de la percha. Su escritorio, normalmente impoluto y con pocas carpetas en perfecto orden, estaba cubierto de papeles con transcripciones de telefonemas, documentos y lápices sin punta. En cuanto vio entrar a Ricciardi y Maione, se puso a gritar:

—¡Ya les había avisado! ¡No pueden decir que no estaban advertidos! Ha

ocurrido lo que predije. ¿Y ahora, Ricciardi? ¿Y ahora? ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Ricciardi no se inmutó siquiera. Siguió de pie, las manos en los bolsillos, el mechón de pelo caído sobre la frente, media sonrisa en los labios. Enardecido, Garzo esperaba una respuesta. Maione y Ponte, a espaldas de Ricciardi, se preguntaban qué diría el comisario; este último se encogió brevemente de hombros y dijo:

—Si no me cuenta lo ocurrido, no sé qué puedo contestarle.

Ésta vez Garzo estaba decidido a no dejarse enredar por el tono de Ricciardi.

—Ha telefoneado el director del *Roma*. ¿Y sabe por quién ha preguntado? ¡Por mí! No por el jefe de policía, como era su deber. El maldito me ha llamado directamente a mí, porque sabe quién se ocupa de las cuestiones operativas.

—¿Y es usted quien se ocupa de las cuestiones operativas?

Garzo estaba demasiado angustiado para captar la ironía.

—¿Y sabe qué me ha dicho? Que tiene intención de escribir un artículo contra los métodos intolerables de la policía que, sin elementos probatorios, y repito, sin elementos probatorios, irrumpe en las redacciones de los periódicos. ¿Lo entiende ahora? ¡Un artículo en el periódico! ¡Y por culpa suya y de ese de ahí, su fiel acompañante!

Terminó la frase casi sin aire y señalando a Maione. Estaba realmente fuera de sí. Ricciardi contestó con el mismo tono que antes, como si lo estuviera invitando a un café.

—Me alegra de que nos haya mandado llamar, dottore. De haber sabido que a estas insólitas horas seguía usted en el despacho, habría venido yo mismo a verlo. Debo pedirle una autorización.

Garzo parpadeó como si acabara de despertar de una pesadilla.

—¿Una autorización? ¿Qué autorización?

—Una autorización para registrar el domicilio particular de Mario Capece, jefe de redacción del diario *Roma*, e interrogar a sus familiares.

Madre mía, pensó Maione. A este ahora le da un infarto. Y en efecto, Garzo parecía al borde del colapso. Palideció visiblemente, retrocedió un par de pasos, tanteó con la mano hasta agarrarse del brazo de su sillón y se dejó caer como un fardo, con un ruido sordo. Boqueó en vano, tragó aire y espiró. Con voz débil dijo al fin:

—¿De Capece, dice? ¿Es que no ha oído lo que acabo de decirle? Acabo de decirle que...

—Ya sé lo que acaba de decirme. El hecho es que de las indagaciones de hoy han surgido algunos elementos importantes. Tenemos motivos para creer que desde hacía unos meses la duquesa de Camparino había iniciado una relación. Otra.

Garzo respiraba con dificultad.

—¿Otra? ¿Y con quién?

Ricciardi no tuvo piedad.

—Todavía no estoy en condiciones de decirle el nombre, dottore. Pero se trata de alguien que ocupa uno de los principales cargos de la ciudad.

Garzo se sintió como si le hubiesen disparado. ¿Uno de los principales cargos? ¿Cuál? Ante sus ojos pasaron el gobernador civil, un anciano con importantísimos contactos en *Roma*; el alto comisario, nombrado directamente por el Duce; el jefe de policía, que solo esperaba que él diera un paso en falso para librarse de un temible competidor.

Ricciardi y Maione tuvieron la sensación de oír el ruido que hacía el cerebro del subjefe de policía mientras trabajaba febrilmente. Una catástrofe. Se perfilaba una catástrofe. Cuando consideró que su superior había asimilado el alcance del problema, Ricciardi prosiguió:

—Si no conseguimos excluir a tiempo a Capece de entre los posibles culpables o, como alternativa, imputarle el delito más allá de toda duda, no le quedará más remedio que revelar que los celos por la nueva relación de la duquesa lo empujaron a montar la escena de la otra noche. Y mencionar el nombre de... del otro hombre.

Garzo se levantó de un salto, como si alguien acabara de clavarle una aguja en el trasero.

—¡No! ¡Jamás! Eso no debe ocurrir jamás, Ricciardi. Usted lo entiende, ¿no? Es lo que esperan para quitarme..., para privarnos de la independencia que tanto necesitamos. ¿Qué piensa hacer para evitarlo?

Ricciardi volvió a encogerse de hombros, manteniendo las manos en los bolsillos. Su tono se hizo aún más vago.

—Pues... no sé. A lo mejor, si encontráramos el arma del delito, podríamos detener a Capece sin entrar en el tema. A él mismo no le convendría; en el fondo, por lo que parece, tenía varios motivos para estar celoso, ¿para qué enfrentarse a un juicio y ganarse enemigos poderosos? Si no la encontráramos, podríamos explorar otras posibilidades; a lo mejor él no es el asesino.

Garzo sopesó un minuto las implicaciones de lo que Ricciardi acababa de decir. Al final vio la luz. Una lenta y amplia sonrisa se abrió paso en sus labios como un río cuando llega a la desembocadura. Conservó, sin embargo, una enorme mancha roja en el cuello.

—Sí. Sí, sí. Sí, de acuerdo, Ricciardi, tendrá la autorización. Proceda. Pero le pido encarecidamente que nadie se entere de... de lo otro. Nadie. Nunca. Mañana por la mañana encontrará el documento encima de su escritorio. Y una cosa más... Gracias.

Al salir del despacho de Garzo, Maione no cabía en sí de gozo.

—Comisario, esta vez casi lo mata al pobre. ¿Qué es eso de otra relación? Ya sé que se lo ha inventado, pero ¿con qué fin? Pasarán un día, como mucho dos, antes de

que hasta el tonto de Garzo descubra que no hay una tercera persona.

Ricciardi lanzó una rápida mirada por encima del hombro, para asegurarse de que nadie lo oía. Con gente como Ponte toda precaución era poca.

—No había otra manera, tenía que subir la apuesta. De lo contrario, nos amordazaba y nos ataba cortos, y entonces no habiéramos podido movernos más. Pero ahora presiento que entre Ettore y Capece saldrá algo. Tu dato de hoy, sobre la pistola en casa de Capece, es lo único concreto que tenemos, y debemos comprobarlo por fuerza. Te repito, era la única manera.

Maione se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—¿Qué quiere que le diga, comisario? Hizo lo que debía. Y que Dios nos coja confesados.

Sofía Capece cortaba cebollas mientras pensaba en los animales. En los herbívoros, más exactamente.

Pensaba que incluso los animales más mansos, los que se encontraban al final de la cadena alimenticia, los no agresivos, esos que no tenían garras ni fauces, podían llegar a ser peligrosos y violentos. Ocurría cuando veían a sus crías en peligro. Y eran las hembras las encargadas de conservar la especie, las que debían ocuparse de gestar y proteger a las crías, las que debían reparar los errores de los machos, que, siempre ocupados por ahí de cacería o en fatuas empresas, dejaban las madrigueras y las cuevas desprotegidas.

Ella estaba decidida a defender su casa y a sus crías. No podía permitir que un error del padre pusiera en peligro el futuro de su prole. Era su deber, como había dicho en numerosas ocasiones el propio Duce.

Mientras preparaba la cena para sus hijos y también para su marido, que probablemente tampoco habría regresado esa noche, Sofia sonrió pensando que, al final, el más peligroso de los animales es la hembra. El macho mata, lucha, grita. La hembra defiende. Porque si el macho es fuerte, la hembra es astuta.

Enrica cortaba cebollas mientras pensaba que era una estúpida.

Tal vez tenía razón su madre, cuando le decía que la misión de una mujer es encontrar marido y tener hijos. Que no había que esperar el gran amor, porque lo que realmente cuenta es tener casa propia y la seguridad de una presencia fuerte a tu lado. Tal vez Sebastiano, con su fatua torpeza, pese a su falta de misterio y fascinación, podría proporcionarle esa presencia y no faltar nunca: un sólido comerciante de la via Toledo, como en el fondo era su propio padre.

Sin embargo, Enrica no veía nada en común entre su padre y Fiore: uno era un soñador, tenía ideas políticas avanzadas y liberales, impulsos de generosidad y un

sólido sentido del honor; el otro solo pensaba en cosas inútiles y, para colmo, no lo veía muy dispuesto a trabajar.

¿Qué alternativa quedaba? Instintivamente miró hacia la ventana oscura al otro lado del callejón. Un hombre solitario y enigmático, con un trabajo difícil y peligroso, temido por todos, quizá también odiado. Que tal vez estaba prometido con una mujer que parecía salida de una película en la que hacía el papel de amante de un gánster.

No, seguramente tenía razón su madre: era mejor que siguiera con Sebastiano sin darle más vueltas.

Se secó las lágrimas con la manga. Malditas cebollas, pensó.

Mientras cortaba cebollas, Lucia Maione lloraba y sonreía. Las lágrimas eran por el olor acre que subía desde el plato, donde seguían acumulándose las finas lonchas; la sonrisa era por su marido.

Había notado que ahora él también se cuidaba en las comidas, como le había pedido que hiciera. Estaba segura de que había comprendido lo importante que era para ella que gozara de buena salud al menos otros cincuenta años. No podía vivir sin él, lo había comprendido al fin. En los años en que había sido sacerdotisa de su propio dolor, se había expuesto a perderlo; lo veía tal como era, un hombre apuesto, imponente, fascinante; su honestidad, su rectitud le habían impedido tener una relación y de haber conocido a otra, la habría dejado. Y ella hubiera tenido que darle la razón porque, en el fondo, lo había abandonado.

Pero ahora estaba decidida a cuidar de su hombre. Y a no permitir que nadie se lo quitara, ni siquiera Dios. Echó las cebollas a la sopa de verduras que estaba preparando, sin carne ni pasta, y puso la olla al fuego.

Rosa apartó la olla del fuego. El guardia que había ido a avisarle de que Ricciardi no cenaría en casa acababa de marcharse, tras llevar la mano a la visera del sombrero a modo de saludo.

¿Adónde iría a cenar? ¿Qué comería? Seguramente algo que empeoraría su dolor de estómago. ¿O acaso pensaba que no se había dado cuenta de que de tres días a esta parte se tocaba continuamente el abdomen? Sacudió la cabeza, preocupada. Ahora ya estaba segura de que el problema de Luigi Alfredo era la señorita Colombo, la hija del sombrerero que vivía en el edificio de enfrente.

Ésa mañana había ido a arreglarle el pelo la mujer del proveedor de carne que servía ambas casas. Le contó que, precisamente el día en que había empezado el extraño comportamiento de Ricciardi, la mandaron llamar de urgencia para peinar a Enrica, porque iba a recibir una visita.

La madre de la muchacha le había dicho a la peluquera que se trataba de una cena que había organizado sin que se enterase su hija, que la tenía muy preocupada porque con veinticinco años seguía sin novio. La mujer le había dado a Rosa todo lujo de detalles.

Sacudiendo la cabeza, se preguntó qué podía hacer para que su Luigi Alfredo entendiera que era hora de que se decidiera, de que tomara las riendas de su propia existencia. Que no podía vivir asomado a la ventana.

Con gesto cansino, cogió las cebollas, y se puso a cortarlas para la cena del día siguiente.

Cuando Ricciardi cerró la puerta de su despacho ya casi había oscurecido. En la penumbra del pasillo distinguió claramente las imágenes del guardia y el ladrón muertos, luminiscentes a causa del sufrimiento endurecido.

«Maria, Maria, qué dolor», decía el policía. Exacto, pensó Ricciardi. Qué dolor.

Estaba muy cansado. Mientras bajaba las escaleras de la jefatura, los detalles del homicidio de la duquesa de Camparino navegaban inconexos, sin sentido, en su mente, como asteroides en un cielo negro. El anillo arrancado, pensó contagiado por el muerto que acababa de hablarle. Y los restos de tierra en la alfombra, las costillas rotas, el cerrojo sin forzar. Las llaves en el cajón, las uñas rotas. Detalles, cada cual con su propio peso, pero que funcionaban únicamente si se juntaban en un cuadro del que se conocía la figura principal.

Ricciardi ironizaba con frecuencia cuando le hablaban del cinematógrafo o de las novelas de misterio, de moda desde hacía un par de años. En ellos todo cuadraba siempre, el detective solo encontraba indicios que llevaban a descubrir al culpable.

A él no le gustaba el cinematógrafo y leía pocas novelas; no soportaba la ficción cuando se trataba de delitos. Pensaba que ya había suficientes crímenes como para inventarse otros. Además, la realidad era muy distinta: los falsos indicios tenían el mismo peso que los útiles en tanto no se descubriera el cuadro general.

Sumido en sus pensamientos, dio un respingo cuando el guardia de servicio en la puerta lo llamó:

—Buenas noches, comisario. Hay una señora que lo está esperando.

Y se apartó para dejar pasar a Livia.

Al encontrársela delante, Ricciardi pensó que pese a que la había visto hacía poco, cada vez estaba más hermosa que como la recordaba. Vestía una blusa de seda con amplios pliegues horizontales y una falda ajustada a las caderas, ligeramente acampanada por debajo de las rodillas. Sobre el pelo corto, que dejaba al descubierto el largo cuello, lucía un sombrero cloche ladeado. Las piernas largas, embutidas en medias transparentes con costura negra, culminaban en un par de zapatos de tacón alto. Un collar de ámbar adornaba el generoso escote, centro inevitable de las miradas. Las manos ahusadas calzaban guantes negros a la altura del codo.

Obsequió una radiante sonrisa al guardia, que quedó visiblemente deslumbrado.

—Gracias, cabo. Ha sido un placer esperar en su grata compañía.

El hombre le hizo el saludo militar, sin haber conseguido cerrar la boca. Ricciardi lo miró de reojo, pero no tuvo el valor de llamarle la atención. Se dirigió a Livia y le dijo:

—Buenas noches, señora. ¿A qué debo el placer de su visita? ¿Tiene alguna información para nosotros?

La mujer notó inmediatamente la incomodidad del comisario ante la presencia de su subalterno, y se hizo eco de la solicitud simulada.

—Sí, comisario. Debo ponerlo al corriente sobre... lo que me había pedido. Pero es largo de contar. Tardaremos un rato.

Ricciardi asintió, impasible, se volvió hacia el guardia y le dijo:

—Capezzuto, manda a alguien a mi casa a avisar que no iré a cenar y que llegaré tarde. No se te olvide.

El guardia cerró la boca con un chasquido y contestó:

—Sí, mi comisario, no se preocupe. Me ocupo ahora mismo.

En cuanto cruzaron el portón y doblaron la esquina, Livia se echó a reír y se aferró del brazo de Ricciardi.

—¿Qué tal? ¿Lo he hecho bien? Podría hacer de policía, ¿no?

El comisario la miró a la cara; estaba realmente espléndida. La sonrisa iluminaba sus rasgos resaltados por un ligero y hábil maquillaje; pero eso no era todo. Era la luz que desprendían sus ojos cuando la miraba. Ricciardi recordaba su primer encuentro, tras la muerte de su marido: tenía la mirada velada por el sufrimiento y la pena. Era una mirada que conocía, que compartían los vivos y los muertos, la mirada del dolor. Más tarde había empezado a cambiar, sobre todo en presencia de él. Poco a poco el velo se había borrado de sus ojos y ahora parecía una muchachita que acabara de salirse con la suya.

—¿A qué se debe la decisión de presentarte aquí? ¿Cómo sabías que ibas a encontrarme en el despacho a estas horas?

Ella se echó a reír otra vez.

—¿Pero si siempre trabajas hasta tarde! ¿Has olvidado que tú mismo me lo has dicho? Además, para no equivocarme, he venido a las siete.

Ricciardi estaba francamente maravillado.

—¿A las siete? ¿Pero si son las nueve pasadas! ¿Y qué has hecho todo este rato?

—He leído dos veces *La Domenica del Corriere* de hace tres semanas, el único material de lectura distinto de los atestados y los registros que hay en la sala de espera de la portería. Y he charlado un poco con tu guardia; pero fue más bien un monólogo, porque él no podía contestar sin tartamudear.

—Me lo imagino; sin duda no eres la típica persona con la que el pobre Capezzuto habla a diario. Pero insisto, ¿cómo es que has venido?

Livia seguía sonriendo mientras caminaban. Su alegría y su belleza atraían las miradas de los transeúntes.

—Si quieres ser descortés, adelante. Ésta es una noche mágica, ¿no has visto cuántas estrellas? No tengo la menor intención de permitir que me pongas de mal humor. He decidido raptarte por una noche. Y como sé que nunca vendrás a visitarme por tu propio pie, he venido yo. Quiero llevarte a un lugar bonito, quiero beber algo

con burbujas, quiero mirarte y quiero que tú me mires. Y quiero reír, y quiero que tú te rías. Así que resígnate.

Ricciardi volvió los ojos al cielo. Era cierto: había miles de estrellas. Y la noche era agradable, soplaban un viento cálido que se llevaba la humedad. ¿Por qué no?, se dijo; en el fondo ya habías pensado mostrarte menos hosco con ella si volvías a verla. Rápido como el rayo, el pensamiento le ofreció la imagen de Enrica. Y como un rayo le devolvió la del joven susurrante y regresó a la realidad.

—De acuerdo, me rindo a la violencia. Pero no trasnocharemos, mañana me espera una jornada larga...

—... Y difícil como todas las demás —concluyó ella—. No te preocupes, no le robaré más que dos horas a tus secretísimas investigaciones. Lo que tardemos en cenar algo.

Y se fueron a cenar a un restaurante a poca distancia de la galería, frecuentado por cantantes tras la función del San Carlo. Resultaba curioso que Ricciardi, que vivía en Nápoles y trabajaba cerca de allí, no conociera el sitio y que Livia, que vivía a seiscientos kilómetros, fuese recibida con gran familiaridad por la dueña del local.

—Al fin y al cabo, canté en Nápoles en un par de ocasiones —se justificó Livia en cuanto pudo librarse del abrazo de la mujer.

Para Ricciardi fue una velada extraña. Todos los hombres presentes, acompañados o no de otras mujeres, miraban a Livia. El comisario percibía las oleadas de envidia y, bien mirado, la sensación no era desagradable; para variar, alguien hubiera deseado encontrarse en su sitio.

Tomaron pescado fresco del golfo; la dueña, que también era la cocinera, les habló del pescador que salía todas las noches con su barca para abastecer a su restaurante, y de la dificultad de preparar recetas distintas según el tipo de pescado que llegaba, casi nunca el mismo. Le preguntó a Livia quién era Ricciardi y a qué se dedicaba, como si él no hubiese estado presente; ella le contestó que se trataba de un músico de la orquesta, algo que él agradeció. Mientras aquella mujer hermosa le contaba entre risas anécdotas de su carrera, trató de imaginarse a sí mismo si aquel dato hubiese sido cierto, si hubiese tocado el violín o el contrabajo, por ejemplo. Si hubiese llevado una vida normal, con las dificultades de llegar a final de mes y con los zapatos rotos, pero sin dolor y sin que los muertos le hablaran en todas las esquinas.

No aportó demasiado a la conversación; las suyas no eran anécdotas que pudieran contarse durante la sobremesa. Pero jamás hubiera imaginado que se sentiría tan a gusto. La carcajada dulce y musical de Livia embriagaba más que el vino blanco y frío con que acompañaron el pescado.

Entraron dos músicos ambulantes, los típicos que con sus canciones y sus cantos animaban las veladas en locales como aquél: una guitarra y una mandolina,

acariciados por manos virtuosas y hábiles. Las canciones, la voz de la ciudad, despertaron almas dormidas y sacaron a la superficie antiguas emociones. La dueña del local insistió en que Livia cantara; ella se resistió cuanto pudo, riendo. Al final cedió y, clavando sus grandes ojos negros en los verdes de Ricciardi, atacó la primera estrofa de «O sole mio». El acento distaba mucho de ser napolitano, además, se trataba de una canción para hombres, pero la voz de contralto era tanto o más cálida que la brisa que soplaba del mar, y al final toda la sala estalló en un clamoroso aplauso.

Cuando salieron pasaba de medianoche. La hora, la larga jornada, el vino y las nuevas emociones se le subieron a la cabeza a Ricciardi, que se observaba desde fuera, como desde una ventana. No lograba desprenderse de la fea sensación de estar haciéndole daño a Enrica; pero en cierta manera, Livia le calmaba la dentelleada que notaba en el estómago. Que pase lo que tenga que pasar, pensó vagamente.

En cuanto a ella, era feliz como nunca lo había sido desde hacía años. Conseguir que Ricciardi saliera de su caparazón era como encontrar diamantes, algo difícil pero muy gratificante. Y en la mirada de él, no siempre, aunque sí en algunas ocasiones, había visto brillar una luz nueva. Sabía que le gustaba, pero también intuía que había un obstáculo, algo que le impedía abrirse del todo. Con astucia había logrado que le contara cosas de su vida, de su familia; logró confirmar que no había otra mujer, por lo menos no había alguien que estuviese institucionalmente presente; pero su intuición le decía con claridad que en el corazón del tenebroso comisario había alguien.

No tiene mayor importancia, pensó. Así como entró, puede salir. Bastará con abrir la puerta y ocupar su sitio.

Ricciardi la acompañó al hotel; colgada de su brazo, ella disfrutó de la noche que envolvía la piazza del Plebiscito, las columnas y las estatuas de antiguos reyes, mientras en el aire se oía el repiqueteo solitario de sus zapatos en los adoquines. Había leído la inscripción en la entrada de la iglesia, y Ricciardi le estaba contando que se trataba del exvoto hecho por un rey para conmemorar el final de la peste en la ciudad, cuando en el callejón que daba a la plaza unas sombras se separaron de las demás.

Ricciardi, que miraba la inscripción y traducía, al principio no se dio cuenta de nada; notó que la mano de Livia se contraía sobre su bíceps y, cuando se volvió, se vio rodeado por cuatro siluetas. No se distinguían sus caras, estaba demasiado oscuro; pero al comisario le llamaron la atención las ropas negras y arrugadas, las botas que calzaban y, sobre todo, los palos que empuñaban.

A Livia se le escapó un lamento y uno de los hombres la mandó callar con un insulto. Ricciardi se plantó ante él, mirándolo sin miedo. El hombre dio un paso al frente y le propinó una sola bofetada. Cuando se disponía a levantar la mano otra vez

y los otros tres avanzaban, Ricciardi pronunció con voz firme, como si recitara un poema:

—Bufones payasos, no sois más que cuatro bufones payasos. Cuatro contra uno, vergüenza debería daros, bufones payasos.

Uno de los cuatro lanzó un profundo suspiro, como si acabaran de asestarle un puñetazo en el estómago. Retrocedieron todos, mirándose. Uno soltó el palo, se dio media vuelta y echó a correr. Otros dos lo siguieron casi enseguida. El último, el de la bofetada, dijo:

—Ten cuidado, Ricciardi. Cuidado por dónde te paseas de noche y con las preguntas que haces. Si no vas con cuidado, la próxima vez no serán palos. Serán cuchillos.

Y él también echó a correr.

Contrariamente a lo que hubiera esperado, Ricciardi había dormido como un tronco, tal vez porque llevaba sueño atrasado de la noche anterior. Soñó, pero no se acordaba de mucho; algo confuso relacionado con zapatos. Tal vez las botas de los cuatro desconocidos, pensó a la mañana siguiente, en su despacho.

Lo ocurrido explicaba muchas cosas, y confundía otras. Había decidido no contárselo a nadie, ni siquiera a Maione; primero quería atar cabos y comprobarlos, comprender con precisión qué había desencadenado la agresión. Lo sentía por Livia, que se había visto metida en una situación para ella infrecuente; estaba convencido de que ella consideraría que su vida era más extraña y difícil, y eso, a saber por qué motivo, no le gustaba.

No tuvo miedo, ni siquiera cuando aquel hombre lo había abofeteado, porque sabía que estaba allí con el único propósito de darle un susto; pero la presencia de Livia lo había puesto en desventaja. Se había sentido responsable por su integridad, la había escudado con su cuerpo, pero le fue imposible no pensar qué habría sentido si Enrica hubiese estado con él. Tras la agresión, la llevó al hotel en silencio, no sabía qué decir. Sin soltarse de su brazo, ella lo había apretado un poco, como para sostenerlo en lugar de ser sostenida. Se despidió con un beso, rozándole los labios; él no correspondió al beso, pero tampoco la rechazó.

Contemplando desde su ventana la ciudad que se estaba desperezando, decidió que el amor era un líquido. Como el agua pero más denso, un fluido parecido al aceite, que penetra por todos los rincones tomando la forma del contenedor, colándose por las grietas, contaminándolo todo. El peor, el más fuerte, es el que fluye en la oscuridad, acostumbrado a superar todo obstáculo, el que no conoce el sosiego y el sueño. La otra noche yo lo vi, pensó. Y el amor que fluye por la noche, que se esconde, no perdona a quien es testigo de su recorrido.

Maione se asomó a la puerta, él también madrugador.

—Buenos días, comisario. ¿Qué tal estamos esta mañana?

—Como siempre. Alguien se ha levantado antes que yo. He encontrado esto encima de mi mesa: el permiso para registrar la casa de Capece e interrogar a sus familiares.

Maione se restregó las manos.

—Por fin nos hacen trabajar como está mandado. Ya era hora. La verdad es que por el momento Capece es el principal sospechoso, ¿no, comisario?

Ricciardi seguía asomado a la ventana, con las manos en los bolsillos. La suave brisa cálida que entraba agitaba despacio el mechón de pelo de la frente.

—Nunca se sabe, Maione. Todavía hay que aclarar algunos puntos que no acaban de encajar.

—Está pensando en el señorito, ¿eh, comisario? Pero un momentito, repasemos la situación de Capece: ¿tiene pistola? Sí. ¿Tiene coartada? No. ¿Tiene un móvil? Sí. ¿Tiene testigos de descargo? No. ¿Ve cómo cuadra todo?

El comisario hizo un gesto vago con la mano.

—Y a mí me da miedo cuando todo cuadra. Él quería a la duquesa, ¿o no? En eso estamos de acuerdo. Y cuando hablamos con él, lo vi realmente desesperado. Vino al funeral, y, a mi modo de ver, un asesino no corre ese riesgo. Puede haber sido él, no digo que no. Pero todavía no es seguro. Vamos a su casa y lo comprobamos.

—Lo que usted diga, comisario. ¿Ahora mismo?

—No, dentro de un rato. Antes tengo algo que hacer por mi cuenta. Tú espérame aquí, tardaré una hora.

Maione asintió. Pero estaba preocupado.

Livia no había pegado ojo. No había sido a causa del susto, algo que la sorprendía porque había motivos para tener miedo; se había quedado petrificada por el miedo de perderlo a él.

Es raro, sobre todo para alguien a quien le han matado al marido, pensó; sin embargo, solo recordaba otra única ocasión en que el corazón se le había encogido de aquel modo. Había sido años antes, junto a la cuna donde yacía su pequeño, cuando el médico había sacudido la cabeza con desconsuelo. Se preguntó quién era ese hombre. ¿Qué le había hecho para que lo considerase tan importante sin que entre ambos hubiese ocurrido algo?

En el balcón de su habitación del hotel, envuelta en la luz del amanecer, notó que estaba llorando. Sin un porqué.

Ricciardi llegó al palacio Camparino cuando la campana de la iglesia tocaba las nueve. Salió a recibirlo Sciarra con una escoba en la mano, seguido de su hijo que lloriqueaba.

—Buenos días, comisario. A sus órdenes.

Ricciardi indicó con la cabeza al niño que tironeaba de la manga a su padre haciendo que fuera todavía más larga respecto al brazo.

—¿Por qué llora ese niño?

La boca de Sciarra hizo una cómica mueca bajo la nariz gigantesca.

—¿Por qué diría usted que es, comisario? Se pasa la vida con hambre y pidiéndome comida. ¿Y qué puedo hacer yo, si nunca tiene suficiente?

El niño protestó entre sollozos:

—No, padre, la culpa la tiene Lisetta, que siempre me quita la merienda y usted no le dice nada.

El padre lo miró disgustado.

—Eres clavado a tu mamaíta: siempre llorando. Llorando y comiendo. Dígame, comisario, ¿qué puedo hacer por usted? ¿Quiere hablar con doña Concetta? Voy a avisarla ahora.

—No, no avise a nadie. Antes quiero hablar con usted.

Sciarra palideció y tragó saliva.

—¿Cómo conmigo? Yo ya le dije todo lo que sé, también hablé con el sargento Marrone...

Ricciardi tuvo que hacer un esfuerzo para no reírsele en la cara.

—Se llama Maione. Tengo que hacerle alguna pregunta más. ¿Dónde podemos ir?

El hombrecillo vaciló, miró a su alrededor y contestó:

—Siéntese en mi sitio, en la garita cerca del portón. Voy a buscar otra silla y mando con su madre a esta espina en el costado, a ver si así lloran los dos juntos y se quedan a gusto.

Regresó al cabo de unos minutos, tambaleándose bajo el peso de una silla de la cocina. La gorra, vuelta hacia atrás, le caía sobre los ojos.

—Usted dirá, comisario —suspiró mientras se sentaba.

Ricciardi esperó a que se acomodara el uniforme, se subiera las mangas y se colocara bien la gorra y entonces le dijo:

—A ver, Sciarra, hablemos del señorito Ettore. Tengo que enterarme lo mejor posible de sus movimientos, sus costumbres. Lo que hace y deja de hacer.

Sciarra tendió los brazos en un gesto de impotencia.

—Yo no sé mucho, comisario. Ése se pasa la vida a solas en la terraza...

Ricciardi levantó la mano para interrumpir con decisión su lamento.

—Que quede bien clara una cosa, lo detengo y lo mando encerrar por resistirse a colaborar. No tardo nada. No es posible que trabaje de vigilante y no se entere de nada. He averiguado que va y viene, que sale a menudo y de buena gana. De modo que no me diga estupideces, y, sobre todo, no me haga perder el tiempo.

Sciarra se encogió como si le estuviera cayendo una lluvia de puñetazos y patadas.

—Entiéndame, comisario, tengo que trabajar y no puedo perder este puesto. Usted no se imagina lo que llegan a comer mis hijos, ¿adónde voy a ir yo, adónde voy a llevarlos?

—Si quiere conservar su puesto, le conviene contarme lo que quiero saber.

El hombrecillo lanzó un profundo suspiro.

—De acuerdo, si usted lo quiere, así se hará. La verdad es que lo veo poco, ese se pasa todo el día solo, en la terraza. Cuida las plantas, las riega él. No quiere ayuda de nadie. Una vez mi hijo, el mayor, se asomó a su puerta porque le parecía haber oído un llanto, y lo echó a empujones, mi pobre niño salió rodando por las escaleras... Le

dijo que estuviese en su lugar, que no se le ocurriera mirar más dentro de su casa. El señorito es así: a veces te sonrío, te guiña el ojo, les regala caramelos a los niños. A veces parece como si le hubieras matado a alguien, echa unas miradas de odio que los niños se pegan a las faldas de su madre y se ponen a llorar.

Ricciardi quería saber más.

—Además del humor, quiero que me cuente adónde va por las noches cuando regresa tan tarde.

Sciarra abrió los ojos como platos. Ricciardi vio claramente las gotitas de sudor que se le formaban en la nariz enorme.

—¡Yo no lo sé! Puedo decirle que algunas veces..., que sale bastante, por la noche, eso sí. Cuando estoy regando las hortensias me echa unos rapapolvos que ni le cuento, dice que las plantas hay que regarlas por la mañana antes del amanecer o cuando se pone el sol, pero yo ya me levanto a las seis, y por la noche, si no vuelvo a casa, los niños no comen y me acuesto tarde...

—Dice usted que sale. ¿Y adónde va?

—Ya se lo he dicho, no lo sé. A mí no me lo cuenta, está claro. Y también está claro que tampoco se lo dice al padre, porque nunca va a verlo. Una vez le dijo a doña Concetta: si el viejo revienta de noche, no vaya a buscarme. El duque no quiere ni ver a su hijo. Para él es como si no estuviera, dice que está muerto como la primera duquesa.

Ricciardi no tenía la menor intención de aguantar las divagaciones del vigilante.

—¿Nunca ha venido nadie a recogerlo? ¿O ha regresado a casa acompañado de alguien?

Sciarra arrugó la frente, esforzándose por recordar.

—Una noche, este invierno pasado, llovía a cántaros. Yo había cerrado el portón. Solo la duquesa y el señorito tenían la llave. Como le decía, una noche se pusieron a aporrear la puerta, patadas y puñetazos, yo me desperté y fui a abrir. Había un coche y dentro alguien que esperaba. El chófer me dijo que subiera enseguida a llamar al señorito. Yo subí y encontré la puerta abierta. Llamé una vez y nada. Llamé otra vez y entonces salió él, con una cara que... me pareció que había llorado. No me dijo nada y se fue en el coche, bajo la lluvia. Pero no vi quién iba dentro, comisario, se lo juro.

Ricciardi asentía, como si hubiese esperado algo así.

—¿Y cómo era el coche? ¿Llevaba alguna marca, una insignia, por ejemplo?

Sciarra apartó la mirada.

—No. No me acuerdo, pero me parece que no. Era un coche negro, eso sí. Uno grande.

Tras reflexionar un momento, Ricciardi volvió a preguntar:

—Una última cosa, Sciarra. El cerrojo. ¿Está seguro de que solo ellos dos tenían

la llave?

El hombrecito volvió a mirar a la cara al comisario.

—Sí, comisario. La duquesa para cerrar a su regreso; y el señorito, un manojo de reserva, por si necesitaba entrar de noche por algún motivo. Y por la mañana lo encontramos como si lo hubiese abierto la duquesa: recogido, cerrado y colgado cerca de la cadena.

Ricciardi se levantó.

—Muy bien. Y ahora acompáñame, que quiero hablar otra vez con el señorito Ettore.

Concetta entró en la alcoba del duque como si caminara en el aire. Esperó que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad y prestó atención por si captaba algún cambio en el estertor profundo que provenía de la cama. Estaba segura de no haber hecho ruido, ni el más leve crujido. Esperaba. En el alféizar de la ventana arrulló una paloma. De la agónica respiración surgió una voz áspera, como si el moribundo hablara en sueños:

—Ha vuelto, ¿verdad? El comisario, el joven. El de los ojos claros.

Concetta asintió en la oscuridad, las manos entrelazadas sobre el vientre, la vista clavada al frente. No podía haberla visto, no podía haberla oído. Pero sabía que estaba allí, y desde cuándo; hacía años que esa capacidad del viejo había dejado de sorprenderla.

—Se sabrá todo. No se puede evitar.

Concetta analizó la cuestión. Y dijo:

—No está claro. Ha tenido mucho cuidado, siempre.

El duque guardó silencio durante un largo rato. La tos le sacudió el pecho; tanteó la mesita de noche llena de frascos de medicamentos, aferró un pañuelo sucio, se lo llevó a la boca y luego se lo quedó mirando con ojos legañosos.

—Sangre. ¡Cuánto tarda, la maldita! ¿Cuándo vendrá a buscarme y se me llevará?

Concetta trató de distraerlo de aquel pensamiento.

—¿Qué hacemos? ¿Cómo podemos defenderlo?

Tras otro acceso de tos, el duque contestó:

—No podemos hacer nada. Ya no. Que sea lo que tenga que ser, en el fondo es mejor esto que... que su ruina.

Concetta inclinó la cabeza y salió.

En el umbral del apartamento de Ettore, Sciarra y Ricciardi encontraron a Concetta esperándolos, quieta y muda como una estatua. En cuanto la vio, Sciarra lanzó una mirada al comisario con la que le pedía permiso para retirarse y se alejó con evidente alivio. La mujer dijo:

—Espere aquí, por favor. —Hizo ademán de entrar para avisar. Ricciardi la detuvo, decidido, poniéndole la mano sobre el brazo.

—Gracias, señora, no se moleste. Conozco el camino.

Se le adelantó y entró en la habitación.

Ettore estaba agachado, podando una maceta, iba en mangas de camisa y con mandil. En el gramófono sonaba música sinfónica y él la acompañaba canturreando ceñudo. Al notar una presencia levantó la vista y se encontró con Ricciardi justo en el instante en que se acercaba Concetta insólitamente jadeante. Ettore se dirigió a ella:

—Maldita sea. ¿Es que no puedo estar tranquilo ni siquiera en mi propia casa? ¿Qué diablos te ha pasado, es que ya no sabes hacer tu trabajo?

La mujer boqueó como si acabara de recibir un golpe en el estómago y se puso roja de vergüenza. Ricciardi consideró necesario intervenir:

—De hecho trató de impedirme la entrada. He sido yo quien no la ha dejado que le avisase.

Ettore se había puesto de pie. Tras recuperar el control, le sonrió sardónico.

—Si me lo permite, ¿dónde ha aprendido a ser tan caradura? Menudo valor el suyo, comisario. Lo he pensado desde la primera vez que lo vi.

—¿Valor? ¿Por qué, hace falta valor para interrogar a un sospechoso? ¿O es que debo preocuparme por algo? ¿De qué debería tener miedo?

Ettore siguió sonriendo, pero echaba chispas por los ojos.

—¿Hablamos claro, comisario? Creo que sí, de lo contrario habría venido acompañado. Conozco a ciertas personas que antes de esta noche pueden mandarlo al destierro. O trasladarlo a Sicilia, a Calabria, al Véneto. Personas que pueden ponerlo en un despacho a rellenar impresos ocho horas al día durante treinta años. ¿Lo sabía?

Ricciardi no había pestañeado siquiera.

—Muy bien, dottore. Es así como quiere que lo llamen, ¿no? Se niega a usar su nombre, aunque no los privilegios que de él se derivan. Si me amenaza de este modo, significa que se siente amenazado. ¿Qué es lo que lo amenaza? ¿Sus amistades pueden protegerlo también de un homicidio?

Ettore rio a gusto, echando la cabeza hacia atrás, las manos apoyadas en las caderas.

—Su obtusa tozudez me resulta maravillosa. No la maté yo, a esa perra. Ya se lo dije. Debería haberlo hecho, pero no ahora, sino hace diez años. Ahora ya no valía la pena.

—Sin embargo, la puesta en escena del día del funeral tenía todo el aspecto de una declaración pública. Y no pierde ocasión de escupir su odio. ¿Qué otro sentido tendría más que alejar de usted toda sospecha? Y su renuencia a decir dónde estaba la otra noche, ¿acaso su secreto es tan inconfesable para que corra el riesgo de acabar envuelto en un juicio?

Ettore se vio cogido por sorpresa. Su expresión risueña se volvió seria, casi afligida. Dos o tres veces movió los labios como si fuera a hablar. Después miró fijamente a Ricciardi.

—¿Un juicio? ¿La cárcel? No son nada. Preferiría morir, antes que decirle dónde estaba. Y no porque oculte nada de mí, que quede claro. Es que... hay otras personas, nada más. De modo que no le diré dónde estuve esa noche. Ni ahora, ni nunca.

Ricciardi sacudió la cabeza.

—No se hace usted cargo. No tenemos a nadie más que afirme tan

categoricamente haber odiado a la duquesa. Todo aquel de quien sospechemos o todo aquel a quien consideremos capaz de haberlo hecho, se defenderá involucrándolo a usted.

Ettore se encogió de hombros.

—Entonces me defenderé usando las armas de las que dispongo. No tiene usted idea del tipo de mujer que era. No tiene la menor idea. Pudo haber sido cualquiera, empezando por su principal amante, o uno de los otros cien que seguramente tenía. Al periodista lo habrá hecho enloquecer; jugaba con él como el gato juega con el ratón. Al viejo le hizo lo mismo, hasta que lo destruyó.

—Pero usted no tiene intención de decirme dónde estaba y qué hacía. Ya sabe que entonces me obliga a investigar. Soy de los que no se dejan intimidar. Por nada.

Ettore se mostró confundido.

—No sé de qué me habla. Por mí investigue, si le parece. Por mi parte, defenderé... las decisiones de las personas que me acompañaban. Mis propias decisiones no necesitan defensa alguna. Y no tema, no utilizo mi nombre. Ni para bien, ni para mal.

Maione no le preguntó a Ricciardi adónde había ido solo. Sencillamente imaginaba que de haber querido, el comisario se lo habría contado. Solo deseó que no se estuviese metiendo en líos; se trataba de un caso en el que debían vérselas con gente difícil. Tenía la impresión de estar caminando por un campo minado.

—Comisario, estamos listos. ¿Le parece que vayamos a ver a Capece en coche? Vive por el Parco Margherita, en el barrio Amedeo. No está cerca y hace calor.

Ricciardi negó con la cabeza.

—No, gracias. Me gustaría seguir viviendo tres o cuatro años más; yo no conduzco y si vas tú al volante, el viaje de regreso lo haremos con los ocho caballos de la duquesa. Mejor telefonea a Capece al diario y avísale. No está bien que nos presentemos en su casa sin decir nada, además, creo que es mejor si lo vemos en su ambiente, a ver si así sacamos algo en limpio.

Maione, que estaba convencido de ser un muy buen conductor, puso cara de ofendido.

—Vaya, comisario, no se puede usted quitar de la cabeza eso de que no conduzco bien. Por un par de veces que le dimos a algún poste, no quiere decir que no sepa conducir. Pero si usted lo prefiere así, no se hable más. ¿Telefoneo yo a Capece?

El sargento sabía que a Ricciardi no le gustaba hablar por teléfono. Su superior tenía la sensación de no entender lo que el interlocutor pensaba si no lo miraba a la cara; además, aquel aparato de baquelita negra, que hablaba y estaba despojado de alma, siempre le había causado una desagradable impresión.

—Sí, llama tú. Una cosa más, ve a cambiarte. No quiero que nos presentemos en

casa de gente respetable, que quizá ya está pasando por una difícil situación ante los ojos de sus vecinos, vestidos de uniforme como si fuésemos a detener a alguien.

Desde la ventana Lucia miró a su marido vestido de paisano, mientras bajaba por el callejón hacia la via Toledo. Estaba preocupada: el regreso fuera de su horario, el mal humor, el hecho de que hubiese pasado por casa a cambiarse tras lavarse rápidamente en el fregadero de la cocina casi sin hablarle. Y se notaba que estaba enfadado con ella, porque con los niños, cuando salieron a recibirlo, estuvo cariñoso.

Cuando le había preguntado qué hacía en casa a esas horas, él le había contestado sin mirarla que debía trabajar de paisano, que se pondría el traje marrón y si estaba planchado. Claro que está planchado, le contestó ella, picada. Y en el cajón encontrarás una camisa limpia y perfumada de lavanda. ¿Cómo se te ocurre que voy a dejar en desorden tus cosas?

Él no le había contestado y se había ido a cambiar. Salió del dormitorio muy elegante, con aire distraído. Como había pasado la hora del almuerzo, ella le había preguntado si quería comer algo, un poco de fruta que había comprado esa mañana en la tienda de Ciruzzo. Él se la había quedado mirando y le había contestado con un frío «no, gracias», se había despedido con un beso veloz y había vuelto a salir.

Lucia estaba turbada, desorientada. Raffaele que se cambiaba en mitad del día, Raffaele que se lavaba, se perfumaba y volvía a salir de paisano, y, lo que era más llamativo, Raffaele que no quería comer. Notó una dentellada en el fondo del estómago y se llevó la mano al abdomen; no he hecho la digestión, pensó.

Pero se equivocaba.

Ricciardi caminaba al lado de un Maione elegante y silencioso. Trató de entablar conversación para enterarse de si le había ocurrido algo, pero la expresión del sargento denotaba con toda claridad una escasa disposición al diálogo. En realidad todo se conjuraba para echar a perder el humor del corpulento policía: el calor, el empeño de su superior de ir andando, la chaqueta marrón que, pese a los sacrificios para no comer, a duras penas le abrochaba, y la imagen de su mujer, que no conseguía quitarse de la cabeza: la veía comprando fruta en la maldita, aunque prestigiosa tienda de Di Stasio. Las ansias asesinas se alternaban con la certeza de un inminente desmayo a causa del calor o el hambre, o ambos. Notó una especie de contracción en el fondo del estómago y, mientras seguía andando, se llevó la mano al esternón. Ya estamos, pensó, un principio de infarto.

Pero se equivocaba.

Ricciardi, por su parte, iba sumido en sus reflexiones. Capece y su pistola, por un lado, Ettore y sus reticencias, por el otro. Y el posible intento de secuestro, que también había que considerar, o la existencia de un tercero, que aún no había aparecido, en la vida de la duquesa, porque todavía no se sabía quién la había acompañado esa noche a su casa. La habían visto marcharse sola del teatro, pero no se podía excluir que después se encontrara con alguien. La confusión de la fiesta habría propiciado que las presencias poco habituales pasaran inadvertidas.

Y como telón de fondo de esas reflexiones, de vez en cuando, en la mente del comisario aparecía Livia, sus ojos desorbitados frente a los cuatro «bufones payasos» del intento de agresión, y Enrica, con sus ojos anegados en lágrimas en el Gambrinus. E inmediatamente surgió en su mente la sonrisa fascinante del hombre que la acompañaba, y, enseguida, notó la dentellada en el estómago. A lo mejor es de hambre, pensó.

Pero se equivocaba.

Era cierto que Maione conducía mal, y también era cierto que, entre ir en coche o a pie, Ricciardi prefería siempre la segunda opción; pero en ese caso, la decisión de cubrir a pie ese trayecto entre la jefatura y el barrio Amedeo obedecía a otros motivos.

Unos diez días antes, precisamente en la via Dei Mille, tras perder el control, un automóvil se había estampado contra una farola; no iba a una velocidad excesiva, pero el parabrisas se había hecho pedazos y había matado a la familia que, en ese momento, se pavoneaba a bordo del coche nuevo: marido, mujer y un niño en brazos de su madre.

Ricciardi había leído sobre el suceso y se había cuidado mucho de pasar por allí, sabiendo que el Asunto lo habría obsequiado con un momento desagradable. Ahora no podía evitarlo, pero una cosa era ir por la acera, y otra muy distinta atravesarlo a trompicones, a bordo de un coche cuyo acelerador se encontraba bajo el pie histérico de Maione. El mal menor.

Caminando bajo el sol despiadado esperaba la visión como un púgil aguarda el puñetazo de su adversario, sabiendo que, por más que estuviese en guardia lo habría pillado por sorpresa. Y así fue, la primera vez que levantó la vista del suelo se encontró delante al hombre, la mujer y el niño sentados en el aire, a la altura donde había estado el asiento, a un metro de un poste de hierro, doblado aún a causa del impacto.

Sin detenerse, lanzando una mirada de reojo, Ricciardi vio que el hombre había quedado atravesado por la columna de la dirección, tal como solía ocurrir en accidentes de aquel tipo; el tórax hundido y perforado era un cráter negro en el centro de una elegante chaqueta beige; la cara sorprendida exhibía dos ojos como platos y por la boca abierta fluían dos hilillos de sangre que manaba de los pulmones aplastados. La frase que el muerto pronunciaba indicaba que se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo:

«Virgen santa, los frenos, los frenos, nos estrellamos contra la pared».

De pared, nada, pensó Ricciardi. Antes viene la farola. Cada cosa a su debido tiempo.

La esposa y el niño, en cambio, no se habían percatado de nada. Mejor así. Ricciardi observó que la mujer tenía la cabeza prácticamente seccionada; tal vez se le había separado del cuello después de muerta. En ese momento, la veía todavía unida al cuerpo por un pedacito de carne en el lado izquierdo, cortada de cuajo por la chapa que rodeaba el parabrisas, columna vertebral incluida. En medio del horror que producía la arteria de la que la sangre brotaba a chorros inútilmente, la cara exhibía una grotesca sonrisa de satisfacción:

«Moríos de envidia, mirad qué bonito coche».

Fíjate tú quién fue a morirse, y no precisamente de envidia, pensó Ricciardi de manera sombría. Y no pudo dejar de echarle una mirada de reojo al niño de unos tres años; una gruesa esquirla de vidrio, que Ricciardi veía entrar en el pecho del pequeño, lo había atravesado para dejarlo clavado primero a su madre y después al asiento.

Al oír el comentario del niño, el comisario descubrió adonde iba la familia en aquel viaje malogrado:

«Papá me ha prometido que tomaremos un helado en el parque, un rico helado».

Cuánto dolor inútil, se dijo Ricciardi, e inadvertidamente lanzó un prolongado suspiro. Maione interrumpió su triste silencio para decir:

—Ya lo sé, comisario, hace calor. ¿No hubiera sido mejor ir en el coche?

De lejos adivinaron cuál era el portón del edificio, porque Capece se paseaba en la acera, fumando nervioso. Al verlos fue a su encuentro.

—Ricciardi, sargento. Tengo que darles las gracias. Otros en su lugar no habrían tenido el detalle de avisarme para que viniera. No saben cuánto lo aprecio. Mis hijos y mi esposa no tienen nada que ver en esta historia. Ya han aguantado bastante por mi culpa. Y encima esta mortificación, policías en casa..., sin ánimo de ofenderlos, que quede claro, pero entiéndanme ustedes, no es fácil.

Ricciardi asintió, haciendo un gesto cortante con la mano como si espantara una mosca.

—No tiene por qué darlas. Siempre que se puede tratamos de evitar ciertas situaciones. Sobre todo cuando se ven envueltas personas inocentes. ¿Subimos?

Capece los precedió, guiándolos a través de un zaguán que llevaba a una amplia escalinata. El edificio había visto tiempos mejores, pero conservaba un aire digno. La familia del periodista vivía en la segunda planta; cuando llegaron a la puerta, el hombre giró el interruptor del timbre. Ricciardi y Maione intercambiaron una veloz mirada, notaron que para subir a casa Capece los había esperado.

Salió a abrirles una niña de unos diez años, muy parecida a su padre; lo miró sorprendida y feliz, le echó los brazos al cuello lanzando un grito. Capece se mostró incómodo, pero visiblemente conmovido; estrechó a la pequeña entre sus brazos y se le humedecieron los ojos. Maione y Ricciardi se mantuvieron a distancia, para no echar a perder ese momento de maravillosa intimidad; el sargento no pudo evitar preguntarse desde cuándo no se veían el padre y la niña.

Al final, sin depositar a la niña en el suelo, que seguía apretada con fuerza al cuello de su padre, Capece indicó a los dos policías que entraran.

—Por favor, señores, pasen. Giogìò, tesoro, estos dos señores son... amigos de papá. Anda, sé buena, baja y preséntate.

Cuando la niña pisó otra vez el suelo, se alisó la falda con un gesto muy femenino e hizo una reverencia impecable.

—Buenos días, amigos de papá. Yo soy Giovanna Capece y tengo once años.

Ricciardi esbozó una sonrisa. Maione se quitó el sombrero y haciendo una reverencia dijo:

—Buenos días, señorita Giovanna Capece de once años. Yo me llamo Raffaele y este que ves aquí es el señor Ricciardi.

La niña se mostró satisfecha. Sonrió y dijo:

—Voy a llamar a mamá.

Su madre ya estaba detrás de ella, en el umbral de la puerta. Una hermosa mujer, tal vez un tanto anónima, pensó Ricciardi. No muy alta, vestida con ropas oscuras, la esposa de Capece no atraía las miradas a pesar de no tener defectos evidentes. De pelo castaño, piel clara, bonitos ojos grandes y dulces. La cara, y eso lo notaron tanto Maione como Ricciardi, lucía las marcas del prolongado sufrimiento: profundas arrugas debajo de los ojos y alrededor de la boca.

Sin embargo, en ese momento, la mirada de la mujer pareció iluminarse desde dentro. Contemplaba a su marido con una sonrisa leve y una expresión de devoción incondicional que rayaba en lo impúdico.

De hecho, Capece se mostró visiblemente incómodo y apartó la vista de la mujer. Se dirigió a los dos policías sin saludarla siquiera.

—Ésta es Sofía, mi esposa. Los señores son el comisario Ricciardi y el sargento Maione. Han venido a... a hacer unas preguntas.

Pasó casi un minuto en el que la mujer no dejó de mirar a su marido, este último miraba a Ricciardi y Maione miraba el suelo. Por su parte, el comisario siguió observando la expresión extática de Sofía, mientras pensaba qué bonito debía de ser tener una esposa que te mirara así; y también en cuan fuerte debía de ser la pasión para que te arrebatara con una mirada así. Al final la mujer salió de su ensimismamiento, y, acariciando la cabeza de la niña, le dijo:

—Tesoro, ahora vete a jugar a tu cuarto. Luego iré yo.

La niña hizo otra reverencia y se fue. Al verla marchar, Ricciardi preguntó:

—¿Es hija única?

Sofía se adelantó a su marido y contestó con una sonrisa orgullosa:

—No, Giovanna tiene un hermano mayor, Andrea. Ha ido a estudiar, aunque esté de vacaciones. Es un chico concienzudo e inteligente, como su padre. Volverá dentro de un rato.

Los tres hombres se miraron un tanto incómodos, aunque no parecía que hubiese ironía alguna en las palabras de la mujer, que seguía sonriendo a su marido, como si se tratara de la situación más normal del mundo. Ricciardi se preguntó entonces cuánto llevarían sin verse y por qué la mujer no mostraba ninguna acritud frente a su

marido. Capece, por su parte, parecía no querer salir de su profundo dolor; en la cara y en la ropa, sucia y arrugada, conservaba las señales de las noches insomnes y el vino.

—Por favor, Ricciardi, acompáñeme, pasemos a la sala.

La casa, por lo menos las estancias que cruzaron, estaba limpia y en orden; todo se encontraba en su sitio, olía a lavanda, la tapicería y las cortinas estaban intactas y planchadas; pero no había vida. Aquélla casa parecía una tarea cumplida con diligencia, más que el lugar donde vivía una familia.

Se sentaron en la sala. Sofia no mostraba ninguna inquietud pese a que su marido había presentado a los dos invitados como policías; ella no podía ignorar lo sucedido; en la ciudad no se hablaba de otra cosa. Ricciardi trató de interpretar la actitud de la mujer, sentada en el diván, al lado del marido.

—Señora, debe perdonarnos la intromisión. Es posible que esté usted al corriente de la desgracia..., ha fallecido...

—La duquesa de Camparino, sí, ya lo sé. Se comenta en todas partes. También sé que la señora era una conocida de mi marido, la estaba ayudando a escribir un libro de memorias. Por eso se veían, por cuestiones de trabajo. Como bien sabrá usted, comisario, corren tiempos difíciles. El hombre que no quiere que a su familia le falte de nada, a menudo debe contar con más de un trabajo. Y mi marido, que es un hombre ejemplar, se esfuerza mucho. Es un padre y un esposo magnífico.

El discurso de Sofia concluyó con un silencio incómodo. Maione contemplaba absorto una estatuilla de cerámica que representaba a una joven campesina, como si el discurso acabara de salir de su boca. Capece miraba fijamente a su esposa, con una expresión en la que se mezclaban el horror y la compasión. Ricciardi asintió.

—Comprendo. Dado que su marido es una de las últimas personas que vio a la duquesa con vida, debemos investigar y comprobar si no estaba al tanto de datos que puedan resultarnos útiles en nuestras pesquisas. ¿Puede decirme dónde se encontraban usted y su familia la noche del sábado al domingo?

Sofía se mostró al principio un tanto desconcertada, después se echó a reír.

—¿Dónde íbamos a estar? Aquí, naturalmente. Como de costumbre. Los niños estaban en su habitación y mi marido y yo, en la nuestra. Durmiendo. ¿Y usted, dónde estaba usted?

Ricciardi y Maione se miraron sorprendidos. Sin cambiar de expresión, Capece seguía mirando a su esposa, que mientras tanto le había puesto una mano en la pierna, como si quisiera clavarlo en el sitio. Como si temiera que pudiese salir volando de un momento a otro.

El comisario continuó con el mismo tono.

—Sin embargo, no es eso lo que su marido dice, señora. Él afirma no haber dormido en toda la noche y haberla pasado recorriendo las tabernas cerca del puerto.

¿Está usted segura de lo que acaba de decir?

Sofía arrugó la frente, irritada.

—¿Cómo se permite dudar de mi palabra? Mi marido debe de haberse confundido. Le aseguro que esa noche estuvimos los cuatro en casa, y que nadie salió. Por la noche meto la llave debajo de mi almohada, y me habría dado cuenta si alguien me la hubiese quitado, ¿no le parece? Le confirmo cada una de mis palabras, le corresponde a usted demostrar lo contrario.

En eso la señora tenía razón, pensó Maione. Nos toca a nosotros demostrar lo contrario.

Ricciardi se disponía a contestar cuando entró Andrea, el primogénito de Capece. Un muchacho alto, con la misma tez que su madre, que a sus dieciséis años aparentaba más edad. Tenía el pelo pegado a la frente por el sudor y debajo del brazo llevaba unos libros atados con una correa. Su cara fue un calidoscopio de emociones: su expresión pasó de la alegría a la preocupación en cuanto vio a esos dos extraños en su casa y luego a la frialdad y al hastío en cuanto vio a su padre. Por su parte, Capece lo miró enternecido, hizo ademán de levantarse para saludarlo, pero Sofía intensificó la presión sobre su pierna para mantenerlo sentado.

—Comisario, este es Andrea, que, como le he dicho, estaba estudiando. Andrea, el comisario Ricciardi y el sargento Maione han venido a hacer unas preguntas. No sé por qué, están convencidos de que el sábado por la noche tu padre salió de casa en lugar de estar aquí durmiendo. ¿Puedes decirles tú también que es absurdo?

Maione apreció la rapidez y la astucia de la mujer, que había informado a su hijo de la situación al tiempo que le sugería la respuesta. Ricciardi no había apartado la vista de la mujer, tras mirar velozmente de reojo al muchacho.

Andrea, en cambio, miraba a su padre con manifiesto aire de desprecio. La tensión en la sala era palpable.

—Mamá, yo dormía. Ya sabes que tengo el sueño pesado; no me entero de quién está en casa y quién no. Pero si tú lo dices, será así. Supongo que si alguien duerme sola o acompañada se da cuenta. ¿Me necesitan para algo más? Si no, voy a asearme.

Ricciardi era consciente de la irrelevancia del testimonio de un menor; pero tenía la impresión de que el evidente resentimiento del hijo hacia su padre era el eslabón débil de la cadena con la que la familia Capece intentaba ceñir su propia serenidad.

—¿Cuánto hace que no ves a tu padre?

La pregunta estalló en el silencio como un petardo. El muchacho, que ya había cruzado el umbral, se detuvo y se volvió despacio hacia Ricciardi. La madre hizo ademán de intervenir, pero el comisario la detuvo levantando la mano.

—Comisario, yo estoy de vacaciones, duermo hasta tarde. Ésta mañana, cuando me levanté, mi padre ya se había ido. Y ayer, cuando me fui a la cama, todavía no había regresado. Ya sabe que trabaja en el diario, así que por las noches vuelve tarde.

Con permiso.

Dicho lo cual, salió.

¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué, mamá? Tuvimos la oportunidad de quitárnoslo de encima, de hacerle pagar. De terminar de una vez por todas con sus bofetadas, con la miseria en la que ha sumido a esta que antes era su familia.

Nadie hubiera podido murmurar más a nuestras espaldas; se habrían acabado la vergüenza, las maledicencias. Por fin habríamos podido caminar con la cabeza bien alta, porque todos se habrían enterado de que nosotros somos las víctimas.

Pero no, te has empeñado en salvarlo. No entiendo por qué. Lo justo hubiera sido que se lo hubiesen llevado al fin para encerrarlo donde se merece, a ver si así reflexiona sobre lo que hizo. El delito que cometió.

No merecía que lo ayudasen. No se merece nada. Y tú sigues amándolo, incluso después de lo que has tenido que soportar.

No lo entiendo.

Muy a su pesar, Ricciardi se quedó admirado de la ambigüedad de la respuesta del muchacho. De tal palo tal astilla, pensó.

Maione, por su parte, observaba a Capece, analizaba su expresión; la cara cambiante del periodista reflejaba emociones contrapuestas, mortificación, culpa, humillación. Pero también una pizca de orgullo, la defensa extrema de un sentimiento muy poderoso que había sobrevivido a su objeto. En un par de ocasiones abrió la boca para intervenir, pero luego se abstuvo. De cualquier manera, daba la impresión de que la mano de su esposa, posada con gesto íntimo sobre su muslo, dominara su voluntad.

El comisario volvió a hablar.

—Capece, debo repetirle una pregunta que le hice en el periódico. Le advierto de que en el bolsillo llevo una orden que me autoriza a registrar este apartamento, pero estará usted de acuerdo conmigo en que sería mejor para todos si pudiéramos evitarlo. El registro es una forma de violencia sobre los objetos privados de una familia, a nosotros no nos gusta practicarlo, y le aseguro que a ustedes no les gustaría pasar por él. Solo buscamos una cosa, por eso le pregunto, ¿tiene usted armas en esta casa?

Maione observó la mano de Sofia, que siguió inmóvil. Capece pareció regresar de entre las nieblas de un recuerdo, su mirada se hizo más atenta. Tras una larga vacilación, dijo:

—Comisario, yo hice la guerra. Era oficial. La guerra es algo infame, no trae más que dolor. Pero era joven y creía en ella, en esta patria que ahora se ha convertido en la justificación de todo tipo de atropellos. Para recordar que es algo inútil, he conservado mi pistola. La tengo guardada bajo llave, en un cajón del escritorio,

descargada y sin balas. No hay más armas en esta casa.

Ricciardi asintió.

—Muy bien. Enséñeme esa reliquia.

Capece se levantó y los precedió. Su esposa fue detrás, tranquila, con una leve sonrisa en los labios, como si se dispusiera a enseñar a unos invitados un bonito dibujo de su hija. El estudio se encontraba contiguo al salón, con el que se comunicaba a través de una puerta cerrada. Capece estiró el brazo, buscó a tientas en una biblioteca y cogió una llave; fue al escritorio y abrió el largo cajón central. Sacó una caja metálica sin cerradura y la abrió.

Levantó la cabeza, tenía la cara blanca como el papel, los ojos desorbitados por la sorpresa.

—¡No está! ¡La pistola ha desaparecido!

Ricciardi se volvió hacia Sofia y la vio reaccionar con el mismo asombro que su marido. Si los dos fingían, y no podía ser de otro modo, eran realmente excelentes actores. Marido y mujer se miraron, parecían trastornados. Capece dijo:

—¿Quién puede haberla cogido?

La mujer se llevó una mano a la boca y sacudió ligeramente la cabeza, como para negar lo evidente.

—La verdad..., no lo sé. Hacía años que no veíamos la pistola. En esos años tuvimos a cuatro o cinco personas a nuestro servicio. Las armas se pueden vender, ¿no? Pueden haberla robado, no nos habríamos dado cuenta. Puedo darles los nombres y apellidos de las criadas... Yo no la he tocado. ¡Y mi marido tampoco! Además, como les ha dicho mi marido, estaba descargada. ¿No pensarán que...? ¡Es absurdo!

Maione y Ricciardi se miraron, luego se centraron en los señores Capece, que ahora eran presa del miedo. El comisario dijo:

—Muy bien. De momento, nos vamos. Pero deberán concentrarse, buscar la pistola e informarnos del resultado de su búsqueda.

Capece dijo que sí con la mirada, el ceño fruncido por los mil pensamientos que lo asaltaban e iban cobrando forma. Su esposa había perdido toda la seguridad y miraba de reojo al periodista. La desaparición de la pistola parecía haber sembrado en ella la duda de que su defensa de oficio había sido, como mínimo, apresurada.

Al salir, como si acabara de recordarlo por casualidad, Ricciardi se dio media vuelta y le dijo al hombre:

—Ah, Capece, un favor, el anillo, ya sabe usted a cuál me refiero. El del Salone Margherita. Téngalo a mano, se trata de un elemento de la investigación.

Tras captar el destello en los ojos de Sofia, se despidió y salió.

Ricciardi hubiese preferido no volver a pasar por el lugar del accidente de coche, pero

no podía proponerle a Maione un desvío inútil; por increíble que pareciera, el aire se había vuelto aún más ardiente. De modo que tuvo que escuchar otra vez el coro disonante de la familia fallecida y al niño que reclamaba el helado que jamás tomaría.

Trató de distraerse pensando en la familia Capece: había miradas, equilibrios y tensiones que quizá un mes antes le habrían pasado inadvertidas y ahora resultaban evidentes; pero alteraban la composición que hasta ese momento se había ido formando. Maione, que no paraba de secarse la frente con el pañuelo, rompió el silencio:

—Comisario, ¿qué opina del teatro que montaron con lo de la pistola? Todos mirándose sorprendidos: «¡Ay Jesús! ¿Dónde habrá ido a parar el juguetito? Hasta hace un par de años estaba aquí, nos acordamos bien, pero a saber qué criada malvada lo habrá robado para venderlo».

Ricciardi no lo veía claro.

—¿No habría sido más sencillo que dijesen que no tenían ninguna pistola? Hubiéramos procedido al registro, no la habríamos encontrado y punto. No, no creo. Opino más bien que no estaban de acuerdo entre ellos, eso opino. Y menuda mirada se echaron marido y mujer, cada uno piensa que el otro hizo desaparecer el arma. La familia defiende a Capece, al menos es lo que parece.

Maione procuraba caminar por la sombra para limitar los estragos del calor. Dos amplias manchas de sudor fueron extendiéndose en la sisa de la chaqueta clara.

—Comisario, es un hecho que no encontramos la pistola y que Capece no tiene coartada; sabemos que la señora dice una tontería cuando sostiene que el sábado por la noche su marido durmió con ella. Ése lleva años sin dormir con su mujer, se lo dice Raffaele Maione. Además, él mismo declaró que después del teatro recorrió en procesión todas las tabernas.

—Es cierto, pero nos corresponde a nosotros demostrarlo. Si la señora Capece así lo declara y su marido decide aceptar su ayuda, nos encontramos como al principio. Debemos analizar todas las posibilidades y no nos sobra el tiempo. Vete a casa y ponte el uniforme, que así vestido ni yo te reconozco. Nos reuniremos en la jefatura.

—¿Y usted qué hará, comisario?

—Debo comprobar una cosa. Nos vemos luego.

Lo observas mientras fuma, asomado. Igual que hace cien años, cuando todavía erais una familia. De vez en cuando salía al balcón, y tú te preguntabas adónde iba, qué ideales perseguía, qué pensamientos. Es un hombre, pensabas. Necesita de sus pequeños momentos de soledad.

Más tarde, la soledad fue solo tuya. Noches y días preguntándote dónde estaba, qué hacía. Y temiendo las respuestas.

No dijo nada cuando los dos policías se fueron. Te habías preparado todas las

respuestas, estabas dispuesta a ofrecerle otra oportunidad; creías que defendiéndolo, poniéndote de su lado, conseguirías arrancarle de los ojos el velo creado años antes por el hechizo de esa bruja. En el fondo, aún tenía una familia. Una esposa. Creías que iba a reaccionar, que te abrazaría llorando, que te daría las gracias. Que quizá te reprocharía el riesgo que habías corrido al ayudarlo. Pero no, salió al balcón, te dio la espalda, ni siquiera te miró a la cara. No te disgusta, es su reacción.

No lo hiciste por eso, para conseguir su gratitud, y mucho menos su lástima. Lo hiciste porque lo sigues queriendo, porque ha sido el único hombre de tu vida, el padre de tus hijos. Porque no podías perderlo solo por el hecho de que cometiera un error.

Aunque ese error fuese un delito.

Tras dejar a Maione, Ricciardi se encaminó hacia la jefatura; cuando estuvo seguro de que el sargento ya no veía, desvió hacia el largo della Carità.

No sabía por qué se empeñaba en mantener a su amigo apartado de esas pesquisas. Tal vez porque se basaba más en sensaciones que en hechos concretos, pensó; o tal vez por las situaciones peligrosas que podían surgir. O porque después del intento de agresión sufrido con Livia, para él, aquello se había convertido en una cuestión personal.

El pensamiento de Livia le trajo a la mente la velada transcurrida en su compañía, antes del incidente con los cuatro energúmenos. Se había sentido bien, no podía negarlo. Durante algunas horas, al menos, se había librado de la carga de la soledad que el Asunto echaba sobre sus hombros. La mujer era hermosa, ocurrente, lista; su compañía y la envidia y la admiración evidentes que le llegaban en oleadas, tanto de los hombres como de las mujeres, lo habían gratificado. No estaba enamorado de ella; lo sabía cuando comparaba el recuerdo de esos momentos con la emoción atormentadora y desesperada que sentía en el pecho cuando pensaba en Enrica. Tal vez en eso radicaba el secreto, pensó: para sentirse bien había que poner límites a la implicación.

Se consideraba un aprendiz de los sentimientos. A su edad, cuando la mayoría de los hombres había tenido esposa, hijos e incontables encuentros clandestinos o mercenarios, él solo conocía del amor las frases farfulladas por los cadáveres con los que se cruzaba. Mientras caminaba bajo los rayos del sol poniente, pensaba que el amor es una raíz infecta que busca la mejor manera de sobrevivir; una enfermedad mortal, con un larguísimo curso, que lleva a la dependencia, y que hace que prefieras el sufrimiento al bienestar, el dolor a la tranquilidad, la incertidumbre a la estabilidad. Ésa reflexión le recordó la imagen de la difunta y los dos anillos, el de la primera duquesa y el que estaba en poder del periodista: dos prendas de amor, arrancadas con fuerza de la mano de la víctima, uno cuando aún vivía y el otro después de muerta.

El lugar al que se dirigía y la imagen nocturna que había visto eran prueba de ello. Y le pareció emblemático haber asistido a esa escena mientras iba sin rumbo, presa de la incoherente melancolía por haber visto a Enrica y al que creía su prometido. El amor era un espejismo que, en el mejor de los casos, regalaba retazos de uno mismo robados en plena noche.

Como el beso apasionado que había visto delante del portón frente al que ahora se encontraba.

Frente al espejo, apretando los labios mientras se abrochaba el vestido hasta el cuello, Rosa se disponía a salir en un horario insólito para ella. Hacía calor y en casa se estaba, sin ninguna duda, mejor que fuera; pero por una vez sintió que debía hacerlo.

No soportaba ver cómo Ricciardi seguía penando. Su aspecto nunca había sido alegre, desde que había dejado de ser niño, jamás lo había visto reír; era taciturno y huraño, pero ella sabía en todo momento, o creía saber, cómo se sentía y de qué humor estaba. Sin embargo, hacía días que su muchacho, al que ella había jurado proteger en el lecho de muerte de su madre, sufría terriblemente. No comía, salía en plena noche para regresar poco antes del amanecer, y se pasaba las veladas en la oscuridad, escuchando la radio durante horas. Y estaba así desde que había entrado jadeando en el dormitorio de ella para espiar la ventana de enfrente.

Cuando terminó de abrocharse y de fijar el sombrero con dos agujas, Rosa se acercó al ventanuco del trastero, al final del pasillo; desde allí se atisbaba una parte de un dormitorio del apartamento de los Colombo, precisamente el cuarto donde dormía la hija mayor. Se entreveía la cabecera de la cama con la cruz de madera colgada en la pared, la mesilla de noche con un vaso y dos libros, y la almohada en la que la muchacha, tendida boca abajo, apoyaba la cabeza. Por el movimiento de los hombros, claramente visible a cinco metros de distancia, Rosa pudo comprobar que Enrica Colombo estaba llorando.

Asintió, satisfecha, e hizo lo que todas las mujeres del barrio cuando necesitaban enterarse de ciertos detalles: fue a la peluquera.

El portón estaba abierto y no se veía al vigilante que le había indicado dónde estaba la sede del Partido. Ricciardi creyó que el acceso era libre; en el fondo se trataba de un sindicato.

En efecto, los cuatro tramos de escaleras que llevaban a la última planta estaban muy concurridos, hombres que subían y bajaban charlando y riendo, de dos en dos o en grupos. Ricciardi percibió el entusiasmo altivo de siempre, la ruidosa alegría un tanto forzada de las reuniones frecuentadas en su mayor parte por hombres. La puerta que daba al rellano tenía las dos hojas abiertas y dejaba ver una amplia antesala llena de gente; vestían prendas variadas que iban de la sobria elegancia de los trajes claros y las pajaritas a las amplias camisas manchadas de cal de los obreros. Por la rendija de otra puerta se veía a un hombre sacándole brillo al fusil, mientras entonaba una canción de amor en dialecto.

Al principio nadie se fijó en Ricciardi, que tuvo que rodear a un cuarteto que reía a mandíbula batiente tras oír un chiste subido de tono; pero en cuanto cruzó el umbral se le acercó un hombre de expresión cruel, que le preguntó de malos modos quién era y qué quería. Se hizo un silencio de inmediato, pese a que el hombre no había levantado la voz.

Ricciardi percibió claramente la oleada de hostilidad que le llegó de los allí presentes, pero no apartó la vista de la cara de su interlocutor; lo miró un largo instante, hasta que el hombre desvió la mirada. Una tos nerviosa llegó desde el rellano. Con voz firme y calma, dijo:

—Soy el comisario Ricciardi de la jefatura de policía. Pero imagino que ya lo sabe.

Un hombre se separó de un grupo reunido en el fondo de la habitación; Ricciardi lo reconoció enseguida: era el que lo había amenazado la noche anterior.

—¿Y? Sea quien sea, sepa que no es bien recibido y que no debe venir aquí. Si le fue bien una vez, no está escrito que le vaya a ir siempre bien. Hágame caso, váyase por su propio pie, le conviene.

El aire estaba decididamente cargado; el silencio era absoluto, no se los oía respirar siquiera. En la otra habitación, el del fusil dejó de cantar, se levantó amenazante del taburete y fue a la puerta con el arma en la mano. Todos miraban a Ricciardi, que seguía con la vista clavada en el hombre que le había preguntado quién era. Se volvió despacio hacia su viejo conocido de la noche anterior y lo miró inexpresivo, con ojos vacíos y transparentes; el miembro de la brigada fascista retrocedió imperceptiblemente, levantó la barbilla y apoyó las manos en las caderas, imitando de forma inconsciente a la figura que le infundía seguridad.

—Gracias por el consejo —dijo Ricciardi—. Me iré cuando obtenga la

información que necesito.

—A lo mejor no lo ha entendido: tiene que irse ahora mismo, de lo contrario, lo acompañaremos nosotros a nuestra manera, sin que tenga que tomarse la molestia de bajar las escaleras.

Acompañó la amenaza inclinando la cabeza a la izquierda. Se oyó una risita nerviosa, interrumpida enseguida, y la sonrisa de desprecio en el rostro del hombre se empañó. Ricciardi hizo como si no hubiera oído.

—Quiero hablar con Ettore Musso de Camparino.

Su interlocutor dio un paso atrás, como si acabaran de abofetearlo; de todos los grupos presentes se elevó un murmullo desorientado. Muchos se miraron con cara de susto.

El hombre salió de su ensimismamiento y avanzó, los labios apretados y los ojos desorbitados por la rabia. Apoyó una mano en el brazo de Ricciardi, que seguía impertérrito con las manos en los bolsillos:

—¡Ya basta! Le he dicho que debe irse y...

A espaldas del grupo de personas que los rodeaban amenazantes, se oyó una voz tranquila:

—Mastrogiacomo, no te sulfures. Déjalo ya.

En la pequeña multitud se hizo un hueco como si un domador acabara de hacer restallar el látigo. En el umbral de una puerta, por la que se veía un escritorio cubierto de papeles, se plantó un hombre esbelto y atildado, de unos cuarenta años. El miembro de la brigada fascista apartó la mano del brazo de Ricciardi como si quemase y se mostró turbado.

—Sí, señor. Usted perdone, dottore, yo creía...

Desde la puerta, el hombre miraba a Ricciardi con curiosidad. Hizo un gesto vago con la mano a Mastrogiacomo, que de inmediato cerró la boca. Sin apartar la vista del comisario, dijo:

—Tráenos dos cafés a mi despacho, por favor. Adelante, comisario, pase usted.

Ricciardi lo siguió y entraron en la oficina.

La rosa de flor grande es hermosísima; una flor solitaria que rara vez tiene pareja. Requiere muchos cuidados. Debo asegurarme de que la humedad sea constante, es muy delicada; la sequía pone en peligro la floración. No hay nada más triste que encontrar en el suelo las hojas y los pétalos agostados, quemados por el calor.

Las flores son sensuales. El color y la consistencia parecen los de la carne, de terciopelo, tornasolados. Y debes dedicarle el mismo cuidado que a la carne de la persona amada: devoto, apasionado. Debe mantenerse el encanto silencioso del amor, rociando las flores con agua, contemplando cómo se demoran las gotas en el hueco interior de los pétalos, cual perlas de sudor en los labios después de haber hecho el

amor.

Anoche soñé que me encerraban. Soñé que en mi ausencia todas las flores se caían, las plantas se morían y en su lugar crecían las malas hierbas y lo devoraban todo. Si me llevaran lejos de aquí nadie se ocuparía de vosotras, mis rosas delicadas; tampoco cuidarían de las begonias y las adelfas. Solo hay que ver los cuidados fríos e indiferentes que dedican a las hortensias del patio, a pesar de las órdenes que imparto continuamente a ese obtuso del vigilante, con esa narizota y su numerosa prole. Gente inútil.

Se perderían todos los cuidados, todo resto de honor de esta casa, si me llevaran lejos de aquí. Tú también, mamá, sufrirías desde el otro mundo, estoy seguro. Pero de mí no saldrá una sola palabra. No me defenderé.

Porque el amor, mamá, está por encima de todo. Y si tuviera que defender a alguien, defendería a mi amor.

A mi primer y gran amor.

El hombre entró en su despacho, dejó pasar a Ricciardi y cerró la puerta. La habitación estaba sumida en la penumbra, los postigos de la ventana entornados; la decoración se limitaba a un escritorio y dos sillas. Las estanterías, que tapizaban las paredes hasta el techo, estaban cargadas de carpetas identificadas con letras y números. Frente a la puerta por la que acababa de entrar, el comisario vio otra puerta cerrada en lo alto de la cual destacaba un retrato de Mussolini con casco.

Tras sentarse, su anfitrión le indicó a Ricciardi la otra silla. Lo miraba fijamente con sus ojos azules, pequeños e inexpresivos. Poco después habló:

—Veamos, Luigi Alfredo Ricciardi, comisario de la brigada móvil desde hace tres años. Nacido hace treinta y un años en Fortino, provincia de Salerno. Huérfano de padre y madre. Es usted un tipo raro, ¿lo sabía? Riquísimo propietario de infinidad de hectáreas explotadas en régimen de aparcería, unos ingresos formidables. Y aun así, trabaja por un puñado de liras y no pone ningún empeño en hacer carrera. Un hombre interesante, diría.

Ricciardi miraba fijamente a su interlocutor sin inmutarse. El hombre tenía acento del norte, tal vez ligur o piamontés; su tono era frío y distante, como el de un científico que da una disertación.

—Sabe quién soy. Estoy impresionado y debo decir que me halaga tanta atención. ¿Sería demasiado pedir que me dijese quién es usted?

—Me llamo Achille Pivani. Soy... digamos que soy un funcionario del Partido, huésped provisional de esta hermosa ciudad suya.

Guardó silencio otra vez mientras con los dedos tamborileaba suavemente en el escritorio. Estaba sentado bien erguido, sin apoyarse en el respaldo de la silla. Un músculo le vibraba en la sien, como si estuviera mascando con la boca vacía. Al cabo

de un rato le preguntó a Ricciardi:

—¿Se puede saber cómo ha venido a parar hasta aquí?

El comisario hizo una mueca.

—Es increíble. ¿Lo sabe todo de mí y no sabe lo que acabo de pedirle a su gorila de ahí fuera?

Pivani sacudió la cabeza.

—Lo sé, lo sé. Le debo una excusa, aunque créame, yo no he tenido nada que ver. Mastrogiacomo..., algunos de nuestros militantes quieren complacerme. Y toman iniciativas acordes con su naturaleza. Son como unos muchachotes un tanto bribones.

Bufones payasos, pensó Ricciardi.

—No, Pivani. No son unos muchachotes, son unos criminales. Y tienen las manos manchadas de sangre. No cuenta lo que me ocurrió a mí anoche, sino lo que hacen todos los días con más confianza. Y esa confianza se la dan usted y otros como usted. Por lo menos son ustedes cómplices, y lo sabe. Cuando no los que mandan.

El discurso del comisario pronunciado en voz baja, con los dientes apretados, fue violento e inesperado. Pivani parpadeó. Pareció reflexionar y entonces reconoció:

—Tiene razón; ya les he dicho a los de arriba que pueden convertirse en un problema. Pero debe usted comprender que, en manos de algún idiota, una idea elevada y noble como el fascismo puede convertirse en arma para saldar antiguas cuentas personales. Ha ocurrido ya en otros lugares, y empieza a verse también aquí. Pero no es nuestra voluntad, créame. Cuando nos enteramos de algo, nosotros mismos tomamos las medidas del caso.

Ricciardi no tenía la menor intención de mostrarse comprensivo.

—Entonces sepa usted que ese tal Mastrogiacomo, o como se llame, y sus amigos mataron al desempleado en la via Emanuele Filiberto. No me pregunte cómo lo sé, pero lo sé. Aunque no haya pruebas, y tampoco una denuncia.

Pivani se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos.

—¿Está seguro? ¿Absolutamente seguro?

Ricciardi asintió. El hombre cogió la pluma, la mojó en el tintero y anotó algo en una hoja de papel.

—Me ocuparé de ello, comisario. No he venido aquí a derramar sangre.

—¿A qué ha venido entonces? Además de a imponer el orden y la urbanidad, se entiende.

Pivani no dio señal alguna de haber captado la ironía.

—Mi organización debe identificar a los enemigos del Partido. Debe usted pensar en mí, en nosotros, como si fuésemos... de algún modo... colegas. Con la diferencia de que somos menos afortunados. No podemos trabajar a la luz del día como hacen ustedes.

Ricciardi resopló.

—No creo que deba permitirle esa comparación, Pivani. Por cierto, ¿cómo debo llamarlo? ¿Tiene usted un grado, un cargo?

El hombre sonrió, afable.

—Mi grado y mi cargo le resultarían incomprensibles. Con que me llame Pivani, ya está bien. En fin, que mi trabajo consiste en saberlo todo de todos, me han mandado aquí para eso. Soy una especie de... digamos que de inspector. En Nápoles el fascismo no ha estado en buenas manos; recordará usted el accidente en el que falleció Padovani, un camarada de la primera hora, que participó en la marcha del año veintidós al lado del Duce. Han cambiado algunos valores, algunos aspectos del Partido. Mi presencia aquí obedece precisamente a la necesidad de comprobar si ese cambio ha sido acogido.

Ricciardi recordaba bien la tragedia de la via Generale Orsini, ocurrida cinco años antes. Había sido de los primeros en acudir al lugar de los hechos, donde el balcón desde el que el jerarca saludaba a la multitud que celebraba su cumpleaños había cedido matando a nueve personas e hiriendo gravemente a otras treinta. Muchos aspectos de lo que Pivani llamaba «accidente» no habían podido aclararse. Ante los ojos del comisario surgió una escena infernal: en sus oídos, los gritos de los heridos se mezclaban con los lamentos de los muertos arrancados de esta vida de repente. Se estremeció al recordar que en la ciudad no tardó en comentarse que la personalidad de Padovani se había vuelto demasiado incómoda para el Duce. Todo muy extraño para tratarse de un accidente. Y para el Partido fue providencial, además. Pivani volvió a hablar:

—El exceso de celo siempre ha sido un problema. Y también el culto a la personalidad, excluido el Duce, desde luego. Como bien sabrá usted la base está compuesta por la masa, que es mediocre e incapaz de pensar con su propia cabeza. Y en estos casos en que cuatro idiotas inútiles quieren complacer a un superior surge la violencia. Hay que guiarlos, dirigirlos hora tras hora. Pero también quienes traman en las sombras constituyen un problema que debemos evitar. Y entonces intervenimos nosotros.

Nosotros, los de la OVRA, pensó Ricciardi. La legendaria policía secreta, cuya existencia el régimen se obstinaba en negar. Todo el terror, toda la violencia que inspiraba esa sigla susurrada, se encerraba en ese hombrecillo inofensivo.

—No me interesa lo que hacen. Tampoco lo que pueda averiguar, merodeando en las sombras. Me interesa saber qué hacía aquí la otra noche Ettore Musso de Camparino. Adónde va cuando sale y qué hace. Me interesa saber quién mató a la duquesa, su madrastra, porque la asesinaron sin piedad. Y quiero saber si fue él.

En el silencio que siguió se oyó a alguien llamar a la puerta. Pivani ordenó en voz alta que pasaran y entró Mastrogiacomo con un plato en el que llevaba dos tacitas humeantes. Lo depositó sobre el escritorio y cuando se disponía a dar media vuelta y

salir, Pivani, que no había dejado de mirar a Ricciardi a la cara, como hipnotizado, le anunció:

—Mastrogiacomo, más tarde, cuando el comisario se haya marchado, asegúrate de que nada lo fastidie, ni siquiera una corriente de aire. Después preséntate aquí con tus tres compañeros, esos que conocemos bien. Tenemos que hablar de un viaje que vais a emprender. Saldréis de inmediato. Será un largo viaje, preparad el equipaje.

El hombre lanzó un profundo suspiro; cuando se disponía a contestar, Pivani volvió la cabeza hacia él. Fue suficiente. Mastrogiacomo se dirigió hacia la puerta con la cabeza gacha; en el umbral se cuadró, entrechocó los tacones, hizo el saludo romano, salió de la habitación y cerró la puerta.

Tras esperar un tiempo que le pareció prudente, Andrea Capece entró en la habitación de la que habían salido los dos policías cuando se marcharon. Encontró a su madre sentada en el sofá de dos plazas, las manos en el regazo, mirando hacia el balcón abierto en el que su padre fumaba, acodado en la barandilla. Tuvo la desagradable sensación de revivir una escena del pasado, y así era, en efecto, porque de niño se había pasado horas oyendo cómo aumentaba el silencio entre sus padres.

En esta ocasión sintió un gran rechazo hacia su padre, que, una vez más, se mostraba ingrato e indiferente, y también hacia su madre, a la que sin duda no le habían bastado los años de humillaciones padecidas directa o indirectamente por culpa de él. Pensó que se nace yunque o martillo: el yunque se pone contento cuando lo golpean; se lo impone su naturaleza.

Se le acercó y, a saber por qué, le dijo en voz baja que saldría media hora, a devolverle un cuaderno a un amigo. La mujer asintió sin volverse a mirarlo, sin dejar de contemplar la espalda muda del extraño que fumaba acodado en la barandilla del balcón. Andrea salió de la habitación aliviado, como si hubiese tenido que presenciar algo horripilante en contra de su voluntad.

Atravesó el portón sin prisa; lanzó una mirada a su alrededor; la tarde era muy calurosa y en la calle solo había un mendigo probablemente borracho que dormía a la sombra de un árbol. Tras recorrer unos metros, se deslizó por una puerta de madera que llevaba a un sótano. Lo recibió el hedor a humedad y a podrido, pero no le hizo caso; se pegó a la pared de la que extrajo un ladrillo, en el hueco había un envoltorio de papel de diario. Lo abrió.

Mamá, no sé por qué lo defendiste delante de los policías, pensó. Después de lo que ha hecho, después de lo que nos ha hecho. Tampoco sé por qué yo mismo traté de ayudar.

Empuñando la pistola de su padre y apoyando el índice en el gatillo, Andrea concluyó por enésima vez que el amor es una enfermedad mortal, y que él nunca se enamoraría. Ni por todo el oro del mundo.

Cuando Mastrogiacomo se retiró con cara de mortificación, Pivani mojó otra vez la pluma en la tinta y trazó una raya en la nota que, momentos antes, había apuntado con el cuidado y la aplicación de un contable. Hundido en la silla, con las manos en los bolsillos, Ricciardi seguía mirándolo y esperando que contestara a su pregunta: ¿qué hacía allí Ettore Musso de Camparino y dónde estaba la noche del homicidio de su madrastra?

Pivani le devolvió la mirada sin inmutarse.

—El dottor Musso es una autoridad en su campo, ¿lo sabía, comisario? Un filósofo de la política, entre los más destacados del país. Tras su aspecto reservado y sensible se oculta una mente aguda, apreciada por personas que ocupan las más altas esferas del gobierno. Se dedica discretamente a escribir buena parte de los discursos que el propio Duce pronuncia en el Parlamento y ante las organizaciones culturales más eminentes.

Ricciardi no se mostró en absoluto impresionado.

—De manera que es él el responsable de las palabras altisonantes que oímos por la radio. No es ese el delito que estoy investigando.

El hombre sonrió al captar la ironía.

—Debo advertirle que tenga cuidado, comisario, y recordarle dónde se encuentra y en qué tiempos estamos. Una frase como la que acaba de pronunciar puede costarle el confinamiento: manténgase en guardia. Pero como me consta que no es usted un disidente sino uno de los muchos desinteresados en el destino de Italia, fingiré no haber oído nada.

—¿Cómo sabe que no soy un disidente? Ayer fui agredido por uno de sus escuadrones. Y ni siquiera iba solo.

Pivano se encogió de hombros y echó un vistazo a otro de los documentos que tenía sobre su escritorio.

—Ya le he dicho que lo de ayer fue una tontería, y ha visto que el responsable lo pagará caro. Muy caro. Y transmita mis excusas a la señora Livia Lucani, viuda de Vezzi; por cierto, lo felicito por la compañía. Una mujer hermosa e inteligente, y óptima cantante, además, según tengo entendido. No, no es un disidente. Lo sé todo de usted, por tanto, sé cómo piensa, aunque no lo comente usted con nadie. Es inteligente de un modo muy particular, cargado de introspección, pero es inteligente; y en la jefatura todos necesitamos a una persona así. No es que abunden.

—Pivani, debo recordarle una vez más que no he venido a oír hablar de mí. Y que no me interesa demasiado cómo hace para saberlo todo de todos. Lo único que quiero averiguar es dónde estaba Musso y por qué. Y tengo la impresión de que nadie mejor que usted sabría informarme.

Pivani se sonrojó de repente. Parecía un colegial pillado con las manos en la masa. Se levantó de sopetón y empezó a pasearse por el despacho, los brazos cruzados sobre el pecho, la vista clavada en el suelo. Ricciardi tuvo la sensación de haber notado que se le aceleraba el temblor de la sien.

—Le adelanto una cosa, Ricciardi: Musso no tiene nada que ver con el delito que usted investiga. De eso no le quepa la menor duda. Él no ha sido. Pero soy consciente de que mi palabra no le basta, y que seguirá indagando sin miramientos. ¿Es así?

—Sabe bien que así es. Y también sabe que, para venir aquí a preguntarle precisamente a usted por Musso, me consta que puede contestarme. Y que me

contestará.

El hombre interrumpió su paseo y apoyó las palmas de las manos en el escritorio. Clavó la mirada en la cara del comisario y masculló:

—Hay una segunda opción, Ricciardi, podría mandar a llamar a Mastrogiacomo y pedirle que termine con el trabajo que empezó anoche.

Siguió un pesado silencio. Ricciardi pareció considerar seriamente esa posibilidad. Después negó con la cabeza.

—No, Pivano. No podría. Le explico por qué: mi colaborador, el sargento Maione, sabe que estoy aquí, aunque ignora a qué he venido. Si tardara en regresar, vendría a buscarme. Además, y perdone si se lo digo, no me parece usted de éstos. No sé si para quienes están de su lado es un insulto o un cumplido, pero tengo la impresión de que la violencia le horroriza.

Tras un largo silencio sorprendido, Pivani sacudió la cabeza con tristeza.

—Tiene razón. Y al leer su expediente no me equivoqué cuando me convencí de que es usted inteligente. Sé que no le dije a Maione adonde iba, porque lo habría puesto en peligro; y lo deduzco porque no lo ha seguido hasta aquí, ni siquiera a distancia; habrían venido a comunicármelo de inmediato. Pero es cierto, me asquea la violencia. No es esa la verdadera cara del fascismo, y, sin embargo, cuanto más avanzamos en nuestro camino, más se convence la gente de que es así.

Ricciardi esperaba.

—Por tanto, me contestará al fin.

Pivani se dejó caer en la silla.

—Sí, le contestaré. Porque no puedo permitir que echen fango sobre él, que es un hombre extraordinario. Y sobre su nombre, que aunque él lo niegue, es lo que más valora. Porque no soportaría que, con tal de defenderme, acabara yendo a la cárcel por algo que no ha hecho. Le contestaré porque lo amo.

Acodado en la barandilla del balcón, Capece pensó que la amaba. Todavía la amaba, aunque jamás volvería a verla. La amaba en el recuerdo como si aún la tuviera entre sus brazos, y bailara con ella un tango desesperado, largo y conmovedor.

No sabía explicar lo que había ocurrido. Le parecía una pesadilla infinita y delirante, de las que hacen gritar en sueños y que, tras despertar, perduran varios minutos, dejando un rastro de angustia y soledad. Le parecía imposible haberse hundido en la condena de un infierno en vida, un infierno que no daba tregua.

Consideró vagamente la posibilidad de tirarse por el balcón y tratar de unirse otra vez con Adriana en un último y enloquecido vuelo. Se preguntó si había que ser inmensamente valientes o inmensamente viles para hacer algo semejante; y se contestó que fuera como fuese, él no reunía ninguna de las dos características.

Quince metros más abajo vio a Andrea, su hijo, que salía por el portón y doblaba

la esquina. Ya era un hombre. Había visto su mirada de odio cuando estaban delante de los dos policías; y la fría e inteligente ironía con la que había respondido la pregunta de Ricciardi sin responderla. Sintió un estremecimiento de orgullo, o quizá de miedo. Su hijo nunca le perdonaría lo que había hecho; por lo demás, él tampoco se habría perdonado.

Por enésima vez en una hora se preguntó qué le diría a su mujer cuando entrara. Y por enésima vez se preguntó adónde había ido a parar la pistola.

La habitación estaba a oscuras, salvo por el cono de luz que proyectaba la lámpara sobre el escritorio, ante el que estaban sentados los dos hombres, cara a cara. A través de la puerta cerrada llegaban unas voces amortiguadas; los fascistas se preguntaban qué ocurría en aquel santuario en el que ellos mismos entraban a regañadientes y salían lo antes posible. Pivani tenía la mirada perdida en el recuerdo. Cuando se decidió a hablar, lo hizo con tono calmo e inexpresivo.

—Nos conocimos en el San Carlo. Yo acababa de llegar a la ciudad, el jefe del Partido quiso que viera enseguida el ambiente, que entrara en contacto con las personas más destacadas. A mí no me gusta aparecer en público, no me conviene en mi posición. Pero fui. Nos presentaron, Ettore y Achille, nos dio la risa. Me dijo: no será fácil que seamos amigos. Todo lo contrario. El Partido no admite a la gente como nosotros. Somos peores que criminales, somos abortos de la naturaleza. Sé desde siempre que soy así. Pero nunca, jamás dejé que se me notara. Me he casado con una muchacha de mi tierra que no traicionaría mi secreto para no perder dinero y posición; en mi tierra también hay hambre, ¿lo sabía, comisario? Mucha hambre. Desde Génova la gente sigue marchándose a América. Para hacer carrera, el Partido exige una esposa. Los hijos, si Dios no te los manda, no se pueden comprar. Yo nunca había... nunca había hecho nada. De chico, en el colegio, uno mayor que yo quería hacerme daño, pero solo consiguió hacerme entender quién era yo. Y me lo guardé para mí. Hasta que conocí a Ettore.

Ricciardi escuchaba. Y mientras escuchaba reconocía los movimientos de la raíz enferma, del amor reptante que, por caminos taimados, invadía los sueños mucho antes que la piel.

Pensó en Enrica y se preguntó absurdamente si volvería a verla bordar.

—No dijimos nada, naturalmente. Pero créame, comisario, cuando le digo que en ese mismo momento, en el instante en que nuestras miradas se encontraron, nos reconocimos. Si supiera usted cuántas veces evocamos ese momento; aunque viva cien años será siempre el más importante de mi vida. La de veces que intenté, que intentamos poner obstáculos a este maldito sentimiento. Charlamos toda la noche sobre nimiedades. Un diálogo con las bocas, muy distinto del que entablamos con las almas y los corazones. Paseamos durante horas, hacía un frío que pelaba; yo que

vengo del norte nunca he sentido tanto frío como aquí. Después, delante del portón de su casa, cuando ya amanecía, nos despedimos. Y en un arrebato, sin saber cómo ni por qué, lo besé. Él se encerró en su casa, no quiso volver a verme. Yo, que siempre he evitado prodigarme en público, no me perdí una sola fiesta, una sola representación, un solo ballet o una sinfonía, con la esperanza de volver a verlo; y no lo vi más. Y una noche en que llovía a cántaros, me lo encuentro de pie, delante de este escritorio, donde está usted ahora, empapado como un perro vagabundo, los ojos brillantes de fiebre, los labios temblorosos. Estaba hermosísimo, y desesperado.

Pivani calló. De sus ojos descendían unos gruesos lagrimones, pero su voz no perdió la calma, como si estuviese dictando un informe. Cuando prosiguió, miró a Ricciardi con orgullo.

—Y para contestar a su pregunta, le digo que la noche del veintidós al veintitrés, Ettore Musso de Camparino estuvo aquí conmigo. Hizo el amor conmigo. Y después lloró desesperado, lloramos los dos, preguntándonos qué será de nosotros, por qué en el mundo que los dos estamos contribuyendo a crear no hay lugar para los que son como nosotros. Y nunca lo habré.

Siguíó el relato de encuentros clandestinos y cartas quemadas tras ser leídas, de besos robados y lágrimas ocultas. Acostumbrado como estaba a recibir confesiones y a asomarse a la desesperación de la soledad, a Ricciardi le resultó extraño oír hablar de amor en ese ambiente sofocante de legajos y expedientes que amenazaban desde la penumbra, entre el olor a humo, a tinta y a polvo, y el calor que no daba sosiego.

El amor del que hablaba Achille carecía de esperanza y de futuro; un amor que constituía una amenaza y que no conocía la luz del sol. Y pese a ello no se resignaba a morir, sobrevivía obstinado a todo intento racional por ponerle fin. Se habían dejado mil veces con la promesa de no volver a verse nunca más para buscarse mil y una veces, impulsados por la fiebre de la dependencia y el sentimiento de una nueva derrota. Pivani revivía el dolor retorciéndose las manos, la mirada perdida en la oscuridad, la voz firme y susurrante.

No podía descartar que en la sede del Partido alguien sospechara de la amistad excesivamente estrecha entre el jerarca y el joven filósofo; pero la policía secreta inspiraba demasiado miedo para dar voz a una maledicencia que podía costar muy, muy caro. Las listas de proscipciones, la cárcel, la inhabilitación para trabajar acechaban constantemente; resultaba más fácil seguir la corriente y tratar de complacer a ese peligroso hombrecillo del norte, poseedor de un oscuro poder, reclamado al teléfono por los máximos exponentes del Partido que lo llamaban desde Roma, a los que a menudo impartía órdenes tajantes e irrevocables. Por tanto, cuando un par de días antes, Ettore le refirió a Achille el interrogatorio de Ricciardi y su preocupación, Mastrogiacomo se había quedado con ese nombre tras oírlo mientras llevaba café al despacho de Pivani; más tarde, cuando el vigilante le había contado que el comisario se había interesado por las visitas nocturnas a la sede del Partido, había tomado la iniciativa de intervenir con el fin de congraciarse con su superior.

Ettore odiaba profundamente a su madrastra, aclaró Pivani; pero no formaba parte de su naturaleza cometer semejante acto de violencia. Se trataba de un hombre de letras, dulce y sensible, adoraba las flores y no tenía armas. El panorama resultante de la descripción de Achille, además de la coartada que él mismo ofrecía, exculpaba a Musso y dejaba muchos puntos oscuros en el homicidio de la duquesa.

—Comprendo, Pivani. Y me doy cuenta de las implicaciones tanto públicas como privadas de su situación. No obstante, debo hacerle notar que, si no lográramos encontrar a un culpable que encaje en todas las pruebas de este homicidio, es posible que lo citemos a declarar para que repita en un juicio lo que acaba de decirme. De lo contrario, a cualquiera le resultará fácil, especialmente después de la aparición de Musso en el funeral, cargarle el sambenito. ¿Es usted consciente de eso?

Sin apartar la vista del vacío, Pivani sonrió con tristeza.

—¿Qué haría usted en mi lugar, Ricciardi? ¿Se quedaría sentado viéndolo ir a la cárcel, sufrir la deshonra de que su nombre sea arrastrado por el fango, como un criminal cualquiera bruto e ignorante? ¿Y para salvarme a mí nada menos? No; iría a prestar declaración. Puede que incluso fuese una liberación después de todas las noches que he pasado sin poder conciliar el sueño, acosado por el miedo a que la historia se conociera y nuestras miserables existencias quedasen destrozadas. Estoy, estamos en sus manos, comisario. Nuestra única posibilidad es que encuentre al culpable.

Ricciardi se acomodó en el asiento.

—No será sencillo. La duquesa era una mujer que se dejaba ver mucho, ya lo sabe. Recibo fuertes presiones para que resuelva el caso lo antes posible; si no lo consigo, me apartarán de la investigación, y será mi deber informar a mi sucesor de cuanto he averiguado.

Pivani se había calzado unas gafas y estaba abriendo un legajo que tenía sobre el escritorio.

—No puedo darle información de carácter confidencial; al menos nada que pueda utilizar libremente. Como sabrá, mi estructura carece de existencia oficial; es un secreto a voces, como suele decirse. Sin embargo, puedo transmitirle algún dato que quizá le resulte de utilidad. Entre nuestros vigilados está Mario Capece, el periodista que era amante de la duquesa. No es peligroso, pero no pierde ocasión de proclamar a los cuatro vientos que el régimen tiene amordazada a la prensa.

Ricciardi asintió.

—A nosotros también nos lo ha dicho; pero no me parece que se trate de una disidencia manifiesta. Más bien una añoranza por los tiempos pasados, diría yo.

Pivani sonrió mirando a Ricciardi por encima de las gafas.

—Siempre trata de defender a la gente, ¿eh, Ricciardi? Me parece que es usted más bueno de lo que desea aparentar. Sé que Capece no es un sedicioso. Pero a la gente le cuesta meterse en sus asuntos y nadie pierde ocasión de quedar bien con nosotros, de modo que hemos recibido algunas denuncias y hemos tenido que someter a Capece a una vigilancia moderada. No lo hacemos seguir, así que no sé decirle si la noche del crimen estaba o no en casa de Musso de Camparino; pero no estaba en el diario, allí tenemos a un..., en fin, que podemos afirmar con seguridad. Lo que puedo indicarle, y que podría resultarle de utilidad, es que Andrea, su hijo, un muchacho de dieciséis años, tuvo un comportamiento extraño. Aquí está, lo he encontrado, se lo leo: «El citado Andrea Capece, de dieciséis años, salió de su domicilio la noche del martes veinticinco de agosto; llevaba un paquete envuelto en papel de diario; recorrió el callejón lateral del mencionado domicilio, entró en un local a pie de calle utilizado como sótano, sito en el número ciento cuatro, y salió de

él seis minutos más tarde para regresar a su domicilio». Dado que el vigilado es su padre, y no nos interesa ponerlo sobre aviso, hemos decidido esperar antes de proceder a un control más estrecho; en resumidas cuentas, no hemos ido a comprobar qué había en el paquete. Pero yo que usted vigilaría a ese muchacho. En el fondo, hasta un niño puede apretar un gatillo.

Ricciardi se levantó, la entrevista había concluido; se despidió con una inclinación de la cabeza y se dirigió a la puerta. Cuando tenía la mano en el picaporte, Pivani le dijo:

—Una última cosa, Ricciardi. Ésta noche, en este despacho, yo he hablado solo. Han sido reflexiones en voz alta, nada más. Quizá, tras ver un fantasma, me he puesto a charlar con él. Dejando de lado la disponibilidad que le he prometido en caso de que, Dios no lo quiera, llegáramos a un juicio, nada de lo que le he dicho deberá tener nunca una fuente. En caso contrario, no podré hacer nada por usted. Ni querré. ¿Entendido?

Ricciardi asintió. Pero Pivani no había terminado aún.

—Y siguiendo mi conversación con el fantasma, quiero decirle una cosita más. Sé que le tiene aprecio a Bruno Modo, el forense. Hace bien, es una persona cabal que no se amilana cuando hay que curar a los necesitados, y lo hace sin cobrar. Si quiere ayudarlo, dígame que tenga cuidado con lo que dice en público; sobre todo cuando ha bebido una copa de más. Lamentaría mucho si llegara a pasarle algo malo.

Cuando llegó a la jefatura ya se habían ido todos, menos Maione que, preocupadísimo, esperaba sentado en el banco frente a la puerta del despacho de su superior mientras se abanicaba con el sombrero. En cuanto lo vio aparecer se levantó de un salto.

—Comisario, ¿dónde se había metido tanto rato? Envié a Camarda a ver si estaba en el palacio Camparino, yo mismo pasé otra vez por casa de los Capece por si se le había olvidado preguntarles algo. Incluso fui a buscarlo a su casa, por si había decidido irse para allá. Por cierto, la señora Rosa lo espera, dice que para cenar ha hecho pasta con calabaza.

Ricciardi hizo una mueca y se tocó el estómago.

—Lo que me faltaba oír para que se me pasen las ganas de volver a mi casa. Tienes razón, no me acordé de que estabas aquí esperándome; y no me di cuenta de que era tan tarde. Anda, pasa a mi despacho que te pongo al día.

Puso al sargento al corriente de los datos funcionales de la investigación. No le habló del informe, tampoco de Pivani, porque si su amigo llegaba a saber demasiado podía correr peligro, y porque por pudor y respeto no podía revelar la profundidad de aquella relación y el sufrimiento que causaba. Le refirió que había visitado la sede del Partido Fascista, donde dos noches antes había visto entrar a Ettore, y que se había

enterado de que el hijo del duque colaboraba en algunas operaciones secretas en curso, y que por lo que le habían comentado, la noche del crimen estaba allí.

Maione escuchaba con la boca abierta; cuando Ricciardi concluyó con su relato, le soltó:

—Disculpe, comisario, pero ¿qué hacía usted en la calle hace dos noches, cuando vio al señorito visitar a los fascistas? ¿Y por qué no me lo dijo antes y así lo acompañaba? ¿No sabe que esa gente es muy peligrosa? ¿Y con cuál de los fascistas habló? ¡Que esos se defienden entre ellos, seguro que enseguida le dieron una coartada, es como preguntarle al aguador si el agua está fresca!

Ricciardi levantó las manos.

—¡Eh, eh, no me abrumes con tanta pregunta! En primer lugar, no creía que nadie fuera a atenderme, me di una escapada para ganar tiempo mientras tú ibas a cambiarte a tu casa. Y la otra noche hacía tanto calor que no podía dormir. Me dejaron hablar con alguien importante al que me pareció que Ettore no le caía demasiado bien, y creo que me dijo la verdad. Habrá que comprobarlo, por supuesto. Eso explicaría por qué no quiso contarnos dónde estaba. Pero ahora ya es tarde, si te parece, seguimos hablando mañana. Vete a casa a comer, que a estas horas tendrás un hambre de lobo.

Maione puso cara de sufrimiento:

—Comisario, no se hace usted una idea del hambre que tengo. Buenas noches. Pero hágame el favor, la próxima vez que se le ocurra ir a algún lugar peligroso tenga la amabilidad de decírmelo.

En el salón, después de la cena, Enrica trataba de no mirar a Sebastiano, que se disponía a tomar el café. Desde la primera noche había notado algo horrible: el hombre sostenía el asa de la tacita de porcelana entre dos dedos y levantaba el meñique, un gesto que le parecía insoportable; además, resultaba ridículo cuando juntaba los labios como si quisiera besar el borde de la taza, y, por último, al sorber el café hacía un ruido clamoroso. Lo hubiera estrangulado.

A saber qué habrían pensado todos si hubiesen podido imaginar que Enrica, la frágil, delicada e introvertida muchacha, querida por su docilidad, nutría instintos asesinos. La idea la hizo sonreír y Sebastiano, ajeno a todo, interrumpió la operación café para contestarle con una tierna mirada. Estúpido engreído, pensó ella, sonriendo otra vez. Para distraerse de aquel ruidoso sorber que estaba a punto de producirse, recordó su charla de la tarde con la peluquera, y todas las preguntas que le había hecho sobre su supuesto noviazgo, que ella había negado con decisión. Ésa peluquera, reflexionó, también atendía al ama de llaves de Luigi Alfredo; qué bonito hubiera sido que la curiosidad de la mujer lo tuviese a él como impulsor, en tal caso, podía suponer que seguía interesado en ella, que la maldita dama del norte no era más que una amiga, que todavía había esperanza.

Entornó los ojos, esperando el horrible ruido de Sebastiano al sorber; pensó que cada vez que él tomara café, de ninguna manera podía pasarse la vida esperando oír el gorgoteo del infortunado líquido saliendo de la delicada tacita para desaparecer en el negro agujero de su boca.

Estaba segura de que cuando tomaba café, Luigi Alfredo no hacía ruido alguno. Y tampoco levantaba el meñique, como corresponde a un hombre de verdad.

Lucia fue a recibir a Raffaele en cuanto oyó la llave en la cerradura. Había mandado a sus hijos a dormir en cuanto vio que él tardaba, y había mantenido caliente la cena, una sopa de verduras. Él se dejó caer en la silla, empapado de sudor tras subir la cuesta desde la jefatura y las escaleras hasta el último piso. Escrutó su cara con preocupación; lo vio tenso, nervioso. Se preguntó en qué estaría pensando. O en quién.

Su marido miraba la sopera, revolviendo las verduras con la cuchara. Poco después le preguntó qué tal había pasado el día. Ella le contestó que había ido a hacer la compra y que se había pasado la tarde limpiando las verduras que le había preparado. Y por cierto, Ciruzzo, el verdulero, le mandaba saludos.

Él levantó la vista como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Tras dejar la cuchara en el plato se levantó y dijo:

—Ésta sopa es un asco. A veces pienso que debería hacer como el comisario y comer fuera más a menudo. Se me ha pasado el hambre, me voy a dormir. Buenas noches.

Pasmada y humillada, Lucia lo vio salir del cuarto preguntándose qué había hecho mal.

Ricciardi no había comido casi nada. Juguetó con la pasta en el plato durante diez minutos, con la cabeza visiblemente en otra parte, muy lejos de ahí. Rosa lo observó todo el tiempo de pie en el umbral de la cocina, como era su costumbre.

Cuando él se levantó mirándola con disimulo y esperando el rapapolvo de siempre, ella lo sorprendió al recoger la mesa en silencio, sin soltar el menor comentario cáustico sobre su falta de consideración hacia una vieja que trabajaba todo el santo día para recibirlo con platos exquisitos.

En realidad, el ama de llaves estaba menos preocupada que en los últimos días; siguiendo sus instrucciones, la peluquera había ido a verla para conseguir la mitad de la propina prometida, y le había comunicado buenas noticias. Estupendas noticias: la joven Colombo no se había prometido y, lo mejor de todo, no tenía la menor intención de prometerse. Eran sus padres quienes, preocupados por la edad de la muchacha, la presionaban para que formalizara una relación, aunque fuese de amistad, con el hijo de los dueños de la tienda contigua a la del negocio familiar;

esperaban que tarde o temprano naciera algo espontáneamente.

El peligro seguía amenazando, pensó Rosa mientras fregaba los platos; pero por lo menos había esperanza.

Ricciardi se retiró a su dormitorio, prometiéndose para sus adentros que ni en sueños se asomaría a la ventana; no quería volver a sufrir la decepción de encontrarse con los postigos cerrados. Por supuesto incumplió la promesa, y se quedó en la oscuridad observando el pedacito de salón de la casa de los Colombo que se atisbaba desde su cuarto. Vio al famoso joven, cómodamente instalado en el sofá, tomando un café; palideció y se preguntó si aquel hombre regresaba en algún momento a su casa, si es que contaba con una. Frente a él estaba Enrica, el pelo recogido, las gafas puestas, las manos sobre el regazo. Le sonreía, o eso le pareció a Ricciardi.

Hasta hacía poco y durante muchos meses había visto todas las noches la silueta de una mujer que se había ahorcado en el piso de arriba de la casa de Enrica. Todas las noches, cuando la miraba bordar plácidamente, había tenido que hacer frente a la imagen contrastante de aquel cuerpo que se mecía perezoso colgando de una cuerda atada al gancho de la araña. Rosa le había contado que se trataba de una joven esposa que había descubierto que su marido la engañaba y que, cuando la mujer había arremetido contra él enfurecida, el hombre le había propinado una paliza para abandonarla después.

Ricciardi había visto con demasiada claridad el cuello alargado por la dislocación de las vértebras, la lengua ennegrecida, medio partida por el último espasmo de la mandíbula, le colgaba entre los labios, tenía los ojos salidos de las órbitas; una enorme mancha de orina y heces liberadas por el esfínter cubría el blanco vestido de novia que había querido lucir en aquel último y macabro baile. Todas las noches la mujer había repetido para Ricciardi la invectiva contra aquella que le había robado al marido. Contra ella, no contra el hombre que la había traicionado:

«Maldita puta, te has llevado a mi amor y mi vida».

La recordó en ese momento, después de casi tres meses desde que se había disuelto despacio en la noche, dejando primero una aureola de tristeza y después nada. La recordó mientras miraba a Enrica sonreír a su hombre para apartar luego la vista, pensando tal vez en el futuro junto a él, en los hijos y los nietos: ese futuro que su propia naturaleza le negaba a él.

Sintió la vieja y conocida dentellada de dolor en el estómago y notó una leve náusea. Pensó en la ahorcada y en sí mismo, dos destinos no tan distintos como podía parecer. Y en el dolor nuevo, el sufrimiento sordo y egoísta cuyo nombre él no se atrevía a pronunciar siquiera.

La noche estival estaba poblada por el murmullo de la gente que charlaba sentada en la calle, ante la puerta de los bajos, para huir del calor. En alguna parte sonaba un piano y se oyó cantar, pero no se entendían las palabras. La música era conmovedora

y acompañaba el dolor de Ricciardi. Observó al hombre que tomaba café en casa de Enrica, ajeno a todo y sonriente, y por primera vez, lo odió con todas sus fuerzas. Lo odió porque ese lugar le pertenecía, como le pertenecía la mujer a la que le estaba sonriendo; le pertenecían esa vida, esa normalidad, esos sueños y ese futuro.

Analizó fríamente ese odio, como si se tratara de un animal extraño, jamás visto. Una plaga que pudiera matar. Por la que se podía matar.

Y de improviso, en el calor de la noche, mientras oía la música que llegaba de lejos, Ricciardi supo quién había matado a Adriana Musso de Camparino. Y por qué lo había hecho.

Capece notó la dentellada de los celos cuando soñó con el joven que sonreía a Adriana en el teatro, y se despertó sobresaltado. Se quedó un buen rato mirando a su alrededor sin reconocer el lugar donde se encontraba; curioso, porque se trataba de su casa.

Mi casa, pensó con amargura. Ésta no es mi casa. No es mi lugar. Cada cual tiene un lugar, reflexionó como hacemos nada más despertarnos, ociosamente, con un pie en el sueño y otro en la realidad que se deja reconocer poco a poco; y este no es mi lugar. Mi lugar está al lado de Adriana, al lado de mi amor; si ella ya no está aquí, yo tampoco tengo un lugar en el que estar.

La noche anterior se había pasado horas en el balcón, hasta que su esposa se convenció de que no tenía ganas de hablar con ella y se retiró a su cuarto. Él se había acostado en el sofá y se había dormido, vencido por la sucesión de acontecimientos y fuertes impresiones de los últimos días, sumiéndose en un sueño agitado e intranquilo. No recordaba lo que había soñado, salvo los detalles más cercanos al despertar, la mirada que había descubierto entre su amante y el joven admirador del teatro, el que había provocado la última y encendida discusión. Mientras el amanecer se abría paso en la habitación prometiendo otro día de calor asfixiante, Capece revivió por enésima vez lo que sintió al notar la dentellada en el estómago, la sangre que le subía a la cabeza, la rabia incontrolable. Y unas ansias ciegas de destruir, de matar.

En la penumbra se miró la mano. Y lloró en silencio.

Cuando el primer rayo de sol atravesó la plaza del ayuntamiento y el cristal de la ventana, inundando la oficina, Ricciardi ya estaba sentado a su escritorio. Prácticamente no había dormido a causa del ruido de mar gruesa de sus emociones, que en su interior pugnaban con la conclusión a la que había llegado en relación con el homicidio Camparino; por eso se había levantado cuando aún no había amanecido para llegar a la jefatura de policía desierta y encontrarse con que el guardia de la entrada, que dormitaba en la silla, ni siquiera lo veía entrar; lo recibieron los dos muertos de las escaleras, ocupados en su perenne representación del dolor, pero él ya no les hacía caso.

Esperó a Maione para decidir la estrategia. No podían equivocarse, un movimiento en falso y no podrían reunir definitivamente los elementos de prueba necesarios. El sargento también madrugaba, aunque no tanto como su superior, y Ricciardi podría indicarle las instrucciones que tenía en mente dentro de los plazos legales.

Engañó la espera poniéndose al día con el trabajo de despacho que había

descuidado en los últimos días; estaba enfrascado cumplimentando un atestado cuando oyó llamar suavemente a la puerta. Por fin, pensó. Y dijo:

—¡Adelante, pasa!

Se abrió apenas la puerta y Ricciardi se sorprendió al ver asomar a Livia, más seductora que nunca, que le sonreía desde el umbral mostrándole un cucurucho que llevaba en la mano.

—Buenos días, he venido a traerle el desayuno a un tal comisario Ricciardi que, según me dicen, es el hombre más fascinante de la jefatura. ¿Sabría usted indicarme dónde está su despacho?

Vestía una chaqueta ligera que recordaba la blusa de un marinero, de color azul oscuro con vueltas blancas; el motivo se repetía en la falda tres cuartos, ajustada a las caderas, que dejaba ver parte de las piernas enfundadas en medias blancas de seda. La camisa, con el cuello desabrochado, permitía adivinar el espléndido escote de la mujer; el sombrerito cloche ocultaba en parte el cabello corto que enmarcaba el rostro ligeramente maquillado e iluminado en ese momento por una sonrisa maravillosa.

Ricciardi, que se había quedado sin aliento, se levantó y le indicó que entrara. Tras recuperar la serenidad dijo:

—¿Qué haces tú aquí, a estas horas? ¿No estás de vacaciones?

Livia rio, se acomodó en la silla delante del escritorio y se puso a abrir el envoltorio.

—¿De vacaciones? Cuando una tiene que vérselas con alguien como tú, y trata de hacer amistad, el descanso queda descartado. A ti hay que perseguirte, porque si te espero, corro el riesgo de convertirme en una vieja horrible. No me queda mucho tiempo, la verdad.

Ricciardi no estaba acostumbrado a ese tipo de flirteos y se sintió francamente incómodo.

—No me parece oportuno que vengas a la jefatura. No es un lugar adecuado para una señora. Está lleno de delincuentes y policías, no sé cuáles son peores. Y creo que te queda mucho tiempo antes de hacerte fe... vieja, quiero decir.

Livia abrió bien los ojos, se llevó la mano al cuello fingiendo sorpresa y escándalo y dijo:

—¡No doy crédito a mis oídos! ¿Acaso el comisario Ricciardi, el hombre menos galante del sur de Italia, ha estado a punto de hacerme un cumplido? ¡Imposible! Seguro que no me he despertado todavía y estoy soñando.

Ricciardi sacudió la cabeza y sonrió de mala gana.

—En fin, siempre acabas saliéndote con la tuya. Por cierto, en relación con lo de la otra noche, no puedes decir que no te había avisado que relacionarte con alguien como yo puede resultar peligroso. De todos modos, eran cuatro enardecidos que...

Livia lo interrumpió posando su mano en la de él. Para Ricciardi aquel contacto

cálido y palpitante no fue en absoluto desagradable. Mirándolo a los ojos, le dijo:

—No me digas nada. Soy una mujer adulta que decide lo que quiere y lo que no quiere hacer, y que sabe dónde se mete. No vayas a creer que de donde yo vengo las cosas son muy distintas. En estos tiempos, los delincuentes cuando delinquen eligen una bandera. No te preocupes por mí. Soy yo la que está preocupada por ti. Si quieres, puedo llamar a Roma y hablar con..., conozco a ciertas personas muy influyentes. Puedo conseguir que nadie te importune, ni ahora ni nunca. No tienes más que pedírmelo.

Ricciardi respondió con decisión:

—Ni en sueños. Dejando de lado el hecho de que no tengo nada que temer, sé muy bien cómo cuidarme. Ya he tomado las medidas del caso, no volverá a ocurrir.

Livia suspiró aliviada.

—Entonces no me queda más que pensar en tu estómago; mira lo que te he traído, cuatro *sfogliatella* como las que a ti te gustan, bien calentitas. ¿Cómo se llama la tienda de la esquina? Ah, sí, Pintauro. Está abierta a esta hora de la mañana. No fui la primera cliente, a juzgar por lo que me dijo el cajero, además de hacerme un montón de cumplidos. Anda, sírvete una.

Maione se asomó a la puerta en el preciso instante en que Livia acercaba una pasta humeante y perfumada a Ricciardi, que estaba de pie, a su lado. El sargento abrió los ojos como platos y miró a Livia, la pasta, a Ricciardi y de nuevo la pasta. Después resopló y tendió los brazos.

—¡No hay derecho, esto se ha convertido en una persecución! ¡En esta ciudad se come de la mañana a la noche en cuanto yo aparezco! Comisario, ¿desde cuándo ha comido usted en esta oficina a primera hora de la mañana? Y hay que ver, señora, sabrá perdonarme, pero ¿no se da cuenta de que las *sfogliatella* se huelen hasta en las escaleras? ¡Pensé que tenía alucinaciones! ¡Por favor, que nosotros aquí venimos a trabajar!

Livia miró a Ricciardi con la *sfogliatella* en el aire, sorprendida por la soflama del sargento. El comisario se encogió de hombros.

—Por fin has llegado, Maione. La señora pasaba por aquí y subió a saludar. Fíjate tú que casualmente acababa de decirme: «¿Cuándo llega el sargento Maione? He traído una *sfogliatella* también para él». Y yo le estaba diciendo que ya deberías estar aquí.

Maione observó la mano de Livia y la pasta como si se dispusiera a abalanzarse sobre ambas y comérselas a bocados.

—No, gracias, señora, pero a estas horas todavía tengo el estómago cerrado. Se despierta mucho después que yo. Y discúlpeme por lo de antes, con este calor no pego ojo y ando siempre nervioso. Usted dirá, comisario.

Ricciardi había rodeado su escritorio para sentarse en su sitio.

—Un momento, Raffaele. A lo mejor la señora Livia puede echarnos una mano. Pasa y siéntate tú también.

Maione se acomodó al lado de Livia, que miraba a Ricciardi electrizada ante la perspectiva de verse implicada en sus pensamientos. Cuanto más constataba la dificultad de sintonizar con aquel hombre misterioso, mayor era la atracción irresistible que sentía por él.

—Escúchame bien, Livia. Imagina que estás enamorada, muy enamorada de un hombre. Y que crees que él es solo tuyo, y para siempre. Y de pronto notas algo, una mirada, una palabra, algo que te hace pensar que puedes perderlo, que puede marcharse con otra. ¿Qué sentirías, qué harías?

Maione observaba a Ricciardi intrigado. De inmediato pensó que quería reconstruir la sensación de Capece, la situación en la que se había encontrado en el teatro. No andaba del todo desencaminado, pensó, cuando le preguntaba a Livia; necesitaba a alguien de ese mismo ambiente, de ese mundo de lujos y sin hambre para comprender cómo había podido reaccionar el periodista ante la perspectiva de perder a la mujer que amaba.

Livia, por su parte, notó que se le aceleraba el corazón: por fin Ricciardi hablaba de amor. De acuerdo, no era el lugar más adecuado, había esperado una velada a la luz de las velas, en un restaurante de la playa, por ejemplo. Además, contaban con testigos, el hirsuto sargento que se comportaba de forma tan rara. Pero en fin, se hablaba de amor, y quizá había elegido ese lugar porque allí se sentía más seguro, menos vulnerable. Le sonrió.

—Estaría dispuesta a luchar por él con todas mis armas. Lucharía con todo mi ser, sin darle tregua. Jamás.

Ricciardi la miraba a los ojos.

—Eso si tuvieras tiempo de pensar, de acuerdo. Pero ¿qué harías en el momento, si te dieras cuenta de que entre la felicidad y tú, entre el amor y tú, se interpone alguien? ¿Y si creyeras que, eliminado ese alguien, recuperarías a tu amor y nadie podría quitártelo?

Siguió un instante de silencio. Maione trataba de imaginarse a Capece aquella noche, en el Salone Margherita, en el instante en que había bofeteado a la duquesa delante de todos y después le había arrancado el anillo de la mano. La escena demostraba una pérdida de control y una nueva determinación, una nueva desesperación.

Por su parte, Livia pensaba que Ricciardi quería entender cómo era ella, si su aspecto aristocrático y moderno ocultaba la fuerza, la espontaneidad de una mujer del sur, a las que él estaba acostumbrado. No quería decepcionarlo, no obstante, sabía que era fogosa y pasional por naturaleza, de modo que no le costó ningún esfuerzo ser sincera. Bajó la voz, entrecerró apenas los ojos y dijo:

—Imagino que sería capaz de hacer de todo por el hombre que amo. De todo. Hasta las cosas más deleznable. Sería incluso capaz de cometer un delito.

La palabra cayó entre ellos con un estrépito enorme. Guardaron silencio mientras sopesaban la frase de Livia desde distintos puntos de vista. Tras unos instantes, Ricciardi le dijo al sargento:

—Maione, tengo que pedirte que vayas a cambiarte otra vez. Vestido de paisano irás a un lugar que te diré cuando regreses. Deberás retirar un paquete.

Maione se levantó, hizo una leve reverencia a Livia y salió. Ricciardi se volvió a la mujer y le dijo:

—Gracias, Livia. Me has sido de gran ayuda, no te lo puedes imaginar. Ahora debes irte, tengo asuntos urgentes y muy importantes que atender.

La mujer suspiró y se puso de pie.

—Me estás echando, ni más ni menos como haces siempre. Te advierto que no soy de las que se da fácilmente por vencida. Y no suele ocurrirme a menudo lo de querer conocer mejor a alguien. De modo que resígnate, no te librarás de mí así como así.

Dicho lo cual, salió. Por la puerta entreabierta Ricciardi vio que un abogado al volverse para mirarla mejor tropezó y cayó al suelo envuelto en una cascada de legajos y documentos.

Sofía Capece pensaba que su marido debía resignarse, no se libraría fácilmente de ella.

A lo largo de la noche se levantó varias veces para ver cómo dormía en el sofá del salón. No era como tenerlo otra vez en su cama, pero ella era de las que sabían esperar; había esperado mucho, de manera que no la asustaban los pocos días que la separaban aún de una vida otra vez normal. Porque Sofia estaba segura de una cosa: solo era cuestión de tiempo.

El sueño de Mario había sido muy agitado; lo oyó murmurar, dar vueltas y más vueltas, suspirar. En un momento dado tuvo la impresión de que lloraba. En su opinión, era buena señal; significaba que en su fuero interno se debatía, presa de un conflicto del que ella, Sofía, saldría vencedora. Además, la otra estaba muerta. Ya no existía.

Sin embargo, no era la solución que hubiese esperado; en innumerables ocasiones había soñado con que su marido, tras deshacer el sortilegio al que había sucumbido, regresaría contrito a casa por su propio pie, para pedir perdón por lo que había hecho. En su imaginación se veía condescendiente, dulce como siempre, dispuesta a acogerlo en casa y en su lecho, para ofrecerle el calor doméstico que quizá hubiese olvidado y que, sin duda, echaba en falta, aunque no quisiera reconocerlo. Para eso seguía siendo su esposa. Ante Dios había jurado amarlo y respetarlo por el resto de sus días.

Sonrió mientras ahuecaba el cojín y lo dejaba en el sofá. Mario había salido antes del amanecer, ella había oído sus pasos en la escalera y en la calle. Pero tenía la corazonada de que regresaría. Además, ¿adónde iba a ir? Ésa era su casa, era su familia. Se le acercó su hijo para despedirse con un beso, se iba al colegio, al curso preparatorio de verano; era un chico del que cualquier padre habría estado orgulloso, y Sofia pensó que cada día se le parecía más y que ese era otro motivo para que regresara. Le recomendó que volviese temprano, porque tal vez su padre almorzaría en casa.

Como se había dado media vuelta para meterse en la cocina no vio la mueca que hizo Andrea. Mejor así, porque todo ese odio la habría asustado.

Maione había buscado un lugar a la sombra de un portón, precisamente delante de donde el comisario le había indicado ir. El calor era francamente infernal; dentro del zaguán no corría ni un soplo de aire, fuera, el sol era insoportable; por ello, el sargento, vestido de paisano, tal como su superior le había mandado, se había puesto en el umbral de la entrada del edificio. Aunque sospechaba que esa colocación era la peor, pues reunía los defectos de las otras dos. Se abanicaba con el sombrero, de vez

en cuando se secaba la frente con el pañuelo y cada dos minutos sacaba el reloj del bolsillo para descubrir que el tiempo transcurría con una lentitud exasperante; el calor también lo afecta a él, pensó.

A escasos metros había un carrito de helados; evidentemente, el vendedor pensó que en lugar de ir a la cercana Villa Nazionale, donde la competencia era mayor, convenía situarse allí; al cabo de poco se llenaría de chicos, en su mayoría de la clase pudiente, con dinero en el bolsillo y muy, muy hambrientos.

Maione no estaba menos hambriento que ellos; en una decena de ocasiones metió la mano en el bolsillo para sacar el monedero y los diez céntimos que costaba un cucurucho refrescante y sabroso del que habría dado cuenta en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, aunque vestido de civil, se encontraba allí para trabajar y no quería distracciones. Cada vez que le entraba el hambre y pensaba en comer, ante sus ojos surgía la imagen de Ciruzzo, el verdulero, flaco como un palillo y sonriente, y oía la voz de la estúpida de Lucia que comentaba que lo veía muy en forma a pesar de tener su misma edad. ¿Y eso qué tiene que ver?, pensó. Cada cual tiene su constitución. Además, con mi peso, puedo sentarme encima de él y aplastarlo. La idea lo hizo sonreír.

Echó otro vistazo al reloj, no debía de faltar mucho. Había caminado un buen trecho, pero no le importaba, se sentía un hombre de acción, eso de estar sentado en los despachos interrogando a la gente no era para él. Había pasado delante de la casa de los Capece y de ahí había ido al lugar que el comisario le había indicado: una puertecita en un callejón sin salida que llevaba a un sótano húmedo y sucio. A tientas había buscado en la pared un ladrillo suelto, alumbrándose con unos fósforos; se había ensuciado las manos y tras lavárselas en una fuente, había aprovechado para refrescarse la cara. Tardó lo suyo, pero encontró algo, tal como Ricciardi le había dicho. Le preguntó cómo se había enterado y el comisario había escurrido el bulto; según Maione se trataba de otro regalito conseguido tras la visita a los fascistas. El hecho era que él estaba esperando a un posible asesino y a alguien que ocultaba pruebas, y que bajo el brazo llevaba una pistola Beretta 7.65 envuelta en papel de diario, probablemente la que se había usado para matar a la duquesa Adriana Musso de Camparino.

Ricciardi levantó la vista del impreso que estaba relleno y miró el reloj: ya casi era la hora. El sol de primeras horas de la tarde no daba tregua y había pocos viandantes. Por la ventana del despacho entraban los gritos de las gaviotas y, de vez en cuando, las sirenas de los barcos del puerto.

Pensó que no estaría mal partir. En un barco cualquiera, quizá un mercante, hacia un país lejano. Nueva vida, nuevos paisajes, nuevas circunstancias. Sin embargo, alguien como él, reflexionó, no tenía adonde huir. En todas partes los muertos hablan

el mismo idioma, y repiten obtusamente el último pensamiento; habrían envenenado su aliento allí donde fuese. Podía huir de todo y de todos, pero no de sí mismo, esa era su condena. Por la puerta abierta para que el aire circulara un poco atisbaba al ladrón muerto. «Yo no vuelvo ahí dentro», repetía como siempre. Por el agujero chamuscado de la sien se escurrían la sangre y parte de los sesos. Nunca dejaréis de perseguirme, pensó Ricciardi. Nunca.

Se levantó lanzando un suspiro; debía reunirse con Maione y su invitado.

Rosa se quitó las agujas y el sombrero, acalorada pero contenta. No estaba acostumbrada a salir de casa por la tarde, especialmente en el mes de agosto, pero las circunstancias lo exigían.

Recordaba que cuando el señorito era niño, en el pueblo había un grupo de granujas que no lo dejaban en paz; nada peligroso, desde luego: se reían de él cuando lo veían pasar, le proponían juegos para después dejarlo solo en la oscuridad o en campo abierto. Luigi Alfredo sufría mucho aunque no decía palabra, y ella lo intuía porque cada vez que regresaba a casa tras encontrarse con ellos tenía la mirada triste. Un día tomó la iniciativa y se enfrentó al jefe de la pandilla, un muchachote grande y fornido que no respetaba a nadie; al principio se lo pidió de buenas maneras, después, al oír su carcajada desdeñosa, se vio obligada a pasar a mayores y propinarle un par de sonoras bofetadas. A partir de aquel día nadie más volvió a tomarle el pelo al señorito, pero dejaron de buscar su compañía; tal vez el remedio había sido peor que la enfermedad.

Ésta ocasión sería bien distinta: no infundiría temor a nadie, tampoco entraría en contacto directo con quien, consciente o inconscientemente, hacía sufrir a su niño. Había recurrido a la peluquera, una táctica necesaria pero peligrosa; confiaba en haber comprado la discreción de la mujer, aunque el precio en dinero había sido considerablemente elevado. Sin embargo, las noticias llegaron puntualmente, y, una vez más, se trataba de buenas noticias.

Enrica, la hija mayor de los Colombo, no soportaba al hombre que sus padres trataban de imponerle; eso ya era sabido. Y no tenía la menor intención de verse con él a solas, por lo que limitaba los encuentros a los estrictamente inevitables; eso era todavía mejor.

La gran noticia de la que acababa de enterarse una hora antes, en la cocina de la peluquera, mientras de una olla que hervía en la estufa salía un hedor tremendo a cebollas y coliflor y la temperatura superaba sin duda los cincuenta grados, era que igual que Ricciardi la miraba a ella, ella miraba a Ricciardi. O mejor dicho, se dejaba observar mientras bordaba presa de la inquietud y la ternura. Y, según se había enterado Rosa maravillada, de eso hacía más de un año, lo que explicaba por qué todas las noches, en cuanto terminaba de cenar, el señorito se retiraba a toda prisa a

su dormitorio. A la muchacha le costaba abrirse, según le había dicho la peluquera, en un intento evidente de conseguir más dinero. Pero opinaba que a la señorita Colombo le agradaba más el comisario Ricciardi, y que lo mejor era que este se presentara a la familia, sin perder más tiempo, antes de que el señor Russo se pronunciara formalmente; lo cierto era que, según la peluquera, que se lo había cruzado en las escaleras, el hombre no era nada feo, y, por lo que se comentaba, era rico.

Rosa encontraría la manera de inducir al señorito a que hiciera algo, en lugar de esperar en silencio como tenía costumbre; pero ¿cómo lo conseguiría si de él no salía una sola palabra, una sola confidencia? Y había otra cosa rara: la señorita Colombo había hablado de una mujer a la que había visto con Ricciardi. Una mujer descrita como vulgar y un tanto madura, vestida de forma llamativa y vistosa; después de traducir la jerga utilizada por las peluqueras y las muchachas enamoradas, Rosa intuyó que se trataba de una mujer hermosa y cortejada, que lucía trajes suntuosos y elegantes. ¿Quién sería? Y sobre todo, se preguntaba Rosa, ¿por qué si se codeaba con una señora así, a Luigi Alfredo se lo veía tan infeliz?

Maione esperaba a Ricciardi sentado a una mesa del Gambrinus mientras sudaba copiosamente. La persona que tenía sentada enfrente, delante de un vaso de gaseosa que se iba calentando, lo incomodaba.

No era fácil que el sargento se sintiera incómodo ante un sospechoso; la costumbre de enfrentarse a individuos que después habían resultado culpables de todo tipo de delitos, la vida transcurrida en la calle, el hambre y la miseria habían sido los maestros del hombre y del policía que había llegado a ser. Había visto de todo y lo contrario de todo. Pero ahora no sabía qué pensar del joven Andrea Capece.

Lo esperó delante de la escuela, lo vio salir como a los demás muchachos, que se reunían bajo el sol de verano, libres al fin de obligaciones, con la perspectiva de un sábado de diversión y descanso. Caminaba al lado de una chica que lo miraba mientras le hablaba sin parar, cargando los libros atados con una correa; apreció una vez más la sensibilidad de Ricciardi, que le había pedido que fuera de paisano para evitarle al joven los chismorreos de sus compañeros. Fue hacia él, le tocó levemente el brazo para llamar su atención; el sargento se dio cuenta de que lo había reconocido y procuró observar qué pasaba por la mirada del chico, por su frente, donde buscó los signos habituales del miedo y la sorpresa del animal que cae en la trampa; pero no vio nada de todo eso.

Vio que la sonrisa y la despreocupación daban paso a una profunda tristeza, antigua y dolorosa, de adulto; y también el destello de algo parecido al orgullo. Ni sombra de arrepentimiento o pesar. Sus ojos tristes sobrevolaron el paquete envuelto en papel de periódico, sus hombros se curvaron imperceptiblemente bajo el peso de lo que ocurriría; se despidió de la chica, que se había inclinado ante Maione pensando

que se trataba de un pariente y se había marchado sin dejar de sonreír.

Recorrieron el trayecto en silencio; el adulto no sabía qué decir, el muchacho no quería decir nada. Llegaron al Gambrinus, según lo convenido con el comisario, y se sentaron a una mesa. Maione le preguntó a Andrea si quería tomar algo y el muchacho negó con la cabeza, sonriendo melancólico. Entonces el sargento pidió un café y una gaseosa, que el joven no probó, y ahora esperaban a Ricciardi, que no había querido recibir a Andrea en la jefatura.

Maione no estaba seguro de querer presenciar ese interrogatorio, porque tenía un hijo de la misma edad, que se había hecho mayor tras la muerte de Luca. Pensó que a los dieciséis años, en los ojos no debería haber tristeza.

La tarde del viernes a la ciudad le importa un bledo el calor; y el frío, la lluvia o el viento.

El viernes por la tarde la ciudad no tiene clima, o mejor aún, tiene un clima propio. El de la espera, el de la belleza de dos días en los que se puede burlar el asedio del trabajo, en los que quien puede piensa al fin en sí mismo. Son días de encuentros, de misa y baile. Días en que los niños de uniforme hacen gimnasia en el centro de la plaza, dirigidos por hermosas señoritas con megáfono; días en que los niños de las colonias, formados de dos en dos, van a la playa, el pelo cortado al cero para evitar los piojos, los ojos entrecerrados bajo la luz de Mergellina. Días en que los granujillas quemados por el sol, un trapo en la cintura atado con una cuerda o un pedazo de bramante, los pies descalzos deformados con la planta más dura que una suela de cartón, viajan colgados de los tranvías. Días en que las gitanas leen las palmas o en que los falsos monjes reparten números de lotería. Días de cantos y música.

El viernes por la tarde la ciudad puebla sus calles con la espera; es demasiado bonito e importante esperar el sábado todos juntos como para encerrarse en casa. La vía Toledo se llena de voces y ruidos: el vendedor de sandías que promete el fresco fuego de su mercancía, el de café con su cafetera monumental sobre ruedas, el de limones con los frutos que cuelgan de ramas móviles. Y se ven *focacce* con sus boquerones frescos, mariscos crudos, hermosas campesinas con una cabra atada con trailla y una jarra de hierro para la leche.

El viernes por la tarde la ciudad no quiere saber nada de pobreza y hambre. En los callejones las gallinas escarban en la basura y los séquitos de niños persiguen al *pazzariello*, el pregonero que suda dentro del pesado uniforme mientras hace girar el bastón, tocando el tambor e invitando a todos a la apertura de alguna tienda. Las comadres se cuentan sus secretos aullando de un balcón a otro, mientras tienden las sábanas en el alambre que une edificios situados a pocos metros de distancia. El camorrista sale de casa vestido de blanco, con zapatos bicolores y sombrero de paja a tono, seguido de cerca por dos esbirros; a su paso, los hombres se quitan el sombrero, las mujeres se inclinan, y en cuanto se aleja, todos escupen en el suelo.

El viernes por la tarde la ciudad se muestra condescendiente y bien dispuesta. Y a ambos lados de la amplia calle por donde pasean los señores florecen las vendedoras de cerillas y fortuna, ciegos auténticos y falsos, portadores de todo tipo de deformidades, que tienden la mano en busca de caridad y conmiseración en forma de monedas. Y si llegan dos guardias a caballo, luciendo sus sombreros rematados con altos penachos, todos se curan milagrosamente y desaparecen en los callejones, llevados por ágiles piernas que ya no están torcidas, arrastrando sin esfuerzo enormes

cestas con su mercancía, y al cabo de nada regresan a sus sitios, más quejumbrosos que antes.

El viernes por la tarde la ciudad se prepara para el amor. Las muchachas piensan en las flores con las que adornarán sus sombreros y escotes, en el paseo por la Villa Nazionale el domingo por la mañana o en el baile de la tarde del sábado. Deben decidir con antelación, porque hay que repasar con la plancha de carbón el vestido bueno, hay que rizarse el pelo, no sea caso de que el encuentro de su vida se produzca precisamente entonces y ellas no estén preparadas. Los estudiantes deciden dónde reunirse, en qué local o teatro estará la corista más encantadora o las bailarinas más descocadas, y le sacan brillo a los zapatos como armas de guerra. Los padres y las madres paladean la mañana del sábado, cuando sus hijos pequeños, movilizados para asistir a las reuniones, les permitirán disfrutar, en sus casas de una o dos habitaciones, de una intimidad esperada toda la semana; los granujillas que lo saben pasarán corriendo por todas las plantas de los edificios burgueses, tocando los timbres para molestar, pero nadie saldrá a abrirles.

El viernes por la tarde la ciudad quiere olvidarse de la sangre. Tiene la suerte de no ver las siluetas destrozadas por carruajes y automóviles, que proclaman con sus bocas ensangrentadas y sus pulmones aplastados las ganas de vivir un día más o aunque sea un minuto más. Tiene la suerte de no ver los cuchillos asomar por las camisas enrojecidas ni los cuellos rotos a palos, en una última y borboteante invocación a la Virgen. Tiene la suerte de no ver los cuerpos irreconocibles de los obreros caídos de los andamios inestables, mártires de la nueva construcción, que llaman a su madre para que les ayude a prolongar sus catorce años.

La ciudad no piensa en ellos el viernes por la tarde. Porque mañana es sábado.

Ricciardi caminaba hacia el Gambrinus pasando por la via Toledo y la tarde del viernes. Estaba seguro de que la conversación que mantendría dentro de poco con el hijo de Capece le proporcionaría los elementos necesarios para solucionar el homicidio de la duquesa. Caminaba entre la multitud, con las manos en los bolsillos, sin levantar los ojos, mientras reflexionaba sobre sí mismo y reconocía algunas emociones que hasta unas semanas antes le resultaban desconocidas.

Garzo, el subjefe de policía que no perdía ocasión para demostrar sus propias limitaciones, solía expresar un concepto que a Ricciardi siempre le había resultado particularmente soso: para comprender los procesos mentales de un delincuente, en cierto modo, había que pensar como él; por tanto había que ser delincuentes, al menos un poco.

Ahora, a la luz de los nuevos acontecimientos, el comisario rumiaba esa idea con preocupación, pues había entendido con lúcida certeza quién había matado a la duquesa de Camparino y porque él también debía de padecer la enfermedad que había

culminado en delito. Los celos. Llamemos a las cosas por su nombre, pensó mientras esquivaba la mano tendida de un mendigo. He conocido otra perversión, la enésima corrupción del amor que conduce a la muerte, al asesinato. Y dado que la he conocido, puedo reconocerla.

El amor, el peor enemigo, recorre a menudo senderos sinuosos, pero los celos van rectos como una bala. Igual que el hambre, la otra gran generadora de delitos, los celos eran imprevisibles y violentos; pero sus raíces eran muy distintas, se hundían en la locura del egoísmo y la posesión. Y además sabían esperar.

Se encontró a Maione y Andrea sentados dentro, en silencio. El muchacho tenía la mirada perdida en el vacío, a saber qué pensamientos estaría persiguiendo; el policía tenía los ojos clavados en la puerta, esperando que la llegada del comisario acabara con la incomodidad de tener que vigilar a un sospechoso tan joven, para colmo vestido de paisano y en un lugar inusual. Entre ambos, encima de la mesa, como un argumento decisivo, se encontraba el paquete envuelto en papel de diario.

Ricciardi se sentó y pidió un café. Andrea no levantó la vista y no lo saludó. Maione se dispuso a hacer un saludo militar, después se acordó de que iba de paisano y se limitó a agitar la mano.

—Todo ha sido como usted dijo, comisario. La pistola estaba escondida detrás de un ladrillo, en la pared del sótano. Está limpia, parece que la utilizaron hace poco. El joven estaba en el colegio y ha venido conmigo sin protestar.

Sin levantar la vista, Andrea dijo:

—De modo que nos vigilaban. Incluso antes de venir a casa, nos vigilaban.

El tono era el de una simple constatación, no había juicio moral ni desaprobación alguna. Tampoco un reconocimiento de culpa. Ricciardi quiso aclarar el punto:

—No, no os vigilábamos. Hemos sido informados. Ésta es una ciudad donde nadie va a la suya, deberías saberlo. De todos modos no importa cómo nos enteramos, lo que importa es que tú escondiste la pistola de tu padre. ¿Por qué?

Finalmente Andrea miró a la cara al comisario y se encogió de hombros.

—Qué sé yo. Porque me gusta, porque quería presumir con mis amigos. Soy un chico, ¿no? Son cosas que hacen los chicos.

Ojos tristes, afligidos. Ricciardi pensó que hacía años que esos ojos no miraban como un chico. El robo de la infancia y la adolescencia todavía no es delito, reflexionó. Pero debería serlo.

—Escúchame bien, no es momento de juegos. Ya no. Se trata de algo muy serio. Nuestros peritos tardarán cinco minutos, tal vez menos, en demostrar que de esta pistola salió el casquillo que encontramos en el lugar del delito, y que, por tanto, disparó la bala que mató a la duquesa. Así que, por favor, no perdamos el tiempo.

Andrea seguía mirando al comisario con cara inexpresiva, los dientes apretados. Junto a su mesa pasó un grupo de muchachitas que reían ruidosamente. Ricciardi

suavizó el tono.

—Te entiendo. Sea cual sea el motivo por el que escondiste la pistola, lo hiciste para salvar a tu familia, o lo que queda de ella. Ya lo has visto, no hemos venido a buscarte de uniforme, no te hemos llevado a la jefatura. Pero lo haremos si es necesario, porque un homicidio es un homicidio, y quienquiera que haya muerto...

El muchacho se inclinó hacia adelante, palideciendo y apretando los labios. Su cara asumió la expresión rabiosa del animal desesperado, obligado a atacar para defenderse. Su voz era un silbo.

—Quienquiera, dice. Pero ¿usted sabe quién era esa pobrecilla que murió asesinada? Era de las que por capricho se adueñó de la felicidad de toda una familia. Ahora lo ve llorar como un niño. Pero ¿sabía usted que ese hombre, sí, ese hombre, porque para mí ya no es mi padre, lleva meses sin venir a casa? Sí, ya sé lo que les ha dicho mi madre. Pero su locura también es producto del capricho que se dio la señora. Está muerta. Porque debía morir. Es todo.

Cuando terminó de hablar se apoyó en el respaldo y volvió a clavar la vista en la mesa. Maione dudó de lo que acababa de ver y oír, la metamorfosis había sido demasiado imprevista. Ricciardi habló con tono más duro:

—Piensa lo que quieras. Nosotros queremos saber quién disparó a la duquesa; y el hecho de que hayas ocultado la pistola nos dice claramente que lo sabes.

Siguió un largo silencio. Fuera comenzó a aumentar la multitud, el paseo de los viernes llegaba a su apogeo. Casi todas las tiendas estaban abiertas y las señoras con sus grandes abanicos se detenían delante de los escaparates para comentar precios y modelos de vestidos y sombreros. Andrea habló al fin.

—He sido yo. No aguantaba más la locura de mi madre, su llanto. No aguantaba más la vergüenza con la que nos ha cubierto mi padre; el hecho de que todos lo supieran, incluso en el colegio. No aguantaba más que mi hermana siguiera queriéndolo después de lo que hizo.

Otro silencio. Ricciardi observaba al muchacho, la mirada dura, los labios apretados. Como siempre, Maione parecía medio dormido; tras un instante fue él quien intervino.

—Así que esperaste que terminaran las clases y fuiste al palacio, ¿es así? Y entraste en la alcoba y disparaste a la duquesa que seguía durmiendo. Cuatro tiros le metiste y después te fuiste corriendo.

El muchacho asintió, sin dejar de mirar el vacío. Ricciardi lanzó una rápida mirada al sargento, invitándolo a continuar.

—A ver si lo entiendo, ¿cómo conseguiste huir después? ¿Cómo es posible que nadie te viera?

El muchacho contestó con voz firme, como si contara lo que había hecho esa misma mañana en el colegio:

—No había nadie. A lo mejor el vigilante estaba almorzando. Encontré el portón abierto, hacía calor, a esa hora en la calle no había un alma.

Maione sacudió la cabeza tristemente.

—Muchacho, la duquesa no murió de día; y le dispararon una sola vez. Ni siquiera murió en su alcoba. Todo esto no salió en los diarios, y por una vez es de agradecer a quien ha prescindido de la crónica negra. Tú no la mataste.

Andrea no cambió de expresión, como si no hubiese oído. Pero una lágrima se deslizó de pronto por su mejilla. Frustración, pensó Ricciardi.

—¿Qué quiere que le diga? Podría insistir, decir que me equivoqué. Tengo dieciséis años, la pena sería más leve, ¿no? Pero entonces volvería a equivocarme no una, sino varias veces, porque no estaba cuando esa perra murió. De modo que debo reconocerlo. Fue él. Fue mi padre.

Maione se acomodó en la silla. Por fin quedaba resuelto el caso; por una vez el asesino era el principal sospechoso. Se volvió hacia Ricciardi y, al reconocer su expresión, comprendió al instante que se equivocaba de medio a medio.

—No fue él. Tenemos su coartada, sabemos dónde estaba en el momento del delito. Y también sabemos quién lo hizo, a quién estás defendiendo. Pero nos lo tienes que decir. Para que no estés implicado en nada, para que salgas limpio de esta historia, para que podamos olvidar el hecho de que ocultaste la pistola. Y también porque debes entender que un delito es un delito, aunque quien lo cometa tal vez sea más inocente que la víctima. Entonces, ¿quién ha sido?

En el alegre bullicio del viernes, mientras la tarde se abría paso hacia la noche y la via Chiaia se llenaba de alboroto y esperanza, la cara de Andrea recuperó su edad y se entregó al dolor desesperado del llanto. Entre lágrimas miró a Ricciardi y dijo:

—¿No comprenden cuánto ha sufrido? ¿No ven que el dolor la ha hecho enloquecer? ¿Que no sabe lo que ha hecho ni nunca lo sabrá, pobre mamá?

Por favor, comisario, por aquí. Pase, sargento, siéntese aquí, en el sofá. Qué oscuro está esto, un momento que descorro las cortinas, los días empiezan a acortarse, pero todavía hace calor, ¿eh? Un calor tremendo, no hay quien respire.

¿Qué les apetece tomar? Y los dos guardias, ¿pueden entrar o deben quedarse en la puerta? Ya no recibimos muchas visitas, ¿sabe? Hace tiempo esta casa era un puerto de mar; mi marido era el centro de la cultura, de la política. Si hubiese usted visto la de personalidades que nos visitaban, boquiabierto se habría quedado. Los niños eran pequeños, es posible que no recuerden el trajín que había, ¿no es así, Andrea, tesoro mío? No parábamos de preparar cafés, té, bizcochos y bizcochitos. Mi marido nunca avisaba de antemano. Pero yo no me quejaba, al contrario, estaba orgullosa de que fuese un hombre tan apreciado.

¿Conocen a mi marido? Ah, sí, vinieron con él el otro día. Ahora está un poco alicaído, pero ya verá como volverá a ser el de antes. Porque ha regresado a su lugar. ¿Sabe, comisario? Yo creo que cada cual tiene su lugar y solo puede ser feliz en él.

Cualquier otro lo deja incompleto, por tanto, infeliz. Mi marido me lo decía siempre: Sofía, tú eres mi sabiduría. Porque en griego Sofia significa sabiduría, ¿lo sabía? Eso me decía él antes. Antes de Adriana, quiero decir.

¿De veras no quieren tomar nada? ¿Un café? No vayan ustedes a creer que lo acepté enseguida, lo de Adriana. Es más, el primer año sufrí mucho. Como un perro, como cualquier mujer que pierde a su hombre. Y luché, vaya si luché. Al principio, por las malas, todas las noches un escándalo, platos rotos, yo le gritaba y él agachaba la cabeza, no decía nada. Después probé por las buenas, traté de reconquistarlo, ya sabe usted las artes que emplea una esposa para reconquistar a su marido, ahora no se lo puedo explicar porque está el niño delante, pero son ustedes hombres y ya me entienden.

Cocinaba los platos que le gustaban a él; pero no venía a comer, no venía nunca. Si supieran los kilos de manjares que tuve que tirar, los perros vagabundos comieron como reyes. Me pasaba las noches enteras sentada a la mesa de la cocina, preguntándome por qué, qué había hecho.

Pero yo, comisario, no había hecho nada. Yo seguía en mi lugar, en mi casa, junto a mis hijos, esperando a mi hombre. No había hecho nada. No se pueden imaginar lo que le pasa a una mujer abandonada que espera. Es como si tuviese una enfermedad contagiosa. Todos, amigos, amigas, parientes, al principio te miran con lástima, después tratan de abrirte los ojos, y entonces, poco a poco, se van alejando, como si tus llagas les dieran asco. Y te quedas sola contigo misma, buscando un porqué inexistente.

La primera vez fue hace un año y ocho meses. Lo recuerdo perfectamente, llovía.

Una noche, cuando los niños ya se habían ido a la cama, me vestí y salí. Me dio por ahí, me eché algo encima y salí bajo la lluvia. ¿Sabe una cosa, sargento? Es como si yo fuera invisible. Como un ángel. Para mí que la Virgen, con la que hablo siempre, me ha hecho este regalo, que nadie me vea. Cuando quiero me visto de negro, voy a los sitios y nadie me hace caso. Y así puedo observar, ver, mirar sin que nadie se dé cuenta.

Ésa noche, como le decía, los vi. Salían riendo, a saber qué comedia habían ido a ver, ella era hermosa; en cuanto a eso, comisario, debo decirle que Adriana era hermosísima. Elegante, segura de sí misma, ¿cuántos hombres hubieran podido resistírsele? Y él la miraba.

Para mí fue todo un descubrimiento; a mí nunca me había mirado así, ni por asomo. No vaya a malinterpretarme, mi marido me quiere, sin duda; pero mirarme así, jamás. Embelesado, como si estuviese mirando el sol. Ella reía y él miraba el sol.

A partir de entonces los seguí, todas las noches. Sentaba a los niños a la mesa, les daba de cenar, esperaba que se durmieran, soy su madre, mi lugar está junto a ellos por si necesitan algo. Pero después salía, iba detrás de esos dos, a vivir un poco su vida, a verlos vivir. Total, yo era invisible. Hermosos, alegres, eran el centro de la ciudad. El centro de todas las miradas, de todas las envidias. Ellos se amaban y eran felices, y yo también era feliz, porque pensaba que en parte era mérito mío si podían estar juntos. Porque algunas felicidades solo están completas si pueden permanecer en la sombra; porque la rutina mata la felicidad.

Los habré seguido cien veces, daban vueltas como peonzas. Lo vi feliz, a mi marido, como no lo había visto nunca.

Después ella empezó a cansarse.

Él no se dio cuenta, los hombres son unos tontos, discúlpeme, comisario. Pero la mujer tiene más picardía, se da cuenta. Y yo me di cuenta. Empezó a mirar a su alrededor, cuando él se distraía aprovechaba para hablar o saludar a otros, cuando se alejaba un momento, ella sonreía, hacía guiños, daba confianzas. Era de esas mujeres a las que le gustaba gustar a los hombres. Llamaba la atención, enviaba señales.

La primera vez que lo traicionó fue hace siete meses. Él se había quedado en el periódico, debía preparar una página sobre la visita del príncipe de Venecia o sobre otro personaje de la realeza, y ella salió de todos modos, y se llevó un hombre a casa. Yo esperé en la calle hasta que lo vi marcharse, casi al amanecer. Y después otro, y otro más, con una frecuencia cada vez mayor. Iba con cualquiera, con gente que no valía nada. Se los buscaba fuera de su zona y su ambiente, para evitar que Mario se enterase.

En su casa, ya lo habrá visto usted, nadie le hacía caso. En el palacio cada cual hace su vida, y todos procuran no pisarse entre ellos. El duque no se mueve de la cama; le pedí a la Virgen que se lo llevara pronto, pobre hombre, a saber cómo sufre.

En cuanto al hijo, de vez en cuando llega un coche negro a recogerlo y pasa la noche fuera. A saber adónde va. Los sirvientes no piensan más que en conservar el puesto y los privilegios, ese vigilante tan cómico con sus hijos que no paran de comer, el ama de llaves que solo piensa en el duque y su hijo.

En fin, la veía con esos otros en los horarios en que mi marido estaba en el periódico. Pero para mí, comisario, no era una mala mujer. Ella era así, le gustaban los hombres. Y mientras esos hombres sabían estar en su sitio, mi marido no era motivo de discusión y yo estaba contenta. Debía velar por él, no lo olvide. Se lo he dicho antes. Mi deber era ése, la Virgen me ha dicho que soy un ángel, el ángel de la guarda de mi marido.

Pero una noche noté algo raro: ella le mandó decir a Mario que no salía porque no se sentía bien; lo sé porque se lo pregunté al florista que entregó un ramo de rosas en el palacio; mi marido es solícito, si hubiese visto usted las flores que me regaló al nacer Andrea, tesoro mío. Pero salió, fue al teatro acompañada de un joven. De eso hace diez días. Un joven apuesto, apenas algo mayor que un muchacho, al que en mis vigilancias había visto acompañar a alguna vieja ricachona a las fiestas.

Y empecé a preocuparme. Una cosa es un pescador y otra muy distinta un joven de buena familia, vestido de frac, que frecuenta el mismo ambiente. De hecho, hasta mi marido, que es un hombre, y los hombres no ven hasta que no chocan de frente con los hechos, sabrá usted disculparme, comisario, se olió algo y le montó un escándalo. Yo estaba presente, oculta en el guardarropa, ya le he dicho que soy invisible y que nadie se percata de mi presencia. Y le arrancó mi anillo, el que había vuelto a recuperar cuando se enamoró de ella. Y le dio una bofetada en público.

No está bien, sargento; no está bien pegarle a una mujer. No es propio de él. Eso significa que sufría, que sufría mucho. Y yo, que soy su ángel de la guarda, no podía permitirlo.

Él se fue, quién sabe adónde, a emborracharse; pero yo la seguí. Esperé a que terminara la comedia, sentada en una localidad de la galería, entre el público que silbaba y aplaudía, sin mirar una sola vez la escena. Miraba a Adriana, que sonreía y susurraba e incluso mandaba besos, con la punta de los dedos. Y el muchacho respondía, porque la vieja que iba con él dormía a pierna suelta, con la boca abierta. Se reunieron después de que él llevara a la vieja a su casa, en un restaurante de la Galería, cenaron los dos solos. Nadie los vio, pero habrían podido verlos. Entonces, ¿cómo habría quedado mi marido? Dígamelo usted, un hombre como él, un profesional apreciado y querido en toda la ciudad, se habría convertido en el hazmerreír de todos. ¿Y por qué? Por un encaprichamiento. Porque de eso estoy segura, comisario, una vez que se quitara las ganas, ella no habría podido hacer otra cosa que volver con él. Es demasiado apuesto, mi marido, demasiado importante y culto.

Entonces decidí que debía hacer algo. El ángel debía intervenir y hacer justicia. Fui corriendo a casa y cogí la pistola de Mario. Yo soy hija de un oficial del ejército, ¿sabe usted, sargento? Sé limpiar y cargar armas; de niña, mi padre me hacía practicar sentada en su regazo. Y mi casa la tengo ordenada, de modo que la pistola estaba limpia y engrasada como está mandado.

No quería matarla, claro. Solo darle un susto, quería explicarle la suerte inmensa que tenía de poder contar con un hombre maravilloso al que no podía hacer infeliz. Era algo importante, ¿sabe usted, comisario? Él habría sido capaz de cometer una tontería si llegaba a descubrir que Adriana tenía un amante. A lo mejor la estrangulaba y se arruinaba la vida, o algo peor, se pegaba un tiro en la cabeza. No podía permitirlo.

Entonces fui a verla. Crucé la fiesta de Santa Maria Reina, imagínese usted si en el día de su fiesta la Virgen no iba a ayudarme. Pasé como un ángel y nadie me vio. Me escondí en el patio hasta que la vi regresar. Conozco las costumbres del palacio, sé que abre la verja, entra en casa y después sale a cerrar. Esperé un rato, para asegurarme de que todo estaba tranquilo y después entré.

Entonces pasó algo raro, comisario. Yo solo quería hablar con ella. Quería explicarle la locura que estaba cometiendo, había llevado la pistola para asustarla, amenazarla si hacía falta, a lo mejor, si conseguía darle un susto regresaba con mi marido y no lo traicionaba más, y así él recuperaba esa mirada feliz que le había visto y que no se me quitaba de la cabeza. Pero en las sombras la vi tumbada en el sofá, la oí respirar pesadamente, casi roncaba. Estaba cansada de haber pasado la noche con el otro, y quizá estuviera borracha. Ni siquiera había podido llegar a su cama.

Se me subió la sangre a la cabeza, comisario. ¿Cómo se atrevía a traicionar así a mi marido? ¿Cómo se le permitía quemar así la felicidad de un hombre como él, el mejor, el más apuesto de los hombres de esta tierra?

La Virgen me dijo en ese momento que era un ángel, pero que debía hacer justicia. Que era el ángel de la muerte. Levanté el cojín que estaba en el suelo, se lo puse en la cara y disparé. Un solo disparo. Y ya no roncó más.

Y me volví a mi casa, porque todos tenemos un lugar, comisario. Y el lugar de una madre está junto a sus hijos, que dormían tranquilos porque ellos también son ángeles, y no hace falta que intervenga la Virgen para saberlo. Y el otro día, cuando ustedes vinieron, les dije la verdad, porque yo nunca miento, les dije que no había sido mi marido, y no ha sido él. Y que no sabía dónde estaba la pistola, que alguien se la había llevado. Y en efecto, se la había llevado Andrea, mi niño querido, para defenderme.

Pero no hace falta, tesoro mío, porque a tu mamá la defiende la Virgen, que le ha dicho lo que debía hacer.

¿Están ustedes seguros de que no les apetece tomar nada? ¿Una copita de rosoli

casero quizá?

No se vieron con ánimos de acompañar a Sofia Capece a la jefatura; en vista del comportamiento tranquilo de la mujer y de que no preveían que cometiera ningún disparate, enviaron a Camarda y Cesarano con el coche.

Después telefonearon a Capece al periódico para ponerlo al corriente de los hechos e invitarlo a regresar a casa con sus hijos. Al otro lado del teléfono, el hombre guardó un largo silencio, tras el cual, con voz quebrada les aseguró que regresaría lo antes posible; a Ricciardi no le pareció sorprendido, solo mortalmente cansado. Le esperaban tiempos difíciles.

En el camino de regreso, Maione iba callado, sumido en sus pensamientos. De pronto preguntó:

—Comisario, ¿es verdad que en griego Sofia significa sabiduría?

Ricciardi asintió. El sargento sacudió la cabeza mientras se secaba el sudor con el pañuelo.

—Es de locos. Y después que vengan a decirme a mí que en los nombres se encierra el presagio del destino. Si alguna vez he visto una loca de atar, esa es la señora Capece y se llama Sabiduría.

—A veces el dolor conduce a la locura. ¿No lo has comprobado en mil ocasiones? A fuerza de sufrir y estar sola, abandonada con sus dos hijos y expuesta a la vergüenza, la pobre señora Capece se volvió loca. Diría que es comprensible.

—Vamos a ver, comisario, tiene usted que satisfacer mi curiosidad: cuando Andrea, el muchacho, dijo que había sido su padre, ¿por qué no lo creyó? En el fondo no era cierto que tuviese una coartada, eso lo sabemos de sobra. ¿No podía haber sido él?

Ricciardi miraba el suelo y caminaba deprisa; pasaban por el lugar del accidente de coche y no quería ver al niño clavado al asiento por la esquirla del parabrisas. Lo que no pudo evitar fue sentirlo en la piel y dentro de su cabeza mientras decía: «Papá me ha prometido que tomaremos un helado en el parque, un rico helado».

—No, el chico odia a su padre, es evidente por todo, por lo que dice, por cómo lo mira. No habría movido un dedo para salvarlo. Al contrario, si hubiera tenido tiempo, habría organizado los indicios para que la culpa recayera precisamente en su padre; se trata de un chico inteligente. La tarea más difícil que le espera a Capece es conseguir que su hijo al menos lo soporte, porque no creo que recupere su afecto. Por su propio interés, el del muchacho y de la niña.

Maione esbozó una sonrisa cansada.

—Pues sí, comisario. La pobre señora Capece dijo una verdad como un templo: cada cual tiene su lugar. Y ahora el lugar de Mario Capece está junto a su familia, sin distracciones. Después, con un buen abogado, dudo que la señora pase mucho tiempo

en una prisión psiquiátrica. Se trata siempre de un delito por razón de honor, ¿no? En el fondo mató a la amante de su marido.

Ricciardi suspiró.

—Sí, pero por motivos completamente distintos a los que esperábamos. Por lo menos, a los que yo esperaba. Aunque viviese cien años, jamás entenderé los caminos que el amor elige para escoger a sus víctimas. Siempre me engaña. En fin, por hoy ya te puedes ir a casa, no creo que pase nada más. Mañana nos ocuparemos de redactar el informe. Iré a un sitio y después yo también me dirigiré a casa. Buenas noches.

No hubiera sabido precisar por qué había pensado en el padre Pierino. Tal vez por todas esas referencias a la Virgen de Sofia Capece, tal vez por la tristeza en los ojos de Andrea, tal vez por la compasión del propio Mario, el periodista con el corazón destrozado dos veces, que ahora no podría huir del tormento de saber que su esposa estaba en un manicomio y la mujer que amaba había muerto por su culpa.

Tal vez porque deseaba que le dijeran que existe un amor sin locura, sin violencia, y fingir que, por una vez, se lo creía.

La iglesia estaba vacía y en penumbra, iluminada apenas por las velas que ardían delante de los altares; gente que había pedido una gracia, ofreciendo a cambio un poco más de dolor. Reconoció al pequeño cura al fondo de la nave, leía un libro con las gafas en la punta de la nariz, sentado en un banco de la primera fila. Se acercó y se sentó a su lado. Sin apartar la vista de las páginas, el padre Pierino sonrió y dijo en voz baja:

—Aquí tenemos otra vez al fantasma de la iglesia de San Ferdinando, el que llega sin hacer ruido y después se pasa meses sin aparecer. ¿Qué tal estamos, comisario? ¿Qué ha ocurrido esta vez?

Ricciardi contestó también en voz baja:

—Nada, padre. Ésta vez nada. Hemos descubierto al asesino, es todo. Y como siempre, en lugar de alegrarme, me quedo con un agujero dentro.

El padre Pierino cerró el libro y, tras quitarse las gafas, las guardó en el bolsillo del hábito.

—Hábleme de ello, comisario. Cuéntemelo todo.

Y Ricciardi habló. Con el olor acre del incienso flotando en el aire, mientras las sombras se alargaban y, alrededor de las velas, la iglesia se sumía en la oscuridad, mientras los ruidos de la calle se amortiguaban y avanzaba la noche, Ricciardi habló. Y le contó de la locura de Sofia, del amor desesperado de Mario, de la tristeza infinita de Andrea; pero también de la desolación del amor ilícito de Ettore y Achille, de la soledad del duque de Camparino, de la bovina devoción que le profesaba su ama de llaves. Y al final acabó hablándole de sí mismo, de la velada con Livia y de los fascistas; de los celos, del descubrimiento del egoísmo infecto de su soledad. Le

habló también de Enrica, y de lo infinitos que llegaban a ser los cinco metros que separaban su ventana de la de ella. Y de cuánto echaba de menos verla bordar.

No daba crédito a sus oídos mientras seguía describiéndole a un cura prácticamente desconocido el abismo que llevaba en su interior. Se detuvo en el borde, poco antes de verse obligado a hablarle de los muertos que infestaban su solitaria existencia.

El padre Pierino lo miraba fijamente; la expresión de su cara no desvelaba emoción alguna; si hubiese captado la piedad del cura, Ricciardi se habría callado. El hombrecillo se limitó a decirle:

—Es usted un terrible carcelero de sí mismo. Me gustaría pedirle que se concediera un poco de paz, pero no puedo. Nadie puede. No obstante le diré una cosa: sin dolor no hay redención. Uno puede liberarse únicamente si sabe que está atado. Tener conciencia de ello es el primer paso.

Se quedaron largo rato en silencio: un cura pequeño y regordete, de negros ojos que brillaban en la oscuridad, y un policía desesperado, cuyos ojos verdes y transparentes no sabían formular las preguntas para encontrar las respuestas. Después, Ricciardi se estremeció y dijo:

—No he venido para esto, padre. Para aburrirlo hablando de mí. Olvídelo, se lo ruego. He venido por otro motivo: creo que los próximos meses serán terribles para la familia Capece. El padre no está acostumbrado a estar con sus hijos, y el hijo tiene serios motivos para guardarle rencor. Por eso le ruego que lo siga de cerca. Es el único que conozco que puede hacerlo. Se lo pido como favor personal.

El padre Pierino suspiró y guardó silencio. Después sonrió y dijo:

—No tenga usted ninguna duda, comisario. Éste es mi trabajo; y gracias por la información. Pero a cambio le pediré una cosa. Y no podrá decirme que no.

Ricciardi lo miró con aire interrogante.

—Usted dirá, padre. Tengo con usted una gran deuda de gratitud, aunque solo sea por la charla a la que lo acabo de someter.

—La charla a la que acaba de someterme es el mejor regalo que podía hacerme. Y espero enterarme de lo que sigue; los curas de barrio somos curiosos. Lo que quiero pedirle es otra cosa. ¿Conoce la fiesta de la 'Nzegna?

Ricciardi negó con la cabeza.

—La fiesta de la 'Nzegna no es algo religioso. Se organiza en el barrio, en Santa Lucia; se trata de una fiesta popular, con aspectos tradicionales muy divertidos. Pero comienza con una celebración, porque se recuerda el hallazgo de la Virgen de la Cadena, un cuadro antiquísimo guardado en una iglesia del mismo nombre, que se encuentra precisamente en Santa Lucia. Es el próximo domingo, a mediodía. Éste año la oficia un servidor, que acaba de preparar el sermón. Me gustaría mucho que asistiera.

Ricciardi consideró que no se sentía con ánimo de negarle nada a ese hombre tras haberle pedido que se ocupara de la familia Capece. O lo que quedaba de ella.

—De acuerdo, padre. El domingo no estoy de guardia, porque trabajé la semana pasada. Asistiré.

El cura batió palmas, feliz.

—Estupendo, comisario. ¡Así me gusta! Habrá un montón de gente, cantos, bailes, por un día concédase una fiesta. Y una cosa más: recuerde que no solo existe el remordimiento; también existe el pesar, que es peor todavía. Deje que se lo diga alguien que, de la mañana a la noche, durante la confesión, oye a las personas pedir a Dios un perdón que son incapaces de concederse. Si es necesario tomar la iniciativa, aunque sea una vez en la vida, pues adelante. Para no tener que pasarse después el resto de los años que quedan preguntándose qué hubiera ocurrido de haber tenido una pizca de valor.

Ricciardi se puso de pie; parecía que iba a contestar, pero después cerró la boca de golpe. Dijo:

—No lo sabe todo, padre. Hay otras cosas, otros... motivos que me impiden tomar la iniciativa. Dejémoslo así; ya se lo he dicho, olvídense de mis desvaríos de esta noche. Quizá sean obra del cansancio, no ha sido una investigación sencilla. Hasta el domingo, entonces.

A la mañana siguiente, cuando Ricciardi llegó a la jefatura estaba dispuesto a enfrentarse a la sensación que le quedaba cada vez que terminaba una investigación de homicidio: una mezcla de nostalgia, decepción y rabia.

La nostalgia era el sentimiento más absurdo; en cierto modo, el comisario echaba de menos la idea de la investigación. Era como una obsesión, algo que seguía su curso hiciera lo que hiciese durante el resto del día; su mente trabajaba sin descanso buscando resolver el delito, y cuando esa idea constante desaparecía, la echaba de menos. Era como si un cuarto ocupado por un mueble enorme hubiese quedado vacío de buenas a primeras, para ofrecerse desierto y triste como antes.

La decepción derivaba del hecho de que acababa de asomarse una vez más al infierno del alma humana y de la corrupción de las pasiones, las mismas de siempre, nada nuevo.

Por último, la rabia se debía a que comprobaba nuevamente la inutilidad de su trabajo; ¿qué había conseguido al descubrir que Sofia Capece había matado a Adriana Musso de Camparino? Que ahora habría dos menores cuya madre estaba encerrada en una prisión psiquiátrica y que la duquesa seguiría muerta.

A veces, pensó mientras recogía en el informe la confesión de la asesina, la solución es muchísimo peor que el daño. Y nunca hay solución para la solución. Por asociación, le vino a la mente la figura de la víctima, tal como estaba condenado a verla.

Siempre era igual: al día siguiente tenía que ajustar cuentas con el Asunto. Más allá de las confesiones y las pruebas, de las evidencias y los indicios, el Asunto se presentaba ante su alma y exigía atención. Vio otra vez a Adriana, hermosa y altiva pese a ser cadáver, con el agujero de bala entre los ojos, los brazos caídos a los costados del cuerpo. Y oyó la frase repetida obsesivamente:

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

De manera que al final, la competición del anillo la ganó el que Capece le había arrancado del anular en el teatro. Era evidente: la duquesa había reconocido a Sofia poco antes de morir y su mente había comenzado a asociar la joya con el objeto que había pertenecido a la asesina; antes de que la bala, después de atravesar y destrozarse su cerebro, pusiera fin a este y todos sus pensamientos.

Sin embargo, reflexionó Ricciardi, alguien había arrancado el otro anillo a la duquesa cuando ya estaba muerta; el análisis de Modo describía la existencia de signos de violencia en el cuerpo, como si se hubiese producido una pelea de la que la señora Capece no había hablado. No había que olvidar que la mujer había perdido el juicio; tal vez le había pegado el tiro después de una pelea, ganada por la loca, que después había borrado esa parte de los hechos, o sencillamente había decidido no

contarla.

Llamaron suavemente, la puerta se abrió y entró Maione.

—Buenos días, comisario. ¿Qué tal estamos? Qué calor hace hoy también, ¿eh? ¿Está redactando usted el informe de la confesión?

Ricciardi saludó al sargento con una inclinación de la cabeza.

—Sí, lo estoy redactando yo. Y cuanto más lo pienso, más me parece una verdadera pena, por esos dos chicos a los que les faltaba el padre y ahora, además, tampoco tendrán a la madre.

Maione se encogió de hombros.

—Ya lo sé, es triste, tiene razón. Pero por otra parte, alguien tuvo que haber matado a la duquesa. Por un momento me preocupó que hubiese sido el muchacho, Andrea.

Ya, pensó Ricciardi: Andrea. Era un muchacho robusto y fuerte, podía haber ayudado a su madre en los hechos ocurridos en el palacio Camparino. Además, la mujer lo había cubierto, posiblemente incluso se había olvidado de que él también había estado presente. Podía ser.

Se disponía a contestarle a Maione cuando se abrió la puerta y entró un Garzo eufórico y perfumado, seguido de Ponte, que miraba alternativamente el techo y el suelo.

—Muy bien, Ricciardi, no solo es bueno, sino mil veces bueno. Y genial, debo decir, francamente genial. Y usted también, Maione, ha estado muy bien.

Ricciardi miraba al subjefe de policía, sosteniendo en la mano la pluma que goteaba tinta sobre el informe.

—¿Y por qué, dottore? Tanto como genial, la verdad, no me parece haber hecho nada extraordinario.

Garzo no tenía intención de permitir que mermaran ni un ápice su entusiasmo:

—¡He dicho genial y lo repito, genial! No se figura usted lo preocupados que estábamos el señor jefe y yo. Temíamos que el asesino de la duquesa Musso de Camparino fuese alguien de su propia familia, una de las más importantes de la ciudad; tal vez el hijo, Dios nos libre, que según se dice tiene unas amistades que..., en fin, dejémoslo estar. O que hubiese sido Capece, un periodista charlatán, puede incluso que disidente, que nos habría echado encima a sus colegas que no esperan otra cosa. Pero ¿a quién inculpa usted? ¡A la esposa! Así él tiene que callarse, sus amigos no pueden más que compadecerlo y la familia Camparino sale indemne. ¡Muy bien, Ricciardi! ¡Una vez más estamos orgullosos de usted!

Maione soltó un leve silbido, como una caldera con exceso de presión. Ricciardi contestó gélido:

—Me alegro, dottore, de que le complazca que una mujer haya muerto y que otra, madre de dos hijos y esposa fiel y enamorada, acabe encerrada en una prisión

psiquiátrica, tal vez para siempre. Me alegro de que para usted sea un alivio que dos familias hayan quedado arruinadas para siempre, y que la vergüenza acompañe sus nombres durante años. Y lamento informarle de que no fuimos nosotros quienes inventamos esta solución, sino únicamente el demonio de una pasión corrupta y desesperada.

Un silencio profundo siguió a las palabras del comisario. Por la ventana abierta se coló la sirena de un barco a punto de zarpar. Ponte se había puesto casi morado y observaba con gran atención un desconchado en la pared. Garzo tragó saliva y se volvió hacia Maione con aire cómplice:

—Siempre arisco nuestro Ricciardi, ¿eh? Nunca acepta el mérito de una solución brillante. Claro, es una pena que la gente muera, y que haya quien mate, incluso en estos tiempos en que deberíamos pensar en el luminoso porvenir que nos espera. Pero, para suerte de todos, estamos nosotros, que ponemos las cosas en orden; que encontramos a los culpables y los encerramos. Y usted también, Maione, ha estado bien. Si pasa por mi despacho y me informa de lo sucedido, estoy seguro de que conseguiré que le den una gratificación.

Entre las cualidades de Maione no estaba la diplomacia; su cara parecía el vivo retrato del disgusto.

—No, dottore, perdone pero tengo algo urgente que atender.

—¿De qué se trata? —preguntó Garzo.

—No lo sé —contestó Maione—, pero seguro que es urgente. Con su permiso.

Y salió tras tocarse la visera del sombrero. Tieso y sonriente, Garzo se dirigió otra vez a Ricciardi, que no se había movido:

—Espero ese informe, Ricciardi. Enhorabuena otra vez, y *ad maiora*. Vamos, Ponte, tenemos mil cosas que hacer.

La incomodidad de Ricciardi, francamente aumentada por la visita del jefe de policía, lo llevó a salir a comer antes de hora. Pensativo y triste se encontró delante del hospital, en el preciso instante en que el doctor Modo también salía a comer.

—Es la historia de mi vida. A mis colegas los esperan en la entrada hermosas mujeres, amigas encantadoras o esposas enamoradas. Y fíjate quién me toca a mí, un policía melancólico y, encima, feo.

—No te quejes, Bruno, que yo sepa, no he tenido que hacer cola para invitarte a comer.

Modo se echó el sombrero hacia atrás y se secó la frente con el pañuelo.

—Más vale solo que mal acompañado. Pero he jurado luchar contra el sufrimiento y tú eres el campeón absoluto del dolor; de modo que, muy a mi pesar, no me queda más remedio que aceptar. Además, tú eres riquísimo y yo soy un pobre médico de distrito. ¿Adónde me llevas?

En el mesón, como de costumbre, el médico comió por dos; Ricciardi en cambio revolvió con el tenedor el plato de pasta, mientras respondía con monosílabos a los intentos de su amigo de entablar conversación. Su tema preferido, ni que decir tiene, era la política.

—¿Te das cuenta de adónde hemos ido a parar? Viene a verme el tipo éste, un estudiante, creo, con gafas, ropa digna pero raída, los codos de la chaqueta parecían de papel cebolla. Calabrés o quizá lucano, no distingo nunca estos acentos. En fin, un muchacho respetable. De esos que trabajan para pagarse los estudios, y además envían dinero a su casa. Me lo encuentro sentado en la sala de espera, no había llamado a nadie, estaba allí tranquilo, con un pañuelo se apretaba la frente. Le pregunto, puedo ayudarlo en algo, y él va y me enseña una herida de diez centímetros. Probablemente de cuchillo, no le tocaron el ojo de milagro, un milímetro más y se queda ciego. Y le pregunté: ¿quién lo hizo? Y él: me caí. ¡Se cayó y un cuerno! Hubo una reunión de librepensadores, tal vez socialistas, y llegaron éstos, una cuadrilla de diez. Él fue el más lento en escapar. Tuve que arrancárselo con tenazas, el relato. Y al final, ¿sabes qué me dijo? Doctor, dejo que me cosa la herida solo si me jura que no se lo contará a nadie. Pero ¿en qué asco de mundo se ha convertido éste? ¿Me lo puedes decir?

Ricciardi sacudió la cabeza con tristeza.

—Bruno, ya sé que las cosas no van bien. Créeme, lo he visto con estos ojos. Pero tú eres importante, por todas las personas que ayudas y proteges. Deja que, para variar, te proteja yo, haciéndote una súplica. Sí, una súplica: ten cuidado con lo que dices, sobre todo en lugares públicos. No me preguntes cómo, pero sé que te tienen vigilado. Y perderte, aunque tengas esa cara horrible, sería grave para todos.

Modo asestó un puñetazo en la mesa que hizo tintinear platos y vasos. Hubo quien se volvió a mirarlos.

—¿Tú también me vienes con eso? ¿Tú también empiezas a hablar como ellos? ¿Con quién has hablado de mí, si puede saberse? Al menos tendré derecho a conocer a mis enemigos, ¿no?

Ricciardi le puso la mano en el brazo susurrando:

—¿Lo ves? Nos están mirando. Precisamente estas son las situaciones que hay que evitar. En el curso de la investigación del homicidio de la duquesa, ya sabes, tu última autopsia, tuve que interrogar a un tipo. Pertenece a su policía, aunque me repugne llamarla policía. Pero él no es mala persona, o eso me pareció. Me pidió que te aconsejara que no te metieras en líos. Y yo lo he hecho por mi cuenta y riesgo. No hagas que me arrepienta.

Modo consideró la cuestión y se tranquilizó, tal como Ricciardi había previsto. No hubiera puesto en peligro a su amigo por una fanfarronada. Además, lo enternecía que alguien como el comisario se preocupase por él.

—De acuerdo, me has convencido. Procuraré tener cuidado. Por cierto, hablando de la duquesa, he oído que has detenido al asesino, mejor dicho, a la asesina, la esposa de ese periodista, ¿cómo se llama...?

—Capece, sí. De eso también quería hablarte. Ésta mujer, la señora Capece, está loca. Sin duda, se hará el peritaje correspondiente y todo lo demás, pero es evidente que no está en sus cabales. En tu experiencia, ¿una persona así puede hacer algo y después conservar un recuerdo parcial?

Modo lo miraba con atención a través del humo del cigarrillo.

—Si me explicas exactamente qué quieres decir, tal vez pueda contestarte. Ricciardi suspiró.

—¿Te acuerdas cuando me describiste el estado del cadáver? Me hablaste de un forcejeo. Uñas partidas, costillas rotas.

—Y señales de asfixia, sí, lo recuerdo perfectamente. ¿Y?

—Pues que la señora Capece nos dijo que llegó y disparó a la duquesa a través del cojín cuando estaba dormida. No habló de forcejeo.

Modo se encogió de hombros y dijo:

—Repito, ¿y? Disparó, ¿sí o no? Si mantuvo el cojín un segundo o treinta sobre la cara de la duquesa, si se apoyó con la rodilla en el abdomen para colocarse mejor para el disparo, si la duquesa la agarró de la ropa y se partió las uñas, que llevaba largas y muy cuidadas, por tanto, eran frágiles, ahí tienes tu cuadro clínico de la autopsia. Yo no veo ninguna incoherencia. Además, si me dices que está loca, ten en cuenta que en ese estado, las personas pueden ejercer una fuerza descomunal sin darse cuenta siquiera. Recuerdo que en la guerra había uno que...

Pero Ricciardi estaba demasiado concentrado para seguir las divagaciones posprandiales del médico.

—¿Y los dedos? Me dijiste que tenía una abrasión en un dedo, como si le hubiesen quitado un anillo con violencia, y la explicación surgió en el curso de las investigaciones; pero el otro dedo, el dislocado después de la muerte, ¿por qué no presentaba hematomas? Sofia Capece no refirió haberle quitado un anillo al cadáver.

El médico tendió ambos brazos en gesto de impotencia.

—Eso no puedo saberlo, soy un científico, no un adivino. Te puedo decir con certeza, como ya te dije en su día, que a la pobre duquesa le dislocaron el dedo cuando ya no estaba en este mundo infame. Si le quitaron un anillo o se trató de un curioso y perverso ultraje del cadáver, no tengo la menor idea. Perdóname, pero aquí el que parece loco eres tú. La señora Capece confesó, habéis encontrado el arma del delito y su confesión cuadra con las pruebas y los indicios que hallaste. ¿Qué más quieres?

Ricciardi se pasó la mano por la cara como para espantar una mosca.

—Tienes razón. Tal vez sea porque nunca consigo interrumpir de golpe una

investigación, es todo.

Modo se arrellanó en la silla, colocó las manos detrás de la cabeza y sonriendo dijo:

—En efecto. Si tú no fueras tú, el sacerdote del crimen y la justicia, te propondría que me acompañaras a un nuevo burdel que han abierto en la Torretta, donde hay unas chicas francesas que en realidad son de Mugnano, pero que, créeme, quitan el hipo. Ahora bien, como te obstinas en ser tú mismo, creo que dejaré que vuelvas a revolver en el fango. Pero yo también quiero darte un consejo, como has hecho tú conmigo: de vez en cuando concédete un poco de paz. Búscate una diversión, haz algo por ti mismo. De lo contrario, acabarás encerrado en la habitación de al lado de la señora Capece, palabra de Bruno.

—Muy bien, me entregaré a mi pasatiempo preferido: la caza del médico disidente. Anda, vamos a tomarnos un café. Ésta vez invitas tú.

Maione atacó despacio la última parte de la cuesta que lo llevaba de vuelta a casa para almorzar. Por increíble que pareciera, con el hambre que tenía, se habría saltado tan a gusto la comida, y por varios motivos: en primer lugar, no soportaba la idea de otra sopa de verduras; en segundo lugar, la pelea de la noche anterior era el preámbulo seguro de un gélido silencio de su mujer, que lo privaría de la charla que tanto le gustaba para sacarse de la cabeza los problemas del trabajo; por último, tendría que pasar por delante de la tienda del maldito Di Stasio, que lo saludaría con una sonrisa que a él le habría parecido burlona.

Las cosas cambiaron de pronto cuando, a algo más de cincuenta metros de su portón, notó el aroma de la genovesa de Lucia. No había error posible: la salsa de cebollas y carne que preparaba su mujer, y tal como ella la hacía, famosa en todo el barrio, iba a despertarlo del coma profundo. Antes de que el tema de la comida se convirtiese en un campo minado, Lucia le tomaba el pelo diciendo que se había casado con ella por la genovesa; y él le contestaba entre risas que probablemente tenía razón.

La idea lo irritó todavía más; le pareció que preparar la genovesa para sus hijos, precisamente ahora que él no podía comérsela, era una maldad innecesaria; un suplicio al que lo sometía Lucia para castigarlo porque la noche anterior se había negado a tomar su sopa. Sintió la tentación de regresar a la jefatura, para no darle el gusto; después pensó que un hombre de verdad se enfrenta a las pruebas y no las elude, por tanto, subió las escaleras abatido pero cargado de decisión.

Tras abrir la puerta, el olor celestial lo embistió con violencia; incluso le pareció notar el aroma de brécol frito y patatas al horno, y tal vez también de un bizcocho al ron. No daba crédito: un auténtico banquete de Navidad en pleno agosto. ¿Qué estaba pasando?

Tras percatarse de que ninguno de sus hijos salía a recibirlo como tenían por costumbre, entró en la cocina y se quedó boquiabierto: la mesa estaba abarrotada de manjares preparados de mil maneras. La mesa estaba puesta para dos con los cubiertos, el mantel y la vajilla de las grandes ocasiones. Lucia lo miraba belicosa, de pie junto al fregadero, secándose las manos con un trapo. Él le preguntó:

—¿Y los chicos?

—En casa de mi hermana Rosaria. Comieron allí y volverán al anochecer.

El sargento indicó los platos de la mesa:

—Y toda esa comida... ¿quién la ha puesto?

Lucia contestó con tono duro, pero en sus ojos destellaba la risa. Se estaba divirtiendo.

—Según tú, ¿quién la habrá puesto? Según tú, ¿a quién dejaría yo entrar en mi

cocina?

Mientras hablaba se acercó a Maione y le asestó un puñetazo de mentirijillas en el pecho, y otro y otro más, como para subrayar lo que decía:

—Según tú, ¿hay en Nápoles otra mujer que cocine mejor que yo? Según tú, ¿hay en Nápoles un lugar donde se esté mejor que en tu casa? Y según tú, ¿cómo debería sentirse una mujer cuando ve que su marido no vuelve a comer a casa? Y según tú...

Él la aferró de la muñeca para detener los golpes y le rodeó los hombros con el brazo atrayéndola hacia él.

—Y según tú, ¿cómo se siente un hombre que se ve rechazado en su propia casa? Y según tú, ¿cómo se siente un marido que ve a su mujer coquetear con un verdulero imbécil, que para colmo fue mi compañero de colegio y que si me pongo, le arranco esos bigotitos ridículos pelo a pelo?

Y se echaron a reír y a llorar a la vez, hasta que Lucia dijo siéntate a la mesa que si no, habrá que tirar todos estos manjares; y Raffaele contestó que para tirar la genovesa antes tendrás que pasar sobre mi cadáver. Y se sentaron y estuvieron una hora comiendo, y después hicieron el amor y después se comieron las sobras.

Llorando y riendo.

La comida con Modo ayudó a Ricciardi a identificar el núcleo de su propio malestar: el segundo anillo de la duquesa. Se daba cuenta de que quien se lo había arrancado dislocándole el dedo lo había hecho una vez cometido el delito; no obstante, él se sentía en la obligación de completar el cuadro de las emociones que aquella noche habían danzado alrededor del cadáver. Cuestión de orden.

Por ello, esa tarde tan sofocante en que los movimientos de los pocos transeúntes parecían ralentizados, como debajo del agua, fue al palacio Camparino.

En el patio vio a Sciarra que barría tratando de no salir de la sombra de las columnas; estaba de espaldas y no se percató de la llegada de Ricciardi hasta que este último le tocó el hombro, haciendo que diera un cómico salto sobre ambos pies, se le cayera el sombrero y soltara un grito en falsete.

—Virgen santa, comisario, es usted. ¡Es que casi me da un ataque al corazón! Perdome, estaba distraído, iba a...

—Lo siento. Ve a ver si el señorito Ettore está en casa, quiero hablar con él.

El hombrecillo respiraba entrecortadamente con una mano sobre el pecho y mientras con la otra recogía el sombrero del suelo y se lo encasquetaba en la cabeza tras haberle quitado el polvo de la mejor manera posible. Con tono de disculpa dijo:

—Ya puede uno pasarse el día barriendo que aquí siempre hay polvo en el suelo. El señorito dice que debería regar las hortensias ahora, al empezar la tarde. Pero con el calor que hace ¿quién aguanta tanto ir y venir acarreando cubos llenos? Así que regar, riego por la noche, con la esperanza de que no se dé cuenta. Sí, comisario, está.

Arriba, con sus plantas, como siempre. Espere que lo acompañe y así le aviso.

—Antes quiero pasar un momento por el gabinete de la duquesa —contestó Ricciardi.

Detrás del vigilante subió el primer tramo de escaleras y se detuvo en el rellano, esperando que le abriera la puerta. Notaba la incomodidad del hombre, pero no era una novedad, era la misma que mostraban Ponte, los guardias, a veces el mismo Maione. Era el único de su raza, pensó. De otro planeta, de la luna, de Marte o de otra estrella. Condenado a estar solo y a ver que los demás lo evitaban como a la peste.

Entró en la habitación, ya ordenada y limpia como si nunca hubiese ocurrido nada; pero había ocurrido algo, y lo atestiguaba el cadáver de Adriana, que visible aunque más difuminado, le hablaba en voz baja desde el mismo rincón donde lo había visto seis días antes.

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo», susurró la boca muerta y tumefacta de la mujer, por cuyos labios entreabiertos asomaba entre los dientes, blancos y fuertes, la punta negra de la lengua. Ricciardi la miraba sin moverse, las manos en los bolsillos del pantalón, el cuello desabrochado, el nudo de la corbata flojo. Se preguntaba por qué su último pensamiento era para la joya en lugar de ser un lamento o una manifestación de nostalgia.

Dio la espalda al cadáver y, tras hacerle una señal a Sciarra, lo siguió escaleras arriba, hasta el apartamento de Ettore. El hijo del duque estaba en la terraza, inclinado sobre un arbusto de rosas amarillas. Daba la espalda a los dos hombres; con unas podaderas desmochaba las ramas delicadamente con la máxima atención. Al cabo de un rato, sin haber dado señales de notar que Sciarra esperaba con el sombrero en la mano para anunciar a Ricciardi, dijo:

—Por favor, comisario, pase. ¿Conoce la historia de las rosas amarillas? Sciarra, ya puedes retirarte.

Con visible alivio el vigilante se marchó a toda prisa; estaba claro que no le gustaba la compañía del comisario y del señorito. Ricciardi se quedó en el umbral de la terraza.

—No, no la conozco. ¿Debería?

Ettore se incorporó y se volvió hacia su invitado, pasándose la manga por la frente sudada.

—No, imagino que no. Es una historia árabe. Mahoma sospechaba de la fidelidad de Aisha, su favorita, una mujer hermosísima. Le preguntó a un ángel qué debía hacer para descubrir la verdad; como bien sabrá, los ángeles existen en casi todas las religiones. El ángel le dijo que le llevara rosas rojas a la mujer, y que después las mojara; si las flores cambiaban de color, sería señal de que le había sido infiel. Mahoma le llevó las flores, y se las ingenió para que a la mujer se le cayeran al río; las rosas se volvieron amarillas. El color de los celos, del amor traicionado.

Ricciardi volvió a oír la voz de Sofia Capece, que decía ser el ángel de la muerte. Y pensó en los celos que la habían hecho enloquecer hasta el punto de querer castigar a Adriana por traicionar a su marido.

—¿Y qué le pasó a la favorita? ¿Alguien le disparó entre los ojos?

Ettore se rio.

—No, claro que no. La echaron de casa, nada más. Tuvo suerte, ¿no cree?

—La suerte que no tuvo la duquesa. A ella le estaba reservada otra cosa.

La expresión del hombre se endureció.

—Era una perra, comisario. Una vil y estúpida perra. Seguía a todo aquel que su vientre enfermo le indicaba, no respetaba los sentimientos de nadie. Si espera un agradecimiento por haber descubierto quién la mató, no saldrá de mí. Es más, toda mi solidaridad es para la mujer de su amante, hizo lo que muchos deberíamos haber hecho, créame.

Ricciardi contestó con frialdad:

—No le corresponde a usted, ni a Sofia Capece ni a nadie decidir si alguien tiene derecho a vivir o no. Por más pérfido que sea.

El joven duque se encogió de hombros y sonrió.

—La cuestión es que, como ha visto, alguien se tomó ese derecho. Por cierto, me he enterado de sus... paseos nocturnos, y de cierta visita a un edificio que no se encuentra muy lejos de donde usted vive. Y de una larga conversación que mantuvo.

Ricciardi asintió. Nunca imaginó que Ettore sacara a colación ese aspecto tan íntimo de su vida, ni se lo había planteado, no guardaba relación alguna con las investigaciones. Sin embargo, estaba claro que el hombre sentía la necesidad de hablar. Y, de hecho, lo hizo:

—Verá, comisario, en cierto modo es un alivio poder hablar del tema. Entiendo a Achille. Hay momentos en que yo también me muero de ganas de hablar. Como todos... como todos los enamorados, creo.

—Es algo que no me incumbe, Musso —dijo Ricciardi—. Debía entender, explicarme ciertos detalles, eso es todo. Una vez aclarado ese punto, lo demás no me interesa.

—Ya lo sé, ya lo sé. Y le agradezco la delicadeza. Pero ya que lo sabe, déjeme seguir. Cuando las emociones se llevan dentro, acaban por supurar e infectar la sangre. Yo soy así desde siempre. Y nunca le he dicho nada a nadie. Iba a los lupanares con mis compañeros de la universidad, para que no se hablara, para que no se hicieran alusiones. Después, cuando regresaba a casa, me pasaba horas vomitando de asco. Mi madre se me acercaba y me acariciaba la cabeza, las madres intuyen ciertas situaciones. Y me amaba tiernamente, a pesar de todo. Pero mi padre no. Aunque tal vez no me habría amado de todos modos.

Ricciardi no habló, no había nada que decir. En el calor de la tarde que avanzaba

hacia la noche, los insectos zumbaban y el perfume de los jazmines se subía a la cabeza. Ettore prosiguió:

—Y luché, créame. Nunca pasó nada. Me enamoraba de mis compañeros, de mis colegas, pero le volvía la espalda al amor. Huía, interrumpía las relaciones. Y odiaba mi nombre, esta casa, a mi padre, que me imponían una naturaleza que me era ajena. El único vínculo era mi madre. Ella y su ternura. Después enfermó.

—Y Adriana entró en su casa —añadió Ricciardi.

—Sí, llegó esa perra. Y ocupó el lugar de mi madre incluso antes de que muriese. ¿Sabía, comisario, que se metió en la cama de mi padre cuando mi madre todavía estaba viva y padecía los dolores terribles de un tumor que se la estaba llevando? Hasta por ese sufrimiento la hicieron pasar. Ésas dos bestias inmundas. Y el destino les dio su merecido, ella murió asesinada y él se está muriendo poco a poco, día tras día.

Ricciardi se estremeció ligeramente; el horror del odio era mucho peor que la visión de los muertos asesinados.

—Pero usted no la mató. No fue usted.

Ettore negó con la cabeza.

—No. Carezco de esa fuerza. No soy un hombre de acción; soy un maldito teórico, alguien que escribe. Pero la odiaba, cómo la odiaba. Deseé su muerte a cada segundo. Traté de seducirme enseguida, era su forma de establecer alianzas. Una noche, al poco tiempo de morir mi madre, me la encontré semidesnuda en mi alcoba. Cuando la eché, ¿sabe qué hizo? Se echó a reír. Primero se mostró sorprendida, luego se echó a reír. Sabía que para que un hombre la rechazara debía ser... como yo; quizá nunca le había ocurrido. Y a partir de entonces no perdió ocasión para humillarme, para burlarse de mí. Incluso se lo contó a mi padre, que nunca se había dado cuenta o había fingido no darse cuenta. Desde entonces dejé de hablarle.

Ricciardi preguntó con tono neutro:

—Cuénteme lo del anillo.

Ettore se estremeció, como si acabara de abofetearlo.

—¿Cómo sabe lo del anillo?

Ricciardi contestó sin cambiar de expresión:

—La autopsia desveló una luxación del dedo medio de la mano izquierda, ocurrida después de la muerte porque no presentaba hematomas. Es evidente que alguien le quitó a la duquesa el anillo que llevaba, y que ese alguien no puede ser otro que usted: el único que regresó a casa después de su muerte.

Ettore miraba el vacío, como si hablara consigo mismo.

—Lo amo. Lo amo como nunca he amado, como no pensaba que se pudiera amar. Nos escondemos, hemos tratado de separarnos mil veces. He luchado, hemos luchado. Pero con el amor no se lucha, comisario. Porque si se lucha, se pierde.

Inevitablemente. Y entonces hay que tomar la iniciativa, y es preciso recoger el amor, como una de estas flores. Cuando se ama, se ama también el mundo, entran ganas de cantar, de gritar, de reír sin motivo, a la luz del sol. Pero yo me tengo que esconder, salir de noche y llegar antes del amanecer, como un lobo, como un criminal. Ésa noche regresé feliz, encontré a la perra ahí, tumbada en el sofá, muerta de un disparo en la frente, la puerta estaba abierta. Y la mano abandonada en el aire, con el anillo de mi madre en el dedo. Lo recuerdo desde siempre, cada vez que me acarició llevaba puesto ese anillo. El anillo de casada de mi madre. Ésa perra no era digna de mirarlo siquiera, pero lo llevaba puesto, como si siempre le hubiese pertenecido. Se lo arranqué, sí, con toda la fuerza que tenía. Y lo recuperé. Lo guardo ahí, en ese cajón, de vez en cuando lo saco y lo limpio, pero al llevarlo puesto esa perra lo ensució para siempre. Ya no es el anillo de mi madre. Es como si la hubiese matado por segunda vez.

Al parecer, en esa ciudad no estaba previsto que una mujer se sentara sola en un café sin que la asediaran. Livia lo encontraba divertido, mientras esperaba en una mesita del Gambrinus que Ricciardi pasara por la via Chiaia, según había averiguado en la jefatura.

Se enteró de que la investigación había tocado a su fin gracias a un Garzo eufórico y obsecuente, al que había dicho sin ambages que había ido a la jefatura para hablar con el comisario; pero el subjefe de policía, que se la había encontrado de casualidad en el portón, no perdió la ocasión de charlar un poco con aquella señora que, como él bien sabía, contaba con conocidos en las altas esferas de Roma. Por ello, pero qué bien la veo, qué placer tenerla de nuevo en Nápoles, qué bien le sienta el aire de mar, qué se dice en nuestra amada capital; además, tras intuir el interés de la señora por el comisario y las posibles implicaciones favorables que podían derivarse para él, colmó de elogios a su subordinado por su capacidad y sus éxitos.

Al final Livia consiguió librarse de él después de averiguar que Ricciardi regresaría a la oficina a última hora de la tarde y que, según el trayecto casi ritual, pasaría por el Gambrinus a tomarse un café; si la señora quería verlo, ese era el mejor lugar. En caso contrario, ya se encargaría él, concluyó Garzo, de enviárselo a todo correr.

En cierto modo, aquel hombre la agobiaba mucho más que esos otros que, turnándose en un juego de miradas, suspiros y guiños, trataban de llamar su atención en el Gambrinus. Por otra parte, la belleza de la mujer, su elegancia y su soledad eran elementos de irresistible atracción para los lechuguinos que mataban el tiempo fumando y bebiendo. El fino velo del sombrero hacía sombra a su mirada, dejando a la vista los labios carnosos pintados de rojo; el cuerpo iba embutido en un traje azul, ajustado en el talle por un cinturón de piel blanca, a juego con el bolso, los zapatos y los guantes largos hasta el codo. El pecho generoso y las largas piernas iban cubiertos pero no por ello resultaban menos evidentes.

Había elegido una mesa de fuera, no quería arriesgarse a no ver al comisario, y observaba el paseo con fingido interés mientras al menos una decena de hombres se la comían con los ojos.

Una decena de hombres y una mujer, para ser exactos.

Las primeras sombras de la tarde entraron en la tienda de sombreros de Giulio Colombo, pero él no se dio cuenta; tampoco se dio cuenta de la petición de descuento que le hacía la clienta que tenía delante y que tuvo que repetir en tono más quejumbroso. Giulio Colombo estaba ocupado contemplando a su hija que, de pie, inmóvil junto al escaparate, miraba fuera como un tigre que, al abrigo del viento,

acecha a una gacela.

Ésa muchacha empezaba a preocuparlo. Nunca había sido explícita respecto a sus estados de ánimo, pero a él no le costaba entenderla porque tenía un carácter parecido al suyo; sin embargo, de un tiempo a esta parte, la veía con los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado, o de pronto con expresión torva. La atormentaban pensamientos insólitos, pero no parecía dispuesta a hablar de ellos; y su padre, reservado y discreto, no se sentía con ánimo de hacerle preguntas incómodas. En cuanto a la madre, no se había dado cuenta de nada y cuando Giulio le había hablado de su preocupación restó importancia a la cosa; será que por fin se está enamorando de Sebastiano, le había contestado. Son pequeñas penas de amor, ya se le pasarán.

Sin embargo, Giulio tenía la impresión de que empeoraba día tras día; y estaba seguro de que el hijo de Fiore no tenía absolutamente nada que ver con el estado de ánimo de su hija. Desde hacía unos días Enrica llegaba de manera sistemática a la tienda todas las tardes, y se quedaba una hora mirando fuera, despachando con frialdad al joven si entraba con cualquier excusa para hablar con ella.

En su fuero interno había renunciado a la idea de ese noviazgo, desde el instante en que, unas noches atrás, había captado la expresión de Enrica mientras el joven se disponía a sorber el café con ese ruido asqueroso que hacía siempre; era una expresión feroz, y no podía condenarla; a él también lo irritaba, y eso que nadie pretendía que Giulio se casara con él. En ese mismo momento, mientras Enrica miraba fuera, apostada junto al escaparate, se reflejó en sus ojos la misma expresión feroz.

Ahí está ésa, pensaba Enrica. Sentada sola fumando, en un lugar público. Pero ¿cómo puede ser tan descarada? Y para colmo a la hora a la que él va a tomar café, como todos los días: si lo sabré yo que vengo a la tienda expresamente para verlo, ahora que por las noches no puedo hacerlo desde la ventana. Y debo reconocer que es realmente hermosa y elegante, no tiene nada de vulgar, como le dije a la peluquera para que se lo contara a su ama de llaves.

¿Qué tengo yo más que ella? ¿Por qué debería elegirme a mí si puede tener una mujer como ella? Si no me diera vergüenza enfrentarme sola a las miradas de los hombres, aunque me vistiera como ella, nunca sería tan atractiva. Pero lo quiero, lo quiero con todo mi ser, y no soporto prescindir de sus ojos, aunque sea de lejos. Lo está esperando, sé que lo está esperando; y él se detendrá a conversar, tal vez la bese como la otra vez. Y me destrozará el corazón, como la otra vez. Pero debo tener la fuerza de esperar y ver.

No hay que volverle la espalda al amor.

No hay que volverle la espalda al amor, pensaba Ricciardi mientras subía por la via Toledo; eso dijo Ettore Musso. Lo mismo que Achille Pivani. Y el padre Pierino

también dijo que en la vida hay que tomar la iniciativa, por lo menos una vez.

Ahora que el atlas de las pasiones que habían rodeado y arrastrado a la duquesa de Camparino estaba completo, el comisario se encontraba ante sí mismo, sin otros refugios para su pensamiento. No hay que volverle la espalda al amor: hay que tomar una iniciativa. Pero ¿qué iniciativa? ¿La de cargar sobre la persona que amaba su propia cruz, su propio suplicio? ¿La de tener que decirle, mientras paseaba con ella del brazo una tarde estival, perdona, querida, no te oía porque, sabes, tú no lo puedes ver, pero en ese rincón, allí donde está la florista, un niño con el cuello roto por culpa de una caída llama a su madre a gritos y me he distraído? ¿Era ese el hombre que podía ofrecer a la mujer que adoraba?

Por otra parte no podía engañarse: la imagen de Enrica con el joven bien trajeado lo obsesionaba mucho más que la de los cadáveres difuminados con los que topaba en su camino. No podía estar con ella, pero tampoco podía estar sin ella. Suspiró y levantó la vista: Librería Treves, leyó. Sacudió la cabeza y entró.

Livia lo vio llegar con la mirada gacha y un libro en la mano. Pensó que lo reconocería en cualquier sitio, con ese aire de tierna soledad que lo rodeaba, como si caminara por unas calles que solo él podía transitar. Un hombre misterioso; mejor dicho, un misterio hecho hombre. No recordaba haber sentido tanta fascinación en toda su vida. Sin darse cuenta, se tensó en la silla como una fiera que acaba de olfatear a su presa.

Al principio no vio a Livia y fue directamente a la barra, entonces ella se levantó y le hizo señas con la mano. Al otro lado de la calle, a Enrica el corazón le latía con furia en los oídos. Un tanto molesto, lanzando una mirada fugaz a los envidiosos ocupantes de las mesas vecinas, Ricciardi se sentó al lado de la elegante forastera que, tras subirse el velo, dejó a la vista un par de ojos maravillosos de brillante mirada.

—¡Por fin! Y eso que me habían dicho que no aguantas hasta muy tarde sin un café. Llevo horas esperándote.

Ricciardi se encontraba en aprietos, como cada vez que Livia se refería abiertamente a la atracción que sentía por él.

—Fui a..., debía interrogar a una persona. No tenía idea de que vendrías. Pero ya sabes que el trabajo...

Ella lo interrumpió, riendo:

—El trabajo, el trabajo. Mira que lo sé todo de tu investigación y de su brillante conclusión. He tenido que aguantar al servil de tu colega, ese tal Garzo, que me tuvo ahí una hora para contarme tus gestas. Pero ya le dije que me constaba que eres un héroe. Mi héroe, para ser más exacta.

Ricciardi frunció el ceño.

—En primer lugar, Garzo es mi superior, no es mi colega. Y no es ni mucho menos el destinatario de mis confidencias. Además, no tengo nada de héroe, el asesino confesó, eso es todo.

Livia desechó las protestas con un gesto de fastidio.

—Como quieras, pero no he venido para eso. Debo darte unas noticias importantes. Primero, he decidido quedarme un tiempo en vuestra espléndida ciudad. He llamado a un antiguo conocido mío, un empresario teatral, para encargarle que me busque un apartamento.

Ricciardi se quedó boquiabierto.

—¿Cómo un apartamento? ¿Y por qué?

La mujer sonrió.

—No querrás que me hospede mucho tiempo en un hotel, ¿no? Estaré mucho más cómoda. Además, eso me permitirá contratar a alguien a mi servicio y, por fin, recibir visitas. ¿No crees que me hará bien un poco de compañía?

Ricciardi se encogió de hombros, y ella prosiguió remarcando las palabras, como una maestra con un alumno un tanto torpe:

—Segundo, he decidido que nuestra amistad debe tener una evolución. Como sigues fingiendo no enterarte de nada, te lo digo claramente: me interesas, comisario Ricciardi. Me interesas y mucho. No recuerdo que un hombre me haya llegado tan hondo y pienso profundizar esta relación.

Ricciardi hubiera deseado estar en cualquier otro lugar. Además, tenía la agradable sensación de que, por lo menos en las cuatro mesitas que lo rodeaban, se habían interrumpido todas las conversaciones para escuchar la que ellos mantenían. Pero debía aclarar algunos aspectos, y él los aclaró.

Se ha parado y se ha sentado, pensó la muchacha desde el otro lado de la calle. No da la impresión de sentirse cómodo, pero se ha sentado. Ella lo ha llamado, ha tenido que levantarse, él ni siquiera la ha visto. ¿Cómo es posible no ver a alguien como ella? ¿Y ahora qué se estarán diciendo? Ella enumera con los dedos, primero, segundo. Pero ¿qué le estará contando? ¿Y ahora qué le estará contestando él? Notó que la cabeza le daba vueltas y apoyó la frente en el cristal del escaparate. Enrica, ¿te sientes bien?, le preguntó su padre. Sí, claro, contestó ella, con los ojos arrasados en lágrimas.

Nunca me he sentido mejor.

—No creo que sea buena idea. Ésta no es una ciudad fácil, y el clima puede ser perjudicial para quien no está acostumbrado. Además, no conoces a nadie, ¿no? Deberías formar una red de amistades, para una mujer sola no será fácil. Una casa, ¿y

dónde? ¿En qué barrio? Necesitarías ayuda, el apoyo de alguien. Y yo, la verdad, no creo ser la persona adecuada. Te diré más, estoy seguro de no ser la persona adecuada. No tengo tiempo, no tengo amigos, no sería nada...

Livia lo interrumpió con una carcajada; quería parecer alegre, pero tenía los ojos tristes.

—¡Cuánta elocuencia de repente! ¿Sabes que nunca te había oído hablar durante tanto rato? Y para convencerme de que me vaya, además. Pues muy bien, querido mío, ¿sabes qué te digo? Que no es propio de Livia Lucani abandonar el campo. Y cuanto más insistas en que me vaya, más me afirmas en mi decisión de quedarme. Mejor aún, si quieres librarte de mí, dime ahora mismo una cosa y contesta con sinceridad: ¿tienes a otra?

Alrededor de Ricciardi el tiempo se detuvo. Los cuatro hombres sentados a las mesas vecinas contuvieron el aliento, esperando temblorosos su respuesta como la propia Livia. El comisario abrió y cerró la boca dos veces. Si hubiese contestado que sí habría mentado, pero tal vez se habría quitado el problema de encima definitivamente. Pero ¿era eso lo que quería? Livia era guapa, alegre, apasionada. Le gustaba y su presencia le producía una extraña inquietud que no era mera incomodidad. Pero en conciencia, no podía decir que su corazón estuviera libre.

—No, no tengo a otra, pero... pienso en una persona. Ella no lo sabe, pero pienso en ella.

En el café abarrotado, mientras susurraba algo tan profundo y personal, le daba vueltas la cabeza, se sentía afiebrado. Por la cara de Livia pasó como una nube y sus ojos se tiñeron de pesar. Ricciardi sintió como si acabara de pegarle. Duró un instante, enseguida se levantó sonriendo.

—Entonces, querido mío, lucharé. Creo que todavía me merezco un poco de felicidad, y que esa felicidad está en ti, escondida en alguna parte. Tengo intención de buscarla, encontrarla y apoderarme de ella. Dile a tu amiga, esa que llevas en el corazón, que haga las maletas y se prepare para la mudanza. Ahora discúlpame, tengo cosas que hacer, debo encontrar casa.

Y se marchó, seguida por una decena de miradas.

El domingo es una fiesta. Pero parece una guerra. Los ejércitos acuden convocados por las campanas, que anuncian la misa de siete con tonos de reproche por no acordarse en primer lugar de Dios y demorarse en los jergones con las ventanas abiertas de par en par para dejar entrar un soplo de aire.

Y los ejércitos responden, bajan desde los barrios miserables y ocupan los mejores lugares en las escaleras de las iglesias o las calles de paseo; todavía no pasa nadie, pero perder un puesto significa tener que buscar otra manera para alimentarse. El de los mendigos es un ejército de mil colores: mutilaciones moradas, camisas verde grisáceas propias de veteranos del frente, vendas que cubren órbitas vacías u ojos con vista de lince, cotorras en jaulitas, amaestradas para ofrecer a los paseantes los papelitos con sus mensajes de la suerte. Y mil sonidos, acordeones, ocarinas, mandolinas, viejos violines de sonido chillón. Se ven incluso camisas negras arrugadas, para inspirar la piedad de los nuevos poderosos.

Poco después del amanecer han comenzado a resonar los martillos que construyen los palcos improvisados en los que se exhibirán las bandas y los cantantes, y al pie de los cuales los carteristas revolotearán como moscardones mientras sus manos pasarán leves y raudas de los bolsillos a la bolsa sin descomponer las sonrisas de deleite de los oyentes, al menos hasta que regresen a sus casas.

El domingo es una guerra para el comercio, para todos los vendedores ambulantes que, por un día, ocupan el lugar de las tiendas cerradas. Mazorcas doradas y ennegrecidas, de irresistible aroma, semillas y nueces, anunciadas por el silbido agudo del carrito; rosquillas cubiertas de perlitas plateadas y de colores, de las que la gorda vendedora ahuyenta las moscas con un abanico; jugosas tajadas de sandía, palitos de regaliz, buñuelos aceitosos. Los carritos de los helados, en forma de proa de barco con un toldo para proteger la mercancía del sol, y pingüinos de madera tallados en los costados. Todos acuden para ocupar los mejores puestos, quien tarde llega a la posada, tiene mala cena y peor cama: el domingo es una fiesta, pero parece una guerra.

Y, como todas las guerras, tiene su caballería: los carruajes han llegado muy de mañana, alguno ha pasado allí toda la noche, los cocheros dormidos con el sombrero en la cara y la fusta bajo el brazo, ahora se estiran doloridos por la humedad en los huesos. La paja se acumula debajo de los animales para recoger su orina y sus excrementos pero no su hedor, que apesta el aire.

El domingo es una guerra también para los niños; los más afortunados se han pasado la semana pensando en ese día, con los dedos manchados de tinta, aspirando el polvo de tiza entre los pupitres o detrás de la pizarra, castigados de rodillas. También han pensado en él los otros, corriendo descalzos detrás de las ratas en los

callejones o disputándole a los perros vagabundos un mendrugo de pan entre la basura de las casas de vecindad de Santa Lucia. Se encontrarán más tarde en la Villa Nazionale, donde lanzarán miradas codiciosas a los puestos de juguetes, soñando con poder salir volando aferrados a un globo rojo o hacer saltar a los papas severos con uno de esos petardos que de vez en cuando se oyen estallar; los primeros, blanco de las sonrisas y los reclamos de los vendedores; los segundos, ahuyentados de malos modos, a palos.

El domingo es una guerra. Pero parece una fiesta.

Ricciardi durmió fatal, como era norma en él. Recordó un sueño caótico, en el que Livia se confundía con Adriana, las dos le hablaban con tono amenazante de anillos y apartamentos. Detrás de ellas, el elegante novio de Enrica lo observaba y se reía de él, a saber por qué. Mientras tanto él trataba de abrir el libro que había comprado el día anterior y ocultado enseguida de las miradas chismosas e inquisidoras de la tata, debajo de un ladrillo suelto que había detrás de su armario; pero no podía, las páginas pesaban mucho y él no tenía fuerza en la mano.

Por la mañana el antebrazo le hormigueaba dolorosamente, después de quedar atrapado bajo el peso de su cuerpo estaba sin fuerzas, prolongando la inquietud del sueño hasta la vigilia. Para compensar, los fantasmas de los muertos y los vivos habían desaparecido, dejando en su interior una ansiedad nueva y desconocida.

Se sintió tentado a no mantener la promesa hecha al padre Pierino para no verse inmerso en una confusión frenética con el calor que hacía; no tenía ánimos de celebrar nada. Pero había contraído algo más que una deuda con el pequeño cura y no quería causarle otra decepción, por lo que se dirigió cansinamente hacia la playa. Durante el trayecto acarició pensamientos fragmentarios, Livia y su determinación de quedarse, Enrica y su ventana cerrada, Adriana y su triste destino. Pensó otra vez en el libro que había comprado y escondido, y se preguntó si alguna vez tendría el valor de sacarlo y leerlo. Y pensó también en su tata, que al verlo salir ese domingo por la mañana aludió sonriente a alguna cita que quizá tenía el señorito, a lo mejor con una forastera; esa mujer tenía facultades adivinatorias o algún informante desconocido. Él no captó la alusión.

Había en el aire algo diferente; el bochorno seguía pesando mucho, pero el cielo estaba gris y olía a humedad. Tarde o temprano llovería, pensó. A medida que avanzaba la multitud iba en aumento, familias y grupos de amigos que iban a disfrutar de una de las fiestas más apreciadas de la tradición de la ciudad. Cuando llegó a la via Santa Lucia se encontró con un enorme gentío y el puerto cercano, donde terminaría el desfile alegórico, estaba a rebosar.

Ricciardi había oído hablar de la fiesta de la 'Nzegna, pero nunca había puesto empeño en entender su ritual y, en los años pasados, tampoco había sentido la

necesidad de asistir. Sabía que el momento más esperado era una procesión y que, habitualmente, se aprovechaba la ocasión para bailar, cantar y, al abrigo de las aglomeraciones, cometer todos los delitos habidos y por haber; en esas ocasiones, las celdas provisionales de la jefatura no daban abasto para acoger a tanto detenido.

Llevado por la muchedumbre se encontró no muy lejos del muelle desde el cual, a tres metros de la superficie del agua, unos granujillas se zambullían con unos saltos espectaculares aplaudidos por centenares de espectadores empapados en sudor. Aunque no todos los saltos salían bien; erguida en el andamio de madera, Ricciardi vio la imagen de un muchachito que miraba el mar. Lo miraba desde un ángulo extraño, porque tenía el cuello partido apenas por debajo de la nuca; por la palidez translúcida y la piel arrugada Ricciardi dedujo que tardaron en recuperar el cuerpo y que, antes de morir, el niño había permanecido mucho tiempo debajo del agua. Oyó su mensaje, fuerte y claro a pesar del alboroto:

«El último. Hago el último salto y me voy».

Y así ha sido, pensó el comisario. El último salto, el último, ni más ni menos.

Ajenos a todo, los chicos seguían encaramándose al andamio para zambullirse y, al hacerlo, atravesaban la imagen del pequeño cadáver. Quién sabe dónde estaría la madre, en qué locura aplacaba su dolor. Ricciardi notó un escalofrío a pesar del calor y de la multitud congregada y se fue de allí.

Se accedía a la iglesia por una escalinata doble, atestada de mendigos que pedían limosna agarrando las ropas de los transeúntes. En la calle arreciaban los músicos y los vendedores ambulantes, en un concierto disonante de gritos e instrumentos desafinados.

La acera contemplaba a los *madonnari*, pintores de imágenes sagradas, las manos irisadas de tizas de colores, las caras concentradas, cubiertas de sudor: sus magníficos dibujos reproducían la historia de la caja encadenada, tal como Maione le había contado, mientras arribaba a la playa de Santa Lucia en medio del mar embravecido por el temporal. La multitud, presa de un súbito respeto por el arte, ponía mucho cuidado de no pisar las figuras y los paisajes que iban decorando la calle.

Ricciardi alcanzó la entrada del templo a duras penas; en varias ocasiones pensó en tirar la toalla y regresar a su casa; pero dado que había llegado hasta allí, quería que el padre Pierino lo viese, saludarlo aunque solo fuera de lejos, y después marcharse.

La misa acababa de comenzar y la nave principal estaba a rebosar; el aire se notaba enrarecido por el incienso, la enorme cantidad de flores que adornaban el altar principal y los laterales y por el sudor de la gente amontonada en el interior. Ricciardi vio al padre Pierino que oficiaba con dos monaguillos. Las palabras, en una lengua muerta desde hacía siglos, se sucedían y demandaban la respuesta de los fieles, que repetían sin entender lo que decían; la ritualidad conforta, pensó Ricciardi. Tal vez no sea importante entender. Tal vez entender sea peor.

El calor y el murmullo de los rezos sumieron al comisario en una especie de modorra, en la que su mente vagó siempre entre los mismos pensamientos desordenados. Las caras de Livia, Rosa, Lucia Maione, Enrica y Adriana se superponían en una única imagen confusa y sufriente, que exhibía todos los matices del dolor y el desapego, del temor por los seres queridos y la melancolía; y esa imagen se parecía a la cara de la estatua que remataba el altar.

Tras terminar la lectura del Evangelio, el padre Pierino subió ágilmente la estrecha escalera de caracol que llevaba al pulpito, un balconcito de mármol, sostenido por cuatro columnas, que dominaba a la congregación. Vio a Ricciardi entre la multitud y le dedicó una rápida sonrisa, a la que el comisario contestó inclinando la cabeza.

El pequeño cura empezó a hablar; tenía una forma sencilla y amable de exponer los conceptos y actualizar el mensaje de las Escrituras para que resultara comprensible a todos. Hablaba de la festividad.

—Hoy celebramos a la Virgen de la Cadena, de la que somos todos muy devotos. No es más que un cuadro muy antiguo y oscuro: apenas se distingue su figura. Ha

recorrido un largo camino hasta llegar a nosotros y se merece todo nuestro amor. Pero hoy no quiero hablaros de la Virgen, que está en mi corazón como en el vuestro, quiero hablaros de la cadena.

Muchos de los fieles se miraron perplejos: ¿adónde quería ir a parar el cura? En la procesión se disponían a llevar a la Virgen, la cadena no, seguro. Tras una pausa, el padre Pierino continuó:

—Nosotros conocemos sobre todo las cadenas malas, las de la esclavitud, las de la reclusión. Las del alma, las de los sentidos, las de la maldad. Existen también las cadenas buenas, como la que protegió a la Virgen del cuadro dentro de su caja, hasta llegar a la playa de Santa Lucia hace casi un siglo. Pero la mejor cadena, la más buena que existe, es la que ata al hombre a Dios, que lo hizo a su imagen y semejanza.

Ricciardi escuchaba fascinado a su pesar. No era creyente, consideraba que era imposible serlo en su condición; pero la fe era un beneficio que envidiaba mucho, un consuelo para los afortunados que la tenían.

—La cadena que une a Dios al hombre es fuerte, resistente a la naturaleza y a la intemperie. Es la cadena que ata al padre a su hijo, que no se desgasta con la herrumbre del tiempo. Una cadena que Dios no romperá nunca, al contrario, la ha reforzado con el sacrificio de su único hijo.

Ricciardi vio ante él a un padre que acariciaba la cabeza de una niña, que reaccionó besándole la mano.

—Entonces podríamos pensar —siguió diciendo el padre Pierino— que esta cadena que resiste hasta al mismo Dios no se puede romper. Por desgracia, no es así. Existe un modo de romper la cadena: una cizalla terrible que puede causar este daño irreparable.

El cura buscó y encontró a Ricciardi entre la multitud y lo miró fijamente a los ojos.

—Ésta cizalla es el pecado, arma formidable, que el propio Dios nos ha dado para que eligiéramos no usarla y nos salváramos gracias al libre albedrío. El pecado rompe la cadena, nos separa de Dios y permite que acabemos en el infierno y en la condenación.

Con los ojos del padre Pierino clavados en los suyos, Ricciardi notó en su interior una nueva inquietud creciente; comenzó a notar que el corazón le latía con fuerza en la garganta, como si estuviera a punto de desmayarse. Se apoyó en la columna junto a la que se encontraba para recuperar el equilibrio. ¿Qué le estaba pasando? Como amortiguada por la niebla oía la voz del cura, en medio del tenue susurro de los abanicos que las mujeres agitaban sin cesar.

—El pecado rompe el anillo de la cadena, el más importante. Rompe el anillo que no puede ser sustituido, sin él ya no hay contacto, la cadena ya no existe, solo existen

dos pedazos. El más importante es el anillo que falta. Al cometer el pecado, se quita ese anillo.

Ricciardi se quedó boquiabierto; ante sus ojos ardientes de fiebre, ante su vista nublada y su mente devastada por los mil sufrimientos de los que a diario era testigo, se ofreció la verdad en su forma más obvia y simple. Lo había comprendido, lo había comprendido todo.

Se abrió paso entre la multitud de fieles, mientras el padre Pierino bajaba del pulpito y regresaba al altar; una vez fuera Ricciardi fue recibido por el bochorno gris y aspiró a grandes y profundas bocanadas; el mundo daba vueltas a su alrededor vertiginosamente. Se sintió estúpido, un idiota obtuso que no sabía ver lo evidente.

Echó a andar apartando a la muchedumbre, en sentido contrario al de quienes se dirigían hacia el muelle para disfrutar del espectáculo de la 'Nzegna. Caminaba y nadie se percataba de su presencia, nadie parecía verlo mientras remontaba la corriente del gentío. Le vino a la cabeza la señora Capece, que estaba convencida de haberse vuelto invisible por intervención divina: el ángel de la muerte.

Tal vez, en su locura, la mujer estuviera en lo cierto. Los portadores de muerte y condenación son realmente invisibles.

La familia Colombo se preparaba para la comida del domingo, pero en el aire había algo que no funcionaba.

No se trataba de la humedad, ni de la luz gris que se filtraba por la ventana abierta: era más bien una cuestión de clima irrespirable. Hasta los niños, que normalmente hablaban todos a la vez en una cacofonía alegre e insoportable, estaban callados y se miraban perplejos. Había un motivo.

El motivo era Enrica.

Habitualmente la joven era una presencia sonriente y silenciosa que llenaba los espacios de la cocina con una laboriosidad serena y dulce que hacía compañía y, en cierto modo, era la esencia misma de la familia. Pero hoy amenazaba como el presagio de una desgracia: los ojos hinchados detrás de las gafas, el pelo desordenado, las mejillas arboladas.

Era evidente que había llorado encerrada en su dormitorio, del que no había salido en toda la mañana. Su madre y su hermana, preocupadas por su insólito comportamiento, fueron a llamar a su puerta y solo recibieron una seca respuesta; después se resignaron a preparar solas la comida, mientras se miraban desorientadas pero sin hacer comentarios.

Por su parte, Giulio tenía el ceño fruncido y se lo veía de evidente malhumor; no estaba dispuesto a aceptar que continuara el sufrimiento de su hija, cuyo motivo estaba seguro de conocer. No llevaba toda la vida trabajando, pensó, para verse obligado a condenar a su Enrica a un destino que esta no quería; si hubiese sido

necesario, la mantendría todos los años que ella lo hubiese deseado, y después le dejaría lo necesario para que pudiese vivir honrosamente. Y si su mujer no quería entenderlo, peor para ella.

En el preciso momento en que se disponía a dejar el tenedor y manifestar en voz alta sus pensamientos, Enrica se le adelantó y con voz calma dijo:

—Mamá, sé que quieres mi bien y te preocupas porque a mi edad todavía no tengo novio.

Uno de sus hermanos menores se tapó la boca para ahogar una risita nerviosa y recibió la mirada fulminante de su padre. Enrica prosiguió:

—Pero te ruego que entiendas que, precisamente porque ya soy adulta, estoy en condiciones de saber lo que quiero hacer con mi vida. Y lo que no quiero. Mamá, no te disgustes, pero yo a ese hombre, a Sebastiano Fiore, no quiero volver a verlo.

La frase fue recibida con un silencio sepulcral. Por la ventana se coló un trueno lejano, como si un aeroplano sobrevolara el cielo.

Maria lanzó a su hija una mirada colérica, pero la muchacha la sostuvo con su tranquila determinación de siempre. La mujer sacó entonces a relucir su tono conciliador:

—¿Cómo puedes decir algo así? ¿Acaso te ha faltado al respeto o tiene algo que no te gusta? ¿Crees merecerte más? ¿No te gusta su familia? ¿O acaso...?

Enrica levantó la mano para interrumpir la retahíla de preguntas.

—No, mamá. Nada de eso. Es algo más simple, no estoy enamorada de él.

—Pero con el tiempo podrías acostumbrarte. A lo mejor, poco a poco...

—Perdóname, pero no quieres entender. —Enrica inspiró hondo; toda la familia la miraba, nadie probaba los platos humeantes de pasta—. Sé que nunca podré quererlo como una esposa debe querer a su marido, como tú quieres a papá.

La madre escuchó su respuesta con la boca entreabierta y luego preguntó:

—¿Por qué entonces?

—Por el más sencillo de los motivos, mamá, porque quiero a otra persona.

Con el tono más apacible del mundo. Una bomba así, lanzada con el tono más apacible del mundo. Maria se volvió hacia Giulio:

—¿Y tú? Tú que eres su padre y debería preocuparte el futuro de tu hija, ¿tú qué dices?

El marido enderezó la espalda y mirando a su mujer a la cara, contestó tranquilamente:

—Digo que esta salsa boloñesa debe de estar riquísima. Feliz domingo y que aproveche.

Y empezó a comer.

En el silencio del domingo por la tarde Ricciardi observaba al asesino de Adriana Musso de Camparino.

Lo vio moverse indolentemente en aquel calor, atendiendo sus pequeñas tareas. Lo vio volver los ojos al cielo cuando un retumbo lejano anunciaba que el tiempo iba a cambiar por fin; sacudió la cabeza, suspiró y volvió a arrancar las hojas secas de las plantas.

A Ricciardi ya no le daba vueltas la cabeza. El trayecto recorrido desde Santa Lucia le despejó la mente al tiempo que veía obrarse el acostumbrado milagro: con la nueva clave de lectura todas las piezas encajaban, cada elemento armonizaba con los restantes y componía un cuadro por fin admisible desde todos los ángulos. En cierto modo se había perdonado: había sido superficial y poco cuidadoso, es cierto; pero en su fuero íntimo había seguido pensando e investigando el delito sin dejarlo definitivamente de lado. Porque en realidad no estaba convencido de que las cosas hubiesen sido como todos creían.

En mitad del trayecto había reconstruido todos los hechos tal como habían ocurrido. Ahora necesitaba conocer el resto: las motivaciones, los porqués. El cuadro de las pasiones, de las emociones que habían danzado alrededor del cadáver de la duquesa.

Se acercó al asesino y este no lo vio. No pareció sorprendido, ni dio señales de pensar en la fuga ni en una maniobra inesperada. El comisario lo saludó inclinando la cabeza y se sentó en un banco de mármol: Peppino Sciarra, el vigilante del palacio Camparino, se quitó el sombrero demasiado grande y se dejó caer junto a él.

Guardaron silencio durante un rato. Desde alguna ventana, no muy lejos de allí, un jilguero le cantaba al verano moribundo. Era el turno de Ricciardi, y habló así:

—Cuando Sofia Capece confesó, me lo creí. Todos se lo creyeron. Y teníamos razón, porque todo era cierto. Pero había detalles que no encajaban, ni con la confesión de la señora Capece ni con algunas de las cosas que encontramos. Pero la señora Capece había confesado, Musso no estaba en el palacio, el periodista tampoco y el nuevo amante, de estar presente, se habría notado. De manera que para todos nosotros había sido la señora Capece y punto. Pero no es así.

Sciarra miraba el suelo con la cabeza agachada como si el peso de la enorme nariz fuese excesivo.

Ricciardi continuó:

—En el cuerpo de la duquesa había signos: costillas rotas, uñas partidas. Y el cojín, el cojín en la cara. La duquesa se estaba muriendo. Agonizaba, respiraba con dificultad, no roncaba cuando la señora Capece le disparó.

El vigilante se pasó una mano temblorosa por los ojos. Ricciardi no lo miraba,

prosiguió con sus argumentaciones en tono frío, distante:

—Se moría asfixiada. El disparo en la frente nos distrajo, nos impidió entender; en realidad, la suerte de la duquesa ya estaba echada. Pero entonces, ¿quién la mató?

Se volvió para mirar a Sciarra, que se cubría los ojos con la mano. Daba la impresión de no respirar siquiera.

—Podíamos entenderlo. Podía entenderlo. Disponía de todos los elementos. La fuerza del asesino era la de la desesperación, no había furia, tampoco rabia. No se ensañó, no la desfiguró. Luchaba por su vida, tenía miedo. El asesino luchó y ganó. La única desfiguración corrió a cargo de Ettore, cuando al arrancar el anillo de su madre del dedo muerto lo dislocó. Y en el disparo de la señora Capece no había violencia, no había rabia, solo locura. La señora Capece quería ajusticiar a una culpable. Tres violencias distintas en el cuerpo de Adriana. Eso me desorientó, eso hizo que me equivocara. No entendí que la solución era sencilla: tres violencias, tres culpables.

Sciarra sacudía despacio la cabeza, como meciéndose. El murmullo de la voz de Ricciardi continuó:

—Quedaron dos rastros, dos rastros que no quise ver. En la alfombra había media huella. Una marca rara, apenas se notaba. Restos de tierra, un poco de barro y eso que hace dos meses que no llueve. ¿De dónde venía ese barro?

Sciarra bajó la mano y por primera vez miró al comisario de frente. Sus extraños ojos, separados de la nariz, eran límpidos como los de un cervatillo. No habló.

—Después me dijiste que regabas las hortensias por la noche, aunque el señorito te echara un rapapolvo. Agua y restos de tierra: la huella era tuya. Y el otro elemento que no vi enseguida, si seré tonto: la cadena. El candado estaba cerrado, lo abría la duquesa al regresar, pero esta vez regresó antes de tiempo porque se peleó con Capece y se encontró con la cadena abierta pese a que ella era quien tenía las llaves. ¿Por qué? Simple: a la cadena le faltaba un anillo.

Ricciardi oyó una vez más la última invocación del alma muerta de Adriana:

«El anillo, el anillo, has quitado el anillo, me falta el anillo».

Y él, qué estúpido, venga preguntarse si ese anillo sería el de Capece o el de la madre de Ettore. Pero no, se trataba simplemente de un anillo forzado de la cadena que cerraba la verja, el que Sciarra había quitado para entrar en el apartamento cuando ella estaba fuera y el ama de llaves ya se había retirado. Hizo falta que el padre Pierino se refiriera a la cadena que une al hombre con Dios y que rompe el pecado, para conseguir que la verdad aflorara desde el fondo de su mente.

Poco a poco el hombrecillo metió una mano en el bolsillo y sacó algo que entregó a Ricciardi. Un círculo de metal bruñido, abierto en el centro; no era de hierro, sino de un metal blando pintado, tal vez plomo. La llave maestra de Sciarra para acceder al apartamento de los duques de Camparino.

La noche caía en el patio del palacio alargando las sombras y borrando los colores. Sciarra habló por fin, y el susurro hacía que su voz rota pareciese más patética que cómica.

—¿Cuál es mi lugar? ¿Usted lo sabe, comisario? ¿Sabe decírmelo? Todos me dicen: tú debes estar en tu lugar. Tú a tu sitio. Pero nadie sabe cuál es mi verdadero lugar. Ni yo mismo sé cuál es mi lugar.

El jilguero dejó de cantar de golpe. Después prosiguió a todo pulmón. Y Sciarra retomó su relato.

—Yo soy de Pozzuoli. En mi pueblo si no tienes una barca para pescar, no puedes hacer nada. Conocí a mi mujer de jovencito; somos gente sencilla, nuestros sueños son sencillos, no como los de mis señores, que tienen mil cosas en la cabeza. Nosotros queríamos un techo y comida, para nosotros y nuestros hijos. Y queríamos trabajar honradamente. De donde yo vengo, el que no tiene una barca solo puede hacer una cosa si quiere comer: someterse a esa gente que usted ya sabe. Y yo no quería. Entonces cargamos nuestros cuatro trastos en un carrito y nos vinimos a Nápoles, la gran ciudad.

Ricciardi sabía por experiencia propia que todo asesino busca ese momento, quiere hablar para liberarse. Para ser comprendido. Para que su interlocutor conozca sus motivos y diga, pobre Sciarra, es como dices: eres una víctima, no el culpable. La historia de siempre.

—Y qué chasco, comisario, aquí también hambre a más no poder. Dormíamos debajo del carrito por turnos, si no las ratas les comían la nariz y las orejas a los niños; lo vi con estos ojos, créame. Y cuando no eran las ratas eran las personas todavía más desgraciadas que nosotros, que querían robarnos nuestros cuatro trastos. Y una mañana, cuando vine precisamente a esta plaza para entrar en la iglesia y pedirle una gracia a la Virgen, veo a la señora Concetta, el ama de llaves, que habla con una tendera y se queja de que no consigue encontrar un vigilante y una criada, y que ya no puede sola con tanto trabajo.

Los ojos de Sciarra se iluminaron al recordar la gracia recibida antes de pedirla.

—Le he dado las gracias a Dios todos los días, y sigo dándoselas. Conseguí un trabajo y mi lugar. Éste era mi lugar. Y mis hijos podían crecer bajo un techo y podían comer. No tiene usted idea del hambre que hemos pasado. Y lo que para nosotros significa comer dos veces en un solo día. Mis hijos se olvidaron del hambre; la pequeña ni siquiera ha sabido lo que es. Mi mujer y yo no, comisario, no nos hemos olvidado. Todavía nos despertamos de noche por el miedo, cuando soñamos con el hambre y las noches pasadas debajo del carrito, con la lluvia metiéndose por todas partes y el ruido de los dientes al castañetear. Hemos visto la muerte cara a cara, comisario.

La muerte cara a cara: y a él se lo decía. La duquesa, que estaba muerta, lo miraba

a la cara; a saber cuántos años le quedaban por vivir.

—No soporto ver a mis hijos hambrientos. Ni siquiera con un poco de apetito. Si mis hijos me piden de comer, yo les doy de comer. Soy su padre, es mi deber. Y tal vez porque cuando eran pequeños no tenían qué llevarse a la boca, ahora siempre tienen hambre; siempre, comisario. Desde que se levantan hasta que se acuestan, estarían siempre comiendo. No son glotones, sencillamente tienen hambre.

Ricciardi recordó a los dos niños de Sciarra que, a la mañana siguiente de la muerte de la duquesa, se disputaban el pan y el queso.

—Usted no se puede imaginar todo lo que hay en la despensa de esta casa. Nadie come, cada cual por su lado; y el duque, pobrecito, se alimenta de sopas y calditos. Y de las granjas de sus propiedades llegan todo tipo de manjares, toneladas de comida. No la aprovechan, dejan que se eche a perder y la tiran. Se me encoge el corazón cuando veo lo que tiran todas las semanas: carne, pasta, fruta. Y los niños de la calle se mueren de hambre. No es justo, pero es así: cada cual en su lugar. Pero ¿cuál es el lugar de cada cual? ¿Sabe usted decírmelo, comisario?

Ricciardi contestó:

—Sigue. Háblame de esa noche.

Sciarra volvió a pasarse las manos temblorosas por la cara. Se oyó otro trueno, esta vez más cercano.

—Cuando se retira, la señora Concetta cierra con candado la cadena de la verja. Se va a la cama enseguida, tiene el sueño pesado y no se despierta hasta la mañana. La duquesa se retiraba muy tarde, nunca antes de las dos; abría el candado con las llaves, lo volvía a cerrar, dejaba las llaves en el cajón donde Concetta las encontraba al día siguiente, y se iba a su alcoba. A veces se retiraba con..., acompañada. Pero los movimientos de las llaves y el candado eran los mismos.

—¿Y entonces?

—Y entonces, hará cosa de un año o así, me dije: ¿quién va a darse cuenta de que en la despensa falta un pedacito de carne? Total, después la tiran lo mismo. Mi hijo, el mayor, se puso muy enfermo. Estaba pálido, le faltaba sangre. Y yo fabriqué el anillo de plomo idéntico a los de la cadena, y lo coloqué al final.

Y por la noche, antes de que la duquesa regresara, lo abría con las manos. Soy fuerte, ¿sabe usted? Nadie diría lo fuerte que soy.

Tal vez la duquesa sí lo diría ahora, pensó Ricciardi, puesto que no consiguió librarse de tu apretón, que acabó asfixiándola.

—Desde entonces de vez en cuando me llevaba un poco de comida. No siempre, comisario. Solamente a veces. Entraba, cogía un poco de aceite, un pedazo de carne, pan. Un poco de queso. Ésa noche, precisamente, había cogido una porción de queso. El niño tenía antojo, me lo había dicho cien veces y yo se lo había prometido. En fin, que salgo de la despensa y me encuentro a la duquesa delante, con las llaves en la

mano. Me miró y me dijo: mañana os marcháis. Todos. No volveréis a poner el pie en esta casa. Éste ya no es vuestro lugar. ¿Lo comprende, comisario? Nuestro lugar. Volví a ver el carrito, las ratas, la lluvia. Pensé en mi pequeña, que no conocía la calle. Y le dije, señora duquesa, tenga piedad. Y ella: si no te vas, grito. Y yo lo vi todo negro; fuera se oía la fiesta, todavía había muchísima gente. Habría sido una vergüenza, la mortificación más grande. Y le puse el cojín en la cara.

Ricciardi callaba, imaginándose la escena.

—Luchasteis; la duquesa se rebeló.

Sciarra miraba el vacío, inmerso en el delito que estaba reviviendo.

—Una gata. Parecía una gata. Pateaba, arañaba; yo llevaba puesta la chaqueta del uniforme, si no, me destrozaba los brazos. Y al final dejó de moverse: pero seguía respirando, o eso me pareció. Recogí las llaves del suelo, las metí en el cajón y me fui. Cuando llegué a casa me di cuenta de que todavía llevaba la porción de queso en la mano. Mi mujer se puso a llorar y llora todavía.

Ricciardi sacudió la cabeza; por increíble que pareciera, el hambre era la auténtica culpable. No el amor complicado, con sus mil caminos para el delito, la rabia, la posesión, los celos; el hambre estúpida y obtusa, y su ciega necesidad vociferante.

El patio ya casi estaba a oscuras; la noche húmeda se había cernido sobre la ciudad. En la penumbra se oyeron unos pasos leves, y Ricciardi atisbo a los dos hijos de Sciarra que, cogidos de la mano, se acercaron.

—¿Papá? Dice mamá si no sube.

La voz del niño denotaba preocupación por la presencia de Ricciardi: ¿qué quería de su padre ese señor de cara sombría? Sciarra contestó:

—Subid vosotros. Decidle a mamá que..., decidle que en cuanto pueda voy.

Los niños se fueron a regañadientes; antes de darse la vuelta, la niña le hizo una reverencia a Ricciardi.

—Son hermosos, ¿eh, comisario? Mis hijos son muy hermosos. Y me ayudan, ¿sabe usted? Ellos se ocupan de todos los trabajitos. Y en el colegio son los más aplicados. Quién sabe cuál es su lugar. Quién sabe cuál será su lugar ahora.

El trueno retumbó con violencia y el viento empezó a soplar. Ricciardi se estremeció. El hambre, pensó. Y la familia Capece, los dos chicos sin madre, con un padre desconocido al que perdonar día tras día y nunca del todo. Y el duque que se moría en su lecho, y Achille y Ettore y su amor sin luz. Y Sofia Capece, en la oscuridad del cuarto y de la locura en la que tal vez pasaría el resto de su vida.

¿Cuántas víctimas había provocado el delito de la duquesa? ¿Quién la había matado realmente? Tal vez habría bastado con el disparo de Sofia Capece. Tal vez bastaba con el ángel de la muerte.

Para los hijos de Capece era demasiado tarde; para los hijos de Sciarra, no. La conciencia enfrentada al sentido de la justicia. Ricciardi habló siguiendo su instinto.

—Tu cárcel serán tus hijos, Sciarra. Deja que acaben mal y acabarás mal tú también. Yo no te perdono, porque no es tarea que me corresponda; pero tus hijos te necesitan y ellos tienen prioridad sobre la justicia.

Sciarra no había apartado los ojos del suelo.

—Soy yo quien no se perdona, comisario. Aquí o en la cárcel no me perdonaré nunca. Y soñaré con la duquesa todas las noches de mi vida. Ahora ya sé cuál es mi lugar. Me lo ha dicho usted. Mi lugar está junto a mis hijos.

Cuando Ricciardi se marchó con las primeras gotas de lluvia, el vigilante siguió allí sentado, mirando el suelo.

Los huesos ya habían avisado a Rosa el día anterior de que el tiempo cambiaría. Ventajas de la edad; como la sabiduría. Aunque habría prescindido de ellas con mucho gusto. Delante del fregadero, mientras se masajeaba el codo dolorido, como de costumbre pensaba en Ricciardi.

Llegó tarde, mojado por la primera lluvia, la cara más melancólica de lo habitual. Comió sin decir palabra, contestó sus preguntas con monosílabos; por dios, qué difícil resultaba entenderlo con lo cerrado que era.

Después se retiró a su dormitorio. Rosa echó un vistazo por la ventana de la cocina, mientras enjuagaba los platos. La lluvia arreciaba; el aire olía a otoño. Las estaciones pasan, pensó, y se repiten siempre iguales; pero todas dejan su marca. Al otro lado del callejón, la ventana de la sala de los Colombo estaba a oscuras: esta noche no recibían. Buena señal, se dijo la tata. Todo iba como debía.

Se preguntó para qué servía el libro que Ricciardi había escondido detrás de la baldosa suelta debajo del armario para que ella no lo encontrara. Obviamente, dio con él esa misma mañana, era el lugar que inspeccionaba a diario; era metódico y nunca cambiaba de escondite. Solo pudo leer el título, porque las letras grandes las reconocía, las pequeñas, no. Pensó en la forastera de la que le había hablado la peluquera cuando le refirió las palabras de Enrica. No sabía precisar por qué, pero esa mujer la tenía preocupada; en primer lugar su presencia debería haber hecho feliz a Ricciardi, pero ella lo veía más sombrío que nunca. En segundo lugar se la describieron como a una persona muy distinta de la que ella hubiera deseado para su muchacho. El caballo y la mujer de tu tierra han de ser, pensó.

Miró otra vez la ventana, que en ese momento temblaba bajo la fuerza de la lluvia. No sé, a lo mejor podría invitar a la señora Colombo a tomar un café una tarde de éstas. Ahora que hace menos calor y fuera llueve. Del dormitorio de Ricciardi llegó el ruido de una silla desplazada. Rosa sonrió mientras secaba el último plato.

Al entrar en su dormitorio enseguida advirtió que en la ventana de la cocina de Enrica volvía a haber luz. La fuerte lluvia le impedía distinguir de quién era la silueta que se vislumbraba, sentada en el cono de luz de la lámpara, mientras leía o bordaba; pero no necesitaba confirmación.

La iniciativa, pensó. Todos le decían que había que tomar la iniciativa. Un acto de voluntad. Como si fuera fácil. En sus oídos resonaban las palabras de Modo, del padre Pierino, de Ettore Musso; gente que vivía sus decisiones entre mil obstáculos.

Él también tomaba decisiones, claro; a decir verdad, no eran fáciles. Por ejemplo, acababa de decidir que dejaría en libertad a un asesino, solo por la reverencia agraciada de una niña.

Un instante antes estaba decidido a encerrarlo, por ser tan culpable como Sofia Capece o incluso más; después pensó que era cosa suya, y no de un juez sentado en su estrado del tribunal de Porta Capuana. Le correspondía a él, Ricciardi, decidir si condenaba a cuatro niños a una vida infame y a un hombre a cadena perpetua, por el impulso de un momento, provocado por el terror de volver a verse en la miseria. Y tomó una decisión.

¿Cómo era posible?, se preguntó mirando la ventana golpeada por la lluvia. ¿Cómo puede la misma persona tomar una decisión de ese calibre en un abrir y cerrar de ojos, y después pasarse todas las noches, durante meses, mirando sin saber qué hacer?

Se agachó para ver debajo del armario, apartó la baldosa y sacó el libro. De la cocina le llegó el ruido de los platos; la tata no encontraría nunca el escondite, pensó. Ya no podía agacharse tanto. Lanzó otra mirada al otro lado de la calle, pero no se veía la luz; llovía con mucha fuerza.

Fue a su escritorio, se sentó y encendió la lámpara. Puso el libro delante de él y recordó la vergüenza que había pasado en la librería al pedirle al dependiente el título: *Repertorio epistolar o ramillete de los amantes*.

La iniciativa, pensó; debo tomar la iniciativa. Lanzó un profundo suspiro: el hombre que veía a los muertos y sentía sin pestañear en su propia piel su dolor enfurecido, ahora estaba aterrorizado.

Sacó una hoja, mojó la pluma en la tinta y escribió: *Apreciada señorita*.

Se detuvo con la pluma en el aire. Y, ensimismado, contempló las grandes gotas que surcaban la ventana.

Agradecimientos

Ricciardi recorre su camino con algunos compañeros de viaje de los que no podría prescindir.

Avanza siguiendo las indicaciones de Aldo Putignano, amigo insustituible y fraternal.

Antonio conoce la meta y sabe cómo alcanzarla; Michele sabe qué pertrechos y qué equipaje debe llevar. Guilio Di Mizio habla con Ricciardi y es el único que capta su otra mirada. Mi madre conoce sus recuerdos y sus emociones ocultas. Giovanni y Roberto son los únicos que saben hacerle compañía.

Si apreciáis una nueva fuerza en su camino es por obra de Mario Desiati, y de mis queridas Manuela Cavallari, Manuela Maddamma y Tiziana Triana; ya no sé pensar en Ricciardi sin ellos. Y, sobre todo, por Domenico, que lo reconoció entre tantos.

Mi camino, por el contrario, tiene una sola compañera: mi dulcísima Paola.



MAURIZIO DE GIOVANNI nació en Nápoles en 1958 ciudad en la que actualmente vive con sus hijos y su esposa Paola, fiel colaboradora.

Trabajaba como empleado de banca cuando con casi 50 años se apuntó a un curso de creación literaria humorística. Sus compañeros enviaron uno de sus relatos al concurso literario Tiro Rapido, patrocinado por Porche y celebrado en el Gran Café Gambrinus de Nápoles. Mientras estaba sentado pensando en qué escribir, una mujer se asomó a la ventana, sólo él la vio. Así nació Ricciardi un hombre que puede ver lo que los otros no ven. En principio como protagonista de un cuento ambientado en Nápoles cuando corrían los años 30 del siglo pasado, y el éxito de estas pocas páginas fue tan rotundo que el autor siguió trabajando.

Admirado por la crítica y el público italianos, y conocido ya en muchos países europeos, Maurizio de Giovanni es uno de los valores emergentes de la novela negra europea, digno compañero de Camilleri y Vázquez Montalbán.